

JANETH G. S.

EL REGRESO
DE
ANNA
CROWELL



DE LA
AUTORA
DE **¿QUIÉN
MATÓ A
ALEX?**

EL REGRESO DE ANNA CROWELL

JANETH G. S.

#ANNAHAVUELTO



EL REGRESO DE ANNA CROWELL

V.1: abril, 2018

© Janeth G. S., 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Aleshyn_Andrei / Shutterstock y faestock / Shutterstock

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-24-1

IBIC: YFD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Y tú, ¿qué elegirías? ¿Vivir o amar para siempre?

Anna Crowell murió en un incendio.

Pero su espíritu sigue en el mundo de los vivos.

Necesita resolver el misterio de su muerte y dar con su cuerpo para irse en
paz.

Pero lo último que esperaba encontrar durante su búsqueda de la verdad era el
amor...

La esperadísima continuación del best seller internacional *¿Quién mató a Alex?*

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre El regreso de Anna Crowell

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

¿Quién mató a Alex? El misterio que nos une

¿Quién mató a Alex? El secreto desvelado

Sobre la autora

Capítulo uno

No quería vivir más. Estaba aterrada, quería que la tierra me tragara y no volver a pisar este lugar nunca más. Me ardían los ojos, quería echar a correr, escapar y huir tan rápido como me fuera posible, pero estaba atrapada. Sola. A pesar de que no tenía ni una sola cadena que me atara, había una persona que me mantenía aquí, con la esperanza de formar algún día la familia que siempre había deseado. Abrí los ojos y parpadeé, mi cuerpo sudaba, aunque mi espalda estaba fría y dolorida. No sabía qué había sucedido exactamente, solo recordaba haber subido las escaleras tan rápido que casi había tropezado y mi corazón latía desenfrenadamente. Los pasos que oía detrás de mí se acercaban cada vez más. Yo era bastante torpe, sobre todo con mis pies. Yo era esa persona que no querías tener cerca, porque en cualquier momento podría suceder un accidente.

El rostro me ardía. Una profunda preocupación me invadía como nunca: ¿qué me haría esta vez? ¿Volvería a golpearme? Esperaba que ahora solo fueran gritos y una regañina, pero estaba convencida de que esa no era su intención. Ella venía a por más.

Temblé y unas perlas de sudor aparecieron en mi frente.

Seguí corriendo hasta mi habitación, sin siquiera atreverme a mirar atrás. La casa, extrañamente, me parecía distinta cada día. Cada vez había algo nuevo con lo que tropezaba o que se estropeaba. Si no era una lámpara, era una mesa con un jarrón de porcelana, donde Rebecca colocaba las flores que le regalaban, que muy pronto se marchitaban. Me había apoyado en el pasamanos de la escalera para ir más rápido y no perder el equilibrio. Mi

cabello ondulado y rubio se movía al viento conforme subía para llegar a la segunda planta, elevaba mis rodillas desnudas una y otra vez, tanto como me resultaba posible, pero yo era muy pequeña y mis piernas no se movían tan rápido. Sin embargo, no me había detenido ni un solo segundo, a pesar de que me costaba respirar. Mi aliento se había desvanecido, no podía gritarle que lo lamentaba, que había aprendido la lección.

Entré en mi habitación de un salto, pero sin ningún tipo de coordinación. Cerré los ojos como de costumbre y escuché un golpe seco, y luego un ardor en todo el cuerpo. Había caído estrepitosamente en el suelo, golpeándome en los codos y en las rodillas. Chillé al instante. Mis ojos se abrieron y visualicé todo lo que había a mi alrededor: las cortinas gruesas de color crema, el aroma a limón, la cama perfectamente hecha y limpia, los cuadros antiguos que colgaban de las paredes y que me observaban siempre, y que parecía que se burlaban de mí con aquellos ojos fijos que me aterraban. Los colores se mezclaban de una forma extraña y me revolvían el estómago en cuanto entraba, me incomodaban y me hacían recordar mi desdicha.

Estaba tan acostumbrada a mi habitación, que la podía describir con los ojos cerrados, detallando dónde se encontraba cada cosa. Esperaba que en aquel momento sucediera algún milagro, que de pronto yo estuviera en otro lugar. En un lugar donde pudiera moverme libremente y hacer lo que me hacía feliz, pero esa no era mi realidad, no era mi vida. Sabía que por mucho que lo deseara, yo seguiría aquí, encerrada como una prisionera. Como siempre lo había estado.

—¿Anna? —Una voz me llamó, pero no fui capaz de darme la vuelta. Estaba asustada. Rebecca me castigaría después de lo que había sucedido en la mansión de los Crowell, porque ella no toleraba esa clase de errores, y esta era la tercera vez que sucedía y yo era plenamente consciente—. Te estoy hablando, así que mírame antes de que pierda el poco control que me queda.

Acabábamos de llegar a la casa después de haber pasado una semana de vacaciones en la mansión del tío George. En cuanto el avión había despegado de París, eché a correr para no darle la oportunidad a Rebecca de sacudirme como a un saco de patatas y hacerme de las suyas. Aunque las cosas habían sido extrañas en la mansión, Rosie había sido de lo más amable conmigo, como siempre. Me consentía demasiado cuando Rebecca no estaba cerca. Yo la admiraba, era la mujer más bonita del mundo y la más cálida y

maternal que había conocido. He de decir que había molestado a Alex unas cuantas veces para llamar su atención, pero siempre me había dado ventaja a mí y había hecho que Alex compartiera los caramelos que le traía el tío Eric. ¿Quién iba a decir que esa sería la última vez que lo vería?

Después, Alex desaparecería para no volver a la mansión de los Crowell. Yo estaba un poco triste por eso, sobre todo porque Rosie se mostraba más furiosa con todo el mundo, incluso conmigo. En ocasiones parecía que estaba enfadada con alguien a quien no podía decírselo, y me dolía que a veces no pudiera tratarme como lo que yo era: su hija. Lo bueno de Rosie era que venía a visitarme siempre que podía. Así que no le guardaba rencor. Era mejor cuando venía sola, sin Alex, de modo que ninguno de los dos tenía que pelear para ganarse su atención.

Rebecca, por otro lado, tenía muchos problemas conmigo. Era un monstruo con cara bonita.

Inspiré y me preparé para lo peor.

La puerta se abrió de golpe y unos tacones resonaron entre las cuatro paredes de la habitación, que no tenía ventanas. Estaba encerrada y mi única salida estaba bloqueada por aquella desagradable mujer. De pronto, me dolió el pecho y mi corazón latió como nunca lo había hecho.

Las manos me sudaban.

Me arrastré por el suelo hasta llegar a una de las esquinas de la habitación. Inocentemente, me escondí ahí.

El terror me hacía apretar los dientes y cerrar los ojos.

Sentada en el suelo y con la cabeza hundida entre mis rodillas, no osé moverme. Cerré los ojos con fuerza esperando que alguien llegara para ayudarme o, por lo menos, defenderme. Pero nunca sucedía. Era mi palabra y mis actos contra los suyos. Ahora estaba en la habitación y eso era peligroso. Ella no venía aquí para hablar de dulces ni de colores. No respondí cuando me habló por tercera vez. Mis ojos se abrieron un segundo y solo vi el suelo blanco. Pronto se teñiría de gotas rojas. Lo había vivido muchas veces. Negué, quería hacer desaparecer la escena de mi mente. Tenía que relajarme y contestar cuando ella me lo pidiera. Eso la pondría de mejor humor. Sin embargo, no pensaba levantar la vista, todavía no, porque es movimiento podría costarme una paliza, la cual implicaba dolor en las costillas y unas manchas oscuras en el rostro. Los cerré de nuevo y me abracé con fuerza,

protegiéndome con las piernas y los brazos, como si fueran mi escudo. Pensaba que tal vez se cansaría de gritarme y se iría, dándome una tregua, pero me equivocaba. Rebecca, mi madre adoptiva, me castigaba a menudo, los gritos y las malas palabras siempre salían de su boca, no había un día que no me mirara con esos ojos llenos de odio, ardiendo en llamas naranjas y rojas, como si quisiera verme dos metros bajo tierra. Sabía que por más que intentara portarme bien, buscaría algún motivo para castigarme. No importaba qué. Si daba un paso me veía obligada a mirar a mi alrededor para cerciorarme de que ella no estaba cerca y dar el siguiente paso, con el miedo de saber que no me debía equivocar. Cuanto mejor intentara hacerlo, peor me salía. Los nervios y el pánico me superaban. Rebecca no me daba tregua, no le gustaba verme ni dos segundos cerca de ella porque su sangre empezaba a hervir. Y no sabía qué le había hecho para ganarme tal desprecio.

Desde que George, Rosie y Alex habían decidido que era hora de vivir como una familia, Rebecca y yo tuvimos que mudarnos a París, simplemente porque a ella le gustaba más Europa y hablaba francés e italiano. Desde entonces, hacía cinco años, yo había estado viviendo un infierno con Rebecca. Y lo peor era que todos *ellos* me gritaban, pero nunca lograba entender qué decían, ni tampoco quiénes eran y qué querían de mí. Las voces siempre estaban ahí, y cuando quería hablar de ello con Rebecca, me decía que estaba loca, se ponía histérica y, si era un mal momento y estaba muy molesta, me daba una fuerte bofetada.

No me entendía, no era una verdadera madre. No sabía cómo lidiar conmigo y eso la frustraba. No le gustaba que hiciera el mínimo comentario de las voces que solo yo oía, y mucho menos de las apariciones de aquellas personas que siempre pululaban a nuestro alrededor. Estaba estrictamente prohibido hablar de *ellos*. Quiero decir, de los fantasmas, de las almas vagando que solo me causaban pesadillas. *Ellos* tampoco me dejaban en paz. Y no era nada agradable verlos cada día fuera donde fuera, estaban por todos lados, siempre observándome.

Nadie los podía ver, tampoco Rebecca. Tal vez ella llevaba razón y yo tenía un problema. O más bien, yo era el problema.

No sabía qué hacer. Quería llorar, pero tenía los ojos tan secos que las lágrimas no me salían. Todas las noches sucedía lo mismo. Extrañaba mucho a Rosie, y eso que la acababa de ver hacía menos de un día.

—Anna... —susurró amenazante, pero seguí sin moverme.

—Lo siento —dije en un murmullo. Luego, levanté el rostro y la miré. Lanzaba chispas por los ojos, nunca la había visto tan enfadada—. Lo siento mucho, de verdad... No quería decir eso, simplemente pasó. No pude evitarlo, él me estaba mirando, estaba sentado en la silla, justo a tu lado. Quería protegerte, Rebecca, él quería hacerte daño. Lo juro.

Ella se rio, incrédula. Estaba aprovechando que Rosie no estaba cerca, porque sabía que era la única que podía defenderme, y al verme sola simplemente quería hacerme sentir mal e indefensa. Sabía que no éramos nada sin Rosie.

Cerré los ojos y pensé en mi verdadera madre. Sus ojos azules relucientes y profundos, aquellos labios rojos sonriéndome, diciendo que todo iría bien. Los abrí de nuevo, deseando que ella estuviera aquí. Miré por encima de los hombros de Rebecca, esperando verla entrar, pero Rosie no aparecía por ningún lado. De pronto, había desaparecido de mis pensamientos y me había dejado con este monstruo. Estaba enfadada con ella por haberme dejado así, sin más. A cargo de alguien que no podía darme amor, como el que yo sentía por Rosie.

Tensé la mandíbula. También odiaba a George y a Alex.

—¿Cuántas veces te he dicho que está prohibido mencionar a esos fantasmas, eh? —La voz le temblaba de la rabia, no podía siquiera hablar. Yo estaba igual.

—Rebecca... lo siento, lo siento. De verdad.

—Levántate, Anna —pidió, apretando los dientes.

—Por favor —supliqué con el corazón en un puño. Hice una mueca de dolor, tratando de demostrar que ya había aprendido la lección, que no volvería a pasar, que me perdonara una vez más.

Dio un paso hacia mí.

—Haz lo que te he dicho. —Apretaba los puños a los lados—. Levántate o te levantaré yo. ¡Hazlo!

No estaba jugando, su rostro no mostraba ninguna expresión. Siempre había sido así. Me odiaba con todas sus fuerzas, no sentía ningún cariño por mí. El rostro duro y tenso ya no me era extraño. Estaba acostumbrándome a esa mirada llena de odio.

—Hazlo —repitió—. ¡Ponte de pie!

Abrí los ojos y el suelo se movió bajo mis pies. Tomé aire y me dispuse a ponerme en pie sobre mis pequeñas y delgadas piernas. Temblé unos segundos, pero logré apoyarme en la cama, que estaba a unos pasos de mí, para tener el suficiente equilibrio. Contuve un quejido porque las rodillas me dolían muchísimo. La caída de hacía unos minutos me estaba pasando factura. Me había provocado unas heridas que ahora ardían; era como si las magulladuras se estiraran. Sentí cómo las líneas rojas e hinchadas se abrían de nuevo como si fueran grietas, dejando que brotaran unas diminutas gotas de sangre de las heridas. Notaba los codos y las rodillas húmedos.

—Por favor, no me hagas daño —rogué.

Rebecca dio dos pasos, giró el rostro para mirar por la puerta y, cuando se aseguró de que ninguna de las sirvientas estaba cerca, volvió a avanzar.

—Te odio tanto... Me has arruinado la vida, has arruinado todo lo que tenía, y por tu culpa estoy encerrada en este lugar. Destruyes todo lo que tocas, estás mal de la cabeza —dijo con los ojos inyectados en sangre—. Eres igual que Rosie, sois idénticas. Te miro y parece que veo a ese demonio. Tú eres igual. Eres un demonio. No mereces estar aquí. Por eso te odio, Anna. Vosotras dos solo traéis desgracias, estáis malditas. Y te juro por mi vida que mientras estés conmigo no serás feliz.

Su mano derecha se alzó a tal velocidad que apenas la vi venir, pero ya era demasiado tarde para reaccionar, para hacer algún movimiento que pudiera amortiguar el golpe. Su palma me golpeó la mejilla con fuerza. Instintivamente, cerré los ojos y sentí cómo el dolor se expandía por todo mi rostro. Sentía palpitaciones por todo el cuerpo. De pronto, sentí algo suave al contacto con mi piel, eran las sábanas frías. El golpe había sido tan fuerte que me había hecho caer sobre la cama, que había manchado ligeramente de sangre. Me toqué el labio y estaba mojado. La mano me tembló cuando vi la sangre. La cabeza me daba vueltas.

Delante de mí, dos siluetas fantasmales gritaron.

Miré a Rebecca. La imagen se estaba volviendo más nítida, y su rostro era cada vez más aterrador. Tenía los ojos muy abiertos. No estaba arrepentida. Me golpearía otra vez.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que nadie debe saber lo de los fantasmas? ¿Sabes qué puede sucederte? —Se sentó en la cama y suspiró, como si toda su frustración fuera a evaporarse de esa manera—. Puedes

terminar en un manicomio, ¿es eso lo que quieres, Anna?

—No te portas bien conmigo —respondí sin moverme.

Una lágrima surgió sin previo aviso. La gota estaba caliente y todavía notaba un latido intenso en la mejilla.

—Anna, nadie puede portarse bien con alguien como tú. Todas las personas con las que te topes te harán daño, lo quieras o no. Porque eres mala, y nadie quiere estar con alguien así. En algún momento te darás cuenta y recordarás mis palabras.

—Rosie me quiere.

—¡Pues claro! —exclamó y soltó una carcajada—. Porque es como tú.

De pronto, alguien empujó la puerta, pero no pude levantar el rostro porque la cabeza seguía dándome vueltas. Lo único que sentía era el sabor metálico en la boca.

—¿¿Dónde está?! —gritó una voz familiar—. ¡Anna!

Escuché gritos desmedidos.

—¿¿Qué le has hecho, Rebecca?!

Unas manos cálidas me sostuvieron la cabeza y me levantaron con lentitud. Vi unos ojos azules y unos labios rojos.

—¿¿Anna?! Soy Rosie, estoy aquí. Ya ha pasado, te pondrás bien, ¿de acuerdo?

Rosie me dejó de nuevo sobre la cama con delicadeza.

Al fin estaba aquí.

—Rosie... —dijo Rebecca—. ¿Cómo es que has venido? Estabas en la mansión de los Crowell...

—Sabía que algo iba mal y veo que no me equivocaba. Quería ver a Anna, así que cogí un vuelo que salía después del vuestro. ¿Algo más?

Rebecca parecía sobresaltada, sorprendida por la inesperada visita.

—Ha vuelto a mencionar los fantasmas. Me está volviendo loca. Dice que ve personas a nuestro alrededor. Lo menciona a menudo, casi a diario, y ayer lo hizo frente a George durante la cena, justo cuando fuiste a ver si el postre estaba listo. Todos la miraron mal... Debes comprender que eso no es normal. Anna tiene alucinaciones. Debería estar ingresada en un hospital para enfermos mentales.

—¿Qué? —La voz de Rosie era apenas un susurro para mis oídos, y la

escuchaba cada vez más lejana—. ¿Cómo que fantasmas? ¿Desde cuándo?

—Yo... no sé... desde hace un año, más o menos —respondió Rebecca.

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó Rosie.

—No pensé que fuera importante... creía que lo hacía para llamar la atención, como siempre.

—¿Por qué le has pegado?

—Ya te lo he dicho. Ha vuelto a mencionar a los fantasmas. Creo que deberías ingresarla en un hospital, porque algo malo le pasa. Hazme caso. Esto no es normal, me asusta. No sé si puedo seguir con esta mentira, Rosie.

Oí un taconeo. Quise levantarme, pero una fuerza se apoderó de mí, como si no pudiera controlar mi cuerpo. Dos sombras se movieron delante de mí. Sabía que a Rebecca no le esperaba nada bueno, y me alegraba por ello. Me había hecho mucho daño, y Rosie se lo haría pagar.

—¿Qué has dicho? —La voz fue dura, firme.

—No puedo seguir con esto —repitió.

—¿Que no puedes seguir con esto? —Se escuchó una risa sonora, amenazante—. Debes de ser muy tonta para decir eso, Rebecca. ¿No puedes seguir con esto? Muy bien. Puedes irte cuando quieras, puedes ir y decirle a George que Anna no es tu hija y que te he obligado a hacerte pasar por su madre. Puedes hacerlo. Adelante. Pero si lo haces, contaré todo lo que has hecho, y te dejaré sin nada ni nadie. Lo haré. También les diré que no eres la persona que ellos creen, que solo te importa el dinero. Y no olvidaré mencionar que fuiste tú quien me trajo a esta casa, y que eras tú la que quería que acabara con ellos para quedarte con todo. Tú me sacaste de aquel hospital, ¿recuerdas? No tuviste ni el valor ni el coraje para conseguir lo que yo he logrado. Te entregaré a la justicia si intentas hacer algo contra mí o mi familia, y sabes que siempre me salgo con la mía. No tengo nada que perder. Tú sí.

—Rosie...

—Ahora quiero que te largues de aquí. Ya nos veremos más tarde. Tú y yo tenemos mucho de que hablar. —Su voz era amenazadora, y ambas lo sabían—. Y será mejor que no vuelvas a mencionar lo que acabas de decir si no quieres que todo salga a la luz. Recuerda que la única que tiene algo que perder eres tú.

—Yo... Está bien —se resignó Rebecca sin añadir nada más. Se dio la

vuelta, los tacones repiquetearon y la puerta se cerró al cabo de unos segundos.

—Anna, ¿me oyes?

—Sí —respondí a duras penas.

—¿Es cierto lo que ha dicho Rebecca? ¿Ves fantasmas?

Pensé qué decir. No estaba segura de si debería contárselo a Rosie. Yo confiaba plenamente en ella, pero las palabras de Rebecca y el dolor del bofetón me impedían mencionarlo.

—Sé que puede resultar difícil, pero es importante que me digas la verdad, ¿de acuerdo?

—Sí —contesté en un murmullo—. Los veo. También los oigo. Pero no sé si son reales, aunque lo parece, Rosie. Están por todas partes. Los veo y me aterran. Me gritan muchas cosas, quieren algo. Creo que quieren hacerme daño. Tal vez Rebecca tiene razón y estoy loca.

—Vaya, yo empecé a escucharlos a los quince —susurró para sí misma—. Y en verano cumplés años.

—Sí, quince.

—Vaya, qué rápido pasa el tiempo —contestó sorprendida. Su tono de voz era muy diferente al que había usado con Rebecca; ahora parecía más relajada—. Pareces más pequeña.

Me reí, pero las costillas me dolían.

Rosie era inteligente y buena, y lo que admiraba de ella era que sabía controlarse, era analítica y no se dejaba humillar por nada ni por nadie, sabía utilizar las palabras correctas y sonreía con fascinación, y eso la ayudaba a controlar a los demás.

Traté de girarme para verla mejor, pero la cabeza me seguía dando vueltas. Todo me dolía.

—¿Tú también los ves? —pregunté.

—Sí.

—No puede ser. Soy la única que los ve, y puede que me los haya imaginado.

—¿No me crees, verdad?

Negué con la cabeza.

—¿Hay alguno en la habitación? —Quería confirmar lo que me decía.

—No, Anna. La mayoría están fuera.

Era cierto. Yo sabía que había un fantasma cerca cuando sentía un escalofrío en la nuca. Y justo ahora no lo sentía y en la habitación solo veía a Rosie, pero a nadie más.

Tragué saliva.

—¿Cómo es que puedes verlos?

—Es un don —respondió.

—¿Desde cuándo los ves?

—Desde que tenía quince años, más o menos. Tú has ido más rápido que yo. Seguro que eres muy inteligente.

—¿Alguien más puede verlos?

—No lo sé.

—¿Son malos? —Me tembló la voz al preguntarlo.

Rosie reflexionó.

—No todos. Después te explicaré por qué están aquí y por qué los puedes ver, pero ahora tienes que prometerme que no le dirás a nadie que los ves y los oyes. Tienes un don increíble y muy pocas personas tenemos esa fortuna. Debes ser muy cuidadosa con tus palabras, sobre todo con los miembros de la familia. No puedes confiar en ellos. Trataré de que los fantasmas te dejen en paz. —Me acarició el cabello—. Me alegra mucho saber que has heredado este don de mí. No podría ser de otra forma, eres mi hija.

—Rebecca me ha hecho mucho daño —solté de repente.

—Lo sé, Anna. Y pagará por ello. Solo eres una niña y ha jugado con ventaja. Pero no volverá a pasar. Recuerda que eres lo más importante para mí.

Asentí y la abracé con fuerza.

—¡Te quiero mucho, mamá!

—¡Shhh! —me interrumpió—. Eso es un secreto, nadie debe saberlo, al igual que tu don, ¿de acuerdo? Es algo muy delicado, Anna. Estoy segura de que lo entiendes y que harás lo necesario para guardar el secreto. ¿Me prometes que solo tú y yo sabremos esto?

No dudé en responder.

—Te lo prometo.

—Muy bien, ahora descansa. Lo necesitas. Yo tengo que resolver

algunos asuntos.

Cuando se levantó de la cama, me obligué a hablar.

—Rosie, ¿los veré siempre? ¿Estoy enferma? ¿Estoy loca, como dice Rebecca?

Se rio con suavidad.

—Claro que no. No estás enferma. Ya te lo he dicho, tienes un don único.

—¿Por qué Rebecca no me quiere? ¿Qué he hecho mal? ¿Es por el don?

—No, Anna. Y ella tampoco debe saberlo. Te enviaré con una persona que podrá ayudarte, y entenderás por qué te ha sucedido todo esto. Es de confianza. Te ayudará a hacer desaparecer las voces. No te preocupes, estaré a tu lado. ¿O es que alguna vez he faltado a mi palabra?

—No. Nunca.

Suspiré y negué sin mucha energía.

—Me alegra escuchar esa respuesta, porque nunca te fallaré. Siempre estaré contigo.

Antes de que se fuera, me limpió el rostro con toallitas húmedas y me puso en una posición más cómoda para que descansara mejor. Me quitó los zapatos y me ajustó el vestido amarillo para que no se levantara más arriba de las rodillas. Por último, me dio un beso en la frente.

—Cuidaré siempre de ti, Anna.

Acompañada de aquellas palabras, caí en un profundo sueño.

Cuando desperté al día siguiente, el rostro todavía me dolía. Estaba envuelta en sábanas color crema, giré la cabeza y vi que Rosie estaba tumbada a mi lado. Cuando no usaba maquillaje parecía mayor, diferente, como una mujer sin vida. En cambio, cuando se pintaba los labios de rojo, sus profundos ojos azules resaltaban y le daban aspecto de poder.

Observé su cabello y vi que se estaba volviendo opaco, el tinte rubio se desvanecía en las raíces. Me toqué los rizos del cabello y los comparé con la melena de Rosie, que dormía plácidamente. Los míos eran más rubios y brillantes.

Me solté el pelo y me concentré en su expresión. Era guapa e inteligente. Deseaba ser como mi madre cuando fuera mayor, quería vivir y estar con ella todos los días de mi vida. Necesitaba que Rosie me abrazara y me dijera que me quería.

Me sentía muy afortunada por tenerla. Lamentablemente, Alex era quien disfrutaba más de su compañía. Seguro que pronto volvería a la mansión. Yo tan solo era su sobrina cuando toda la familia estaba cerca, y eso me molestaba. Aunque Alex era un buen chico y lo veía relativamente poco, sabía que él también apreciaba a Rosie. Alex era adoptado, pero no podía contarle porque era un secreto entre Rosie y yo. Y me encantaba tener secretos con ella, porque eso significaba que confiaba en mí.

—¿Qué miras?

Di un respingo en la cama y ella sonrió.

—Nada —respondí con una media sonrisa.

—¿Quieres ser como yo, Anna?

—¡Sí! —exclamé, emocionada.

Ella se rio.

—Seguro que cuando seas mayor serás preciosa y muy inteligente. Vamos, es hora de levantarse. Hoy te llevaré a un lugar muy especial.

Tuve ganas de saltar por la emoción, pero me contuve. Debía reprimir mi entusiasmo porque me alteraba demasiado cuando Rosie me proponía algo divertido. Me encantaba salir con ella, que fuéramos juntas a cualquier parte. Era feliz cuando estaba con ella, sentía que a su lado podía ser yo misma. Bueno, también sabía que había unos límites y cuál sería el castigo si los sobrepasaba.

—¿Cuándo podremos contarle todo, mamá?

—Anna...

—Ya sé que debo esperar, pero no puedo seguir más tiempo con Rebecca. Es muy mala conmigo y con todo el mundo. Solo me quiere ver sufrir —me quejé, pero no sirvió de nada. Mis quejas nunca servían de nada.

—Pronto.

Suspiré y me di la vuelta.

—Siempre dices lo mismo.

—Todo a su debido tiempo, Anna.

Se levantó de la cama y entró al baño de la habitación, cerró la puerta y me dijo que me preparara porque íbamos a salir muy temprano. Cuando miré el reloj, me percaté de que eran las siete. Me levanté e ignoré el dolor que aturdí mi cuerpo.

Cuando Rosie salió del baño, entré yo. Me duché muy rápido, no quería perder ni un segundo. Me asusté un poco cuando el agua se tiñó de rojo, pero luego recordé que aunque Rosie me había limpiado la sangre, probablemente no la habría podido limpiar toda.

Me vestí con unos vaqueros y una blusa rosa, sencilla y bonita. Era verano, el sol brillaba con fuerza, así que esperaba ir a comer un helado a algún centro comercial. Pero, al fin y al cabo, cualquier lugar era bueno para salir de esta casa tan oscura y eso me ponía de buen humor. Rosie entró al baño y me peinó el cabello rubio. Sus dedos sostenían mis mechones dorados a medida que pasaba el peine, y me sonreía.

—Te veo alegre —me dijo, mirándome por el espejo.

—Lo estoy, estoy muy feliz de estar contigo.

—Yo también. ¿Nos vamos ya?

—¡Sí!

—Muy bien, porque tenemos que hablar de los fantasmas —dijo antes de salir.

A partir de ese día, pude dormir tranquila. Rosie me contó toda la verdad y los misterios de aquel supuesto don que había heredado.

Además, cumplió su palabra: nunca me dejaría sola.

Nunca.

Hasta ese día.

Capítulo dos

Fuego.

Las cuatro paredes se iluminaron aquella tarde lluviosa. Ni siquiera las grandes gotas podían detener lo que estaba sucediendo. No había manera de que la tormenta apagara las llamas que se extendían por el suelo debido a la gasolina que yo misma había comprado hacía unas cuantas horas. Cuando vi la chispa, mi corazón saltó y mis ojos se movieron de un lado a otro en busca de una salida. Las paredes de repente se volvieron enormes y se tiñeron de color negro. El fuego lo estaba devorando todo.

El olor a plástico quemado inundó el espacio y me entraron ganas de vomitar. La garganta me picaba y empecé a toser. Había llamas por todas partes y nadie podía hacer nada para apagarlas. Ya era demasiado tarde.

El frío de la noche se había convertido en una gran fogata en la que nosotros éramos el alimento que la hacía cada vez más grande. El calor comenzaba a abrasarme. Hacía solo unos instantes, Rosie había encendido una cerilla. Al principio, había vacilado. Los dedos le habían temblado y había permanecido con los ojos abiertos de par en par, sin pestañear. Pero después había encendido otra cerilla y la había lanzado a la puerta. Ahora, todo ardía.

Me dolía todo: las piernas, los brazos, la espalda... Las mejillas me palpitaban frenéticamente. El miedo corría por mis venas.

No podía pensar con claridad. Todavía estaba aturdida por los golpes que me había dado mi madre. Pero cuando el fuego empezó, mis sentidos se pusieron alerta y mi subconsciente me advirtió del peligro.

Parecía que estaba drogada. Tenía mucho miedo. No podía valerme por mí misma en ese preciso momento y eso todavía me asustaba más.

Cuando Rosie sonrió y dejó caer la cerilla, el fuego apreció en un instante. Fue rápido. Noté el calor en todo el cuerpo, pero afortunadamente estaba lo suficientemente lejos para que las llamas no me quemaran. Sin embargo, pronto lo harían si no encontraba una salida.

Mi instinto de supervivencia me hizo abrir los ojos y, al darme cuenta de que las llamas anaranjadas se acercaban rápidamente a mí y a Rosie, retrocedí sin pensarlo. Las piernas me temblaban, el corazón me latía muy rápido, y el calor ya era abrasador.

Las llamas rozaron la piel de mi brazo derecho y, al instante, y sin poderlo evitar, un grito asfixiante salió de mi boca. Estaba asustada. El humo negro se estaba adueñando de ese pequeño lugar.

No podía mantener los ojos abiertos durante mucho tiempo, tenía que cubrirlos antes de que me cegara por completo. Me llevé el brazo a la cara para protegerme del humo.

He visto a Hannah correr, la he visto huir.

Quería ir tras ella, pero estaba muy lejos de mí, y una viga de madera había caído enfrente y creado una gran barrera de fuego entre nosotras. Aunque las llamas iluminaban el lugar, no podía ver nada.

—¡Hannah! —grité, pero ella no me oyó.

Estaba tan aterrada como yo. Intentaba salvar su vida, y la admiraba por eso. Yo siempre había sido el juguete favorito de todos los Crowell, incluida mi verdadera madre.

Tenía el ritmo cardíaco por las nubes, estaba entrando en pánico. El corazón me dolía. Estaba gastando todas mis energías y sabía que muy pronto caería. Estaba dándome por vencida. Miraba por todas partes, pero no había salida, tan solo llamas.

Hannah no había vuelto. Ni siquiera para asegurarse de que Rosie y yo estuviéramos sanas y salvas. Nos odiaba y ahora sabía que yo nunca podría pedirle perdón. Nunca podría cambiar eso. Lo había arruinado todo. No podía evitar sentirme culpable.

Sabía que esa sería la última vez que la vería.

Me di la vuelta en busca de una salida. Daba vueltas una y otra vez, pero lo único que veía eran las grandes llamaradas que se formaban.

Ya no había salida. Rosie y yo estábamos atrapadas en las llamas, que consumían el lugar a gran velocidad.

Nunca había estado en una situación tan horrible. Seguramente lloraba, pero ni siquiera era capaz de mover el brazo para comprobarlo. La sangre seca me cubría la boca y la barbilla. No sabía exactamente cuánto tiempo había pasado desde que me había desmayado. Estaba confundida. Miraba a mi alrededor y veía con impotencia cómo poco a poco la madera y los trapos se convertían en cenizas.

Debía de ser una pesadilla, debía de estar soñando.

Era la única explicación plausible.

No podía estar pasándome algo tan malo.

No otra vez.

—¡Rosie! —chillé entre el fuego.

Percibía el calor intenso de las llamas. Podría desmoronarme en cualquier momento.

—¡Rosie! —grité una vez más, sin éxito. Estaba sola—. ¡Por favor! ¡Ayuda! ¡Auxilio!

Ahora sí lloraba pero las lágrimas se evaporaban rápidamente debido al calor abrasador.

—Por favor... —Cerré los ojos con fuerza y susurré para mí misma—. Que alguien me ayude, por favor. No quiero morir.

—Ven aquí. —Una mano me agarró del brazo.

No quería mirar. El ardor que sentí en el brazo me hizo pensar que había pasado algo muy desagradable. El calor sofocante no me dejaba respirar. Si trataba de inhalar aire, lo único que alcanzaba a respirar era el humo negro.

La herida del brazo me ardió.

Al sentir el contacto de los dedos de la mujer que había provocado el incendio, supe que tenía el brazo en carne viva. No sabía si podría salir de esta. La puerta había sido lo primero en arder, y la única salida estaba inutilizada, bloqueada por maderas ardiendo.

—¿Por qué lo has hecho? —grité.

Ahora no solo me quemaba el brazo, sino toda mi piel. Las llamas estaban muy cerca de mí.

—Anna. —Me miró asustada mientras me empujaba para salir de ahí.

Trataba de encontrar una salida, pero era inútil, estábamos atrapadas en el corazón del infierno.

—Vamos, Anna. No es momento de discutir, salgamos de aquí, ¿de acuerdo? Te prometo que todo irá bien. Estaremos bien, pero tenemos que salir de aquí, y tú debes ayudarme, como siempre lo has hecho.

Estaba desesperada, hablaba muy deprisa, trataba de arrastrarme hacia algún lugar, pero yo ya me había resignado. Iba a morir.

—No quiero ayudarte —respondí.

—Vamos, por aquí hay una salida —lloriqueó presionándome el brazo. Sus uñas se hundieron en mi piel con desesperación y apreté los labios para no gritar.

El dolor me estaba matando. Era indescriptible.

Lamentaba haber sido parte del plan de Rosie, donde ella era la única que salía beneficiada. No le importaba nadie, ni siquiera yo, que era su hija y había salido de su vientre. Me había abandonado para dejarme con Rebecca, que fingía que yo era su hija aunque ambas sabíamos la verdad. Había mentido para hacer creer que había tenido un aborto y, así, hacer la vida imposible a los Crowell. Yo era un juguete para ella. Me usaba de cebo para atraer a sus presas.

Ahora sabía que Rosie no tenía sentimientos, que estaba mal de la cabeza y que, desafortunadamente, yo había caído en sus garras.

—¡Te odio, te odio! —Aparté el brazo y me zafé de su agarre. Los dedos y el cuerpo le temblaban. Sabía que era nuestro fin, y aun así, quería que una puerta se abriera frente a nosotras para huir.

—Anna... —intentó cogerme de la mano, pero retrocedí. Mi codo chocó contra un trozo de madera ardiendo, pero ya no me quedaban fuerzas para gritar, solo podía lamentarme por haber creído en las palabras de Rosie—. Ven conmigo, te sacaré de aquí.

Bufé con rabia.

—¿Es que no lo ves? No hay salida. Estamos rodeadas de fuego. Vamos a morir. Y todo es por tu culpa. ¡Es por tu culpa!

Las llamas se reflejaron en sus ojos, en esos hipnóticos y profundos ojos azules que durante tanto tiempo me habían atormentado, siempre acompañados de amenazas dulces. Ahora estaba colérica, apretaba los puños, pero todavía no había lanzado el primer golpe. Me miraba intensamente,

como si sus ojos me ordenaran lo que tenía que hacer. Eran poderosos.

—¿Por mi culpa? —Su voz sonó ronca.

—Sí —confirmé sin miedo. Después de tantos años, me estaba enfrentando a esa mujer que siempre me había intimidado, pero que, de alguna manera, admiraba—. Vamos a morir por tu maldito egoísmo. ¡Bruja!

Estaba cansada de ser la misma chica a la que todos creían que podían usar. Estaba cansada de fingir ser una persona que no era, de hacer cosas que no me gustaban solo para satisfacer a los demás, dejando de lado mi propia felicidad. Siempre había caído en la cuenta de que necesitaba a otra persona para ser feliz, para seguir viviendo en este mundo. Mis emociones dependían de Rosie. Ella me había metido esa idea en la cabeza. Un día podía decirme que yo era inteligente, que podía hacer lo que me propusiera, siempre y cuando fuera para su propia conveniencia, pero al día siguiente podía estar dándome una bofetada, para después vociferar lo torpe y tonta que era al hacer las cosas. Y eso era cierto, yo era tonta y torpe. Me dejaba influenciar por las personas muy rápido. Hacía lo que me pedían sin protestar, no tenía carácter, no tenía personalidad, era lo que ellos querían que fuera. Y ya estaba cansada de eso.

Yo no era un juguete, era una persona.

Y yo tenía valor.

Me enjuagué las lágrimas con el antebrazo y, ocultando el dolor, meforcé a mirarla. No me importaba que el humo me hiciera arder los ojos unos segundos más.

Si iba a morir, por lo menos tenía que desahogarme.

—¿Por qué me has hecho tanto daño?

No apartó la vista de mí. Me miraba tratando de comprender qué me sucedía. Era inteligente, estaba analizándome, sabía que cuando entrecerraba los ojos, intentaba leer mi comportamiento, y casi siempre lograba atinar lo que sentía. Bruja.

Seguro que se haría la víctima. Pero yo ya estaba preparada para afrontarlo.

—Te di todo lo que estaba en mis manos. Eres mi hija, Anna. Te quiero más que a nadie en el mundo. Todo esto lo he hecho por ti.

—¡Mentira! Todo lo que dices es mentira. Finges, como siempre. Pero esta vez se acabó. No habrá más juegos ni más mentiras. Deja de actuar, deja

de fingir que en algún momento te he importado. Sé que nunca he sido nada para ti.

Lloré con ganas. Los pulmones me dolían.

—Salgamos de aquí, ven... —Trató de cogerme de la mano, pero la aparté de un tirón. Sus ojos se abrieron de la sorpresa.

—Prefiero morir aquí que seguir contigo.

—Anna...

—Déjame aquí, ¡vete! —chillé—. Nunca te he importado. No intentes preocuparte por mí ahora, no lo hagas, porque ya me has destruido y este daño no tiene solución. Ya no te quiero. Fui una ingenua al creer que eras la mejor persona del mundo... al admirarte.

—Vamos, Anna.

—No quiero verte nunca más. Te odio —exclamé con rabia.

Decía la verdad. A medida que las palabras salían de mi boca, el veneno también salía de mi sangre. Me limpiaba por dentro, me sentía más libre.

Todo lo que nunca había sido.

Intentó tocarme el brazo. Di un paso atrás para alejarme de ella lo más rápido posible, pero mis zapatos chocaron con algo duro y muy resistente, tropecé y caí al suelo. Me di un golpe en la cabeza, pero no perdí el conocimiento.

Escuché a Rosie gritar.

—¡Anna! —corrió hacia mí.

La vi aproximarse con terror en los ojos, pero cuando estuvo a punto de tocarme y ayudarme a levantarme, un trozo de madera cayó encima de Rosie, y luego otro y otro, creando otra barrera de fuego. Las llamas crecieron.

Abrí los ojos como platos para buscar a Rosie, pero no había nada ni nadie. Estaba sola.

—¡Rosie! —grité, pero no hubo respuesta.

Seguro que estaba muerta.

—¡Socorro! —Esperaba que sucediera algún milagro.

Me levanté, pero un segundo después estaba de nuevo en el suelo, que estaba caliente, como si fuera lava. Yo también ardía.

Oía el sonido de la madera al consumirse, el crujido de los tablones al romperse y caer al suelo. Las llamas crepitaban cerca de mi oído, cerca de mi

piel. No era como en las películas, era todavía más aterrador.

Suspiré.

—Perdón —dije a la nada—. Perdón por todo lo que he hecho.

Intenté levantarme de nuevo, pero las piernas me fallaron, no tenía fuerza en el cuerpo, estaba muy débil. Tenía las piernas rojas e hinchadas. La tela del vestido se había desgarrado y tenía la piel de un color rojo vivo.

Traté de mover las piernas, pero fue imposible, solo pude gritar. Gritar como nunca antes lo había hecho.

El dolor no se podía comparar con nada.

Sentí un hormigueo desde las rodillas hasta la cadera. Si trataba de moverme, dolía. Una gota de sudor me resbaló por la frente. Me la sequé con un movimiento rápido, pero cuando me miré los dedos, estaban de color rojo. Era sangre.

La angustia y la desesperación me consumieron.

Me volví a tocar la frente y sentí la humedad. Ahora sangraba. A pesar de que la temperatura era altísima, las lágrimas no dejaban de brotar. No se terminaban.

—Dame otra oportunidad y lo haré bien —supliqué sin saber lo que decía y a quién se lo pedía. Las lágrimas me nublaban la vista, más incluso que el humo—. Dame otra oportunidad.

Cerré los ojos con fuerza. Inhalé oxígeno de manera inconsciente mientras me imaginaba en un lugar limpio y lleno de flores frescas, pero empecé a toser.

El fuego no olía a nada. Solo podía oler el aroma a gasolina.

El lugar se estaba hundiendo.

Algo crujió.

Abrí los ojos.

El sonido se repitió. Venía de arriba.

Alcé la cabeza y todas mis ilusiones se vinieron abajo. El techo crujió, el cemento se abrió, apareció una grieta, y luego otra y otra, hasta que se unieron. Vi lo delgadas que eran aquellas líneas en zigzag. Se escuchó un trueno, pero el techo no cayó; había algo más que crujía. Giré la cabeza y vi un enorme pedazo de madera llameante caerme encima. Me cubrí el rostro con los brazos y grité. Sentí el golpe en todo el cuerpo, me crujieron los

huesos y se me quemó la piel.

Entonces, dejé de llorar. Tenía la boca seca y de mi frente brotaba un líquido rojo que me impregnaba la cara. Todo ardía. Abrí los ojos por última vez y lo único que vi fue cómo el fuego se acercaba a mí.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el calor.

Era mi fin.

—Solo quiero una oportunidad. Solo una —pedí entre las llamas que me consumían con lentitud.

Capítulo tres

Escuché un ruido. Tenía la mente en negro, como si estuviera a punto de despertar de un largo sueño. Me sentía pesada al principio, me costaba moverme y entender lo que había sucedido. La cabeza me daba vueltas. De pronto, las imágenes del incendio volvieron a mi mente. Vi las llamas cerca de mí, a punto de consumirme, y entonces di un salto, asustada.

¿Podría ser?

¡Sí! ¡Sí, tenía que ser eso!

Seguía viva. Mi corazón latía, sentía las pulsaciones en el pecho. Todavía no comprendía qué había sucedido. Pero seguía aquí. Estaba segura. Abrí los ojos con una media sonrisa, esperanzada. Para mi sorpresa, había despertado en la mansión de los Crowell con un fuerte dolor de cabeza; sin embargo, no había despertado en una cama, ni la luz del sol me bañaba el rostro, no estaba en una habitación blanca, y mucho menos tenía conectada al brazo una bolsa de suero. Todo lo contrario; cerca de mí no había nadie.

Estaba sola, como siempre. No había ruido.

La sonrisa se esfumó.

Me miré los brazos y las piernas. Lo último que recordaba eran las llamas acercándose peligrosamente hacia mí. Después de eso, nada más. Tenía la sensación de que algo muy raro me estaba pasando, es decir, me sentía extraña, mi cuerpo parecía ligero y no tenía sed ni hambre. Solo me dolía la cabeza y el pecho. Las tripas no gruñían para reclamar comida, no tenía la boca seca, y sentía que podía flotar en el aire. De hecho, era como si fuera

parte del aire. Mi cabello estaba reluciente como nunca, podía verme las puntas y eran de un color oro. Estaba sorprendida.

No pude evitar sentirme emocionada de nuevo.

Había sobrevivido. Estaba bien. Estaba viva y eso era lo que importaba. Tenía una segunda oportunidad, lo sabía. Ahora podía hacer las cosas bien, podía empezar de cero. No importaba dónde había despertado, estaba bien y eso era lo que me animaba.

Me observé las manos; estaban pálidas, no parecía que hubiera estado en un incendio, mucho menos que me hubiera quemado. Era como si aquellas llamas nunca hubieran existido. Pero yo lo recordaba, recordaba las heridas en mis brazos y piernas, todavía tenía muy presente el olor a gasolina, y, sin embargo, ahí estaba, tendida en el suelo en posición fetal. El cabello me caía en la cara como una cortina. Intenté levantarme, pensando que las piernas me arderían, que el hormigueo volvería y que esta vez sería peor. Llevaba unos vaqueros limpios, no estaban quemados como una hoja de papel, ni rasgados, y tampoco notaba ninguna quemazón. Contuve los nervios y vacilé, no sabía si tocarme las piernas porque, tal vez, las heridas seguían debajo.

Me senté en el suelo y, todavía sin atreverme a mover por completo las piernas, las toqué lentamente con las yemas de los dedos, como si me fuera a hacer daño. Pero no sentí nada, no había dolor, y eso me animó a presionar más.

Nada.

Las estiré y algo crujió, pero fue un crujido indoloro. Como si hubiera partido por la mitad una patata. Fue el crujido más agradable que había oído en mi vida. Ahora me sentía más aliviada, con más energía, podía moverme más rápido. Mis movimientos empezaban a ser veloces, estaba recuperando la flexibilidad. Era como si hubiera despertado de una larga siesta y me estuviera estirando para hacer crujir todos mis huesos.

Fruncí el ceño, confundida.

¿Acaso me había salvado? ¿Cuánto tiempo había pasado desde el incendio? ¿Hannah había logrado salir? Luego sentí un espasmo en el estómago y casi vomité. ¿Rosie habría logrado salir también?

Esperaba que no, muy en el fondo deseaba que Rosie se hubiera quedado atrapada entre las llamas. Deseaba que el fuego de aquel infierno la hubiera consumido.

Me levanté.

Sonreí un poco, lo suficiente para sentir ese hormigueo en el estómago. Estaba sana y salva. Y aunque todavía sentía las llamas calentar mi piel, sabía que eso había terminado.

Pero ¿qué había sucedido? ¿Dónde estaba exactamente? ¿Por qué estaba ahí, sola y sin ningún rasguño después de haberme quemado y haberme caído un pedazo de madera encima, dejándome inconsciente? ¿Dónde estaban todas las heridas? ¿Alguien me había salvado? ¿Me había estado curando todo este tiempo?

¿O tal vez estaba...?

No.

Pensarlo me hizo sentir escalofríos.

Tomé un poco de aire y entonces me quedé quieta, observando todo lo que había a mi alrededor, pero para mi sorpresa no había nada, era una bodega sin cajas, sin ratas y sin ningún olor horrible, entre esas cuatro paredes solo estaba yo. Me di media vuelta para observar qué había detrás de mí y entonces lo vi.

Había una salida. Era una puerta grande de metal, parecía la puerta de una caja fuerte, pero era grande y estaba oxidada. Caminé hacia allí con pasos lentos, esperando que alguien entrara para detenerme, pero cuanto más me acercaba, más aumentaban mis nervios.

Di un respingo cuando vi una sombra acercarse. La vi por el espacio que había entre la puerta y el suelo. La luz al otro lado de la puerta estaba encendida, era blanca, muy blanca.

Retrocedí, asustada.

Mi corazón latió con fuerza.

¿Y si me habían secuestrado?

No, no, no. Eso no era posible, porque recordaría a alguien entrando aquí para alimentarme o curarme las heridas, y a juzgar por el estado de mi piel, suave y libre de heridas y rasguños, sabía que eso habría requerido un largo tiempo. Un tiempo en el que seguramente yo podría haber visto o escuchado algo. Pero tan solo recordaba el fuego y, a partir de ese momento, nada.

Ni siquiera un susurro.

Luego escuché voces, lejanas y extrañas, pero nadie entró. La sombra iba

de un lado a otro, se movía rápido, se reía y luego volvía a hablar, pero no podía descifrar las palabras ni la voz, me resultaba muy difícil comprender lo que decía.

Cuando la sombra se alejó, me volví a acercar a la puerta, temerosa de que esta vez se hubiera dado cuenta de que me había despertado. Pegué la oreja a la puerta oxidada y fría para escuchar mejor. Ya no había ruido. La voz se había callado.

Titubeante, empujé la puerta. Era pesada y tuve que hacer mucha fuerza para abrirla.

Me quedé quieta, petrificada.

Allí estaba ella, sentada en la cama, con los pies descalzos y el teléfono pegado a la oreja. Sonreía.

—¡No! —dijo riendo—. Mi madre no me dejará ir. Ya te lo he dicho. Tal vez después.

Miré alrededor. Estaba en una habitación con paredes blancas, había libros tirados por todas partes y el ambiente había pasado de ser frío a cálido. El suelo de madera hizo que mis zapatos crujieran cuando estuve dentro de la habitación, pero ella no se percató de nada. Estaba concentrada en la llamada de teléfono. Había otra puerta cerca de la cama, entreabierta, y entreví una taza de váter y un tapete de color morado. Más al frente había otra puerta. También había un escritorio sencillo, con un ordenador encendido rodeado de papeles, libretas y libros de distintos colores; en la mesa vi pequeños botes de plástico que contenían clips, grapas, lápices, colores y rotuladores. Estaban en diferentes botes y perfectamente ordenados, aunque los libros estaban esparcidos y abiertos unos sobre otros.

A un lado de la cama había dos muebles de madera brillante que adornaban la habitación junto con dos lámparas de color crema, que estaban encendidas. No había espacio que no estuviera iluminado.

La puerta se abrió de golpe y una mujer de unos cuarenta años asomó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Hannah, has visto mi gabardina verde? Estoy buscándola y no la encuentro por ningún lado. Estoy segura de que la llevaba puesta esta mañana cuando fui a la lavandería.

Entró a la habitación despreocupadamente y empezó a husmear en las pertenencias de la joven. Su primer movimiento fue buscar en los cajones

donde seguramente estaba la ropa de Hannah.

¿Qué hacía aquí? ¿Qué hacía en la habitación de Hannah Reeve? ¿O, debería decir, de Hannah Crowell?

Cuando me giré hacia la puerta por donde había entrado, me golpeé con fuerza en el rostro. Ya no estaba. La puerta de metal había desaparecido, ahora era una pared blanca, como si la hubieran tapado en cinco segundos.

—Creo que la he visto en la sala.

—¿Y qué hace allí?

—Mamá, no lo sé, seguro que la has dejado ahí y no te acuerdas. Parece que por fin estás despejando la mente y la limpieza y el orden ya no son tu prioridad —respondió Hannah con una sonrisa divertida, sin colgar el aparato.

La madre de Hannah se puso las manos en la cintura y se mordió el labio, confundida y tratando de recordar qué había hecho la última vez que había usado la gabardina verde. Luego se dio la vuelta, aunque por su expresión parecía que daba crédito a lo que Hannah decía.

—¿Con quién hablas? —preguntó cuando se dio cuenta de que Hannah estaba al teléfono.

—Con Alex. —Se ruborizó, pero ella no lo notó.

Margaret sonrió.

—Oh. —Su sonrisa se hizo más profunda, y las comisuras se le elevaron. Estaba risueña—. Creo que debería irme, entonces. Me voy con Eric, saldremos esta noche.

—Salúdalo de mi parte —respondió.

Margaret se acercó a Hannah y le arrebató el móvil de las manos. Hannah ni siquiera tuvo oportunidad de protestar. Lo único que pudo hacer fue adoptar una mueca de disgusto, en parte de preocupación, ya que no sabía lo que Margaret iba a decirle a Alex.

—Hola, Alex. —Hannah abrió los ojos de par en par y fulminó a su madre con la mirada para que no le dijera nada desagradable a Alex—. Soy Margaret, sé que quieres seguir hablando con Hannah hasta tarde, pero recuerda que mañana tenéis clase, así que sé prudente. Después de clase puedes venir a casa a comer y seguir con vuestra conversación. Te envío un saludo. Buenas noches.

Hannah le susurró algo, pero Margaret le devolvió el teléfono y le dio un beso en la frente.

—Asegúrate de que todo esté cerrado antes de que te vayas a dormir, ¿de acuerdo? —Hannah asintió sin hacer mucho caso, porque volvía a prestar atención al teléfono—. Sé que Alex es buen chico, pero no os paséis, ¿de acuerdo? Te quiero.

Y dicho eso, se fue.

No me había atrevido a hablar todavía, pero por lo que parecía, ninguna de las dos me había visto. Cuando la madre de Hannah cerró la puerta tras ella, me aclaré la garganta. Estaba dispuesta a hablarle.

—Lo siento, Alex. —Estaba avergonzada, pero una parte de ella sonreía—. Ya sabes cómo es mi madre... Esta noche saldrá con Eric. Quiero decir, con mi padre.

Me picaba la garganta. Sentía un nudo que no me dejaba hablar. De hecho, no había hablado durante mucho tiempo, y dudaba de que mi voz siguiera conmigo. Por un momento pensé que no podía hablar, que me habían cosido la boca y que las palabras no iban a salir por más que lo intentara.

Carraspeé, pero eso ni siquiera llamó su atención.

—¿Hannah? —pregunté por fin sin obtener respuesta.

Tal vez había hablado demasiado bajo.

Las palmas de las manos me sudaban.

—¿Listo para la gran fiesta? —dijo ella al teléfono.

Parecía emocionada y mostraba una gran sonrisa. Me sorprendí al ver esa expresión, porque siempre había tenido cara de preocupada o sus pensamientos la consumían en un segundo, pero esa vez no era el caso.

Suspiré y lo intenté de nuevo. Me aclaré la garganta y me obligué a gritar un poco. Mi voz tenía que escucharse con potencia, debía hacerle saber que yo estaba ahí de alguna manera.

—Hannah, soy Anna. —Mi voz era fuerte, podía escucharse en toda la habitación. Sin embargo, Hannah no reaccionó. Era como si no pudiera verme ni oírme. De hecho, solo esbozó otra sonrisa. Pero no era para mí, sino para Alex.

Temblé y me quedé quieta.

—¿Hannah? —El volumen de mi voz disminuyó.

Nada. Yo no existía.

—¿Me oyes?

De nuevo, ninguna respuesta.

Mi media hermana estaba perdida en su conversación con Alex y nadie la iba a interrumpir por nada del mundo, ni siquiera yo, que acababa de salir de quién sabe dónde.

Me moví por la habitación, mi calzado hacía crujir el suelo mientras caminaba, pero ella ni siquiera lo escuchaba. Fui hasta la ventana para ponerme enfrente de Hannah e intentarlo de nuevo. Tal vez estaba demasiado concentrada en la voz de Alex. Tal vez, si me ponía justo delante de ella, se daría cuenta de mi presencia.

Tal vez...

Me moví con lentitud. Su risa era fuerte y sonora, y sonreía como nunca. Sentí celos de ella, y no precisamente por Alex, sino porque ella parecía feliz. Y me alegraba por eso, se lo merecía después de todo lo que había sucedido, de lo que Rosie y yo habíamos provocado.

Cuando llegué a la ventana, me detuve y esperé a que Hannah volviera a mirar hacia allí. Cuando lo hizo, se quedó quieta, como si hubiera visto a alguien, pero simplemente permaneció así, quieta, mirando a la nada.

¿Me veía?

La ansiedad me invadió.

Las ramas de un árbol crujieron, pero no les presté atención.

—Alex, dame un segundo. Creo que he visto algo.

Tenía el rostro preocupado, alarmado.

Me estaba viendo. Estaba segura.

—Hannah... —empecé a decir con extrema emoción.

Quería que me abrazara, que el calor de aquel infierno desapareciera. De pronto, empecé a sonreír.

Mi corazón parecía un tambor. Las piernas me temblaban.

¿Estaba viva? ¿Todo estaba bien?

¿Por fin?

—¿Qué haces aquí? —Se había levantado de la cama y ahora caminaba en mi dirección con los ojos abiertos, expectantes a mi respuesta. Sus pies

descalzos caminaron por el frío suelo, pero eso no la detuvo

Jugué con mis dedos.

—Es muy extraño, ni siquiera yo lo sé...

Pero entonces ocurrió algo extraño.

Hannah sonrió.

La dirección de sus ojos pareció cambiar cuando se acercó más. No me estaba mirando a mí, sino a otra persona.

Sentí una ráfaga de viento frío atravesar mi cuerpo. La espalda se me congeló.

—Mi madre va a matarnos, Alex.

La cabeza me daba vueltas, la habitación era como un castillo de arena, todo empezaba a desvanecerse a mi alrededor. Me di la vuelta en lo que pareció ser una eternidad y vi a Alex colgando de la ventana de Hannah con una sonrisa triunfante, emocionado. Los ojos le brillaban, tenía los brazos apoyados en el marco de la ventana y parecía necesitar ayuda para subir. Lo más decepcionante era ver que tampoco parecía darse cuenta de mi presencia, a pesar de que estaba en medio de los dos. Justo en medio, donde deberían verme claramente, pero ellos no lo hacían. Y estaba segura de que nadie más podría. Cuando Hannah dio un paso adelante para ayudar a entrar a Alex, me atravesó.

O, mejor dicho, yo la atravesé.

La habitación se volvió fría, la piel de Hannah se puso de gallina, quizá pensó que se debía al viento que hacía afuera. Pero eso no era verdad, era yo.

Se me nubló la vista. Me sentí débil, perdida.

No podía creerlo.

El miedo me invadió y de nuevo escuché esas voces gritándome. Volvía a ver a esas personas a mi alrededor, burlándose de mí. Estaba en una situación terrible y ni siquiera sabía por qué había terminado allí.

No sabía por qué ahora yo era... eso que tanto había odiado, que tanto me había frustrado y causado miles de pesadillas y cientos de noches de insomnio. Yo era eso que nadie deseaba ver. El ardor en mi estómago era insoportable, estaba furiosa por haberme convertido en algo que no soportaba. Quería llorar y desaparecer de una vez, pero ahora era imposible.

Seguro que estaba muerta, seguro que estaba a dos metros bajo tierra,

como siempre había soñado Rebecca, pero mi alma seguía aquí. Y yo no podía hacer nada para irme de este mundo, de ninguno de los dos.

Estaba condenada.

Entonces comprendí lo que estaba sucediendo. No había heridas por una sola razón, me sentía más ligera por algo que yo conocía, algo que había visto en Alex y en cientos de personas, o no-personas.

Sentí que me ahogaba. Esto no me podía estar pasando. Después de tanto tiempo, y después de lo que había sufrido, las cosas malas seguían pasándome a mí. Era un imán de la mala suerte. Sonará irónico, pero quería morirme, aunque ya conocía la respuesta.

Cuando me acerqué para apoyarme en el escritorio de Hannah, pasó algo increíble. Mi mano atravesó aquel pedazo de madera. Fue sorprendente, lo sentí frío.

Me miré la mano, que seguía intacta.

No, no, no.

Me sentí caer.

Yo era un fantasma.

Capítulo cuatro

Me apoyé en una de las columnas de mármol que sostenían el techo de la mansión de George. Me dolía la espalda por la incómoda postura en la que estaba; sin embargo, no me había atrevido a bajar las escaleras y mezclarme con todos los amigos de Hannah y Cara. Sabía que nadie podía verme, a excepción de mi madre, que estaba encerrada en un psiquiátrico ajena a la realidad.

Ella había provocado mi muerte, pero no lo recordaba. Cuando iba a visitarla, no podía hacer que entrara en razón, no podía mencionarle nada que implicara un incendio o a la familia Crowell. Se ponía histérica y paranoica. Estaba en un trance en el que creía que yo seguía viva, cuando no era verdad. Yo estaba muerta, pero de una forma u otra, seguía en este mundo sin que nadie más me viera. Aunque había cientos de personas, ruidos, voces y almas a mi alrededor, me sentía sola y excluida, como me había sentido siempre. Mi única conexión era con Rosie, pero no podía hacer mucho con su situación.

Estaba desesperada y asustada por lo que podía pasarme.

No quería olvidar cuál era mi misión.

Tenía que encontrar mi cuerpo para poderme ir en paz después de todo el infierno que había sido mi vida, antes de que fuera demasiado tarde.

Tenía la esperanza de que si iba a la mansión y me presentaba en la fiesta que organizarían para Cara, Hannah podría verme o sentir mi presencia para ayudarme a cumplir mi misión igual que había hecho con Alex, pero nada de eso había sucedido. Lo había intentado todo, pero Hannah no se había

percatado de nada, solo bailaba con los demás estudiantes. Había subido un par de veces a la habitación a buscar unos zapatos con otro tacón, y su cuerpo había estado a solo diez centímetros de distancia de mi cuerpo fantasma, y ella ni siquiera me había mirado o me había dicho nada. Era como si realmente yo no estuviera ahí. Simplemente se limitó a seguir su camino como si no hubiera pasado nada.

Porque eso era lo que Hannah estaba pensando. Creía que no podía suceder nada más, que todo lo malo había desaparecido después de que internaran a Rosie. Pero estaba equivocada. Todo comenzaba ahora.

Recordé la tarde en que fuimos de compras y pagué por un vestido que había fingido que me gustaba. Hubiera querido contarle la verdad antes del incendio. Antes de morir allí. Todavía no sabía por qué esta noche llevaba un vestido púrpura, me lo había pensado varias veces antes de ponérmelo, sabía que nadie me vería, pero quería sentirme guapa. Tras meditarlo durante unos minutos, me di cuenta de que, después de todo, el púrpura era un color bonito. Era inocente y parecía que emanaba olor a lavanda. Aunque era extraño, nunca había visto a un fantasma cambiarse de ropa, pero yo podía cambiar de conjunto si lo deseaba. Era extraño y divertido.

La escena del incendio se seguía repitiendo en mi mente a cada segundo. Todavía recordaba las duras y frías palabras que le había dicho a Hannah.

Me sentía muy mal. Ni siquiera yo comprendía cómo había hecho algo de ese nivel. Habíamos herido a muchas personas, y yo no era consciente de ello, porque Rosie me había manipulado. Pero también había sido culpa mía, y considerar a Rosie la única culpable era una excusa para negar mi responsabilidad.

Me crucé de brazos al verme en la situación más aburrida e incómoda de mi vida. Era la primera fiesta a la que asistía, y mi temor se estaba haciendo realidad: todos me ignoraban. Era un fantasma.

Negué con cierta ironía y seguí en mi mundo.

Al menos podía caerme con los zapatos de tacón alto, o darme la vuelta y que alguien me manchara el increíble y bonito vestido con una bebida, o también hacer la cosa más vergonzosa del mundo. En cualquier caso, nadie me vería.

Miré el vestido una vez más. Era tan bonito que deseaba quedármelo para siempre. Tenía un escote que formaba una preciosa V en el pecho, donde

había una tela cosida del mismo color que formaba un top, y de esta misma tela se desprendía otra más delgada, que dejaba caer más tela brillante y lisa a lo largo de mi cuerpo. Los tirantes eran tan delgados y finos que apenas se notaban en mis hombros.

Afortunadamente no había tenido que peinarme, los rizos estaban perfectos y no necesitaba tenacillas para repasarlos. Ahora eran más rubios y, cuando estaba bajo el sol resplandeciente, parecía que mi cabeza brillaba como una señal de advertencia de color amarillo. No estaba segura de si eso era bueno o malo. Me gustaba mucho el color de mi cabello, pero no quería parecer una luciérnaga brillando en la oscuridad.

Me desplazé hasta el balcón de la mansión, del que nacían dos escaleras. Apoyé las palmas de las manos en la barandilla protectora y observé lo que había en la primera planta. El salón parecía más pequeño con tanta gente. Globos de diferentes colores se movían de un lado a otro y alcanzaban cierta altura cuando alguien los lanzaba para después volver a caer o topar con otras manos que los volvían a lanzar lejos.

Sonreí un poco. Todos se divertían. Veía las cabezas y los cuerpos moverse con agitación. Algunos cantaban y otros bailaban ridículamente, pero no les importaba. Era una ocasión especial y todos la estaban disfrutando.

Miré un par de rostros conocidos y luego vi a Hannah yendo hasta la barra, donde un chico preparaba las bebidas. Las luces de la bola de espejos no me dejaban ver con claridad los rostros, pero podía reconocer a mi media hermana a un kilómetro de distancia.

Se dejó caer en una de las sillas disponibles y después vi que el chico le daba un vaso de agua.

Yo lo observaba todo con cierta dificultad. Mi corazón de disparó cuando unos minutos después, él me señaló, como si pudiera verme. Negué, confusa. Tal vez estaba señalando a alguien que tenía detrás. Solo vi una sombra, porque las luces no me permitían verle el rostro, pero sabía que señalaba en mi dirección.

De repente, sentí mucho calor.

Hannah estuvo a punto de caerse de la silla, pero Alex la sostuvo con fuerza. Ella le dijo algo y sonrió delicadamente, como si le hubiera dicho que todo estaba bien. Alex asintió no muy convencido y después la tomó de la

mano para llevarla fuera; seguramente le había pedido que fueran a tomar el aire. Mientras se alejaban, parecía que Hannah trataba de asimilar lo que sucedía a su alrededor.

¿Qué le había dicho aquel chico para que se pusiera de esa manera?

Me armé de valor. Si me había señalado, era por alguna razón. Si había sido un error y me acercaba a hablarle, no pasaría nada, porque yo era un fantasma y nadie podía comunicarse conmigo.

Pero si él me hablaba...

No, no me lo creía.

Bajé las escaleras, vacilando. Él estaba sirviendo más bebidas, era ágil con las manos, se movía rápido en ese espacio reducido.

No se había percatado de que me estaba acercando y eso era buena señal, porque mis nervios disminuían cada vez más.

Al menos no me sentía intimidada por su mirada. Y por ninguna de las que había en la fiesta. De alguna manera, era reconfortante saber que nadie me estaba observando.

Pero entonces sucedió algo extraño. De pronto, Hannah estaba a mi lado y me atravesó a gran velocidad mientras Alex la seguía. Tenían gotas de sudor en la frente y sus ojos reflejaban preocupación. Podría jurar que Hannah casi estaba mordién dose las uñas mientras avanzaba, pero iba tan rápido que apenas mantenía el equilibrio.

Cuando Hannah me rozó el hombro, vi cómo su boca se abría y se giraba para ponerse frente a Alex. Este se detuvo abruptamente y la observó sin comprender qué sucedía.

Yo también estaba desesperada e inquieta. Ver a Hannah con esa expresión en el rostro me ponía nerviosa. Alex, al contrario, trataba de mantener la calma, no tenía ni idea de lo que Hannah le iba a contar.

—Es Anna —le dijo en un susurro que apenas escuché.

Me quedé quieta en medio de los dos.

—¿Anna? —Alex levantó las cejas.

Hannah asintió sin decir nada más y volvió a girarse para seguir su camino. Alex reanudó el paso y casi corrió detrás de una Hannah que parecía hecha un lío. Reaccioné y me moví, ya que cuando escuché mi nombre todo se había detenido. Ese chico le había dicho algo a Hannah, y yo debía saber

qué era y por qué se había puesto así. Cuando entraron en una habitación con los rostros pálidos, me obligué a seguirlos y a tratar de calmar mi corazón palpitante.

Una vez dentro de la habitación, Alex cerró la puerta. Todo estaba en silencio y a oscuras. Me quedé en una esquina, y de pronto las cuatro paredes tomaron color y la oscuridad desapareció, dejando ver una cama hecha en medio del cuarto y varios estantes con colecciones de coches. La habitación estaba limpia y ordenada, pero la tensión que se empezaba a sentir la hacía parecer más pequeña y sofocante.

Hannah caminó de un lado a otro, pensando.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex, que no comprendía absolutamente nada. Sus ojos estaban fijos en ella. La seguían cuando iba y venía. Se estaba poniendo nervioso por tanto movimiento y tanto misterio.

—Es Anna —repitió de nuevo. Jugaba con los dedos mientras pensaba las palabras correctas. Estaba helada y notaba la tela del vestido sobre la piel—. Está aquí.

Alex soltó una risita y se relajó. Suspiró, dejó caer los hombros y mostró sus dientes blancos en una sonrisa.

—Oye, sé que estás preocupada —empezó a decir con calma mientras se acercaba a Hannah—. Pero Anna murió. Y donde quiera que esté, seguro que está mejor que aquí y lo sabes perfectamente. No te preocupes por nada.

Ella negó con la cabeza y se apartó.

—No, no. —Le temblaban los dedos. Las palabras de Alex no habían causado ningún efecto tranquilizante en ella, sino todo lo contrario—. No lo entiendes. Está aquí. La puedo sentir.

—Hannah... —susurré, pero no reaccionó. No me había escuchado en lo más mínimo. Y yo estaba desesperada porque sabía que Hannah podía ayudarme. Lo haría. Pero no podía verme ni oírme. Y no sabía qué hacer para que me percibiera, para que supiera que estaba aquí.

Alex intentó sonreír de nuevo.

—Anna ya no está aquí, Hannah. No dejes que su muerte te agobie, no fue culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad? No tienes de qué preocuparte, de verdad. No creo... no creo que pueda sucederte dos veces.

—Alex...

—Lo siento —se disculpó.

Hannah dio pasos largos hasta la puerta y, en un segundo, sus ojos se iluminaron como si supiera lo que tenía que hacer.

—El chico... el chico que estaba en el bar, Alex —dijo con rapidez—. Me ha dicho que ha visto a Anna. Tenemos que hablar con él antes de que sea demasiado tarde.

—Puede que te estén gastando una broma, Hannah. No te obsesiones con esa idea. La policía confirmó que Anna murió en el incendio. Así que ten cuidado con quién hablas y qué es lo que crees. Hay malas personas ahí fuera y lo sabes muy bien. No quiero que nadie te haga daño o te haga sentir mal.

—Solo... —La mano derecha de Hannah estaba aferrada al pomo de la puerta para abrirlo cuanto antes—. Solo confía en mí, ¿de acuerdo?

—Confiaré en ti siempre y cuando no seas tan obstinada y te pongas en peligro.

Hannah asintió y la puerta se abrió, dejando entrar más luz de la que ya había. La música se escuchaba a lo lejos, mientras decenas de personas gritaban y cantaban con emoción.

Ambos cuerpos salieron de la habitación con las mismas expresiones con las que habían entrado. Intenté seguirlos, pero cuando salí del cuarto, el pasillo estaba vacío, no había absolutamente nadie.

Habían desaparecido.

Miré al frente y una sombra borrosa me hizo gritar con fuerza. Retrocedí de golpe hasta tropezar con la tela del vestido. Caí hacia atrás con rudeza, intentando amortiguar el golpe con las manos, pero no lo conseguí y me rasqué los codos. No obstante, sabía que eso era una simple ilusión, no me había pasado nada. Mi piel seguramente seguía limpia y brillante, sin rastro alguno de herida. Sin embargo, ardía.

Me quedé aturdida allí en el suelo, pero volví a la realidad y vi que la sombra se aproximaba hacia mí. Se me puso la piel de gallina cuando, en medio de la oscuridad, vi el rostro de Rebecca con los ojos abiertos, acechándome con esa expresión dura. Apreté los puños para darme fuerza, pero todo fue en vano cuando vi que la sombra se hacía más grande y sus brazos se extendían para tocarme.

—¡No! —grité al ver que algo sin forma me quería atrapar con sus grandes manos—. ¡Aléjate de mí!

Me tapé los ojos y chillé mientras pensaba que era mi trágico final.

—Oye —escuché una voz suave y tranquila—. Solo quiero ayudarte a levantarte, ha sido culpa mía. Lo siento, creo que he aparecido en un mal momento. Te he asustado, ¿verdad?

La voz era grave, ronca, nada parecida a la de Rebecca. Y, por supuesto, nada femenina. Su tono era amable. Abrí los ojos y levanté la mirada, todavía con miedo.

La imagen adquirió nitidez y vi a un chico joven. Su cabello negro y sus ojos inyectados de carbón me llamaron la atención en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron. Tenía la piel color miel, era brillante y sedosa, casi le daba un toque moreno, aunque no lo era. Tampoco estaba bronceado, y mucho menos era una copia de los chicos que vivían por aquí. Era diferente. Fruncía sus cejas gruesas, negras y pobladas mientras me observaba con aquellos ojos cautivadores. Los labios, por el contrario, eran largos y delgados, pero tenían la misma expresión que las cejas: estaban fruncidos. No me había percatado de que extendía la mano, con la palma hacia arriba, esperando a que yo la cogiera para tomar impulso y levantarme.

—¿Estás bien? —preguntó sin modificar la expresión de su rostro, que ahora se veía más radiante. La voz le había dado otro toque especial y, para mi mala suerte, se me había puesto la piel de gallina. Lo extraño era que aunque la habitación estaba fría y ni una ráfaga de viento había entrado por las ventanas, ya que estaban cerradas para la seguridad de los Crowell, supuse que mis escalofríos se debían a una sencilla y clara razón.

—¿Quién eres? —pregunté, todavía sin aceptar la mano que me tendía.

Se me hizo extraño hablar con alguien después del tiempo que había estado atrapada en esta dimensión. No había tenido la oportunidad de hablar con Hannah ni con nadie más, a excepción de Rosie, pero ella estaba enferma y no podía comprender qué había sucedido. Conocía este lugar, que tanto daño me había causado, desde que era una niña, pero ahora era diferente, porque estaba al otro lado, ahora yo era el fantasma y no sabía qué hacer exactamente para salir de aquí. A pesar de saber que era mi conexión, Rosie no ayudaba en mucho y el tiempo se iba reduciendo y mi condena aumentando. Así que, como una pequeña llama en medio de la oscuridad, hablar con este joven que nunca había visto fue esperanzador.

Lo observé de nuevo. Tal vez él podía ayudarme.

Parecía que él también podía ver fantasmas. Tenía que ser mi otra opción, quería convencerme de ello, pero lo que había pasado con Hannah me obligaba a mantenerme quieta y a no hacerme muchas ilusiones para no decepcionarme. Pero no había duda, me estaba hablando y me miraba a mí, a nadie más.

El chico era mayor que yo. Por su complexión, supuse que tal vez rondaría los veintipocos. Era fuerte, pero delgado, tenía un torso firme y duro. Podría haber jurado que estaba algo tenso, pero la sonrisa en su rostro lo desmentía todo. Vestía una camisa sencilla de color negro, sin estampado ni dibujos sobre la tela, y encima llevaba una chaqueta de cuero sin abrochar. Sus pantalones negros se ajustaban a sus grandes caderas, no llevaba cinturón para sujetarlos y no parecía su estilo. Tenía las piernas largas pero no era alto, era un chico de estatura media, aunque desde mi posición, era mucho más alto que yo. Estar en el suelo me dejaba en clara desventaja. Parecía un chico de otra época: su cabello estaba perfectamente peinado y lo llevaba al natural, sin ningún tipo de producto. Estaba limpio y sedoso y olía a uva. O, tal vez, yo estaba alucinando. Sin embargo, su fragancia comenzaba a impregnar el ambiente. No sabía a qué olía exactamente, pero era un aroma fantástico. No era pesado ni dulce. Era muy agradable. Pero no sabía identificar exactamente de qué era. No obstante, me gustaba.

—Soy Aaron —dijo con una media sonrisa—. Tú debes de ser Anna.

—¿Cómo sabes mi nombre? —La voz me tembló.

Aaron no dejó de sonreír cuando fruncí el ceño. Se miró la mano y, al ver que había cierta desconfianza en mis ojos y que no iba a aceptar su ayuda, la apartó con tranquilidad y se la metió en el bolsillo derecho para sacar un paquete de tabaco. Suspiró y dejó caer los hombros para relajarse.

Yo, en cambio, me quedé ahí, tirada en el suelo, observando cómo se llevaba el cigarrillo a la boca y encendía una cerilla. Tenía un lunar extraño y pequeño debajo del ojo izquierdo, apenas se le notaba.

—Todos lo saben —contestó, exhalando humo.

Ya no parecía interesado en ayudarme. Se había apoyado en el marco de la puerta y estaba disfrutando de su cigarrillo, aunque había algo diferente en él. Todo su cuerpo parecía de piedra, y de vez en cuando trataba de simularlo inspirando y dejando caer sus hombros con suavidad. Cada vez que le daba una calada, inspiraba y exhalaba el humo que había contenido en la boca.

Como si la vida se le fuera en ello.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos? —pregunté, tratando de levantarme, pero cuando apoyé todo el cuerpo en las palmas para darme impulso, resbalé.

Me quejé en voz baja.

—Ten cuidado. Te puedes hacer daño... —Sus ojos estaban fijos en el pasillo, pero luego me volvió a mirar y la sonrisa reapareció—. O tal vez no.

Hice un gesto de desagrado y al segundo me di cuenta de lo que había dicho. Lo observé con cautela.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sofocada.

—Tú y yo sabemos lo que eres.

Él era diferente... lo era en todos los sentidos.

—¿Quién eres? —volví a preguntar.

—Ya te lo he dicho, Anna.

—Aaron. Lo he escuchado.

Asintió. Y después se escucharon ruidos, pasos apresurados y respiraciones agitadas. Aaron dio una última calada al cigarrillo, y, mientras las voces distorsionadas se acercaban, él dejaba salir el humo de su boca. El humo, inesperadamente, llenó por completo el espacio de la puerta abierta, como si se estuviera incendiando el pasillo y el humo se esparciera. Era humo espeso y gris. Tosí y, al instante, un hombre trajeado entró dando grandes pasos. Atravesó el humo, que para él parecía no existir, y después Aaron se puso en medio de la puerta, como si fuera un muro y no quisiera que nadie más entrara. Me dedicó una última sonrisa, brillante y burlona. Y entonces sucedió lo que suponía. Una mujer delgada y con los ojos color café, y a la que yo conocía perfectamente, atravesó a Aaron.

Así, sin más.

Él no se movió. Se limitaba a observar mi expresión. No parecía afectado por lo que acababa de suceder.

—Hace mucho frío, ¿no te parece? —dijo la mujer.

Era la psicóloga que me había atendido durante los últimos meses, cuando me había cambiado de residencia siguiendo órdenes de Rosie para liberar a Rebecca del sufrimiento y la desesperación que yo le causaba. Era Lisa. El hombre que había entrado delante de ella era George. Seguramente quería buscar algo en la habitación de Alex. No sabía qué, y tampoco me

importaba. Mi atención estaba al frente, donde Aaron seguía plantado sin inmutarse. Además, el hombre que tenía delante de mí estaba desapareciendo con el humo.

Era un fantasma.

—Nos veremos pronto, Anna —dijo, e hizo una reverencia. Inclino el cuerpo y, de pronto, la ventana de la habitación se abrió de golpe y una ráfaga de viento azotó todo lo que había dentro. Los papeles se esparcieron por el suelo y un vaso de cristal que había cerca de mí se rompió. La mujer gritó con fuerza, dando un salto para alejarse de los pedazos afilados y cortantes, que por suerte no estaban cerca de ella.

—¿Estás bien? —preguntó George, que encendió una lámpara.

La habitación se volvió a iluminar, y con ella, el rostro de Aaron se hizo más claro.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté rechinando los dientes.

Yo odiaba ese don desde que se me había dado, y Rosie lo amaba. No me gustaba ver a personas que nadie más veía, no me gustaba escucharlas, y ahora, detestaba con todas mis fuerzas ser una de ellos, y, para mi desgracia, estar hablando con uno. No me daban buena espina. *Ellos* habían sido malos conmigo y yo no podía permitir que también lo fueran aquí.

—Todo bien, solo es que no me lo esperaba. —Soltó una risita nerviosa—. Me he asustado un poco —respondió con la mano en la frente, confusa por lo que acababa de suceder. Oía su voz a lo lejos.

—Siento no poder quedarme más tiempo, Anna —dijo Aaron—. Hay algo que me impide quedarme, el tiempo se agota. Alguien más viene a verte y no lo podemos evitar. Volveré.

—Hablaba muy rápido; de pronto, parecía ansioso por irse o por desaparecer. Era como si notara que alguien se acercaba, pero yo no oía nada más aparte de su voz. Giraba la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que nadie venía por el pasillo. El humo seguía saliendo de su boca, pero ahora era más fino, casi imperceptible. Aaron me guiñó un ojo apresuradamente y se giró una última vez para comprobar si alguien se acercaba. Al ver que todo seguía silencioso y solitario, abrió la boca—. Nos volveremos a ver.

Mi corazón palpitó con la ilusión del dolor en mi pecho, y, durante unos segundos, tuve la sensación de desmayarme. El miedo me consumió de

inmediato y mi cuerpo se tornó de piedra. Los ojos de Aaron se volvieron negros y profundos, el fuego del cigarrillo se trasladó a sus ojos, que brillaron con intensidad. Quise alejarme, deseaba poder correr, alejarme de quienquiera que fuera él.

Un par de segundos después, el humo y Aaron se habían esfumado.

—He encontrado las llaves. —La voz grave de George llamó mi atención. Ni él, ni la madre biológica de Alex podían verme—. Es hora de irnos.

Ambos sonrieron cálidamente y salieron de la habitación.

Yo me quedé sola en la oscuridad, me levanté del suelo y me senté en la cama de Alex con el corazón latiéndome muy rápido, sin saber muy bien qué acababa de suceder. Fue entonces cuando recordé las palabras de Hannah.

«El chico... el chico que estaba en el bar. Me ha dicho que ha visto a Anna. Tenemos que hablar con él antes de que sea demasiado tarde».

¿A qué se refería con eso? ¿Alguien más me había visto? ¿Y si resultaba que también era un fantasma? ¡No! ¡No quería lidiar con eso! ¡No podía!

Pero no tenía opción. Tuve que armarme de valor para saber qué estaba pasando, si realmente ese chico del bar me había visto o Hannah se había confundido y se sentía culpable por mi muerte, que, a juzgar por lo sucedido, creía que Alex tenía razón y ella sentía cierta responsabilidad por mi eternidad. Me hubiera gustado decirle que no era así, que si yo estaba aquí era porque me lo merecía, porque yo misma me lo había buscado, siguiendo los ruines planes de Rosie. Había sido cómplice y había hecho mucho daño, y estaba arrepentida. Pero eso no justificaba mis acciones.

Caminé de nuevo por el pasillo y me alejé de la habitación de Alex. Dejé atrás varias puertas hasta que llegué a las escaleras, que se dividían en dos. Había subido y bajado por estos peldaños cientos de veces, y hoy se veían coloridas, llenas de vida. Ya no sentía la necesidad de correr para pasar este tramo de la mansión sin sentir escalofríos. Me apoyé en la barandilla de las escaleras y traté de localizar a Alex y Hannah. Había decenas de personas que iban y venían, la música estaba a todo volumen y las risas se escuchaban lejanas. Las canciones resonaban por toda la mansión.

Y entonces lo vi, y él me sonrió.

En medio de la gente, justo ahí. Mirándome. No sabía durante cuánto tiempo había estado así, pero parecía que me había estado observando desde

que había llegado.

Apartó la mirada, avergonzado, y caminó hasta el minibar.

Me quedé quieta. Si Hannah y Alex habían hablado con él, y él no atravesaba a ninguna persona, solo podía significar que, efectivamente, no era un fantasma. Y me estaba sonriendo porque podía verme. No había duda de eso. Tenía que ir hasta allí y hablar con él. Y si no era yo a quien observaba, entonces no tenía nada que perder. Porque entonces, él jamás me había visto.

Pero si realmente me había visto...

Las cosas cambiaban.

La llama se volvió a encender. Esta vez más fuerte, y, de repente, sentí la extraña sensación de querer ir hasta allí y hablar con él. Me sentía atraída por él.

¿Y si él era mi conexión y Rosie lo había estado evitando, solo para mantenerme con ella? Existía esa posibilidad, porque su egoísmo no le permitía saber o sentir qué querían los demás. Siempre primaban ella y sus deseos, por encima de todo. No le importaba a quién iba a hacer daño.

Suspiré.

El chico estaba detrás del minibar, cogía vasos y botellas de diferentes colores para verter líquidos totalmente desconocidos para mí. Sabía que lo estaba observando, pero no se atrevía a levantar la vista. Y eso me ponía más nerviosa, porque mis sospechas iban en aumento.

Sin que yo le ordenara a mi cuerpo avanzar, este se movió. Había sido un instinto, mi mente pensaba y se debatía, pero mi cuerpo se dejaba llevar con facilidad. Di un paso y luego otro, y otro. Hasta que me di cuenta de que iba caminando demasiado rápido y que mi respiración se entrecortaba. Los nervios me hacían sentir mareada y perdida en la mansión. Me detuve en medio de la escalera y exhalé. Y después, seguí caminando con más naturalidad, esquivando a las personas para que no me atravesaran o yo las atravesara a ellas.

Cuando estuve a solo unos pasos del minibar, suspiré y dejé caer los hombros con suavidad. Él me daba la espalda. Esta vez tenía que hablar fuerte y claro para no volver a repetir lo que había sucedido con Hannah. No podía titubear.

Abrí la boca para empezar a hablar, pero entonces, sin que me lo

esperara, él se giró.

—Hola —dijo. Me cogió desprevenida.

Por el reflejo, vi que no había nadie más cerca de mí. Por tanto, era a mí a quien saludaba, no cabía duda. Tenía los ojos fijos en los míos, y yo también lo miraba fijamente. Sus pupilas se iluminaban de vez en cuando por las luces de colores de la bola de espejos. Me quedé sin aire unos segundos. Mi cuerpo no se movió en absoluto, a pesar de que sabía perfectamente que se había dirigido a mí.

Tenía miedo, no sabía qué decir o hacer. Todo era muy confuso. Las piernas me temblaban y las manos no dejaban de sudarme. Con tanta gente yendo y viniendo y el olor a alcohol, todo me daba vueltas y no podía pensar claramente. Tanto movimiento me abrumaba.

—Yo...

El chico ensanchó su sonrisa mientras me observaba con curiosidad. Me quedé mirando sus ojos durante unos segundos inquietantes. Ya no escuchaba la música. De pronto, todo el ruido del exterior se había ido. Era como si solo existiéramos él y yo. Se había formado una gran burbuja y nos separaba de todo lo que había alrededor. Mi corazón no dejaba de latir con fuerza. No me importaba que solo fuera una ilusión, me gustaba saber que todavía podía sentir algo así. Algo que nunca me había pasado.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó con amabilidad.

Sus ojos grises mostraban diferentes emociones. Estaba confuso y nervioso, pero no tartamudeaba. Las luces verdes, rojas y azules se reflejaban en su cabeza una y otra vez y dejaban ver un rostro limpio y sonriente. Todo se detuvo. Bajo la tela de mi vestido, las piernas me temblaban. Mi cuerpo no reaccionaba. No me salían las palabras. No podía evitar las diversas emociones que me invadían. Sentía que, por fin, había encontrado a alguien que me entendía.

—¿Estás bien? —preguntó, cambiando de expresión. Ahora parecía preocupado. Yo solo podía ver que realmente me estaba mirando.

—Sí —respondí, tartamudeando.

Me sentí más perdida que nunca. Me hubiera gustado preguntarle a Alex qué había hecho para que Hannah no saliera corriendo. Pero ahora no había nadie que pudiera ayudarme a decir las palabras correctas.

—¿Quieres sentarte? —preguntó—. Te has puesto blanca.

Negué. Si me sentaba pasaría algo malo. Si era un fantasma, seguramente podía atravesar cosas, y esa no sería una buena primera impresión. Este chico no tenía ni la más mínima idea de lo que sucedía y de quién era yo. Empezaba a ponerme nerviosa. Y, sobre todo, a asustarme, porque si él podía verme, solo significaba una cosa.

Traté de controlarme ofreciéndole una sonrisa algo torcida.

—Estoy bien —dije, ardiendo por dentro—. Es que soy muy pálida.

Él se rio.

—Tienes un bonito color de piel, entonces.

Dios, saldría corriendo y no podría dormir cuando alguien le dijera que yo era un fantasma y que había muerto hace mucho tiempo. Tenía que decírselo de inmediato.

—Yo... —me lo pensé. No podía, no sabía cómo—. Gracias.

—Soy Caleb —dijo, volviendo a sonreír de oreja a oreja. Y, para mi sorpresa, extendió su mano para estrecharla con la mía.

Grité en mi interior. Casi puedo jurar que una gota de sudor cayó por mi frente, y luego la sentí deslizarse por mi rostro.

El corazón se me encogió, provocándome un fuerte dolor. En mi estómago se había formado un nudo enorme. Quise llorar. No podía estrecharle la mano, seguramente lo atravesaría. Y eso no era bueno. En absoluto.

Mientras vacilaba en estrechar nuestras manos, levanté el brazo y, con un rápido movimiento, toqué su mano, rogando para que nada extraño sucediera. Las palmas y nuestros dedos se unieron. Fue un contacto delicado. Sus manos eran suaves, se acoplaban a las mías, y habría querido no separarlas nunca. Pero tras unos segundos en que nuestros ojos estuvieron conectados, algo ardió.

Sentí una descarga eléctrica que me recorrió desde las manos hasta la última parte de mi cuerpo; los pies me cosquillearon y la cabeza me dio vueltas. Nunca había sentido una sensación de esa, una especie de soplo frío. La electricidad se había extendido como la lluvia de una tormenta llena de relámpagos.

Quemaba.

Miré sus ojos verdes y supe que él sentía lo mismo que yo. La corriente

eléctrica corría por cada diminuta parte de nuestros cuerpos, recorriéndonos con gran velocidad. Sentí calambres durante dos segundos, que desaparecieron tal como habían llegado. Rápidos y dolorosos.

Estábamos conectados.

Aparté la mano de golpe.

—Mi nombre es Anna. —Las piernas todavía me temblaban—. Anna Crowell.

—Muy bien, Anna Crowell —dijo sorprendido todavía por la sensación—. Entonces, ¿quieres algo de beber?

—Sí —respondí sin saber qué decir—. Quiero... quiero agua.

—Por supuesto —dijo—. Dame un segundo.

Me quedé quieta. Me invadían mil sensaciones que no comprendía. Ese chico me había mirado y me había hablado hacía solo unos segundos. ¿Acaso sabía quién era? ¿Sabía lo que había sucedido semanas atrás? ¿Sabía que estaba muerta?

Me dio la espalda. Sus músculos se contrajeron cuando notó que lo estaba mirando. Terminó de llenar el vaso, se dio la vuelta y me lo entregó.

—Tu agua está lista.

Dejó el vaso sobre la barra.

—¡Oye! —Un chico lo llamó a gritos; no sabía que yo estaba ahí—. ¿Puedes darme algo de eso?

Él ladeo su rostro y apartó los ojos de mí. Me sentí perdida. No podía irse.

—Lo siento, Anna —me dijo con una mirada triste pero amable—. Tengo que seguir atendiendo.

Mi corazón se contrajo por enésima vez.

Cuando se dio la vuelta, negué con la cabeza. Estaba desorientada. Rosie me había dejado a mi suerte y eso no se lo perdonaría nunca. Si quería dejar de ser un fantasma, tenía que cumplir con mi misión.

El camarero no podía irse y dejarme, así sin más. Me había visto. Podía comunicarse conmigo. Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

Y, de repente, lo cogí del brazo, toqué su piel cubierta de luces de colores que bailaban a nuestro alrededor, presioné los dedos y tiré de él con fuerza.

Se giró y vi su rostro confundido.

—Tú... —dije con nudo en la garganta—. Solo tú puedes ayudarme.

Capítulo cinco

Cuando nací, enseguida supe que algo andaba mal conmigo. Recuerdo haber llorado en el quirófano, recuerdo ver luces azules y escuchar gritos.

Seguramente eran los míos, pero era demasiado pequeña como para recordar todo lo que había sucedido aquel día. Según la versión de Rosie, yo había muerto; algo trágico para los Crowell, pero la salvación para Rosie. Y después sucedió el milagro, cuando todos se habían dado por vencidos y la habitación había quedado en silencio, empecé a llorar.

Y ahora estaba en una fiesta, frente a un chico que no sabía nada de mí y que hablaba conmigo, totalmente ajeno al mundo de los fantasmas.

Mi mano le apretaba el brazo, y mis uñas, sin darme cuenta, estaban clavándose en su piel. No quería dejarlo ir. Tampoco quería hacerle daño. Solo él podía ayudarme. Estaba tan desesperada que seguramente le mentiría para que no perdiera el contacto conmigo. En la fiesta nadie podía verme o tocarme, pero ahora todo había cambiado, y yo no podía sentirme más feliz.

Ignoré al fantasma de Aaron durante unos minutos y me concentré en ese chico.

—¿Ayudarte? —preguntó con el ceño fruncido, como si no comprendiera lo que yo hacía y decía. Pero, claro, ¿cómo iba a entenderlo?

Tragué saliva con fuerza, pero no le solté el brazo. Todavía no. Una parte de mí creía que huiría en cuanto lo soltara.

Tuve que pensar en algo rápido.

—Mi coche... —Era lo único que pude pronunciar—. Mi coche está

fuera y no puedo arrancarlo. Y yo... necesito que alguien me ayude, ¿podrías...?

Estaba tartamudeando, pero no podía evitarlo. Me asustaba escuchar una respuesta negativa.

Él sonrió con amabilidad. Lo solté con lentitud, con dedos temblorosos. Afortunadamente, no huyó. Seguía ahí, detrás de la barra llena de vasos con líquidos de diferentes sabores y colores.

—¿Tu coche? —Su ceja se levantó.

—Sí —mentí—. Está fuera. No arranca. ¿Crees que podrías ayudarme?

Miró a su alrededor y mis ojos siguieron su recorrido. Por dentro rogaba que sus grandes ojos no se quedaran clavados en una joven que le impidiera ir. Pero esa no era su intención, solo estaba considerando la idea y el movimiento de sus ojos era un simple gesto, pero dudaba, porque apretaba ligeramente la mandíbula. Los distintos olores de las bebidas me hicieron sentir náuseas.

—Oye, tengo que irme —le dijo a uno de los chicos que también estaba en la barra. Le había hablado cerca del oído para que pudiera escucharlo bien, pero el otro solo asintió, sonrió y le dio un fuerte apretón de manos, y luego él volvió a mirarme sin apartarse del joven—. Dile a Chris que me he ido a casa.

Empezó a caminar hacia mí con paso decidido, aunque la barra aún era un muro que nos separaba.

—¿Dónde está tu coche?

—En el aparcamiento, cerca de la fuente de la mansión

—dije rápidamente para que no notara que mentía.

En realidad, no tenía coche. No me gustaba mentir, pero necesitaba alguna excusa para sacarlo de ahí. Tener a tanta gente alrededor no ayudaba mucho, y lo único que quería era usar las palabras correctas para no asustarlo.

De pronto, se subió a la barra de un salto, volvió a saltar y sus pies aterrizaron en el suelo. Lo había hecho con bastante agilidad, y ahora que estaba frente a mí parecía más grande, era un poco más alto que yo.

—Pues vamos allá.

La música estaba más alta.

Asentí y me di la vuelta para empezar a guiarlo. Intenté alejarme de las personas, porque si alguien trataba de pasar y chocaba contra mi hombro, seguramente yo lo atravesaría. Así que traté, de la forma más natural, de no toparme con nadie y no tocar absolutamente nada. Era una tarea difícil cuando decenas de jóvenes iban y venían de un lado para otro. Debía ser lo más cuidadosa posible.

Las personas se movían rápido, gritaban para hacer valer su voz sobre la música y lanzaban globos y pelotas de diferentes colores, y eso me ponía nerviosa. No quería asustarlo con mi inquietud, así que respiré hondo y seguí caminando.

Afortunadamente, la puerta estaba cerca y el volumen de la música disminuía a medida que nos alejábamos.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Es un neumático? —me preguntó. Estaba detrás de mí. Tuvo que levantar un poco la voz para que lo oyera.

Mi labio tembló y agradecí que no pudiera verme la cara, porque habría notado que algo no iba bien.

—Eso creo. No sé mucho de coches.

Intenté reírme, pero solo me salió una risa nerviosa, y quedó muy mal. Él no dijo nada, se limitó a seguir caminando.

Entonces atravesamos la puerta principal y cuando esta se abrió, el aire fresco nos golpeó en el rostro, la música se amortiguó y las personas y los gritos desaparecieron. Ahora solo nos acompañaban el silencio y nuestras respiraciones agitadas por la adrenalina.

Cerró la puerta y me dirigió una sonrisa cálida, dispuesto a ayudarme con el coche. Aunque el neumático de mi supuesto coche no era el problema.

Era algo peor.

Tenía la sensación de que mi corazón seguía latiendo. Era como si todavía lo tuviera. Tal vez con el tiempo dejaría de tener esas sensaciones, tan solo debía acostumbrarme a la *vida* de un fantasma.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Espero estar bien cuando me ayudes —respondí.

Afuera, todo estaba oscuro, había coches aparcados por todos lados. Blancos, azules, rojos, negros... Era imposible ver las calles pavimentadas, pero afortunadamente el jardín estaba libre y la hierba verde resaltaba con la

luz de las lámparas que había en el suelo y las farolas. Me sorprendí porque normalmente la mansión estaba vacía y los únicos coches que se aparcaban aquí eran el de Alex, el de mi tío George, y, muy pocas veces, el de Eric.

Lo único que nos acompañaba era el ruido del agua que brotaba en la fuente.

Cuando miré al cielo, vi que la luna era enorme y estaba muy redonda. Ojalá estuviera viva para divertirme como los demás. Me arrepentía de haberme dejado manipular como una marioneta. Sin embargo, ya era demasiado tarde, y ahora solo quedaba cumplir mi misión antes de que la olvidara y tuviera que quedarme aquí toda la eternidad, sin saber a dónde ir y qué hacer.

La brisa fría hizo que se me pusiera la piel de gallina. El viento empezaba a soplar con fuerza. Avancé hasta la fuente para ganar algo de tiempo y pensar en cómo iba a contarle lo que de verdad necesitaba de él. El vestido púrpura se arrastraba por el suelo y se ensuciaba, pero no me importó.

Tragué saliva de nuevo. Me detuve cerca de la fuente y me di la vuelta para mirar al chico, que venía detrás de mí.

Mi boca se abrió para empezar a hablar, pero la volví a cerrar al instante. Se estaba quitando una peluca naranja y dejó al descubierto su cabello, rubio y liso. En realidad no era una peluca, sino más bien una especie de gorro que imitaba el pelaje de un león, pero el diseño era tan malo que solo se podía describir como una peluca muy naranja. La iluminación era más clara aquí que en la casa.

Me sonrió apenado y miró lo que mis ojos estaban viendo.

—Lo siento —se disculpó con una media sonrisa—. Tenía que usarla, el otro chico me obligó a ponérmela por la temática de la fiesta. Era imprescindible para poder entrar en la barra.

Me lo explicó como si fuera normal para él. De pronto, ya no estaba avergonzado, solo disfrutaba de la noche y de mi expresión de sorpresa.

Asentí tratando de no reírme. Ese chico ignoraba por completo que a Hannah le gustaba hacer fiestas con pelucas amarillas, pero no dije nada para no herir sus sentimientos. Sin duda, había sido una broma de mal gusto por parte del otro chico de la barra. A él no le había visto nada parecido en la cabeza.

Tras quitarse la peluca, tenía el cabello despeinado, pero a él no le importaba, ni siquiera se había sacudido la cabeza para conseguir un *look* más interesante. Los mechones se agitaban con el viento. Entonces me di cuenta de que sus ojos eran negros. Tenía las cejas del mismo color, eran gruesas, pobladas, aunque no exageradas. Tenía el perfil marcado, muy bello. No era como una escultura perfecta, pero su piel parecía suave y limpia. Es decir, era muy atractivo. Era más alto de lo que había imaginado, y seguramente tendría más de dieciocho años. Para mi sorpresa, no era un chico blanco, ni pálido. Tenía la piel de color caramelo, suave y brillante bajo la iluminación.

Parecía un chico malo con la camisa blanca marcándole el pecho y los brazos, definidos y fuertes. Era corpulento, pero tampoco parecía un chico que se esforzara mucho por tener un cuerpo atlético. Era guapo, muy guapo.

El viento sopló una vez más y de repente percibí un aroma a jabón.

Me estremecí y traté de tranquilizarme. Su atractivo no me había afectado hacía unos minutos, cuando había enroscado los dedos alrededor de su brazo, pero ahora me parecía casi imposible volver a tocarlo. Tenía los ojos clavados en mí, y eso me ponía nerviosa. Tuve que bajar la cabeza unos segundos por vergüenza, porque no sabía qué decir ni hacer. De repente me había vuelto insegura, no quería que me mirara a la cara. Estaba avergonzada.

La sangre se me acumulaba en las mejillas, las sentía calientes y no podía hacer nada para controlarme.

—¿Estás bien? —me preguntó y se acercó a mí.

Retrocedí un paso.

Él notó mi reacción y decidió no volver a invadir mi espacio.

Suspiré con pesadez.

—Sí —contesté levantando la mirada, intentando no verlo tan magnífico y cautivador. Pero fue imposible. Sus ojos negros brillaban con intensidad, eran muy oscuros y profundos, y había algo extraño en ellos, algo que nunca antes había visto en una persona. No podía adivinar qué era, pero llamaba mucho mi atención—. Es que te he mentado un poco.

Me estaba comportando de forma ridícula. Aunque en algún momento llegara a parecerle atractiva, no pasaría nada entre nosotros.

Él suspiró y sonrió.

—Lo sé. —Empezó a mostrar los dientes conteniendo la sonrisa—. No tienes coche, ¿verdad?

Asentí, temerosa.

Empecé a hablar mientras jugaba con mis dedos.

—Tú tienes algo muy especial que me ha llamado la atención.

Él se rio. Sus comisuras se habían elevado, sus dientes resaltaron y los ojos le brillaban todavía más.

—Eso ha sonado muy bien, pero créeme, no tengo nada de especial.

Negué, porque no me refería a eso, aunque ya era demasiado tarde para rectificar lo que había dicho, así que traté de expresarme de una forma más adecuada.

—Es que tú... —empecé a decir rápidamente, pero me detuve—. Necesito contarte algo. Es muy importante.

—¿Algo de qué? —preguntó—. Estoy intrigado porque nos acabamos de conocer y es como si fuéramos unos viejos amigos. Y pareces demasiado ansiosa por contarme eso tan importante.

Inspiré y sostuve la mayor cantidad de aire en los pulmones, si es que todavía funcionaban.

—¿Crees en los fantasmas, Caleb?

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta.

Él se rio.

—¿Qué? ¿Esas preguntas hacen las chicas que viven en una mansión? —Trataba de sonar divertido para eliminar la tensión que se había acumulado—. Es escalofriante, ¿sabes?

No sabía qué decir. Tenía que dar marcha atrás.

Qué mala idea, había empezado con el pie izquierdo. No sabía siquiera cómo entablar una conversación con un chico y eso era humillante.

—Solo lo he pensado, no me hagas mucho caso. —Me llevé una mano a la cabeza como si me doliera—. Es que este lugar ha habido muchos secretos y emociones, y de pronto se me ha ocurrido. Hay cosas que no logro describir, los recuerdos vienen a mí muy rápido y hablo sin pensar. Pero no me hagas caso. Será el clima. Ha sido todo esto. Tal vez he bebido algo muy fuerte y por eso te lo he preguntado.

Estaba intentando rectificar.

Él asintió, divertido, porque seguramente había dicho todo aquello en un tiempo récord. Miró al cielo como si allí fuera a encontrar una respuesta más lógica y, cuando pareció hallarla, volvió sus ojos negros hacia mí.

—¿Esperas que me lo crea? Si lo has preguntado es por algo. —Dejó la peluca y se sentó en el borde de la fuente, donde el agua no pudiera tocarlo o salpicarlo. Los pantalones se le arrugaron un poco al sentarse—. ¿Has tenido pesadillas? ¿Has visto algo extraño, Anna? Puedo llamarte así, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Muy bien, Anna. —Me sonrió para animarme—. ¿Qué sucede?

Estaba siendo muy amable, y eso me daba mala espina porque entonces se sentiría decepcionado al oír todo lo que necesitaba decirle. Tal vez debía ser directa e ir al grano, sin rodeos.

Me quedé en pie, observándolo. Por su postura, intuía que estaba relajado. Sus ojos me miraban con atención. No se apartaban de mí.

Me intimidaba, debía admitirlo.

—Ha sido una mala pregunta, lo siento, es que no sé cómo empezar. —Me disculpé por ser tan mala mentirosa y por no saber qué decir. Di unos pasos para acercarme a la fuente y, cuando estuve ahí, tomé asiento, aunque lo suficiente lejos de él para no tocarlo. Suspiré, desanimada por mi introducción.

Él me seguía observando, había seguido todos mis pasos hasta la fuente.

—¿Empezar qué? —preguntó con curiosidad.

—Una conversación.

La sonrisa volvió a aparecer.

—¿Por qué me has sacado de la fiesta? —insistió.

—Porque solo tú puedes ayudarme —susurré.

—¿Ayudarte? ¿A qué, si no tienes coche?

Tragué saliva.

—Es complicado de explicar.

Él soltó una risita.

—Ya lo entiendo. —Mis ojos se clavaron en él—. ¿Quieres vengarte de un chico? —Su sonrisa era más grande. No parecía ofendido; al contrario, parecía divertido con la idea y dispuesto a colaborar si se lo pedía.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

—¡No! —dije, negando rápidamente—. No quiero hacer eso.

De nuevo empecé a jugar con mis dedos. Odiaba hacer eso, bajar la mirada y mirar la falda de mi vestido como si fuera lo más importante que había a mi alrededor. Caleb, en cambio, me miraba con atención. Era más seguro que yo y trataba de comprenderme y ser cálido conmigo. Estaba esperando a que le dijera lo que sucedía en realidad.

—¿Entonces? ¿Qué tienes que decirme?

—Quiero irme —respondí—. Esta noche no quiero estar en la mansión. ¿Podrías llevarme contigo?

La sonrisa desapareció y adoptó un gesto de confusión.

—Pero nos acabamos de conocer, Anna.

—Lo sé, pero pareces de fiar. Y sé que solo tú puedes ayudarme. Estaré bien, puedes confiar en mí. Mi familia no se dará cuenta de que me he ido, y volveré antes de que salga el sol.

Caleb me miró como si intentara leer mi pensamiento. Dudaba, y por su rostro serio intuí que me daría una respuesta negativa. Seguro que no quería meterse en problemas, y eso que él ni siquiera sabía que al aceptar mi invitación para salir de la fiesta ya se había metido en un grave problema.

—Tengo que pensarlo —se excusó—. No sé si puedo hacerlo, Anna. Lo siento. No quiero meterme en problemas, y mucho menos con tu familia.

—Por favor... —Tenía que convencerlo de alguna manera, era importante sacarlo de aquí, porque cualquier distracción destruiría el plan que había urdido—. Solo será esta noche. Lo prometo. No tendrás problemas.

Miró al cielo y pareció pensárselo.

—¿Por qué quieres salir? —preguntó. Sus ojos se entrecerraron y adoptó una expresión seria que me hizo quedarme quieta—. ¿Has matado a alguien y ahora quieres escapar?

—¡No! ¡Claro que no! —respondí entre risas.

De pronto, mis hombros se habían relajado. Me sentía más ligera y calmada. Ni siquiera me molesté en reprimir la risa, o en ocultarla. No recordaba cuándo había sido la última vez que me había reído tan fuerte.

Su sentido del humor me empezaba a gustar. Era divertido y amable.

Cuando ambos dejamos de reírnos, Caleb habló:

—Está bien. Conozco un lugar que puede hacer que te sientas más tranquila. No es una maravilla, pero te servirá para distraerte, si eso es lo que necesitas. No sé qué está pasando allí dentro, pero espero no tener problemas con tu familia o con la policía, ¿de acuerdo?

Asentí con una sonrisa.

—No los tendrás —contesté—. ¿Ese lugar está alejado de la ciudad? —me aventuré a preguntar para saber de cuánto tiempo dispondría. Si el lugar estaba más alejado, tenía ventaja, así no podría escapar tan rápido. Cuando lo pensé de nuevo, me dieron escalofríos. Tal vez estaba siendo poco considerada y no tenía en cuenta muchas cosas que podrían pasar cuando le contara la verdad, pero debía arriesgarme.

¿Caleb se asustaría si le dijera que soy un fantasma?

—Lo suficiente para que regreses mañana —respondió y se puso en pie, dispuesto a iniciar nuestro viaje.

Asentí de nuevo.

Lo importante era mantener a Caleb alejado, para que no pudiera escapar tan fácilmente, según mi plan. Era la única opción en la que podía pensar por ahora, y parecía ser la más viable.

Caleb parecía buen chico. Así que tenía que repasar cada detalle para no atormentarlo. Mi intención no era causarle pesadillas.

—Genial, eso es perfecto.

—¿Has discutido con tu familia? —preguntó con curiosidad mientras caminábamos hacia su coche, o eso supuse.

—Algo así —volví a mentir.

—¿Ha sido muy malo?

—Ni siquiera puedes imaginártelo —respondí en un murmullo.

—¿Y tendré problemas con ellos por sacarte de aquí?

—¡No! —respondí—. Ni siquiera se enterarán.

Era la verdad. Nadie se iba a dar cuenta.

—Muy bien. Confiaré en ti.

Sonrió de soslayo y le devolví la sonrisa por pura educación. Estaba preocupada por hacerle esto. Tal vez defraudaría su confianza, pero cuanto más hablaba con él, más conectada me sentía.

No pude responder.

Me ahogaba. Él no tenía ni idea de nada, no sabía lo que decía, solo se sentía atraído por mí por una sencilla razón: estábamos conectados porque yo era un fantasma, y extrañamente él podía ayudarme a cumplir mi misión. Pero aún no lograba entender por qué podía tocarlo a él pero no a otras personas. Este chico y yo no teníamos nada en común. Nunca había hablado con nadie que no fuera de la familia Crowell. Me habían mantenido aislada desde que era pequeña, siempre encerrada en mi mundo. Esa noche era la primera vez que me dejaba guiar por mis instintos y por mi adrenalina de hacer algo fuera de las reglas. Ahora no había nadie que pudiera impedirme que me fuera con ese desconocido al lugar al que quería llevarme. Ni Rosie ni Rebecca podían hacerme daño porque yo ya lo había perdido todo, no era más que un simple fantasma con una misión. No había críticas ni llanto por las noches; al fin las personas malas ya no estaban junto a mí, habían dado paso a la paz y la tranquilidad, algo que nunca había tenido. Siempre se me habían negado mi libertad, y ahora Caleb se estaba convirtiendo en la persona más importante para mí.

Ahora yo tenía las riendas.

Solo quedaba una cosa por hacer.

—¿Lista? —preguntó Caleb cuando estuvimos dentro de su automóvil.

Era una camioneta grande de color negro, de cinco puertas, y había tenido que dar un buen salto para poder subir. El calor me envolvió, y a pesar de que los asientos eran de piel, no sentí frío. Dentro olía a pino. La camioneta estaba limpia, no había botellas, ni papeles tirados, ni mucho menos había restos de patatas o golosinas. Los asientos traseros estaban llenos de libros y cuadernos y había una mochila roja en el suelo del coche.

—¿Estudias? —pregunté a Caleb.

—Estoy a punto de graduarme, dentro de medio año.

—Ah, entonces ¿qué edad tienes?

—Veintiuno.

—Ah —repetí.

—¿Y tú?

—¿Yo?

Asintió y metió la llave para encender la camioneta de cristales oscuros. A decir verdad, me empezaba a arrepentir, quería bajarme de ahí. Estaba en la furgoneta de un desconocido.

Me puse tensa, pero traté de seguir el hilo de la conversación y no darle tantas vueltas al asunto. Ya estaba dentro y no podía dar marcha atrás por segunda vez.

—Sí, tú —confirmó—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo dieciocho —respondí, y me puse el cinturón de seguridad por pura costumbre. Sabía que no me pasaría nada, pero mi instinto aún seguía conmigo. Él me imitó.

—Creí que eras más pequeña que Hannah —contestó, luego aceleró para calentar el motor y me miró sorprendido.

Por enésima vez tragué saliva y recordé que Rosie me había obligado a fingir ser menor que Hannah, y todo lo que yo había hecho para perjudicar a Alex y a ella; había sido una soplona que se daba cuenta de las cosas cuando ya era demasiado tarde. Solo esperaba poder disculparme por haber sido tan mala persona.

—Bueno, es una larga historia. —No quería contarle nada por ahora. Tal vez se lo diría cuando llegara el momento adecuado. Además, no era algo de lo que podía sentirme orgullosa—. ¿La conoces?

Él negó con la cabeza.

—Creo que sois muy reservados. Os gusta tener muchos secretos, y sobre todo, sois los peores mentirosos.

Me guiñó el ojo inocentemente, burlándose de mí por la mentira.

—¿Nunca has mentido a tus padres? —bromeé.

Su rostro se puso serio.

—Mis padres murieron hace unos años —soltó sin más.

—Oh, lo siento mucho, yo... no sé qué decir.

Y era cierto, no sabía qué decir. Había sido toda una sorpresa.

—No tienes que decir nada. —Su mano accionó la palanca de cambio y nos pusimos en marcha—. Por algo pasan las cosas, ¿verdad?

Me miró unos segundos. Nuestros ojos conectaron. Asentí por instinto. Lo sabía mejor que nadie.

—Siento mucho lo de tus padres.

La camioneta negra dejó atrás la mansión, con su color blanco misterioso y los coches aparcados por todos los lugares posibles.

Tardamos unos minutos en salir del barrio residencial. Nunca me había

detenido a mirar las grandes y bonitas casas que había en la urbanización, ni mucho menos los verdes jardines a punto de ser rociados con agua para darles más vida. Nunca salí a dar un paseo, ni siquiera una caminata rápida por los alrededores. Había tenido la oportunidad de hacerlo y, sin embargo, no había disfrutado de nada, hasta ahora. Fue entonces cuando me di cuenta de que la mayoría de las casas mantenían algunas luces encendidas, como la iluminación de los garajes o los jardines, y por eso el vecindario parecía más bonito de lo que ya era.

Mis ojos querían atravesar la ventana para ver todavía más allá, quería oler el aroma de las flores y sentir el aire frío en el rostro. Me sentía como si estuviera saliendo de la mansión en una noche calurosa con mi pareja de baile para la graduación. Siempre había soñado con ese momento. Ahora llevaba el vestido púrpura y Caleb conducía a mi lado, y eso me hacía sentir como una niña pequeña que acababa de cumplir su sueño.

Me entraron ganas de llorar. Sentía angustia en el pecho, porque nada de eso pasaría. Todos mis sueños y mis ilusiones habían desaparecido conmigo aquella noche del incendio.

Dejé de contemplar las casas y miré al frente. Caleb pareció darse cuenta de mi cambio de ánimo, pero no dijo nada.

En unos minutos nos incorporamos a la carretera y pisó el acelerador para ir más rápido. Encendió las luces largas para poder tener una mejor visión del camino y aceleró todavía más.

—Bueno, después de todo este drama, ¿vas a decirme ya lo que tenías que decir? —Su voz resonó en toda la camioneta. Era dulce y suave.

—Sí —respondí, armándome de valor. Aquí no podría escapar. Estaba concentrado en la carretera.

—¿Te has arrepentido de venir?

—No —negué.

—Pareces asustada, ¿quieres un poco de agua? Tengo una botella atrás, puedo parar para que tomes aire, si es lo que necesitas —dijo, reduciendo la velocidad.

—Estoy bien, solo que es algo complicado de decir. —La garganta me picaba, sentía un nudo que no me dejaba hablar—. Estoy asustada por cómo puedes reaccionar.

Él sonrió.

Luego alejó su mano derecha del volante y durante unos segundos me miró de reojo para tocarme el brazo.

—Tranquila. —Su mano se alejó. Fueron tan solo unos segundos, pero no vi ninguna malicia en su contacto. En cambio, me había hecho vibrar. Para él había sido un movimiento rápido, pero el brazo me quemaba, sentía sus dedos sobre mi piel y un dolor agradable—. Podré con ello.

Ahí estaba la conexión de nuevo. Yo la sentía.

—Es sobre lo que te pregunté antes.

Estaba pensativo.

—¿Sobre los fantasmas?

—Sí.

—¿Por qué me preguntas eso? —Sonaba preocupado, pero a la vez curioso.

—Es que... yo... creo que he visto a uno.

Él se rio.

—Anna, eso no existe.

—Hablo en serio, Caleb. Lo he visto con mis propios ojos, están aquí, hay muchos. ¿No crees en los fantasmas?

—Es inútil creer en eso —respondió—. Las personas mueren y todo lo que había en ellas muere también: los recuerdos, su familia, sus fracasos, todo se va. En este mundo solo estamos los vivos. Seguro que has visto una película de terror y tu subconsciente te ha engañado como a muchas personas. No debes creer en eso, ni mucho menos obsesionarte. Puede hacerte daño, ¿sabes?

—¿Alguna vez has escuchado lo de las conexiones?

Sus manos se aferraron al volante.

—¿Conexiones? ¿De qué?

—De los vivos con los fantasmas, con los espíritus. He leído algo de eso. ¿Quieres que te lo cuente?

No sabía qué hacía ni a dónde quería llegar con todo eso, pero estaba segura de que Caleb podía ayudarme. La única forma de que todo saliera bien era siendo honesta con él y contándole la verdad.

—Tienes razón —empezó a decir con voz entrecortada, casi como si soltara una risita, pero parecía nervioso y ansioso por terminar la charla—.

No tienes ni idea de cómo iniciar una conversación. Me estás asustando, Anna. ¿Quieres parar con eso?

—Esto era lo que te iba a decir, y es importante.

—Bien, dejaré que me lo cuentes con la condición de que no vuelvas a mencionar eso de los fantasmas, o de los espíritus, o como sea que los llames, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Cuando te lo cuente, querrás saber más. —Lo tenté, pero no dijo nada, lo que me dio pie para continuar—. Las conexiones entre las personas vivas y los espíritus son muy fuertes. Estos espíritus no son más que almas en un... ¿cómo decirlo? —Intenté buscar la palabra que pudiera describir lo que estaba sucediendo—. Es como un viaje astral, es decir, están como en otra dimensión y hace un tiempo que han muerto. Este tiempo puede variar, pueden ser horas o días. Incluso años. Su muerte puede deberse a distintas circunstancias: accidentes de tráfico, armas de fuego, drogas, suicidios, algún descuido por parte de un ciclista o de un peatón, incendios, no lo sé, cualquier tipo de incidente esperado o no. Cuando la muerte tiene lugar y ya no hay un corazón bombeando sangre, normalmente los espíritus están destinados al descanso eterno, ya sabes lo que quiero decir. Sin embargo, en un porcentaje de las muertes se ha quedado pendiente un compromiso, una promesa, algo que debían hacer antes de morir. Seguro que lo has visto en las películas.

—Entiendo. ¿A dónde quieres llegar? —Al parecer, Caleb se estaba interesando por el tema. Aunque seguía siendo escalofriante para él, prestaba atención a lo que yo decía.

—Estas personas con cosas pendientes quedan atrapadas en nuestro mundo, tal vez en otra dimensión o algo desconocido y que solamente ellos conocen. La cuestión es que tienen la misión de cumplir aquello que debieron hacer en vida para lograr el descanso eterno.

Caleb se rio un poco.

—¿Y por qué esos espíritus no se quedan para siempre aquí? Es decir, si van a estar atrapados en nuestro mundo y convivirán con otros fantasmas, ¿por qué no hacerse otra vida como fantasmas?

—Eso es imposible —negué—. La misión los obliga a hacer lo que tienen que hacer. Cuando los fantasmas optan por hacer lo que tú sugieres,

pierden el recuerdo de por qué están aquí, y casi siempre acaban vagando por este mundo sin saber qué hacer o a dónde ir, condenados eternamente. No es como una vida, porque realmente no puedes disfrutar de la comida ni de las sensaciones. Cuando pierden la noción de su misión pendiente, ya no queda nada. Están condenados a la infelicidad. Los fantasmas no se hacen amigos, seguramente pueden ayudarse, pero cuando no hay emociones, no pueden formar amigos, no pueden tener empatía ni nada. Cada uno debe resolver su problema, su tema pendiente en el mundo.

—¿Cómo sabes tanto de eso? —preguntó, pero no llegué a responder, solo continué.

—Los espíritus crean una conexión, Caleb. Esta conexión es con un ser humano, una persona que tiene un corazón que late. Esa persona debe ayudar al espíritu a cumplir su misión. Algunos fantasmas llegan a descubrir esta conexión, otros no. Son muy pocos quienes lo logran. Las conexiones suelen establecerse con alguien que conocen, o alguien que estuvo involucrado en su vida, o a veces... son con desconocidos. Y este es nuestro caso.

Caleb se puso tenso.

—Todo suena muy interesante y a la vez escalofriante.

Tragué saliva.

—Es que... lo que te he contado es verdad...

Caleb pareció ralentizar un poco, se giró con lentitud y me miró sin comprender. Sus ojos se apartaron de la carretera y vi cómo alzaba una ceja mientras me observaba. Todo sucedió muy rápido. De pronto, una luz brillante destelló enfrente de nosotros, la piel se nos iluminó en la carretera, que estaba vacía, y escuché un grito.

Los neumáticos resbalaron sobre el pavimento. Los ojos de Caleb se abrieron de par en par y sus manos sujetaron con fuerza el volante para mantener el control de la camioneta.

—¡Agárrate! —gritó.

La camioneta giró de golpe. Apenas alcancé a ver que los ojos de Caleb buscaban un lugar donde estuviéramos a salvo. Maniobró con el volante, apretándolo con fuerza. Parecía que algo se nos había cruzado y le había obligado a desviar nuestra trayectoria sin pensarlo. Se puso blanco. Golpeé la ventanilla con la cabeza y cerré los ojos por instinto, mi cuerpo se tensó y clavé las uñas en el asiento de piel, como si fuera a salir disparada. No supe

si había gritado, pero en cualquier caso, no podía pasarme nada. Aun así, seguía con las uñas clavadas en el asiento, esperando a que todo acabara. Todo había sucedido muy rápido. Estaba segura de que algo se había cruzado en el camino.

Los neumáticos chirriaron de nuevo y un olor a quemado nos inundó. La camioneta se detuvo de golpe y mi cuerpo se abalanzó hacia el parabrisas, pero el cinturón me detuvo antes de que mi cabeza pudiera estrellarse. Todo quedó en silencio. El motor de la camioneta sonaba forzado, como si fuera a estropearse. Mi piel se erizó y levanté la vista rápidamente para ver qué había ocasionado el accidente. Miré alrededor y comprobé que estábamos en medio de la nada: había árboles frondosos y fríos por todos lados, un manto de hojas verdes se extendía por encima de nosotros, eran gruesas y se movían al compás del viento. Mis ojos localizaron enseguida una casa. Estábamos fuera de la carretera, habíamos entrado en el bosque cuando la camioneta había girado para esquivar lo que se nos había cruzado. Miré al frente y vi una cabaña, sola y abandonada. La madera parecía vieja y la hierba estaba tan alta que parecía imposible llegar hasta la casa sin ser atacado por un animal. Había estado tan concentrada lo que le contaba a Caleb que me había perdido en mis pensamientos. Y ahora estábamos aquí, con la única iluminación de los faros de la camioneta. Era como una película de terror. No entendía cómo habíamos llegado hasta aquí, y parecía un lugar peligroso. Estaba asustada porque no sabía regresar, no había visto el camino por el que habíamos derrapado, y detrás de nosotros solo había árboles.

—¿Estás bien?

Fue lo primero que escuché después de un zumbido.

—¿Qué ha pasado? —Miré a Caleb y me di cuenta de que tenía la misma expresión que yo. No era consciente de cómo habíamos llegado aquí, pero sin duda, sabía algo más y eso le preocupaba.

—¿Te has hecho daño?

Me incorporé y dije que no. No me dolía nada, ni siquiera me daba vueltas la cabeza. Supuse que era una de las ventajas de ser un fantasma. Me aclaré la garganta con disimulo. Aunque no me dolía nada, el accidente me había pillado por sorpresa.

—Sí, estoy bien, ¿y tú?

—También. —Se recolocó en el asiento y miró por la ventanilla, como si

esperara ver algo. Sus ojos reflejaban preocupación—. No te asustes, pero creo que he visto a alguien en medio de la carretera.

—¿Qué?

—Creo que era una mujer.

Negué y a continuación sentí que mi piel se ponía más fría.

—Deberíamos salir de aquí.

Me daba la impresión de que no iba a suceder nada bueno. E intuía lo que podía ser aquella mujer.

Caleb, en cambio, seguía con esa mirada de preocupación. Observaba con atención los alrededores, esperando ver a la mujer de la carretera, pero, para su sorpresa, no había nadie. Estábamos solos.

Por supuesto que jamás la vería.

—¿Puedes volver a la carretera? —No pude ocultar el miedo que empezaba a consumirme. Las piernas me temblaban debajo del vestido, pero intenté que mi voz sonara normal. Solo quería que diera la vuelta y volviéramos a una zona iluminada.

—Lo haré en un minuto. Sé que he visto a alguien, puede estar por aquí.

Me acomodé en el asiento, apoyé las manos con fuerza en el reposabrazos de la puerta y miré por la ventanilla con la ilusión de que mi corazón latía con velocidad.

—Creo que ha sido un animal. —Intenté hacerlo cambiar de opinión.

Pero entonces él se giró para mirar por la ventana trasera, como si la mujer pudiera estar allí detrás. Sus piernas seguían en el asiento, pero su torso se había inclinado para observar la oscuridad que nos rodeaba. Me arrepentí de haber salido de la mansión. En cuanto Caleb se concentró en lo que había planeado hacer, fijé la vista al frente, noté que mis orejas se pusieron calientes y la ilusión de mi corazón dejó de latir cuando vi a una mujer delante del coche, con el rostro iluminado por las luces. Los segundos se volvieron eternos. Estaba quieta, serena. No aparté la vista de ella, pensé que era la mujer de la que hablaba Caleb y me quedé petrificada. Ninguna de las dos se atrevió a desviar la vista. No había dudas, me estaba observando. Sabía lo que yo era del mismo modo que yo sabía lo que era ella. Era delgada y no tenía ni una sola cicatriz que delatara heridas o que había sufrido un accidente, estaba en perfectas condiciones, con el cabello liso y limpio, sedoso y perfecto, y debajo de los ojos no había manchas oscuras,

tenía el rostro pálido, pero eso era normal en los fantasmas. Lo que me sorprendió fue que tenía los labios curvados en una expectante sonrisa. Como si supiera que yo estaría aquí. Y, para mi sorpresa, la sonrisa era amigable.

Pero yo estaba aterrada.

Cuando Caleb volvió a mirar al frente, frustrado por no haber visto a la mujer, ella desapareció en una milésima de segundo. Dejé la vista clavada lugar donde el fantasma había estado.

—Tenías razón —dije sin saber muy bien cuál era mi intención—. Hay alguien aquí.

—¿La has visto?

Asentí, todavía conmovida. Caleb abrió la puerta y salió. El viento entró en la camioneta y desperté de mi ensoñación. Caleb se adentró en la oscuridad.

Salté de golpe, abrí la puerta y bajé en cuestión de segundos.

El viento me envolvió el cuerpo. No me había dado cuenta de que había una ligera capa de bruma, y cuanto más le prestaba atención, más se iba extendiendo.

—¿Caleb? ¿A dónde vas?

—Tenemos que ayudarla —respondió.

—No, no, no —dije.

—Seguro que está cerca y necesita ayuda.

—Yo... tengo que contarte lo que sucede, Caleb. Lo que has visto no es real.

—Anna, estoy seguro de que después podrás contármelo. Pero una persona puede estar en peligro.

Sí, tú.

Caleb volvió para apagar el motor de la camioneta, pero dejó las luces encendidas y abrió la puerta trasera para sacar una linterna e iluminar la cabaña. Lo hacía todo con movimientos rápidos y seguros.

—Caleb, no.

Lo intenté detener antes de que fuera demasiado tarde. Y, luego, algo extraño pasó. Alguien corrió como un rayo por detrás de él. Retrocedí sin ocultar mi temor, pero el lodo amortiguó mis pisadas y Caleb seguía con la

cabeza gacha. Ni siquiera se percató, porque seguía buscando las pilas para la linterna.

Lo vi. Era un hombre, no llegué a verle el rostro, pero sabía que era un fantasma y que era demasiado grande. teníamos que irnos de allí, huir antes de que quisieran hacernos daño.

Temía por Caleb, porque seguro que no podría defenderse, y todo habría sido por mi culpa, porque yo me había empeñado en que nos fuéramos de la fiesta.

La sombra había pasado rápido, pero yo sabía lo que era. Había visto una silueta como esa tantas veces que no podía estar confundida. De nuevo, los escalofríos que sentía cuando era niña volvieron a mi cuerpo.

Fantasmas.

Me sobresalté por enésima vez. Este lugar no era seguro. Apreté los dientes y temblé involuntariamente.

—Caleb, tenemos que irnos —dije y me subí a la camioneta como una niña temerosa.

Ni siquiera esperé a que él subiera. Solo deseaba que hiciera lo mismo que yo y subiera a la camioneta para marcharnos. Puse el seguro a mi puerta sin dejar de temblar. Cada vez tenía más miedo. Los fantasmas me habían atormentado desde que era pequeña; sabían que yo los podía ver y escuchar, y me susurraban, me gritaban cientos de cosas, pero yo no podía hacer nada.

Aparecían por todas partes: en las calles, en la cocina, en mi habitación, en el jardín de los vecinos, en la mansión de los Crowell. No me dejaban respirar, siempre estaban molestándome y nadie me creía, excepto Rosie, porque ella también podía verlos. Sufría insomnio y tenía pesadillas por su culpa. Y ahora, de nuevo, estaban aquí. Eran malos conmigo. Me aterraba terminar loca como Rosie.

—Tú quédate aquí, yo iré a ver qué sucede.

—He visto a alguien —respondí, estremeciéndome en mi asiento. Me giré para mirar la puerta que Caleb tenía abierta. Sostenía una linterna. Mis rostro denotaba mis ansias por marcharme de allí, pero él no se percataba—. Y no parece ser una buena persona, por favor, vámonos.

—¿De qué hablas?

—No lo entiendes —dije con miedo en la voz—. No he visto a un humano. Es un fantasma.

Caleb se rio.

—No creo en eso.

—Caleb, vámonos. Por favor —supliqué con un nudo en la garganta.

—Alguien puede estar en peligro. Vuelvo enseguida, quédate aquí.

Y luego, echó a correr. Cerró la puerta de golpe, me guiñó el ojo al otro lado del cristal oscuro y corrió hacia la cabaña, atravesando la hierba verde y alta que, con cada paso que daba, lo iba consumiendo. No sabía qué hacer, me debatía entre si debía bajar para ir tras él o quedarme allí sin hacer nada, y ambas opciones resultaban peligrosas.

Se detuvo y vi abrió la boca para gritar algo, pero las ventanas cerradas no me permitieron oírlo.

—Esto no puede estar pasando —dije cuando Caleb me hizo un gesto para que bajara del coche y lo siguiera. Entré en pánico al verme sola en la camioneta y con todos los árboles a mi alrededor, rodeándome. Y, sobre todo, entre ellos.

Apreté los ojos y di un largo suspiro para armarme de valor.

Me desabroché el cinturón de seguridad, quité el seguro de la puerta y la abrí poco a poco. Esperé a que algún milagro sucediera y que Caleb apareciera para volver a la carretera. El aire me golpeó de nuevo y mi piel se erizó.

—¿Caleb? —lo llamé, pero no respondió.

Bajé de un salto y me recogí el vestido para poder moverme entre la tierra y la hierba. El tacón de los zapatos se hundió en el lodo. Cerré la puerta y avancé vacilando.

Parecía que estaba sola. No se oía absolutamente nada, y lo único que me acompañaba eran las luces encendidas de la camioneta. Estaba nerviosa. A cada paso, sentía escalofríos.

No me gustaba estar sola. Y menos en un lugar como ese. Caleb había entrado en la cabaña y me había dejado sola en la oscuridad.

Las piernas me temblaban. Mi peor pesadilla se estaba haciendo realidad. Me arrepentía de haber metido a Caleb en esto y ahora tenía que sacarlo de aquí. Necesitaba armarme de valor; en cualquier caso, ya nada podía hacerme daño.

—¿Caleb? —volví a llamar, pero su rostro acaramelado no asomó por

ninguna parte.

Me obligué a seguir avanzando sin mirar atrás, sin mirar alrededor, porque sabía que me observaban unos cuantos pares de ojos.

Respiré e inhalé, como si eso fuera a tranquilizarme. Sentía que cuantos más pasos daba, más me alejaba de la cabaña. El camino se hacía eterno, y el lodo y los tacones de los zapatos no ayudaban demasiado. Estrujé la tela entre mis dedos fríos.

Dos pasos más y me metí entre la maleza, que estaban mojada. No recordaba que hubiera chispeado en las últimas horas, seguro que eran gotas acumuladas de otras lloviznas. O tal vez el lugar era muy húmedo, pero eso era casi imposible, porque el lodo era demasiado espeso. ¿O es que alguien había salido a regar un jardín sin forma?

Casi resbalé cuando mis pies se enroscaron con unas hierbas. Afortunadamente, logré mantener el equilibrio, tiré de la pierna con fuerza para deshacerme del agarre y escuché que algo se separaba haciendo un ligero crujido.

Seguí caminando hacia la cabaña.

Cuando llegué, me fijé en la madera, descuidada y llena de musgo y lodo. La cabaña no era en absoluto atractiva, tan solo una habitación entablada.

—Anna —escuché un susurro a lo lejos, busqué de dónde procedía la voz y me encontré con el rostro de Caleb, apuntándome con la linterna. Estaba dentro, pero asomaba la cabeza por lo que parecía ser una ventana totalmente descubierta—. Pensaba que estabas en la camioneta.

—Quiero ayudar —mentí.

Él asintió y tragó saliva.

—La puerta está justo enfrente de ti, entra. He revisado el interior y no hay nadie.

Hablaba en voz baja y yo hice lo mismo.

—Está bien.

Mi respuesta fue solo audible para mí. Cuando enfoqué la vista en la puerta, el rostro de Caleb y la linterna desaparecieron para volver al interior de la cabaña y yo me encontré a oscuras de nuevo. Al menos me sentía más tranquila por estar con él.

La puerta rechinó cuando la abrí, estaba rota y parecía que iba a

desplomarse con cualquier movimiento. Cuando la solté, mis manos quedaron manchadas de la tierra mojada que había en ella. Estaba sucia, descuidada. No era lodo, sino tierra húmeda.

Para mi sorpresa, cuando entré, la cabaña estaba totalmente a oscuras. La luz de la linterna de Caleb no estaba. Seguramente se habría movido de lugar. No sabía si había algo frente a mí porque no veía nada. Absolutamente nada. Ni siquiera escuchaba a Caleb.

Silencio.

Estiré los brazos poco a poco para detectar si había algo frente a mí, pero todo parecía estar despejado. Barrí el suelo con el pie izquierdo enfrente de mí, porque no quería tropezar con nada. Luego caí en la cuenta de lo tonta que era, porque yo era un fantasma, podía atravesar cosas, pero sin duda era mejor asegurarme, ¿verdad? Uno nunca sabía qué podía encontrar en el camino, sobre todo cuando estaba en plena oscuridad.

Di dos pasos y me detuve porque algo cayó. Parecía una moneda, no estaba muy segura, pero el sonido había sido como si algo redondo y metálico hubiera caído.

—¿Caleb? —susurré, pero no hubo respuesta—. Cal...

No pude terminar porque algo me empujó con fuerza por la espalda. Caí de rodillas y escuché cómo la tela del vestido se rasgaba. Puse las manos delante de mí para amortiguar la caída, pero era demasiado tarde, me golpeé la cabeza con algo. Por suerte, no me dolía nada. Me levanté en un segundo y me puse en guardia.

—¿Quién está ahí? —pregunté, aunque sabía perfectamente que habían sido ellos.

Escuché una risa suave cerca de mi oído.

Me estremecí.

—Anna, Anna... nunca aprendes. —Era la voz más ronca y seca que había escuchado jamás. Era una mujer, estaba segura, pero no podía verla. Entrecerré los ojos y giré sobre mis talones una y otra vez para encontrarla, pero quienquiera que fuera se movía rápido.

—¿Quién eres? —pregunté con voz gélida—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Escuché cómo la madera rechinaba. Se volvía a mover. Estaba asustada por Caleb. Esta no era la manera adecuada de decírselo, tampoco podía

permitir que se percatara de los terribles fantasmas que estaban aquí.

—¿Crees que él podrá ayudarte? —me preguntó la voz. Había cierta burla en el tono, pero levanté la barbilla, aunque sabía que no iba a verme.

—Él es mi conexión. Puede verme —dije con convicción—. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—¿Por qué estás tan asustada si sabes que no podemos hacerte daño? ¿Te aterra ser lo que más odias?

—¿Aaron? —pregunté en un susurro, pero no me escuchó.

Había hablado en plural; entonces tenía razón, había más de uno por aquí. Debía apresurarme y sacar a Caleb de aquí.

—No —respondí—. Estoy confundida. No sé distinguir los buenos de los malos, y sabes que los hay. ¿Dónde está?

Luego escuché más pasos. Alguien, personas o fantasmas, se acercaba. Lo sentía. Había más en la habitación.

—¿El chico? —La voz grave ya no era tan grave y parecía la de una mujer. Aunque tampoco era amable.

—Sí —respondí con la garganta seca.

—Está bien.

Intenté seguir la voz, traté de seguir el calor de Caleb para encontrarlo, pero me estaba resultando demasiado difícil concentrarme en ambas cosas.

—¿Qué queréis de nosotros?

Alguien se sentó en un sillón.

—De él nada; de ti, todo.

—¿Qué? —Fruncí el cejo, no entendía qué quería decir. Yo no era nada especial, al contrario—. ¿Todo de mí? ¡Es que no ves que soy igual que tú!

—Eres tú la que todavía no lo ha entendido, pero te diré una cosa: pronto me conocerás. No debes temerme. Yo te protegeré.

—¡No necesito tu protección! —objeté con rabia.

—Mi nombre es Marissa —dijo con voz tranquila, serena. Aunque el ronquido escalofriante no se había ido, claramente no buscaba pelea—. Te conozco desde hace mucho tiempo, Anna. Por eso sé que eres débil en este mundo, necesitas mi ayuda. No estarás sola.

—¡Tú no sabes nada de mí! —grité.

—Tienes una misión que...

De repente oí ruidos y muchos, muchos pasos. Parecía que un ejército se acercaba a nosotras. Las pisadas estaban cada vez más cerca. Retrocedí sin saber a dónde ir hasta que una pared cubierta de tierra mojada me impidió moverme.

Los pasos estaban muy cerca de mí, pero no podía ver nada. La cantidad de voces y pisadas que resonaban en la pequeña cabaña era impresionante.

—¿Quiénes son?

—¡Vete! —rugió la voz—. ¡Vete, Anna!

De pronto, una puerta contigua se abrió de golpe y alguien con una linterna entró a paso rápido. Tenía una ligera capa de sudor en la frente, sus ojos se movían frenéticamente, parecía angustiado. La linterna temblaba en sus manos, pero no dije nada. Yo estaba igual de nerviosa.

—Anna, tenemos que irnos —dijo con la respiración agitada.

Mis ojos se abrieron.

—¿Qué has visto? —pregunté en un murmullo.

Él tragó saliva.

—Tumbas, cientos de tumbas.

Capítulo seis

—¿Oyes eso? —le pregunté cuando me detuve en la puerta.

Habíamos salido corriendo de allí. Caleb me había dado la linterna porque sus dedos no dejaban de temblar y me había seguido, aunque su rostro delataba el miedo que sentía. Ni siquiera había mencionado a la mujer que había visto.

—¿Qué? —preguntó con voz ronca.

—Creo que estoy alucinando, salgamos de aquí —respondí.

Los pasos y los murmullos seguían ahí, pero eran tantos que no podía descifrar lo que decían. Sabía que sucedía algo. No podía evitar sentir curiosidad por saber qué había pasado.

Cuando subimos a la camioneta, Caleb no esperó ni un segundo para acelerar marcha atrás y volver a la carretera. Esperábamos no tener que regresar a ese lugar. Tenía el rostro cubierto de sudor. Sujetaba el volante con manos temblorosas. Parecía que sus pensamientos estaban perdidos en la carretera.

No quise decir nada, tal vez debería darle un respiro para que pudiera asimilar lo que acababa de suceder.

Pensé en lo sucedido. La voz de la mujer me había resultado vagamente familiar, aunque no sabía ubicarla.

¿Por qué sabía mi nombre? ¿De verdad hacía tiempo que me conocía? ¿O solo quería manipularme para que confiara en ella? Era imposible que alguien me conociera mejor que Rosie. Así que, ¿quién era esa tal Marissa?

—¿Estás bien? —me preguntó Caleb al fin.

Asentí, pero él no lo vio porque seguía concentrado en la carretera, con los ojos fijos en la oscuridad.

—Sí —contesté.

—¿Por qué me has mencionado esas historias, Anna? —La pregunta de Caleb me tomó por sorpresa, y tuve que dejar a un lado mis pensamientos para responder. Me giré, esperando ver el rostro lívido y sereno de Caleb, pero solo vi una expresión de enojo.

—¿La de los fantasmas?

Asintió sin articular palabra.

—Solo quería compartir mis investigaciones con alguien más. Es todo.

—Mientes —exclamó con voz seca.

Por la ventanilla vi que los árboles quedaban atrás en cuestión de segundos; estaba acelerando.

—¿Qué sabes? —me atreví a preguntar.

—Que tú no eres normal.

—¿Eso es todo?

Negó y apretó los nudillos.

—Me haces sentir atraído por ti. Tienes una especie de energía que me hace querer estar cerca de ti, es algo extraño, nunca me había pasado. Cuando nos dimos la mano, sucedió algo, ni siquiera lo puedo explicar, Anna. Tengo la sensación de que me has manipulado de algún modo para que viniera contigo. —Las palabras quedaron suspendidas en el aire—. ¿Eres... eres una especie de bruja? ¿O algo así?

—¡No! —espeté.

Caleb asintió, desesperado por saber más.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo he dicho, necesito tu ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Tienes que levantar un poco el pie del acelerador, no puedo hablar si vamos tan rápido. Me desconcentro —mentí; en realidad me estaba preparando para darle la noticia.

Caleb ralentizó. Los árboles se volvieron más claros, y ya nos estábamos acercando a los edificios, a la civilización.

—¿Qué clase de ayuda, Anna? —preguntó de nuevo.

—Tienes razón, Caleb. No soy normal.

—¿Qué quieres decir?

—Esto puede sonar extraño, pero... —me detuve. Si le contaba lo que era mientras conducía, la respuesta no sería muy agradable—. ¿Puedes detener la camioneta?

No protestó, estaba ansioso y molesto porque no le había contado la verdad. Ahora no iba a ser un niño caprichoso que fuera a objetarlo todo. Estaba cooperando de mala gana. Y yo no podía discutirlo.

Aparcó en una acera y apagó el motor y las luces.

Se giró y me miró, esperando una respuesta.

—La cosa de los fantasmas es real —empecé a decir, jugando con mis dedos—. Yo... no solamente los he visto.

—Explícate, Anna.

—Soy una de ellos —dije, finalmente—. Soy un fantasma, estoy muerta.

Él se rio a carcajadas.

Me quedé mirando sus dientes fijamente. Se estaba riendo de verdad, no era una risa fingida, él creía que había mentido, pero no era así, y mi silencio hizo que finalmente dejara de reír.

Sus ojos se clavaron en los míos. Eran negros. Negros como la oscuridad de aquella cabaña, y no podía ver nada a través de ellos. Estaban cerrados a mi mundo.

—Por favor, dime que es broma.

Negué.

—Es la verdad.

Caleb no se movió.

—Baja de mi coche.

—¿Qué?

—Si eres un fantasma no te dará miedo quedarte en medio de la carretera, ¿verdad?

Parecía decidido.

—Caleb...

—Baja —me interrumpió.

—Esto que haces no es propio de un caballero.

—Si bajas del coche, te creeré.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Entonces, abrí la puerta y bajé de un salto. El vestido pesaba por culpa del lodo que se había adherido a la parte inferior. Pero no me importó estar en medio de la carretera. Sola.

Cerré la puerta y Caleb bajó la ventanilla, después se inclinó sobre el asiento del copiloto y me observó con detenimiento.

—No puedes ser un fantasma. Eres una chica de carne y hueso. Eso... no existe. Estás jugando conmigo.

Negué con impaciencia.

—Tú eres el único que me ha visto en la fiesta. Nadie más ha podido verme. Llama a tu amigo, el chico que estaba en la barra, porque él ni me ha notado. O puedes llamar a Chris, seguro que él sabe lo que pasó conmigo, seguro que él sabe que morí hace tiempo.

—Basta —me hizo callar.

—Caleb... no sé cómo decirte esto, pero tienes que ayudarme. No voy a hacerte daño, no es mi intención. No debes temerme.

Se llevó las manos a la cabeza y luego se frotó el rostro con las palmas.

—Sube, te llevaré a tu mansión y ambos volveremos a nuestras vidas y podrás gastar bromas a quien quieras.

—¡Esto no es una broma! —grité.

—Estás asustándome, Anna. —Trató de sonreír, pero solo le salió una mueca tensa y dolorosa—. ¿Entiendes lo que me estás diciendo?

—Escúchame. ¡No tienes que tener miedo de mí!

—¿Ah, no?

—¡No! —exclamé—. Mira, Caleb, sé que esto es muy extraño, y sé que es aterrador, pero no puedo continuar yo sola, necesito tu ayuda porque eres el único que puede verme. ¿Recuerdas lo que te conté de las conexiones? Bueno, pues yo soy el fantasma y tú el humano con el que tengo la conexión. Nadie más puede ayudarme. Morí hace tiempo en un accidente y tengo una misión. Si no la llevo a cabo, estaré condenada a permanecer en este mundo para siempre, y este mundo no tiene ningún sentido para mí. Morí en un incendio, Caleb. Soy un fantasma y eso no lo puedes cambiar, y no podrás

deshacerte de mí tan fácilmente. No hagas que a partir de ahora me convierta en tu pesadilla, no quiero hacerlo, no quiero ser de los malos.

No contestó, estaba atónito, esperando que me echara a reír por lo que acababa de decir.

—Sube.

—Caleb...

—Vamos, no te dejaré aquí sola. Sube.

Abrí la puerta de nuevo y subí a la camioneta.

Había sido demasiado forzado, lo sabía. Pero no había encontrado un mejor momento para contárselo. Cuanto antes lo supiera, antes podría irme de aquí. Tal vez estaba siendo demasiado egoísta, pero en este caso, no me importaba. El tiempo era oro, cada segundo que pasaba era un segundo que podía emplear para completar mi misión.

Caleb arrancó la camioneta. Durante el trayecto no me dijo nada, ni siquiera me miró. El ambiente era muy tenso, y desafortunadamente estábamos a solo unos minutos de la mansión.

Cuando entramos en el barrio residencial, todo me resultó familiar. Me volví a sentir segura, protegida.

—No me crees, ¿verdad? —intenté por última vez. Mi voz sonaba resignada, pero no me iba a dar por vencida tan fácilmente.

—En absoluto. Aunque tengo que reconocerte el mérito por la historia, suena casi real...

—Porque lo es.

Caleb suspiró.

—Estás en casa, Anna. Buenas noches.

Asentí y él detuvo la camioneta cerca de la fuente donde habíamos hablado al salir de la fiesta. El agua seguía cayendo, pero el sonido era más pacífico. Las calles y el jardín estaban despejados y, gracias a eso, la mansión parecía fría y gris.

Bajé de la camioneta de un salto. Todo quedó en silencio. Cerré los ojos con fuerza. Pensé en algo que seguramente Alex habría dicho. Abrí los ojos y lo miré fijamente.

—Volveré a buscarte, Caleb —exclamé con tono amenazante.

Capítulo siete

Cuando la camioneta de Caleb dio la vuelta para regresar a la carretera, sucedió algo increíble. Una ráfaga de viento me golpeó, empecé a flotar y de repente me encontré en el asiento trasero de la camioneta, detrás del asiento del piloto. No sabía que podía hacer eso. Me quedé quieta, pensando que tal vez Caleb podría verme, pero enseguida comprobé que no era así; ni siquiera se inmutó, simplemente condujo con la vista en la carretera y sujetando con fuerza el volante.

Estaba tenso.

No sabía si estaba en estado de *shock* o no creía en mis palabras porque parecía algo imposible, absurdo, irreal.

Traté de analizar su expresión por el espejo retrovisor, pero no podía ver mucho. Miraba a la carretera, la nariz pequeña y fina se mantenía quieta, a la espera de volver a exhalar. Tenía los labios apretados, como si se negara a hablar. Me pregunté si respiraba correctamente, porque estaba demasiado quieto, como una estatua. A pesar del frío que hacía, Caleb sudaba ligeramente, como si estuviera preocupado por algo.

De pronto, su móvil sonó. Caleb se asustó cuando el móvil vibró y después cayó en la cuenta de que solo era una llamada.

Como la carretera estaba vacía, disminuyó la velocidad, pero no detuvo el coche. Su vista se apartó de la oscura y solitaria carretera y frunció el ceño. Cogió el pequeño aparato con lentitud para no apartar demasiado la vista de la carretera y luego miró la pantalla. Alcancé a leer el nombre que aparecía y vi la fotografía de un hombre con una gran sonrisa, llevaba una

camisa azul y una bebida en la mano derecha, los ojos le brillaban con intensidad. Caleb dejó que el teléfono sonara, no parecía tener intención de contestar y mucho menos de hablar. Unos segundos después, el móvil dejó de sonar y Caleb lo puso en el asiento del copiloto. Pero en cuanto lo dejó caer, el sonido volvió a sonar.

Caleb resopló.

Cogió de nuevo el teléfono y deslizó el botón verde para descolgar.

—¿Sí?

—¿Caleb? —Escuché una voz ronca—. Un chico me ha dicho que te has ido. ¿Va todo bien?

Tenía el teléfono pegado a la oreja derecha y con la mano izquierda sujetaba el volante. Su expresión de preocupación se había convertido en una de confusión.

—Sí, es que yo... —hizo una pausa y negó con una sonrisa de desaprobación—. Tengo que estudiar y acabar muchos deberes.

Soltó el volante y, con un movimiento veloz, se restregó la palma de la mano izquierda por el rostro, como si estuviese mojándose la cara con agua fría.

—Bueno, es que el chico me dijo que parecía que ibas hablando solo mientras salías, como si estuvieras siguiendo a alguien. También mencionó que cuando saliste de la barra estabas un poco extraño y hablando solo. ¿Seguro que todo va bien?

Caleb se quedó en silencio unos segundos.

—¿Sabes quién es Anna? —preguntó.

Al escuchar mi nombre, mi corazón saltó. Me situé en el asiento del copiloto para escuchar mejor lo que Caleb y ese chico, que en la pantalla aparecía como Chris, decían sobre mí.

—¿Anna?

Un coche nos adelantó.

—Sí —afirmó—. Anna Crowell. ¿Sabes quién es?

Hubo un silencio dramático.

—Todos saben quién era Anna.

De pronto, la conversación se tornó incómoda y silenciosa. La tensión se palpaba en toda la camioneta. Para Caleb todo parecía ser confuso, y

terrorífico.

—¿Era? ¿De qué hablas, Chris? ¿Quién era Anna Crowell?

—Es una larga historia, leí algo en el periódico. ¿No sabes nada? Eric, el padre de Hannah, también es el padre de Anna, o bueno, lo era. Es que el muy descarado fue a meterse con la madre de Hannah y con la señora Rosie, esposa de George, es decir, de su hermano, ya sabes... el dueño de la mansión donde fue la fiesta, solo que esta señora, Rosie, está ingresada, porque parece que tenía problemas mentales o algo así. La internaron porque había secuestrado a su propio hijo y lo había mantenido oculto, pero no todo lo hizo ella. Anna era su conejillo de indias. Anna era su primera hija pero nadie lo sabía. Hasta que sucedió lo inevitable.

—¿Qué? —preguntó Caleb, ansioso—. ¿Qué sucedió?

—Rosie Crowell, en medio de la locura y la frustración, incendió un sótano con Hannah y Anna dentro. La propia Rosie también estaba ahí.

—¿Sobrevivieron?

Las manos de Caleb sudaban.

Chris se rio por lo bajo.

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Anna murió en el incendio. No pudo salvarse, las llamas acabaron con ella. Cuando llegaron los bomberos ya era demasiado tarde.

—¿Y es posible que esté viva?

Tragó saliva.

—Caleb, te estoy diciendo que las llamas la mataron. No está viva. Murió.

—¿Entonces está muerta? ¿Del todo?

—Sí, del todo. ¿Por qué estás tan interesado?

Caleb se sacudió en el asiento, tenía los ojos abiertos de par en par.

—Es que... vi una fotografía de Anna. Tenía curiosidad.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó el muchacho al otro lado de la línea.

Caleb fingió toser.

—¿Sabes, Chris? Creo que tengo fiebre. Será mejor que cuelgue. Tengo que encontrar una farmacia cuanto antes. Nos vemos mañana.

Caleb colgó sin más, no esperó una despedida por parte de su amigo. Frenó el coche de golpe y se quedó quieto, observando el pavimento. Luego giró la cara.

—Tenías razón. Eres un fantasma.

Y, dicho esto, se desmayó.

No pasó mucho tiempo antes de que volviera a abrir los ojos. Lo había recostado en el asiento del piloto, sacudiéndolo ligeramente para que despertara, y dio resultado, porque sus ojos empezaban a abrirse con lentitud. Estaba confundido, probablemente no sabía dónde estaba y qué había sucedido.

Cuando me miró, levantó el brazo y me tocó la mejilla.

—¿Cómo es que puedo tocarte? ¿No se supone que los fantasmas pueden atravesar cosas?

Me reí y él apartó su mano para reincorporarse en el asiento. Sacudió la cabeza y vio que aún seguíamos cerca de la mansión. Aunque ya era muy tarde, había una extraña iluminación al final de la calle. El cielo estaba oscuro.

—¿Estás bien? —pregunté, preocupada por lo que acababa de pasarle.

Asintió.

—Mejor que tú, creo que sí —bromeó.

Parecía un poco más calmado, aunque había momentos en los que me miraba como si quisiera asegurarse de que yo seguía ahí y no me iba a desvanecer en cualquier momento para convertirme en algo horrible. Por su expresión, sabía que estaba aterrado, pero no lo iba a reconocer. Estaba tratando de asimilarlo.

Ahora tocaba algo importante: hablar de la misión.

—Sé que es muy pronto, pero tengo que contarte algo más.

—Espera... espera.

Me quedé mirándolo.

—Dame un poco de tiempo.

Asentí.

—Lo que necesites, pero cuanto antes, mejor. Esto... es complicado. Tengo un tiempo limitado para cumplir mi misión.

—¿Y si no la cumples?

Resoplé, pensando en lo peor.

—Tendré que quedarme aquí para siempre.

—¿Por qué soy tu conexión? —preguntó—. Te acabo de conocer. No lo entiendo.

—Yo tampoco —susurré—. Creí que Rosie sería mi conexión.

—¿Rosie? —frunció el ceño—. ¿La mujer internada en un hospital?

—Sí —respondí con culpabilidad. Si yo no hubiera muerto en el incendio, tal vez habría terminado igual o peor que mi madre.

—¿No fue ella la que provocó el incendio?

—Sí —confirmé con voz cansada—, fue ella. Pero fue culpa de sus trastornos. No pretendía matarme.

—Pero a Hannah sí...

Negué de inmediato.

—¡No es una asesina! —salté en el asiento. Me dolía pensar que Rosie había cometido tal atrocidad, y no entendía por qué de pronto estaba defendiéndola si sentía un profundo odio hacia ella y todo lo que me había hecho. Me hervía la sangre. Suspiré y traté de tranquilizarme—. ¿De acuerdo? Ella no es una asesina, fue un accidente.

Caleb levantó las manos en el aire.

—De acuerdo, no hay por qué alterarse.

—Creo que debemos de empezar por ella, Caleb —puntualicé.

—¿Qué pretendes?

—Sé que ella sabe algo más, pero no me lo quiere decir. La he visitado todos los días. Ella sabe que estoy ahí, habla conmigo, o al menos lo intenta. Solo pronuncia monosílabos. Nada en particular. Está tratando de recuperarse con la medicación. No dice mucho, o cuando empieza a hacerlo, los trastornos vuelven y empieza a autolesionarse o a gritar, y entonces me veo obligada a irme.

—No soy la persona más adecuada para investigar cuál es tu misión, Anna.

—No necesitas serlo. —Me puse rígida y me quedé con la mirada fija en la carretera—. Sé cuál es mi misión.

—¿Entonces para qué necesitas mi ayuda?

—Para cumplirla.

—No lo sé...

—Solo necesito saber qué fue de mí. Quiero irme en paz. Sé que no nos conocemos, sé que no sabes absolutamente nada de mi vida, y yo tampoco sé nada de la tuya, pero es importante para mí. En el mundo de los humanos no pude tener paz, Caleb. Ahora, quiero tenerla en esta eternidad. Adonde quiera que vaya después de esto, quiero tener paz, irme tranquila, saber que hice algo bueno por el mundo, hacer lo que debí hacer antes. Es que yo... yo siempre fui un estorbo, las personas no me querían cerca de ellas. Siempre me usaron. Yo nunca importé le importé a nadie, no era más que un juguete, algo de lo que podían deshacerse con facilidad. Pero después de todo lo que viví, ahora sé que a la única que le debo algo es a mí. Por eso quiero hacerlo.

—Anna...

—Por favor —supliqué.

Caleb suspiró resignado.

—Está bien, te ayudaré. Pero si hay problemas, me alejaré. Ya he pasado por mucho y he aprendido la lección.

Sonreí con emoción contenida.

—Seremos muy cuidadosos, te lo prometo. No habrá problemas.

—¿Cuándo quieres que vayamos a ver a esa tal Rosie? —preguntó sin mucha ilusión.

—Mañana mismo.

Él saltó en el asiento.

—¿Cómo?

—Mañana —repetí.

—Anna, tienes que comprender que esto no es fácil para mí.

—¿A qué te refieres?

—Hablar... contigo.

Sentí una opresión en el pecho.

—Oh. Yo... lo entiendo.

—Necesito una semana.

—¿Por qué? —fruncí el ceño. ¡Una semana era demasiado tiempo! Y él ya había aceptado ayudarme, no podía echarse atrás y dejarme a mi suerte.

—Antes quiero investigar por mi cuenta y saber quién eres. Necesito asimilarlo, ¿entiendes lo que quiero decir?

Asentí.

—Por supuesto, solo que el tiempo pasa, Caleb. Ya no recuerdo cómo festejé mi anterior cumpleaños. Mi memoria se deteriora con cada segundo que pasa, y los recuerdos, que son nuestras pistas, desaparecen poco a poco.

Mis palabras lo dejaron más confuso. Me miraba como si tratara de confirmar que era una de *ellos*.

—Un fantasma... vaya —dijo, resoplando.

Suspiré.

—Está bien, está bien... entiendo tu punto de vista, y es comprensible. Sé que es difícil y arriesgado. Lo sé. Así que te veré dentro de una semana. Haz lo que tengas que hacer, yo... volveré. Eres mi única y última esperanza. Adiós, Caleb.

Empecé a abrir la puerta para bajar.

—Espera, ¿a dónde vas? ¿Dónde te veré? —me gritó desde el asiento.

Me detuve y me di la vuelta para mirarlo. Sonreí.

—No te preocupes, te buscaré.

—¡Anna! —gritó, pero desaparecí en un segundo.

Para mi sorpresa, volvía a estar en la mansión. Me preguntaba si Alex también podía hacer eso, aunque, mirándolo bien, nunca había visto a un fantasma moverse tan rápido. Era muy extraño porque, cuando llegaba a mi destino, me tambaleaba, me mareaba durante unos segundos. No sabía cómo ocurría, pero me gustaba hacerlo.

Cuando me giré, estaba frente a la mansión. Para entonces, ya estaba vacía y en silencio. Detrás, un hermoso círculo de fuego iba tiñendo el cielo. Las nubes grises se estaban dispersando y daban paso al sol.

Fue una semana fría. Había tenido que refugiarme en lugares cálidos porque sentía el frío en los huesos. Era extraño. De pronto, sentía que mis dedos se congelaban, mis músculos se quedaban paralizados y, cuando intentaba volver a moverlos, me dolían. Aunque me miraba en el espejo y me veía con los labios rojos y no morados, quería frotarme los brazos y darme calor. Pero ni siquiera eso aliviaba mi pesar. Por fuera me veía perfectamente, pero por

dentro sentía que el hielo me quemaba.

Había visitado a Rosie sin éxito. Las palabras que decía eran ininteligibles y los monosílabos respondían preguntas que necesitaban una explicación más extensa. Los labios pálidos siempre le temblaban y tenía los ojos totalmente abiertos, como si estuviera atenta a algo, y apenas parpadeaba. Cuando me veía, quería decir algo, pero las palabras no salían de su boca porque su cerebro no enviaba las señales correctamente. Simplemente se quedaba en silencio hasta que abría la boca y murmuraba palabras confusas.

Lamentaba la situación en la que se encontraba Rosie. Hasta el momento, no se había mirado al espejo y no había visto lo que le sucedía a su rostro. Su cabello rubio ya no crecía en la zona donde se había quemado. Si alguna vez Rosie volvía a ser la de antes, tendría que usar peluca y mucho maquillaje para cubrir las cicatrices. Ahora Rosie no era bella ni por fuera ni por dentro.

El viernes por la mañana me levanté temprano. Me había pasado la noche con los ojos abiertos mirando el techo, como si fuera lo más interesante de la habitación. Salté de la cama y sonreí durante un segundo con la esperanza de ver a Caleb. Mi salvación.

Era temprano, el sol ganaba terreno en el cielo, los rayos se filtraban por un diminuto espacio que quedaba entre la cortina y el marco de la ventana. Por supuesto, no podía abrir las cortinas ni mover nada de su sitio, así que encendí una lámpara que iluminaba ligeramente la habitación, cubierta por sábanas blancas.

Al ver el cuarto tan solo y lleno de recuerdos, por primera vez sentí que pertenecía a ese lugar, que ahí estaría a salvo de cualquier peligro.

Al mediodía me puse unos vaqueros y una camisa blanca, con los botones abrochados hasta el cuello. Me calcé unas zapatillas deportivas y me solté el pelo. Cuando me lo recogía, me sentía incómoda y desprotegida, era como un velo que me cubría el rostro disimuladamente. Luego me puse un suéter púrpura, aunque no creía que fuera a hacer frío, pero con ese clima ya nadie sabía qué tiempo haría por la tarde. Cuando me pasé el suéter por la cabeza, me sentí protegida. Era como si Hannah estuviera cuidándome; aunque era más pequeña que yo, necesitaba pensar que alguien me estaba protegiendo.

La mansión de los Crowell era demasiado grande, así que me autoinvité

para hospedarme allí. Días antes me habría causado terror dormir con las luces apagadas. Cuando me tumbé en la cama, pensé en las voces, en las sombras atravesando toda la habitación, en los murmullos y las risas, pero después me percaté de que, por primera vez, todo estaba en silencio, y así era más soportable estar en la oscuridad, porque yo era una de *ellos* y ya no había razón para que me molestaran. Había sido una noche tranquila y, aunque no había podido dormir, sí había descansado.

Eso me permitió reflexionar y organizar hasta el último detalle lo que debía hacer hoy. Tenía que darle las gracias a Caleb por su ayuda, aunque no debía atosigarlo. Era la primera vez que iba a pasar mucho tiempo con un chico y necesitaba apaciguar mis emociones y mis sentimientos.

Tenía que asumir que ya no tenía esperanza y que mi destino estaba escrito. Después de esto, no sabía a dónde iría, pero esperaba marcharme sin dejar nada pendiente.

Por la mañana me senté en la larga mesa del comedor, donde Hannah, Alex, George, Eric y Margaret habían desayunado entre risas. Por supuesto, ninguno de ellos me había notado. Sentí un poco de envidia, pero cuando vi a George sonreír como antes, me animé. Tal vez Rosie nunca fue la esencia de esta familia, como siempre había presumido. Era tóxica.

Me alegraba por los Crowell. Estaban saliendo adelante y eso les brindaba felicidad y paz, algo que yo ansiaba.

Me levanté de la mesa sin mucho esfuerzo y me marché con una sonrisa en los labios. Aun así, me seguía sintiendo miserable y sola. Después vagué por la mansión, esperando encontrar algo que llamara mi atención, pero todo parecía como siempre.

Sentí un tirón en el pecho y me trasladé a un lugar que ni siquiera conocía. Cuando abrí los ojos, estaba dentro de una camioneta que olía a uva.

Mi cuerpo se estabilizó casi al segundo y vi a un Caleb distraído que se acercaba a la camioneta mientras jugaba con las llaves. Llevaba la mochila roja colgada del hombro derecho; parecía no pesar demasiado. Supuse que solo llevaba un par de cuadernos y dos bolígrafos. Tenía el rostro serio, limpio y sin ninguna arruga o mancha oscura debajo de los ojos. Caminaba con tranquilidad mientras cavilaba. Alguien lo había saludado y él devolvió el saludo con la cabeza, intentando sonreír. El cabello le brillaba con intensidad. Llevaba unos pantalones caqui que le resaltaban la piel de los

brazos y el color del cabello, y la camiseta blanca le hacía juego con las zapatillas deportivas.

Me estremecí y pensé que, tal vez, el suéter púrpura no había sido la mejor elección. Y mucho menos si tenía un estampado con un dinosaurio verde. Observé mi reflejo en la ventana y me di cuenta de que por la mañana me había puesto una diadema naranja para mantener los mechones alejados de la cara. Era una copia de Daphne Blake de *Scooby-Doo*, pero en versión rubia. Me la quité de inmediato y la escondí debajo del asiento del copiloto.

La puerta se abrió y sonreí.

—¿Listo para descubrir mi muerte? —pregunté descabelladamente.

Caleb se sobresaltó y dio un paso atrás, asustado. Las llaves cayeron al suelo, lo que llamó la atención de varios estudiantes que estaban en el aparcamiento. Levantaron la mirada y se quedaron callados para ver qué había sucedido, pero cuando vieron que no pasaba nada, volvieron a lo suyo. Caleb no dijo ni una palabra hasta que se agachó para recoger las llaves y entró en la camioneta, fingiendo que yo no estaba allí para que los demás no sospecharan.

Cerró la puerta y encendió el motor.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —me preguntó con el ceño fruncido mientras trataba de recuperar la calma.

—Bueno, digamos que se me da bien atravesar cosas.

Caleb me observó como si estuviera hablando en serio, quizá todavía no había asimilado lo que yo era. Enarcó una ceja y me miró. Mi suéter, que era muy colorido para su camioneta, llamó su atención y desvió la mirada para observarlo.

Sonrió.

—¿Qué es eso?

—¿El qué? —Miré fijamente su rostro. Me sentí avergonzada al instante.

—Eso que llevas puesto —señaló conteniendo la risa.

Me sonrojé.

—Pues... ¿un suéter? —contesté, insegura.

—Pensaba que tenías dieciocho años —se burló.

—Los tengo, solo que esta mañana hacía demasiado frío

—me excusé, removiéndome en el asiento para intentar respirar con

normalidad. Aunque, ciertamente, no lo necesitaba.

—Es un suéter bonito, me gusta el dinosaurio —dijo con una sonrisa amable para intentar que no me sintiera incómoda—. Solo te falta la diadema naranja para ser la novia de Fred Jones. Ya sabes, la chica pelirroja que usa ropa morada y tiene un equipo para descubrir misterios, solo que, vaya... tú eres rubia. Y no tienes una diadema naranja.

Me sonrojé todavía más. Me removí en el asiento y lo fulminé con la mirada, aunque no me salió muy bien.

Tuve que esforzarme para mirarlo a los ojos y mostrarle mi fingida molestia.

—Muy gracioso —murmuré entre dientes, apenada.

—Era una broma, Anna. —La sonrisa que me dedicó entonces me dejó inmóvil en el asiento—. El púrpura te queda bien.

—Gracias —susurré, encongiéndome de hombros.

Él se rio en voz baja y tomó aire.

—¿A dónde iremos, entonces?

Me aclaré la garganta y hablé.

—A ver a Rosie. Lo he planeado todo. Esta semana he descubierto ciertas cosas. Tendrás que entrar a hablar con ella. Eres el único al que puede dar información.

—¿Cómo? Pensaba que te ayudaría siendo tu chófer, un acompañante, no sé... —se quejó—. Anna... yo no estoy listo para hacer eso. No conozco a Rosie, pero por lo que me han contado, sé que no es buena.

Negué de inmediato.

—No tienes que preocuparte de nada, no te hará daño

—expliqué—. Simplemente tendrás que hacerte pasar por policía.

Reprimió un quejido.

—Eso es absurdo, no llegaré ni a la recepción.

Me metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué un puñado de llaves que había robado del hospital. Estaban unidas con una cinta roja y se las enseñé. Había seis llaves y cada una tenía un número.

—No necesitarás pasar por la recepción.

Tragó saliva.

—Eso es ilegal, Anna. No quiero problemas.

—Sé dónde están las cámaras y por dónde puedes entrar sin que te vean. Hace unos días estuve inspeccionando el lugar y créeme, la seguridad es pésima —expliqué antes de que dijera que no—. La mayoría de las cámaras no funcionan. Esta mañana lo he vuelto a comprobar. Todo sigue igual. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Resopló.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí —confirmé con absoluta convicción—. Ahora te contaré lo que hay que hacer una vez que estemos ahí.

—¿Y si Rosie no habla?

Me quedé mirando fijamente a la nada.

—Lo tendrá que hacer.

Capítulo ocho

Durante el trayecto, expliqué a Caleb todo lo que necesitaba saber. Le di una hoja de papel que leyó un par de veces mientras estábamos a que los semáforos se pusieran en verde. Leía el texto una y otra vez. El ambiente era tenso en la camioneta y nadie se atrevía a hablar. Observé a Caleb por encima del hombro y tenía esa expresión de arrepentimiento por haber venido; sin embargo, seguía sentado y conduciendo a nuestro destino. Tenía los músculos de la espalda tensos, parecía incómodo.

Cuando estábamos a punto de llegar, rompió el silencio.

—¿De verdad pasó esto? —señaló la hoja con repugnancia mientras se concentraba en el camino. Negaba con la cabeza, como si no lo comprendiera.

Asentí.

—Y eso no es todo. Tiene muchos secretos que solo yo conozco. Rosie es capaz de cualquier cosa —murmuré y recordé aquella vez en que me encerró en una habitación a oscuras mientras ella viajaba al otro lado del mundo para tomarse unas vacaciones con George. Todavía no entendía cómo sobreviví.

Todo había empezado cuando George y Alex llegaron a casa de Rebecca. Fue una visita inesperada —aunque Rosie lo sabía y nos había llamado para que estuviéramos preparadas—. Yo vivía con ella y supuestamente era su hija. Recuerdo que tenía unos doce años. No era tan pequeña. Alex, por el contrario, estaba a punto de cumplir los diez y me costaba demasiado verlo abrazado a Rosie y llamarla mamá. Así que cuando estábamos en una

comida familiar, yo me mostraba resentida con Alex, hasta el punto de hacerlo llorar y decirle que nadie lo quería. Sentí una gran satisfacción al decírselo, pero mi mala suerte llegó en cuanto pronuncié esas palabras, porque Rosie estaba detrás de mí y lo escuchó todo. Vi su furia mientras trataba de mantenerse serena para que los demás no se dieran cuenta de nada. Le dijo a Rebecca que, en cuanto partieran, me encerrara en una habitación vacía para que aprendiera la lección. Pero Rebecca se pasó con el castigo, porque me dejó ahí durante una semana, y ni siquiera me daba de comer, lo hacía una mujer regordeta de piel morena que trabajaba en la casa donde vivíamos. Por supuesto, tenía prohibido contar nada de lo que Rebecca me hacía.

Lo que más me había dolido, no obstante, fue la bofetada que Rosie me dio antes de irse. Recuerdo haber visto sus ojos llenos de fuego, retándome a responder, aunque yo nunca lo hacía y solo sentía mi estómago arder. Cuando estaba con Rosie siempre contenía las lágrimas. Llorar me haría parecer cobarde frente a ella. No le gustaba que llorara delante de ella. Yo sabía que merecía la bofetada porque el pobre Alex había terminado con la cara pálida y los ojos rojos e hinchados. Le entró fiebre de tanto llorar y, por supuesto, yo era la culpable.

Desde ese momento, odié a Alex con todas mis fuerzas.

Me lo había quitado todo y solo podía sentir resentimiento hacia él. Por eso no dudé en ser cómplice de Rosie, porque, a fin de cuentas, yo también me estaba vengando. Aunque al principio todo salió mal y desde ese terrible incidente me arrepentí de todas mis malas acciones.

No me sentía renovada, ni como alguien diferente.

Lo peor de todo es que, aun en esta condición, seguía siendo yo. Y Rosie seguía viva, sin ningún castigo.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto, por favor

—dijo Caleb, devolviéndome a la realidad.

—Porque decidiste ayudarme y eres mi única salvación

—murmuré más para mí que para él.

Él asintió, no muy convencido.

—No eres muy convincente.

Lo miré sonreír.

—Puede que no, pero gracias por seguir aquí y hacer esto.

El rostro de Caleb estaba congelado, estaba nervioso y ansioso, y eso no era un buen augurio. Rosie era una mujer inteligente y, aunque le dijera aquellas palabras, ella se daría cuenta de todo, así que traté de tranquilizarlo cuando aparcó la camioneta y bajamos discretamente. Debíamos entrar por la parte trasera para que nadie nos viera.

A las tres de la tarde las enfermeras llevaban a los pacientes al jardín o a comer, dependiendo del estado de cada uno y de la rutina que habían establecido los médicos. La mayoría estaban ocupadas cuidando a los pacientes para que no se hicieran daño o no intentaran escapar, lo cual era imposible porque el lugar estaba bien protegido y la carretera más cercana estaba a casi dos kilómetros. Eso nos daba ventaja porque la habitación de Rosie estaría sin vigilancia hasta las 4:20 de la tarde, hora en que entraba una enfermera para inyectarle un medicamento que evitaba que se arañara la cara y le quitaba mucha energía. Después, caía en un profundo sueño o se quedaba sentada, mirando por la ventana de su habitación.

George no era de piedra, y aunque no permitía que nadie la visitara, al menos no sin su autorización, le había dado ciertas comodidades a Rosie. No la había abandonado. Pero no se lo había dicho a ningún miembro de los Crowell ni de los Reeve.

Rosie tenía una habitación color crema con grandes ventanales y con vistas a un verde y enorme jardín con flores amarillas y moradas. Estaba iluminada y, aunque no tenía televisor ni ningún aparato con el que pudiera hacerse daño, dormía en una cómoda cama con edredones *beige*. Sin embargo, todo era una simple ilusión para Rosie, ya que los ventanales estaban permanentemente cerrados y la cama tenía unos mecanismos que permitían atar al paciente para que no se autolesionara. Un sillón del mismo color, y bastante bonito, estaba atornillado al suelo, para que Rosie no pudiera moverlo y hacer de las suyas. Dentro de la habitación también había un bonito baño y al cual solo entraba cuando alguna enfermera la ayudaba a ducharse. Rosie no podía valerse por sí misma. Eso me preocupaba, porque entonces no podría decirle mucho a Caleb.

Pero teníamos que intentarlo.

Así que Caleb y yo entramos al hospital, que en la actualidad hospedaba treinta pacientes con diferentes trastornos.

Crucé una puerta y miré a mi alrededor con la esperanza de no ver a nadie. El pasillo estaba vacío y en silencio. Me giré y le hice señas a Caleb para que entrara. Tomó aire e introdujo una de las llaves en la cerradura para entrar.

Giró el pomo con lentitud y me miró.

—¿Todo bien al otro lado?

Asentí.

—No hay nadie, puedes entrar.

Abrió la puerta poco a poco y rechinó, pero nadie vino a comprobar qué pasaba. Se detuvo un segundo para volver a tomar aire y, cuando vio que su cuerpo cabía en la abertura de la puerta, entró y volvió a cerrarla.

Caminé por un pasillo angosto y blanco que se extendía hasta llegar a otra puerta. Había siete puertas. Este era el primer bloque, donde se encontraban los pacientes en mejor estado, es decir, los que estaban recuperándose y solo necesitarían medicación para salir de allí. De hecho, todo estaba demasiado tranquilo, no había mucho ruido y podías andar sin temer que algún paciente perdiera el control y te agrediera, pero eso cambiaba en el tercer bloque, donde la tensión se notaba en el ambiente: todo era pura enfermedad y desesperanza. Rosie estaba en el quinto y último bloque, donde se encontraban las habitaciones de los pacientes más graves y que estaban pasando por un proceso de exámenes médicos y psicológicos, así que aún nos quedaban cuatro puertas por cruzar.

Lo terrible de caminar por el pasillo era que en cualquier momento podía salir una enfermera y descubrir a Caleb. Otro de los problemas era que el espacio estaba totalmente abierto y no había ningún lugar para esconderse. Todo era blanco y cualquier persona llamaba la atención. Los únicos adornos que decoraban el centro eran unas plantas artificiales y cuadros pintados con acuarelas; eran bonitos, aunque muy simples y sin ninguna forma, pero los colores eran atractivos. Aunque el hospital era sofisticado, causaba cierta incomodidad.

Caleb y yo seguimos avanzando. Andábamos con paso ligero. Al llegar a la siguiente puerta, le hice una señal a Caleb para que esperara mientras yo inspeccionaba el segundo bloque. Atravesé la puerta y me encontré en un espacio idéntico al primer bloque, con las mismas puertas y los mismos pomos, pero con diferente número y distintos nombres de pacientes.

No había nadie.

Volví atrás y le di la señal para que accediera al segundo bloque. Lo hizo de la misma forma, primero lento y después avanzó como si la vida se le fuera en ello, hasta llegar a la puerta número tres, que nos llevaría al siguiente bloque.

Llegamos al tercer bloque y lo pasamos.

Al acercarnos a la penúltima puerta para acceder al cuarto bloque, escuchamos un ruido. Cuando aguzamos el oído, nos dimos cuenta de que eran risas mezcladas con el sonido de las ruedas de un carrito que se arrastraba para llegar hasta este bloque, donde estábamos nosotros.

—¡Escóndete! —le grité.

Pero era demasiado tarde, la puerta ya se estaba abriendo y asomaron dos mujeres con pantalones y batas blancas que llevaban un carrito con una bandeja de comida vacía. Iban hablando entre risas. Esperaba que las risas las distrajeran de aquel joven infiltrado. Caleb se movió rápido y se pegó a la pared, justo a un lado de la puerta, esperando pasar desapercibido, aunque su presencia era demasiado clara.

Cuando las dos mujeres cruzaron la puerta, guardaron silencio y se quedaron quietas. Sus ojos miraban al frente con expectación. Yo estaba frente a ellas y vi cómo sus rostros se ponían amarillos. Trataba de hacerme visible para distraerlas y que Caleb pudiera pasar al siguiente bloque. Mi plan parecía funcionar, porque el cuerpo de Caleb estaba atravesando la penúltima puerta. Se movía con cautela. Lo estaba haciendo muy bien. Cuando atravesó la puerta, se ocultó detrás.

Casi lo oí exhalar.

Las mujeres seguían mirándome. Fue entonces cuando me di cuenta de que podía hacer que alguien me viera. Tal vez podría hablar con Hannah y Alex. Por una parte me sentía feliz, aunque las expresiones de las mujeres eran aterradores.

Me estaban mirando, por fin podía manifestar mi presencia.

El rostro de Caleb se asomó unos segundos después y negó con decepción. Su rostro parecía triste, me miraba con lástima y, a la vez, con preocupación.

—Detrás de ti... —dijo entre dientes, ocultando la mitad de su cuerpo en la pared del siguiente bloque. No entendía a qué se refería.

Fue entonces cuando las dos mujeres avanzaron hacia mí y me atravesaron. Me sentí fría, sola y apagada. Me disolví como la arena. Habían atravesado todo mi cuerpo. Me había disuelto para volver a formarme de nuevo.

Cuando me di la vuelta, comprendí que sus rostros se habían puesto amarillos y habían echado a correr, asustadas, porque uno de los pacientes se había escapado de la habitación y se estaba golpeando en el suelo, a pesar de llevar la camisa blanca de seguridad que le sujetaba los brazos. El hombre estaba manchado de sangre, así que las enfermeras se movieron muy rápido.

—¿Estás bien? —me preguntó Caleb cuando reanudé la marcha, todavía desorientada por la confusión y por creer que me habían visto. Caleb seguía siendo el único que podía verme, a pesar de que yo deseaba intensamente que alguien más me notara y se diera cuenta de que yo seguía aquí.

—Sí... —respondí con la vista en el suelo—. Pensaba que me veían.

Mi tono de voz sonaba decepcionado.

—Al menos no nos han descubierto. Estoy seguro de que estos dos bloques estarán vacíos. ¿Vamos?

Asentí.

—Adelante.

Llegamos al quinto y último bloque. La respiración de Caleb estaba agitada porque había cruzado el cuarto bloque corriendo. Una vez ahí, le señalé la habitación 506 para que entrara y le dijera aquellas palabras que había estudiado a Rosie. Esperaba que, de algún modo, la hicieran entrar en razón, al menos unos minutos. Le recordé que debía hablar con convicción, ya que ella no podía hacerle daño. Tenía que decirle las palabras tal y como aparecían en el papel, sin omitir nada.

Aquellas palabras no eran más que mentiras. Había escrito lo que le había pasado a la madre de Rosie. Según lo que yo sabía, mi abuela había muerto en un accidente de coche cuando Rosie tenía catorce años, aunque ella creía que había sido culpa de su padre, un alcohólico que no quería ni a mi abuela ni a Rosie. Pero nunca localizaron el cuerpo y Rosie no la había visto como fantasma.

La idea era que el oficial de policía, interpretado por Caleb, le diera esta información después de muchas investigaciones y le dijera que habían dado con su paradero y que estaba viva, a cambio de que ella confesara sus

crímenes y hablara sobre cómo se había producido el incendio y qué había pasado con su hija.

—¿Crees que podrá decir todo eso?

—Conozco a Rosie, y puede que esté fingiendo el trastorno —empecé a decir entre susurros—. No confíes en ella. Es demasiado inteligente y calculadora. Limitate a tratar de convencerla de que su madre está viva y quiere verla, que está enferma en un hospital y que desea hablar con ella antes de que sea demasiado tarde, pero dile que para eso se necesita mucho papeleo y Rosie no puede salir de aquí tan fácilmente, necesita una orden de un juez o la autorización de George.

—Muy bien, Anna. Espero que esto funcione.

—Gracias, Caleb.

—No me lo agradezcas todavía.

Inhaló aire hasta llenar los pulmones y lo soltó lentamente. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir para ofrecerme una sonrisa llena de seguridad. Puso la mano en el picaporte y abrió.

—¿Rosie? —preguntó una vez que estuvo adentro. Tras pronunciar su nombre, la puerta se fue cerrando poco a poco—. Mi nombre es...

El silencio se adueñó del lugar. Me quedé en el pasillo, vigilando que nadie se acercara a la puerta para que no descubrieran a Caleb. Si yo hubiera entrado, Rosie no habría creído absolutamente nada. Esperaba que la estrategia funcionara.

Pegué el oído a la puerta, pero no se escuchaba nada. Ni siquiera los murmullos. Debía admitir que las puertas estaban muy bien diseñadas. En el quinto bloque todo debía estar perfectamente protegido, así que aquí no había plantas artificiales ni cuadros de colores. Las paredes estaban limpias y sin color.

Por más que prestaba atención, no oía nada. La oreja empezaba a dolerme por pegarla a la puerta con tanta fuerza, aunque el dolor desaparecería muy pronto.

—¡Anna!

Me sobresalté, di un respingo y me caí al suelo. Oí una sonora carcajada y levanté la vista de inmediato. Temí que alguien fuera a hacerme daño.

Me sorprendí al ver a un hombre frente a mí. Ahí estaba de nuevo el

chico de los ojos color carbón. Se reía con fuerza. Se burlaba de mí. Su risa era grave y ronca.

—¿Te he asustado? —preguntó después de dejar de reír. Tenía una sonrisa socarrona en el rostro que era difícil de eliminar. De nuevo, vestía esa ropa negra con olor a tabaco. Sus pestañas parecían más largas y gruesas.

Con las paredes blancas de fondo, su imagen resaltaba más.

—Aaron...

—Recuerdas mi nombre, eso está muy bien. Significa que te causé buena impresión, dulce e inocente Anna —dijo con sorna.

—¿Qué quieres? —inquirí mientras me levantaba del suelo. En realidad, no tenía ganas de hablar con él. Tenía esa mala costumbre de asustarme y hacerme caer. Y, además, era un prepotente y un creído.

Apoyé los brazos en el suelo y me impulsé. Él me ofreció su mano, pero la ignoré. Se limitó a encogerse de hombros, quitándole importancia a mi rechazo.

—Quiero hablar contigo —me dijo. No parecía ofendido; al contrario, estaba tranquilo y hablaba con lentitud, dándole un toque dramático a cada una de sus palabras.

—Ya lo estás haciendo, ¿qué quieres? —insistí. Me sentía demasiado pequeña cuando estaba con él, sobre todo cuando no había nadie alrededor para protegerme.

—¿Sabes cuál es tu nombre? —Jugaba con el envoltorio de un caramelo, que era el único sonido que nos acompañaba y que, para él, era demasiado relajante y agradable.

—Anna Crowell —respondí.

Él asintió con gusto.

—Entonces estoy con la chica indicada —me dijo con una sonrisa. Avanzó unos pasos y yo retrocedí, asustada. Se detuvo y me hizo señas para que me tranquilizara, se dio la vuelta para mostrarme su gran espalda y caminó hasta una de las paredes laterales del pasillo. Se sentó en uno de los sillones blancos que estaban atornillados al suelo y se puso cómodo sin mostrar mucho respeto por mí—. Verás, Anna, tú llevas aquí aproximadamente tres semanas, ¿no? Sé que estás buscando respuestas y, para eso, hay personas que quieren conocerte para ayudarte. ¿Por qué no vienes conmigo y los conoces?

Negué con la cabeza.

—¿Qué quieres de mí? ¿No ves que somos iguales? ¿Qué van a querer de mí, quienesquiera que sean? No les sirvo, así que déjame en paz.

Él resopló.

—Mira, Anna, yo solo cumplo órdenes y me han enviado a buscarte, y quienquiera que seas tú, te están buscando desde hace mucho tiempo. Por lo que sé, son personas poderosas. No intentes retarlos.

Aaron se recostó en el sillón, estiró las piernas sin reparo alguno y se puso cómodo.

—¿Personas poderosas? —arqueé una ceja.

Él se rio.

—Error mío, son *fantasmas poderosos*.

Me quedé inmóvil. Rosie me había contado historias de los fantasmas, aunque yo había creído que eran más bien mitos. O que solo me las contaba para asustarme. Hasta ahora, recordaba buena parte de las historias, y sabía que había fantasmas buenos y malos. Y, para ser sincera, yo no quería estar en ninguno de los dos bandos, porque sabía que ninguno era de confianza, así que prefería ir por mi cuenta.

—¿Qué quieren? —Me alejé un poco más con disimulo.

Él se encogió de hombros a modo de respuesta y se metió un caramelo en la boca.

—No lo sé, averígualo tú —respondió con poca amabilidad.

Para ser tan joven, tenía un humor pésimo y prepotente que no me gustaba mucho y que, en cierta forma, me daba mala espina.

—¿Qué eres? —pregunté con curiosidad cuando vi que el dulce no lo había atravesado.

—Un fantasma.

Otra sonrisa socarrona apareció en su rostro.

—¿Y cómo es que puedes comer?

—Por costumbre. Realmente no lo hago —respondió a secas—. Por cierto, sé que estás hablando con un humano. En realidad, he escuchado varias cosas de ti. Así que voy a darte un consejo: si esa información ha llegado hasta mis oídos, alguien más puede estar al corriente. Te recomiendo que tengas cuidado.

—¿De quién?

—En este mundo hay buenos y malos.

—No entiendo nada de lo que dices. Ni mucho menos lo que quieres.

Me di la vuelta para darle la espalda.

—Eso es muy fácil, Anna. Queremos que te unas a nosotros —dijo con un tono más serio.

—¿*Nosotros*?

Volví a girar sobre los talones para mostrarle mi ceño fruncido.

—Sí. Queremos ayudarte. Pero claro, tú también nos tienes que ayudar.

—Se levantó del sillón y me miró con tanta intensidad que sentí escalofríos por todo el cuerpo.

Él no me gustaba.

—¿Sabéis qué fue de mí? —pregunté, tragando saliva.

—No puedo decirte más. Solo quiero hacerte la propuesta, nosotros te necesitamos, y tú a nosotros.

—No —respondí negando con la cabeza—, no y no. No sé quién eres ni qué quieres. Así que vete y no me vuelvas a buscar, no necesito vuestra ayuda. Puedo descubrir qué me pasó. Tengo a mi conexión y eso es más que suficiente.

—¿No lo entiendes?

—No quiero entenderlo. Vete, Aaron.

—Estás bastante desprotegida. Nos necesitas.

No me gustaba el tono de voz que utilizaba cada vez que me hablaba, me trataba como si fuera una tonta y él un Dios superior al que no se le podía decir nada, ni mucho menos negarle nada.

—Yo creo que no. ¡Así que vete! ¡Fuera de mi camino!

Sus ojos irradiaron fuego.

—Pronto comprenderás que estás equivocada, Anna —dijo entre dientes—. Y, por cierto, el púrpura ya pasó de moda. No digas que no te avisé.

—Fuera de aquí.

—Créeme, el hecho de que estés en esta situación no te protege de nada. Y mucho menos de ellos. Estás en peligro.

Nuestros ojos estaban conectados. En el fondo temía por mí y él lo sabía, sabía que tenía miedo y mi expresión lo demostraba. Era demasiado débil, tal

vez tenía razón y necesitaba su ayuda. Tal vez decía la verdad.

—Anna. —Me giré de golpe al oír la voz, mi instinto me hizo reaccionar al segundo. Caleb había salido con una ligera y resplandeciente sonrisa que le hacía brillar los ojos verde esmeralda—. Lo tengo.

Cuando me di la vuelta para hacer saber a Aaron que ya no necesitaba su ayuda, me vi sumida en la decepción. Había desaparecido. Ahora solo estábamos Caleb y yo.

—Rosie ha hablado —dijo Caleb, ajeno a todo lo que acababa de pasar con el chico misterioso de ojos negros. Levantó una hoja de papel que parecía llena de tinta negra y me la mostró como si fuera un trofeo.

—Sabía que eso iba a funcionar —murmuré, elevando las comisuras de mis labios disimuladamente.

Capítulo nueve

Caleb llevaba un bolígrafo negro en la mano derecha; en la izquierda, sujetaba la hoja que le había dado, pero ahora parecía que contenía más información. Vi que la hoja estaba llena de líneas extensas y delgadas; iban de un lado a otro, hasta cruzarse. Había muchas. Parecía un mapa.

—Tenemos que salir de aquí —dijo con urgencia mientras se guardaba la hoja en el bolsillo trasero del pantalón. Sus ojos se movían demasiado rápido, como si alguien se estuviera acercando.

Me limité a asentir sin mediar palabra. No pregunté nada más hasta que salimos del hospital y estuvimos a salvo de las enfermeras y las cámaras, de las que, sorprendentemente, nos habíamos librado.

Él seguía agitado por toda la adrenalina contenida, así que le di tiempo para que volviera a respirar con tranquilidad y me dijera qué le había dicho. No pasó mucho tiempo. Caleb puso en marcha la camioneta y nos alejamos del horrible hospital.

—¿Y bien? —pregunté al fin, jugando con mi cabello.

—Me ha hecho trazar un camino.

—¿Te ha dado un mapa?

—Creo que sí. —Sacó el papel del bolsillo, levantándose un poco del asiento para poder extraerlo—. Será mejor que lo veas tú. Tal vez sepas dónde es.

No lo pensé dos veces y cogí la hoja. Desdoblé el papel, plegado en cuatro partes, y oí cómo crujía entre mis dedos, ansiosos por saber qué era lo

que Caleb había dibujado.

Una vez abierto, vi que se formaban dos cruces, y ambas estaban unidas. Había una gran línea recta que partía la hoja por la mitad, y de esta salían dos líneas horizontales que partían por la mitad la línea vertical, es decir, la línea recta tenía cuatro ramas, dos al lado izquierdo y dos al derecho, pero no había nada más.

—No sé qué significa —dije en un murmullo.

—¿Cómo?

Dejé caer las manos sobre mis piernas sin soltar la hoja y levanté la vista, incrédula por la poca información que había conseguido. Sabía que Rosie haría de las suyas. No me dejaría ir tan fácilmente.

—Es que... no lo entiendo. No lo relaciono con nada.

Él me miró y se sintió decepcionado.

—Pensaba que sabrías interpretarlo. Me ha dicho que solo una persona sabe dónde está ese lugar.

Resoplé molesta.

—Por supuesto que sí. Ella.

—No sé, Anna. Yo tengo una opción...

—¿Cuál?

Nos incorporamos a la carretera, dejando atrás el camino por el que habíamos entrado para ir al hospital, y avanzamos hasta llegar a una gasolinera. Caleb aparcó allí y trató de explicarme lo que pensaba.

—Hay un lugar que se parece a este. No recuerdo el nombre, pero está aquí. Estoy seguro de que lo he visto en mapas y no perdemos nada con intentarlo, ¿verdad?

—Claro que no.

—Dame un segundo.

Bajó de la camioneta y se dirigió a la tienda de la gasolinera. A través de la enorme ventana vi que estaba en la caja, preguntándole algo al anciano que atendía. El señor me daba la espalda, así que no podía saber de qué hablaban. Caleb, por el contrario, parecía creer en su idea, y yo también, ya que el garabato no me recordaba a nada. Rosie podría estar tomándonos el pelo, pero ¿quién sabe? Tal vez quería que yo supiera dónde estaba mi cuerpo o qué había sucedido conmigo realmente.

Yo solo deseaba paz y tranquilidad, quería encontrarme a mí misma y dejarlo todo atrás. Pedir perdón a mi media hermana y a Alex, a quien aún guardaba un poco de resentimiento. Pero no me importaba nada más.

Caleb corrió hacia la camioneta y el cabello rubio le brilló con los rayos del sol. Ni siquiera se percató de que el hombre le había hecho señas para que regresara a por su cambio, pero cuando estuvo demasiado lejos, el anciano dejó de agitar los brazos. Caleb sostenía un pequeño libro.

Abrió la puerta y entró de un salto.

—Muy bien, tenemos un mapa. —Señaló el libro con orgullo y lo desplegó. En realidad no era un libro, sino una hoja de papel brillante de por lo menos un metro de largo y otro de ancho. Lo bastante grande para que llegara hasta el asiento del copiloto y pudiera tener una buena panorámica de una parte de la ciudad.

—Nosotros estamos aquí —señalé un lugar marcado con una señal de combustible y que, según mis cálculos, era la ruta de la carretera.

Caleb estaba concentrado, buscando algo más. En el mapa había líneas amarillas, verdes y azules que indicaban varias carreteras. Era un mapa muy grande, y las letras eran demasiado pequeñas, casi entraban ganas de usar una lupa para poder ver lo que decían.

Traté de buscar las dos cruces unidas. Pero había demasiadas líneas.

—Es absurdo. Te ha mentido —dije entre dientes.

—No, no, no. Estoy seguro que he visto ese lugar.

Negué y me apoyé en el asiento, cansada de todas las cosas que Rosie hacía. Cerré los ojos y deseé sentir el calor del sol en las mejillas. Pero solo me sentía fría y sola.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que Caleb tenía una ligera capa de sudor en la frente. Fruncía el ceño y sus ojos iban y venían, ansiosos por encontrar algo.

—No confíes en Rosie, Caleb.

—No lo hago.

—Entonces déjalo. No te ha dicho la verdad —respondí con tristeza.

—Vamos, Anna —Caleb soltó el mapa para mirarme con esperanza—. Sé que ese lugar existe, no seas tan negativa. Ya verás como todo se solucionará, ¿vale? Lo encontraremos, estoy seguro.

Volvió a concentrarse en el mapa y siguió buscando. Me fue imposible no sonreír.

—Gracias —respondí con una ligera sonrisa. Al menos, Caleb me estaba alentando a descubrir mi paradero, eso ayudaría a resolver y cumplir mi misión.

—¡Lo tengo! —Dio un salto en el asiento y me pidió la hoja donde había dibujado su mapa. Comparó ambos papeles, poniendo la hoja blanca sobre el mapa que había comprado.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué has encontrado?

—Sin duda, es aquí —dijo con seguridad—. Mira.

Dejó la hoja de papel para que la observara y después la quitó. El mapa quedó a la vista y vi las pequeñas cruces que se formaban en él. Era ahí, el lugar del dibujo era ese.

—¿Qué te ha dicho Rosie? —quise saber. Leí las pequeñas letras para tratar de recordar si alguna vez había estado ahí.

—Solo dijo: «Pista».

—¿Lo ha dibujado ella? —pregunté, refiriéndome al mapa de líneas mal trazado.

—Sí —respondió.

—¿Te ha dicho algo más?

—No.

—Entonces tenemos que averiguar qué hay ahí.

—Supongo que eso es lo que quiere.

—Gracias, de verdad.

—Aún no sabemos qué hay ahí, Anna.

—Lo sé. No me haré ilusiones, en serio —dije, tratando de parecer serena.

Él asintió y volvió a arrancar la camioneta.

—Entonces vamos para allá.

Parpadeé y asentí.

Nos marchamos de la gasolinera y los neumáticos retumbaron al pasar por un bache de grava. Caleb trató de no correr y, una vez estuvimos fuera, aceleró.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté para romper la tensión, ya que era la

segunda vez que lo veía y, sin embargo, no sabía mucho de él. Me constaba que sus padres habían muerto en un accidente y que estaba a punto de graduarse, pero nada más, aparte de que me causaba cierta curiosidad que me ayudara y se tomara la situación tan bien. Suponía que era un chico de valores, al contrario que el tal Aaron; Caleb parecía amable y sincero. No tenía ningún misterio y nada que ocultar. Y por supuesto, no parecía un fantasma y no tenía pinta de ser un egocéntrico como Aaron.

Él se rio.

—¿De mí? ¿Qué puedo tener de interesante, Anna?

Me encogí de hombros a modo de respuesta, pero él esperaba algo más.

—No lo sé, mmm... —Vacilé, yo no era la mejor haciendo preguntas, y mucho menos dando conversación a un chico tan guapo como él—. ¿Tienes hermanos?

Odiaba que mi voz fuera como un susurro, era tan baja que a veces llegaba a desesperarme, pero no podía hacer mucho. Rosie y Rebecca me habían destruido. Jamás me habían dado la habilidad ni la libertad para hablar con alguien aparte de ellas o algún miembro de la familia Crowell.

Caleb negó con la misma sonrisa. Las comisuras de sus labios se elevaron de forma espontánea y dejaron al descubierto una resplandeciente y bella sonrisa, nada socarrona como la de ese creído con ojos flamantes que me daba mala espina.

—Ninguno.

—Oh. ¿Familia?

—Viven en Europa. Estoy solo.

—Oh.

No supe qué más preguntar.

—¿Qué hay de ti? —dijo, tratando de recuperar mi fallida y seca conversación.

—Yo... yo no tengo nada interesante que contar.

—Seguro que sí. Dime, ¿quién era Anna en vida? —trató de animarme.

—Una chica muy aburrida.

Profundizó su sonrisa, divertido.

—Ya lo creo, con esa respuesta —se burló.

Inhalé y exhalé, contagiándome con su sonrisa.

—Es que no sé qué decirte.

—Puedes empezar con tus gustos o con lo que te molesta. Por ejemplo, a mí no me gusta tomar bebidas con pajita, es absurdo. ¡Tengo sed! No puedo esperar a que el líquido llegue a la garganta de una manera lenta y desesperante, ¡bebo y ya! Creo que si no existieran las pajitas, habría mucha gente feliz en las salas de cine, y menos niños sorbiendo aire en los vasos de plástico.

Me reí.

—Tienes toda la razón —dije riendo silenciosamente.

No me había dado cuenta de que trataba de evitar la risa, me había tapado la boca con las manos y amortiguaban el sonido. Pero él no dijo nada. Ni siquiera se había dado cuenta de que me estaba analizando.

—¿Eso ha sido suficiente? —preguntó.

—Creo que sí.

—Entonces adelante.

Asentí.

—Bueno, a mí no me gusta que las personas hagan mucho ruido cuando intento concentrarme. Es molesto. —Hice una mueca y negué, imaginándome viendo un documental en mi antigua habitación y Rebecca entraba para gritarme y ordenarme que limpiara la habitación cuando todo estaba en perfecto estado. De hecho, yo era bastante organizada.

—¿Eso es todo?

—Mmm, sí.

—Vamos... inténtalo.

Asentí y me armé de valor.

—Bueno, te haré un resumen: me gusta mucho el púrpura, yo creía que lo odiaba, pero adivina qué, me encanta. Soy alérgica a los gatos, algunos me causan escalofríos, sobre todo si tienen ojos verdes, y no te ofendas. —Caleb se rio más fuerte y continué hablando—. Mi bebida favorita es la leche o los batidos de chocolate. ¿Has probado el agua de fresa? Bueno, nunca me des un agua de fresa si no quieres verme vomitar, aunque claro, ahora es imposible. No me gustan las películas de terror porque suelo tener pesadillas y me da bastante miedo la oscuridad. Cuando era pequeña, mi madre contrató a un psicólogo para que me visitara y este le dijo que yo no podía ir

a la escuela porque estaba muy mal, así que mi madre lo despidió y contrató a profesores particulares y a un nuevo psicólogo. Hablo tres idiomas, aparte de inglés: español, alemán y francés. Cuando terminé de aprender alemán, supe que quería ser profesora de idiomas o traductora, ambas profesiones me llaman, o, mejor dicho, me llamaban la atención. Soy malísima en historia y en geografía. Y, bueno, me gusta más el verano que el invierno porque todo es más caluroso y puedes salir a jugar sin preocuparte de estar bien abrigado. Mi especialidad son las limonadas.

—¡Uau! Y dices que no eres nada interesante. De verdad, eres muy inteligente, ¿te has dado cuenta? —Desvió la vista de la carretera y me miró con asombro.

Me sonrojé y me oculté entre mis hombros cuando él volvió a concentrarse en la carretera.

—La Anna en vida también tuvo cientos de problemas y muchos malos hábitos. Cometí errores fatales. Si pudiera cambiarlo...

—¿Lo harías? —me interrumpió.

—Por supuesto —respondí enseguida—. ¿Tú qué cambiarías de ti?

—¿La verdad?

Asentí.

El chico rubio que estaba a unos centímetros de mí tragó saliva con dureza.

—La muerte de mis padres. Pero vaya, eso no es posible. Hace mucho que sucedió aquel trágico accidente que me los arrebató, yo apenas era un niño. Durante la última semana he estado dándole vueltas a tu asunto y llegué a pensar que tal vez terminaron como tú, por eso decidí ayudarte. Porque me habría gustado que alguien hiciera algo bueno por ellos después del infierno que pasaron. Espero que estén en un lugar mejor, y sé que lo están. Ellos eran muy buenos, pero la maldad ganó.

—La muerte es inevitable y llega en el momento justo. Soy de las que piensa que las cosas suceden por algo.

Él negó.

—La muerte de ellos no fue justa, Anna, la de ellos no.

—¿Fue un alcohólico al volante?

—Algo así.

Caleb no parecía demasiado contento con el tema, así que me limité a decir:

—Lo siento mucho.

Treinta minutos después, Caleb y yo estábamos cansados de hablar. Durante el trayecto, me había contado que una de sus asignaturas favoritas en la escuela eran las matemáticas, y la verdad es que mi expresión fue todo un poema. Yo era mala para todo lo que tuviera números, nunca encontraba la lógica y, sin embargo, era muy buena para memorizar historias o canciones o cualquier tipo de teoría, y eso me había salvado de sacar un terrible cero en mis clases de estadística. Caleb había mencionado que tenía muchas ganas de conocer Francia, y que esperaba dominar el idioma antes de ir allí, así que yo me había ofrecido para ser su maestra durante mi estancia aquí, pero él había rechazado la idea porque pensaba que no iba a seguirme el ritmo. Igualmente le dije que estaría encantada de ayudarlo si en algún momento cambiaba de idea.

Cuando nos quedamos callados, me sentí cómoda. Normalmente, si estaba en una habitación con una persona, de cualquier edad y sin importar si era hombre o mujer, me ponía nerviosa o quería salir lo antes posible de ahí. Me sentía asfixiada si alguien me observaba, jugaba con mis dedos o con mi cabello; si alguien sonreía o si escuchaba una risa cerca, pensaba que alguien se estaba burlando de mí. Si caminaba por las calles y alguien me pedía la hora, tartamudeaba demasiado y la gente me miraba mal. Por una parte, agradecía las clases particulares, aunque, por otra, me habían privado de conocer a las personas, de salir a patinar con mis amigas, o de ir a jugar a otra casa.

Mi forma de vestir siempre había sido exagerada. A partir de los catorce años solo me habían permitido vestir colores pastel o tonos muy claros. Tenía prohibido usar escotes, vestidos o faldas. Rosie quería que permaneciera como una dulce niña para montar su plan.

Bajé la mirada y negué.

Me gustaba el púrpura, no lo iba a cambiar.

Miré a Caleb y me sentí segura. Había hablado como nunca antes y me sentía satisfecha. Empezaba a descubrir a una nueva Anna que confiaba en las personas y se desenvolvía un poco mejor. Claro que todavía debía mejorar en algunas cosas, pero por lo pronto estaba feliz de haber mantenido

una conversación. Sobre todo si era con un chico tan atractivo y respetuoso como Caleb.

Me sumí en el asiento, suspirando, y me quedé en un perfecto y cómodo silencio que agradecía. Después, sentí el calor del sol en el rostro. Qué bien.

Llegamos a nuestro destino cuando el sol descendía en el cielo y se ocultaba entre los edificios que se veían a lo lejos. Estábamos bastante alejados del barrio residencial donde vivían los Crowell y de la casa de Caleb, que suponía que estaba cerca de la universidad a la que asistía. Sin embargo, aún teníamos tiempo de dar una vuelta por las manzanas señaladas en el mapa antes de que la luz nos abandonara.

Caleb ralentizó cuando estuvimos en la civilización, giró por una avenida y luego continuó recto hasta llegar al final, donde volvió a girar para adentrarse en una calle vacía. Me acomodé en el asiento y ajusté la postura para poder ver por la ventanilla de cristales polarizados. Me sorprendí cuando entramos en un barrio bastante descuidado y que olía fatal. Durante un momento, una idea vaga me cruzó la mente. Fue horrible. Así que la deseché de inmediato y me fijé en las casas con patios secos y amarillos. Todas las viviendas tenían alguna ventana rota o algo descuidado. Había letras pintadas con espray en algunas casas abandonadas o en las esquinas, donde suponía que se reunían las pandillas.

Nos adentramos todavía más y vi a dos niños de cinco o seis años en sus descuidadas y oxidadas bicicletas. Trataban de chocar entre sí, reían a carcajadas y de vez en cuando uno de ellos se ponía serio para retar al otro. Tenían la cara sucia, pringada de chocolate o de algún alimento pegajoso. Sus zapatos estaban llenos de lodo y no se habían molestado en atarse los cordones.

—¿Dónde estamos? —pregunté, asustada por el bienestar de Caleb. Tal vez había sido una mala idea venir tan pronto y no comprobar en el GPS cómo era el lugar.

—No lo sé, pero parece que estamos lejos de casa —concordó con mi idea sin que se lo hubiera dicho en voz alta.

—Creo que será mejor que volvamos. Está oscureciendo y no sabemos

cómo son las cosas por aquí. Deberías dar la vuelta.

—De acuerdo, aunque todavía tenemos tiempo de echar un vistazo rápido. Solo serán cinco minutos y nos ayudará a conocer el perímetro cuando podamos regresar.

—Vale.

Tal y como había dicho Caleb, el recorrido nos llevó justo cinco minutos. Echamos un vistazo rápido pero no vimos nada que pudiera ayudarnos. Solo era un barrio con pandillas haciendo de las suyas para molestar a los vecinos. ¿Qué podía haber allí?

Nada, por supuesto. Aunque yo sentía curiosidad y Caleb también. Lo veía en sus ojos, estaba ansioso por volver y descubrir por qué Rosie nos había enviado ahí. Yo no había reunido el coraje suficiente para preguntárselo, ni mucho menos para volver a verla. Todavía sentía esa presión en el pecho. Las imágenes del incendio volvían a mi mente casi todas las noches, y me resultaba imposible no recordar a Rosie prendiendo fuego al lugar sin ser consciente del peligro. Repetía la escena una y otra vez, pero siempre terminaba en lo mismo: solo veía las llamas del fuego envolverse, cerrándose sobre mí. El calor de cada una de ellas me abrasaba sin piedad.

Al día siguiente, volvimos al barrio, esta vez más temprano porque Caleb no tenía clases los sábados, y yo estaba muy feliz por ello. Nos había dado tiempo a dar varias vueltas, aunque algunos inquilinos se percataron de nuestra presencia, pero no dijeron nada, solo nos observaban. Al ver la camioneta de Caleb, quizá pensaban que era un agente y estaba investigando o buscando a alguien. A las personas de allí no les gustaba meterse en problemas con las autoridades por diversas razones. Así que nuestros paseos habían sido tranquilos, aunque sin obtener información que pudiera ayudarme.

—He llegado a pensar que mi cuerpo puede estar en una de estas casas —solté, llamando la atención de Caleb, que seguía con la vista al frente, aproximándose a las viviendas para ver si veía algo extraño.

—¿Cómo?

—Sí, ya sabes... La policía nunca entra en estos lugares a menos que haya una pelea. Y la mayoría de los asesinos oculta a sus víctimas en lugares que son poco concurridos o en barrios marginados, ya que si alguien los ve, es muy posible que los amenacen, y sabemos que pagar una fianza y tener

problemas legales es muy costoso, así que prefieren omitirlo y hacer como si nada. O, simplemente, participan en el crimen a cambio de una comisión.

Él se rio.

—Eres muy imaginativa. ¿Qué te hace pensar todo eso?

—Es lógico —respondí, encogiéndome de hombros.

—Para mí es algo loco y surrealista.

Caleb llegó al final del circuito al que habíamos entrado y dio la vuelta para salir de allí, pero entonces se vio forzado a frenar de golpe cuando un hombre de unos cuarenta años se quedó parado en la mitad de la calle, observándolo. El morro de la camioneta quedó a solo unos centímetros de distancia. Si Caleb hubiera acelerado al intentar dar la vuelta, lo habríamos arrollado.

El hombre golpeó con suavidad la parte frontal y caminó hasta la ventanilla de Caleb, pero este no la abrió. Cuando el hombre estuvo a su lado, golpeó el cristal oscuro para que Caleb cediera y pudieran hablar sin levantar la voz. Inmediatamente, bajó el cristal apretando un botón.

—¿Está bien? —preguntó Caleb tratando de sonar amable.

Pero el hombre no sonrió. Sus ojos negros estaban fijos en el chico de ojos verdes, tratando de leer su expresión. Tenía la barba larga y sucia, era un hombre grande y gordo. Llevaba una bata de color rojo, que apenas lograba atarse en su gran cintura. Debajo de la bata, rota y descuidada, llevaba una camiseta blanca, que, por el sudor y la grasa, se estaba volviendo gris. Los pantalones cortos del pijama, azul con dibujos de carros, desprendían un olor a mugre.

—Eso debería preguntártelo a ti. ¿Estás bien? —Cuando habló mostró unos dientes amarillos y el olor a hamburguesa grasienta llenó la camioneta. Sentí lástima por Caleb, porque él lo tenía de frente, y estaba segura de que el olor a sudor, mezclado con el de hamburguesa, no era el más agradable.

—Por supuesto, señor. Estoy perfectamente, muchas gracias.

El hombre se quedó mirándolo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Buscas a alguien en especial?

Me quedé quieta, consciente de que él no podía verme.

—No, yo solo...

—La gente que vive por aquí está preocupada. Te vieron ayer dando

vueltras por el barrio, y hoy vueltes a estar por aquí —lo interrumpió con su voz grave—. No nos gustan los problemas como tú. Así que si estás buscando algo, es mejor que lo encuentres pronto y te vayas de aquí antes de que alborotes a los vecinos. No nos gusta que nos invadan. Nos... incomoda.

Caleb negó con la cabeza.

—No, esa no es mi intención, yo...

—Dime, ¿qué buscas aquí?

Me aclaré la garganta. Caleb tuvo el impulso de girar la cara y mirarme, pero siguió fingiendo que yo no estaba ahí.

—Dile que buscas a una persona —propuse.

Caleb vaciló.

—Estoy buscando a una persona.

El hombre cambió su expresión de intimidación por una de curiosidad.

—¿Cuál es su nombre?

Caleb esperó a que yo le dijera qué decir. Así que me moví en el asiento y me fijé en las expresiones del hombre.

—Rosie Crowell. —Soné segura, sabía que el hombre esperaba escuchar ese nombre.

—Rosie Crowell, ese es su nombre. Me dijo que la buscara aquí. Bueno, me dio un mapa para llegar, pero creo que estoy perdido. —Me siguió el juego. El hombre, por otro lado, empezaba a entrecerrar los ojos.

—¿Para qué la buscas? —inquirió.

—Es confidencial.

El hombre asintió.

—Aparca allí. —Señaló un jardín de tierra con duendes resguardando la entrada principal—. Es mi casa, deja la camioneta ahí y después dirígete dos calles más abajo, gira a la derecha, al final de la calle, y a unos cien metros camina todo recto. Verás que hay una casa abandonada. Para entrar, desliza la cadena, no tiene candado. Estoy seguro de que ese es el lugar que buscas.

Caleb asintió y, sin decir nada más, aparcó la camioneta donde el hombre le había señalado. Cuando bajamos, el tipo había desaparecido en el interior de su casa sin despedirse.

Caleb y yo nos miramos con temor contenido.

—¿Confías en él? —me preguntó Caleb, preocupado.

—No confío en nadie que trabaje para Rosie —contesté—. Si quieres, puedes quedarte aquí. Yo no corro ningún peligro; tú, en cambio, sí.

Sacudió la cabeza y se adelantó.

—De ninguna manera, voy contigo.

Recorrimos en silencio el camino que el hombre nos había indicado y, efectivamente, la casa estaba ahí. Era pequeña y rectangular. La fachada frontal era de color amarillo. Las paredes estaban humedecidas y había cientos de grietas, parecía que en cualquier momento iba a desmoronarse. Caleb quitó el candado y entramos. Afortunadamente, no había personas alrededor, era demasiado temprano, así que aprovechamos el tiempo lo máximo posible.

Al entrar, unos cristales crujieron debajo de los zapatos de Caleb, que siguió avanzando con cautela sin detenerse. Llegamos a la puerta, sacó su móvil y encendió la linterna.

—¿Lista?

Asentí.

—Creo que las casas abandonadas son nuestra especialidad.

Caleb giró el descuidado picaporte, que no tenía seguro, y entró con facilidad. Iluminó el acceso con la linterna del móvil. A pesar de que hacía sol, el interior estaba oscuro. La niebla que se había formado durante la madrugada comenzaba a disiparse y las calles se calentaban con los rayos del sol.

—Anna —escuché mi nombre antes de entrar en la casa.

La voz, por supuesto, no era la de Caleb. Me giré, asustada, pero no había nadie. Ignoré la voz y di otro paso, tal vez estaba nerviosa y paranoica y me lo había imaginado.

Sin embargo, no pude avanzar más. Una mano me agarró del codo y me detuvo. Quise gritar, pero mi primer instinto fue girarme para ver quién era.

Mis ojos se abrieron de par en par y en cuanto reconocí aquel rostro moreno, me sentí molesta e irritada.

—Anna —dijo aquella voz grave—. No entres ahí.

—¿Qué haces tú aquí? —Fruncí el ceño al ver a Aaron. Me estaba apretando el codo con mucha fuerza. Esta vez no parecía divertido, ni con ganas de bromear. Estaba muy serio.

—Trato de decirte que no entres ahí. Es muy peligroso. ¿Me oyes?

—¿Quién eres tú para darme órdenes? Eres bastante pesado, ¿lo sabías? Mejor déjame en paz.

Presionó con más fuerza.

—Escúchame. —Sus ojos estaban clavados en los míos—. Lo que vas a ver allí dentro no es nada bueno. Vete de aquí ahora mismo.

—¿Qué hay? —susurré.

—Ni siquiera voy a decirte que lo averigües tú misma, porque no es nada bueno, no estás preparada aún. Tienes que irte ya. —Estaba ansioso, nervioso y con bastante miedo, por lo que pensé qué debía de haber allí dentro para que un fantasma se pusiera de esa manera. Abrí la boca, pero él me interrumpió al imaginar lo que iba a decir—. No hagas más preguntas, solo vete.

Le creí. No iba a arriesgarme.

Pero entonces recordé algo importante. Me solté de su agarre y lo aparté con una fuerza que lo hizo tambalearse.

—No puedo —dije con pena—. Caleb está dentro. Él también corre peligro. ¡Debo de ir a por él!

—No, Anna. —Me detuvo sosteniéndome de nuevo. Estaba impacientándose, se le veía en el rostro—. Nosotros lo sacaremos.

Asentí; estaba de acuerdo.

Me di la vuelta y un grito desgarrador llegó desde el interior. Mi piel se erizó.

—¡Caleb! —grité.

Todo sucedió muy rápido. En cuanto mis oídos reconocieron el grito de Caleb, temí por su vida y corrí hacia la puerta por la que había entrado. Aaron trató de atraparme para llevarme con él y evitar que accediera al interior, pero de alguna extraña manera y gracias a una fuerza sobrenatural, me zafé de él. Lo empujé lejos y cayó, derrotado por mi acción. Sin embargo, volvió a levantarse como si no hubiera pasado nada, pero ya era demasiado tarde.

—¡No, Anna! —gritó.

Después, todo fue silencio y oscuridad. La puerta se cerró detrás de mí y un pánico parecido al que tenía cuando Rebecca entraba en mi habitación

para pegarme me invadió. Me hizo sentir como si estuviera viva de nuevo y fuera a morir por un ataque de ansiedad. Notaba una fuerte presión en todo mi cuerpo que me impedía moverme.

—¿Caleb? —pregunté.

Los labios me temblaban y parecía que el corazón me iba a mil por hora. No veía absolutamente nada. Solo podía sentir cómo cientos de serpientes reptaban sobre mis pies.

Traté de apartarme, gritando como nunca antes lo había hecho. Sentí que las aplastaba y que, cuanto más intentaba alejarlas, más serpientes llegaban para enroscarse por mis piernas.

La respiración se me estaba cortando.

—¿Anna? Tienes que ver esto.

Escuché una voz al fondo. El eco retumbó y oí mi nombre una y otra vez.

—Anna, Anna, Anna...

Luego se oyeron risas. Muchas carcajadas; se estaban burlando de mí. Estaban en mi oído. Sentía el calor de los cuerpos a mi alrededor, siguiéndome a dondequiera que fuera.

—¿Quiénes sois? ¡Dejadme en paz! —sollocé. Sentía las mejillas mojadas, pero como todo estaba a oscuras ni siquiera podía atinar a saber dónde se encontraba mi rostro. Estaba perdida—. ¡Fuera de aquí! —pedí con un nudo en la garganta.

—Anna... —volvió a pronunciar aquella voz escalofriante que no me dejaba pensar con claridad.

—¡Dime quién eres! —grité, desesperada.

—Al fin en casa, Anna. Al fin en casa.

—¡Déjame ir!

—Anna, Anna... —La voz me llamaba, provocándome escalofríos por todo el cuerpo. Ya era demasiado tarde para huir.

—¿Caleb? —volví a preguntar.

Pero no hubo respuesta. Me moví, pisando cientos de insectos que me caían encima. Grité mientras corría.

Y, de pronto, sucedió.

Tropecé con algo duro. Caí con fuerza sobre una persona, estaba segura de que era una persona. A tientas, traté de tocarlo para saber si era Caleb o

alguien más. Me desesperé al buscar con mis manos temblorosas algo que sabía que estaba ahí.

—¿Caleb? —insistí.

Luego, todo se silenció.

Me quedé quieta unos segundos, tratando de comprender qué había sucedido. Esperaba escuchar un quejido, o algo que me ayudara a comprobar que era él, y que estaba vivo.

—¿Caleb? ¿Eres tú? ¿Qué te han hecho? ¡Dime algo, por favor!

—Anna. —Mi cerebro reconoció la voz. Inmediatamente, busqué su mano para apretarla y hacerle saber que estaba cerca de él y que pronto saldríamos de este infierno.

Había sido una cruel trampa de Rosie.

—Lo siento mucho... —dije con la voz entrecortada.

Escuché una respiración agitada.

—¿Te dijo algo? —preguntó al cabo de unos segundos tortuosos.

—Caleb... no hables, buscaré ayuda.

—Anna —arrastraba las palabras, parecía que estaba herido, la voz se le entrecortaba—. Creo que estás aquí por algo más, no solo para descubrir tu paradero.

Una puerta se abrió de golpe y un hombre llegó hasta mí para cogerme de los brazos y apartarme de Caleb. Tenía mucha fuerza. Sentía sus uñas clavarse en mi piel. Apoyaba las manos en mis hombros con dureza. Me quejé y traté de esquivarlo, pero era más fuerte que yo.

—Te lo dije. Ibas a necesitar nuestra ayuda.

—¡Suéltame, Aaron! —Di patadas frente a mí, convencida de que lo había golpeado bastante fuerte para que me dejara libre, pero había medido mi fuerza y ahora estaba siendo más rudo que antes.

—Déjalo ya, Anna.

—¡No!

Me levantó del suelo con facilidad y me sujetó con fuerza contra su cuerpo, que parecía hecho de piedra. Estaba bastante molesto y, aunque no podía ver sus ojos, sabía que estaban llenos de furia contenida, como de costumbre. Sin embargo, él no me importaba.

—¿Es que no lo puedes entender, niñata? —me gritó en el oído para

hacerme entrar en razón. Apretaba los dientes, contenidos para no decir nada despectivo. Estaba detrás de mí, sosteniéndome con fuerza para que no intentara escapar de nuevo. A pesar de mi insistencia por apartarme de su piel fría, él no lo permitía de ninguna manera y me sostenía con fuerza—. ¡No lo quieren a él! ¡Es a ti!

—No puedo dejarlo... ¡No quiero ir contigo! ¡No quiero!

—Pues tendrás que hacerlo.

Dicho esto, me llevó lejos, lejos de Caleb y de aquel barrio solitario.

Capítulo diez

No había duda de que Aaron, aparte de ser un ogro con un rostro petrificado y con aquellos ojos envueltos en llamas, tenía un corazón de piedra y solo le importaba él mismo. No tenía sentimientos y, si los tenía, no pensaba demostrarlos nunca. Lucía una expresión de tranquilidad y ni siquiera me había preguntado si estaba bien o si me había hecho daño. No tenía ni un poquito de educación.

Egoísta.

Me supo mal por Caleb, que se había quedado quién sabe dónde y con fantasmas malvados que querían hacernos daño. Estaba preocupada. Además, a Aaron le molestaba mi presencia. Se notaba a leguas, pero no era culpa mía. Había ido a por nosotros sin previo aviso. Entonces, ¿por qué se molestaba tanto, si él me había traído hasta ese lugar?

No lo entendía.

Me enjuagué las lágrimas, pero fue demasiado tarde para evitar soltar un gemido de desesperación, que había derivado en intensos lloriqueos.

Sentía los ojos hinchados y pesados. Ahora me estaba costando bastante mantenerlos abiertos.

—¿Dejarás de llorar alguna vez? No queremos inundarnos —resopló molesto mientras se sentaba en un sillón antiguo de terciopelo rojo. Levanté el rostro y lo observé con los ojos llorosos. La casa y todo lo que había en ella olía a polvo. Ni siquiera la luz era clara. El espacio era lúgubre, apagado. No se escuchaba ni un solo ruido. Había lámparas antiguas que iluminaban

con muy poca luz. Aunque no eran velas, el lugar tenía ese aroma a cera e incienso. Me sorprendí al ver un cuadro de un león que me observaba con furia.

Aparté la vista, incómoda.

—¿Qué va a pasar con Caleb? —pregunté, asustada.

Me enjuagué las lágrimas con el antebrazo y me dispuse a plantar cara a Aaron. Esta vez no se saldría con la suya. Solo intentaba sacarme de mis casillas y eso no era justo, porque yo no quería estar con él, ni él conmigo. Además, no lo conocía de nada. Así que quería darle guerra para que me dejara en paz de una vez por todas.

—Nada. Estará bien. ¿Quieres sentarte y calmarte un poco?

El tono con el que me hablaba era desinteresado y despectivo. Cuando sus ojos conectaban con los míos, él los apartaba de inmediato, hacía una mueca y parecía sentir asco ante mi presencia. Yo le causaba repugnancia, y él a mí también. No sabía qué había hecho para merecer su odio, pero imaginaba que algo importante.

Mi desesperación por no saber qué había pasado con Caleb me preocupaba más de lo normal. Presentía que algo no iba bien. Tal vez no debería haberlo metido en esto, pero ahora él sabía la verdad y no había marcha atrás, aunque tampoco iba a permitir que se fuera, porque le había cogido cierto aprecio y estaba demasiado agradecida con él. No se merecía que lo hubiera dejado en ese barrio peligroso. Ahora estaba solo y esperaba que pudiera arreglárselas, igual que yo, que tendría que escapar del rapto de Aaron y volver a aquella casa en donde habían sucedido cosas extrañas y que aún no lograba explicarme.

Sin embargo, estaba convencida de que Aaron tenía algo que ver con todo esto. Él sabía que estaríamos allí. Seguramente había sido un plan para alejarme de Caleb y de mi misión, y traerme a este lugar desconocido.

¿Y si quería hacerme daño?

Mis dedos temblaron y sentí un ligero pinchazo al imaginar que Caleb estaba herido, o algo peor. Así que lo intenté de nuevo con los nervios de punta.

—Pero es que Ca...

—Caleb, Caleb, Caleb... ¡Su nombre me tiene hasta la coronilla! —exclamó molesto, puso los ojos en blanco y se tapó la cara con las palmas,

tratando de no perder el poco control que le quedaba—. Por Dios, ¡el chico no tendrá ningún problema! No lo quieren a él. Van a por ti. ¿Cuándo lo vas a entender?

Mis ojos se nublaron. El salón se volvió borroso y el rostro de Aaron apenas se pudo suavizar.

—¡Yo no te pedí que me sacaras de allí! ¡El que no lo entiende eres tú! Caleb necesita mi ayuda, y yo necesito la de él. Tú no me puedes ayudar, ¡eres un fantasma! Dime, ¿qué me puedes ofrecer tú?

—¡Ya basta! —Se levantó del sillón de golpe y adoptó una expresión dura y contrariada. Di un salto por la sorpresa, retrocedí y traté de apartarme de su camino. Me daba la impresión de que Aaron quería derribar todo lo que estuviera a su alcance. Todo le ponía de mal humor y yo no sabía cómo lidiar con él. Sus ojos lanzaban chispas, y todas iban dirigidas hacia mí. Su grito había hecho que las lámparas color crema retumbaran en el gran salón, que parecía estar deshabitado desde hacía mucho tiempo.

—¿A dónde vas? —pregunté en un susurro cuando lo vi caminar.

Yo ni siquiera sabía dónde estábamos, y, para ser sincera, los laberintos y todo aquello que tuviera que ver con encontrar una salida no se me daban especialmente bien. Por no mencionar que no me gustaba caminar sola por un lugar desconocido.

—Adonde no pueda verte —respondió con voz grave, y salió echando humo del salón. Antes de que atravesara la puerta, una mujer pelirroja entró en la habitación, exasperada.

Me quedé petrificada. Intenté retroceder, pero mis zapatos no se movían, y mi cuerpo no captaba las señales alarmantes que mi cerebro enviaba, ningún músculo respondía. Solo pude parpadear y tragar saliva para prepararme para lo que venía.

Sabía quién era ella.

Afortunadamente, todavía no me había percibido. Lo cual me dio algo de tiempo para tomar una gran bocanada de oxígeno y mantener mi pulso estable. Para entonces, había demasiadas emociones dentro de mí.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué gritas tanto? —Su voz era más suave ahora. No se había dado cuenta de que yo seguía ahí. Sus ojos estaban fijos en Aaron, tratando de averiguar qué le había puesto de ese terrible e insoportable humor.

—Ahí tienes tu encargo. Yo me voy.

Aaron se dio la vuelta con brusquedad y me señaló con el dedo con desprecio. Lo notaba en su rostro de fastidio. Se giró de nuevo para no verme y miró a la mujer, esperando algo más.

—Anna... —dijo ella, asombrada ante mi presencia.

Por supuesto que sabía mi nombre. Era la misma mujer que se había cruzado en nuestro camino aquella noche en la que Caleb me había sacado de la mansión de los Crowell. Nunca podría olvidar ese rostro observándome a través del parabrisas. Era ella. No tenía ninguna duda.

Me aclaré la garganta con disimulo y me obligué a hablar con dureza. No iba a permitir que nadie más me volviera a hacer daño. Así que en cuanto vi a la mujer, puse un escudo invisible delante de mí para protegerme.

—¿Qué queréis de mí? —pregunté directamente. Ellos habían irrumpido en aquella cabaña y probablemente, como ya había sospechado, también tenían que ver con lo que había pasado hoy en el barrio—. ¿Por qué estáis haciendo todo esto?

—Anna —repitió, parpadeando un par de veces, como si no pudiera creer que yo estuviera ahí. Miró a Aaron confusa y después suavizó su rostro y me ofreció una ligera sonrisa que no me reconfortó en absoluto—. Me alegro de verte por aquí. ¿Has llegado hoy?

—No sabe nada —se adelantó Aaron, antes de que yo pudiera decir algo—. No sabe nada, como te he dicho siempre, Marissa.

—¿La has traído tú? —le preguntó con una ceja levantada.

La mujer parecía tranquila y serena, en comparación con la rudeza de Aaron, que no dejaba de ponerme de los nervios. Tenía ganas de darle un golpe en la nariz para que reaccionara y me dijera cuál era su problema conmigo. Aunque por la forma en la que hablaba a Marissa, suponía que ya nada podía hacerse con una persona tan pesimista y negativa como él.

—Ellos iban a por Anna. Estaba con otro chico.

—¡Caleb! —grité y di un paso para acercarme a ellos y llamar su atención. Ambos habían girado la cara para mirarme, en especial Aaron, que estaba mordiéndose la lengua para no decirme algo despectivo—. Estaba con Caleb. Está tratando de ayudarme con mi misión, y Aaron se ha metido en medio y no nos ha permitido avanzar. Está... fastidiándolo todo.

Él bufó y negó molesto. Miró a Marissa, que se encontraba frente a él,

cubriendo la salida para que no pudiera marcharse.

—¿De verdad confías en esa niña, que no tiene nada de carácter? No tiene cordura ni razón. No entiendo cómo es que ella podrá...

—Aaron... —sentenció Marissa en un murmullo, y él se calló. Apretó los dientes y su cuerpo se tensó.

—He cumplido con mi parte. Nos vemos después.

—Por favor, Aaron... quédate —le pidió ella.

—Nadie puede con su mal humor —dije sin pensar. Al segundo, me arrepentí. Pero estaba tan molesta que hubiera disfrutado viendo su rostro lleno de furia. Él ni siquiera me miró, solo vi que tomaba aire y después salía del salón.

Marissa resopló. Alzó la mirada y sonrió sosegadamente. Aunque yo sabía que solo trataba de relajar el ambiente, porque el problema seguía ahí. Era evidente que yo no le gustaba a Aaron, y él a mí tampoco. Me veía como alguien frágil e insegura, y aunque probablemente era cierto, habría preferido que se lo guardara para él. Bastante tenía con lo que me estaba pasando.

—No sabes lo feliz que estoy de que por fin estés aquí, Anna. Te hemos estado esperando.

Avanzó vacilando. A pesar de lo que había sucedido en la cabaña, no parecía que la mujer fuera a hacerme daño, así que no retrocedí y ella siguió caminando.

—Siéntate. Seguro que estás algo confusa por todo esto.

—Estoy bien así, gracias —dije sin parecer demasiado maleducada. Ella aceptó mi decisión y se sentó justo donde se había sentado Aaron.

—¿Te ha dicho algo Aaron? —preguntó, cambiando el tono de voz. Ahora era serio, y sonaba un tanto preocupado.

—No. Absolutamente nada. Lo conocí hace una semana y no parece que nos llevemos bien.

—Aaron es buen chico —dijo con una media sonrisa.

Levanté las cejas, incrédula por escuchar aquella mentira.

—¿Sí? —me atreví a decir—. Pues no lo parece.

Marissa se acomodó en el sofá y resopló.

—Sé que seguramente es algo... duro. Pero le irás cogiendo cariño.

Lo negué inmediatamente.

—No. No pienso estar mucho tiempo aquí.

Ella asintió.

—Sí, es lo que he escuchado.

Estar en pie me ayudaba a sentirme más segura. Mi cabeza estaba por encima de la suya, y si querían hacerme algún daño, yo tenía ventaja para huir. Aunque para entonces, la puerta se iba alejando cada vez más de mi alcance.

—¿Qué sabes de mí? ¿Por qué me habéis traído a este lugar?

—Bueno, Anna... —empezó a decir—. Primero deja que me presente. Mi nombre es Marissa, como ya sabes. Llevo doce años atrapada en este mundo. En mi caso, no me asesinaron. Iba a tener una hermosa familia, con la que siempre había soñado. Cuando estaba a punto de dar a luz, tuve un paro cardíaco. Tenía apenas veinticinco años. Aún no sé por qué sucedió. Tal vez fue la impresión o la emoción que sentía en aquel momento lo que me trajo a donde estoy ahora. Fue imposible para los doctores salvarme la vida, pero la pequeña que estaba en mi vientre sobrevivió. Eso mantuvo a flote a mi esposo. Ahora ella es una adolescente y vive con su padre. Nunca pude descubrir cuál era mi misión. Y con el tiempo decidí que era mejor permanecer aquí, junto a mi familia.

—Yo...

—Aún no he terminado —me interrumpió—. Tres años después de la tragedia, escuché que no solamente existían esos fantasmas novatos, sino que también los había malos; son los que querían hacer daño para aliviar la frustración de encontrarse en este estado. Sin embargo, siempre debe haber un equilibrio, ¿verdad?

—Sí, por eso están los fantasmas buenos.

—Exacto. Los fantasmas buenos que olvidaron su misión o que decidieron quedarse aquí.

—¿Por qué? Si ya no hay vida... estarán condenados a una eternidad infeliz.

—Alan tiene una teoría que yo he apoyado desde siempre. Por eso, desde que la escuché, formé este grupo, recluté a fantasmas que estaban vagando, a aquellos que no podían encontrar su conexión o a los que simplemente no pudieron llevar a cabo la dichosa misión, convenciéndoles de que había una esperanza y que estaba formando un plan que nos ayudaría a todos. Así me

convertí en la líder de este grupo, donde somos más de cuatrocientos fantasmas, de diferentes lugares y razas, pero unidos. Desafortunadamente, no hemos tenido esa oportunidad de la que hablé, y estamos desesperados. Han pasado muchos años, Anna. —Suspiró, cansada más por la derrota que por hablar—. Te contaré lo que Alan me ha dicho.

—¿Alan? —pregunté extrañada cuando volvió a pronunciar ese nombre que yo no conocía.

—Es un amigo que pronto conocerás. Por ahora, voy a contártelo todo y después vendrá la parte difícil: tendrás que decidir.

—¿Decidir?

No entendía nada de lo que decía. Todo se estaba volviendo demasiado confuso. Cuando intentaba colocar una pieza, otra se movía.

—Alan piensa que los *fantasmas malos* no quieren que termine este *estilo de vida*. Eran personas desagradables antes de llegar a este mundo y de ninguna manera merecían esta segunda oportunidad. Para ellos es mejor así. Consideran que son inmortales, creen que la eternidad solo existe aquí. No tienen preocupaciones, no les interesa nada, solo existe el interés propio, Anna. Ahora nadie puede mandar sobre su comportamiento, pueden crear las reglas, poner a todos a su disposición, controlar un mundo que no puede ni debe ser controlado, un mundo que no tiene un propósito claro porque la eternidad siempre estará aquí. Ellos consideran que pueden hacer lo que les plazca, y lo más terrible es que creen que pueden formar una nueva... una nueva...

Se quedó callada y pensó en las palabras adecuadas. Tal vez no podía o no quería pronunciarlas.

—¿Una nueva qué? —presioné.

—Una nueva civilización —terminó de decir con dolor.

—Eso es absurdo —dije.

—Nosotros, nuestro grupo, quiere detener esa idea absurda. Estamos dispuestos a todo, ya no tenemos nada que perder —contestó convencida de sus palabras. Aunque el cabello rojo le daba un aspecto juvenil y más llamativo, las arrugas se le notaban en la frente y en el contorno de los ojos. Eran finas y delgadas.

Los ojos de Marissa brillaron con fuerza, dándole a su cabello un toque más deslumbrante.

—¿Qué pasa con mi misión? —cuestioné, dudosa—. ¿De qué serviría mi ayuda?

Marissa se aclaró la garganta.

—Mira, Anna. Hemos oído muchos rumores desde tu llegada. Tu misión, y todas las demás que vengan... es posible que ninguna de ellas pueda cumplirse.

Mi corazón se congeló.

—¿Los fantasmas malos están interviniendo?

—Sí, eso te lo puedo asegurar.

—¿Qué rumores os han llegado? —pregunté, prestando atención a todas las palabras que decía. No parecía estar mintiendo, así que seguí escuchando.

—Yo... no podría decírtelo. No estoy segura de lo que he oído y me parece que eso no puede suceder aquí. Es como romper todo lo que se ha creado durante años; todo lo que los fantasmas deben conocer cuando llegan aquí. Los rumores pueden ser falsos, pero si son ciertos, todo este mundo sería complicado, acabaría destrozado. Muchas cosas cambiarían, Anna. Y ni el mundo humano ni este están preparados. Cuando hables con Alan te darás cuenta de todo lo que he dicho. Alan lleva bastante tiempo aquí y hemos tenido suerte de que se nos haya unido.

—Dime, Marissa. ¿Qué rumores te han llegado?

Ella jugó con los dedos. Bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—Por favor —supliqué—, me enteraré de todos modos.

Volvió a levantar el rostro y me miró fijamente a los ojos. Al cabo de unos segundos de silencio y de una batalla de miradas torrenciales, abrió la boca.

—Me han dicho que tú eres la conexión de un fantasma

—dijo—. Algo que, como sabes, no puede ser posible.

—Pero las conexiones son... con humanos. Esa es la ley. Así ha funcionado siempre. Las misiones solo pueden cumplirse si un fantasma tiene la conexión con un humano, nadie más puede ayudar —respondí, sin poder creer el rumor que Marissa había oído.

Marissa se movió incómoda. Tenía los labios apretados.

—Eso no es todo, Anna.

Se levantó del sillón. Ahora el rostro parecía más pálido, se estaba

poniendo amarillento y solo expresaba preocupación. Nunca antes había lamentado estar en un lugar así. Al ver sus labios apretados, intuí que no me gustaría lo que iba a decirme.

—¿Qué sucede? —Me temblaba la voz.

Los mechones de Marissa se habían vuelto opacos y secos. Ahora no eran de un color rojo brillante, ni mucho menos estaban sedosos y limpios. Habían cambiado drásticamente. Y, al igual que su cabello, sus ojos se habían apagado, la sonrisa desapareció y una expresión de preocupación llenó su rostro.

La habitación comenzaba a dar vueltas. Traté de apoyarme en un sillón que tenía cerca para disimular mi inesperado mareo. Sentía que me faltaba el aire, que las paredes se iban cerrando más y más, aunque nada en la habitación se movía realmente. Marissa seguía jugando con sus dedos. A pesar de ser mayor que yo, tenía ese aspecto de niña asustada.

—Comentan que eres la conexión del líder de los fantasmas malos. O, como ellos se hacen llamar, Los Eternos.

Tragué una espesa cantidad de saliva que había estado conteniendo. De inmediato, los recuerdos vinieron a mi mente en un segundo; cuando hablé con Caleb por primera vez y tuvimos el incidente en la carretera. Y ahora... lo del barrio.

—¿Los que estaban en aquella cabaña, y en el barrio donde estaba Caleb, eran ellos, Los Eternos? —pregunté con un incipiente dolor de cabeza. Los mareos me revolvían el estómago. En la frente sentía una vibración terrible, como si tuviera migraña. La luz comenzaba a molestarme, el lugar se estaba volviendo demasiado pequeño y sofocante. Aguanté la respiración mientras esperaba la respuesta, que, para entonces, ya era demasiado predecible.

—Sí.

—Iban a por mí, ¿no es así?

Asintió, y dijo:

—Eso es lo que creemos, Anna.

Me agarré al reposabrazos del sillón y, sin soltarlo, me fui guiando por su contorno para sentarme. Olía a cigarrillo y a ceniza. Seguramente Aaron había estado aquí antes. Solo le había visto fumar a él, y un montón, aunque realmente no podía satisfacerle y solo era una simple ilusión. Finalmente me senté con cuidado. No quería estropear nada.

Por unos momentos, me había olvidado de Caleb. Me lo imaginé en el suelo, en un charco de su propia sangre. No. No le podían hacer daño, no podían matar a mi conexión. Él no sabía nada. Pegué un salto y abrí los ojos como platos. Estaba aterrada. Si le pasaba cualquier cosa...

No. Ni siquiera podía imaginarlo o pensarlo.

Por un momento, quise creer en las palabras de Aaron. No lo querían a él, me querían a mí. ¿De qué les serviría un mortal? Absolutamente de nada. Caleb tenía que estar bien.

Convencerme no fue fácil.

—¿Le harán daño a Caleb? —susurré en medio de la oscuridad.

Todo dentro de mí se había congelado. Imaginaba a Caleb herido, por mi culpa.

—No. —Trató de animarme. No había parpadeado, me había mirado fijamente y había cierta sinceridad en su tono de voz, aunque dudé—. Ellos no lo quieren a él. Te quieren a ti. No pueden hacerle daño, pero debes tener claro que a ti sí pueden hacértelo.

Eran las mismas palabras que Aaron me había dicho. Y hasta ese momento, no había entendido el significado, porque ahora sabía lo que había detrás. Ahora sabía lo que ellos querían.

—¿Qué quieren de mí?

—No lo sé, Anna —dijo y se sentó a mi lado—. Ellos solo dicen lo que quieren que escuchemos. Nada más. Nadie conoce al líder de Los Eternos, nadie lo ha visto nunca. Se ha mantenido oculto. Pero he de suponer que tiene a, por lo menos, dos personas de confianza que seguro que lo han visto, pero que son fieles a él y nunca lo traicionarían.

—Vaya. —Resoplé.

La desgracia y la miseria me seguían incluso después de la muerte. Creo que a la vida no le había bastado lo que había sufrido; ahora seguía aquí, en un lío bastante grande.

—Anna, nosotros queremos protegerte. Vamos a ayudarte, te lo garantizo. Sabemos que eres muy valiosa para él. Para nosotros también lo eres. Aún no sabemos con qué fin quiere encontrarte. Pero, Aaron, Alan, todo el grupo, y yo como su líder, te aseguramos protección.

—¿A cambio de qué?

—Eso lo veremos después. Ellos dirán algo pronto. Estoy segura de que saben que ahora estás con nosotros. No debes temer; este lugar es el más seguro para ti. Mientras tanto, puedes seguir con tu misión, si es lo que quieres. Ninguno de nosotros se opondrá.

—¿Y Caleb? Él es mi conexión.

—Puedes seguir con Caleb si crees que es necesario, Anna. Hemos estado observando al joven y no representa ningún peligro, incluso podría servirnos como distracción —dijo con rapidez—. Nadie te limitará siempre que no corras peligro. Yo me encargaré de buscar información mientras tanto... para cuando llegue el momento.

Me quedé mirando a un punto muerto y negué, todavía sin comprender cómo era posible que por la mañana tuviera cierta información y, ahora, todo hubiera cambiado. Era increíble cómo un par de palabras podían cambiar una situación crítica. Lamentablemente, para mí, todas las palabras siempre traían algo negativo. Tal vez debería acostumbrarme a eso y enfrentarme a ello.

—Yo... realmente no sé qué decir. No puedo creer que yo sea la conexión de un fantasma. Estoy muerta. ¿Cómo se supone que iré a él, dado el caso? ¿Cómo lo buscaré? —pregunté con miedo, esperando lo peor.

—No lo sé, Anna... —Volvió a bajar la mirada, avergonzada por no tener la respuesta a mi pregunta.

La miré con el ceño fruncido, esperando que todo fuera una broma; sin embargo, todo parecía demasiado real. No había risas por ningún lado, ni cámaras que estuvieran grabando mi cara de terror.

—Él te buscará. —Escuché una voz grave y ronca a lo lejos. Marissa y yo levantamos la cabeza a la vez, sorprendidas por el intruso que parecía haber estado escuchando nuestra conversación durante un buen rato. Me enderecé en el sillón y me puse en guardia. Un escudo se formó delante de mí.

Al verlo apoyado en el marco de la puerta, me relajé un poco, pero no lo suficiente. Marissa y yo nos encontramos con el rostro frío e inexpresivo de Aaron.

—Llegará a ti cuando menos te lo esperes —remató.

Capítulo once

Aaron avanzó hacia nosotras sin vacilar, con pasos seguros. Su torso estaba bien formado, la camisa se ajustaba a su figura de piedra, y parecía más grande que antes. Era alto y fuerte. De repente, una sonrisa apareció en su rostro y, al segundo siguiente, se ensanchó.

—¿Tengo que volver a repetirte que necesitas nuestra ayuda, Anna?

Se burlaba de mí. Mi nombre en su boca sonó a asco. Incluso había puesto una voz aguda al pronunciarlo, cosa que me hizo arder el estómago de la rabia, pero no dije nada.

—Aaron... —sentenció Marissa, que se puso en pie.

Pero él no parecía querer darme tregua. Se veía claramente que la guerra iba a continuar. ¿Cuándo sacaría la bandera blanca y la ondearía en el vacío para declarar la paz?

—Ahora que ya sabe buena parte de la historia, ¿le contarás lo demás?

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Más todavía? —Aparté la vista de los ojos brillantes de Aaron y miré a Marissa, que parecía molesta por las palabras toscas de aquel joven que aparentaba ser más viejo por su amargura.

—Claro que sí —dijo él—. Ahora no estás en un mundo de rositas como en el que vivías.

Mi corazón dio un vuelco. Aaron no sabía nada de lo que hablaba; era una persona que hablaba antes de pensar. Era demasiado instintivo. ¿Por qué insistía en atacarme, cuando no me conocía en lo más mínimo? ¿Acaso sabía

lo del incendio de los Crowell? ¿Sabía que yo era parte de un plan macabro e inhumano de Rosie? A estas alturas, ya nada podía ser peor.

Abrí la boca para comenzar a discutir, si era lo que él quería, pero la voz suave de Marissa me detuvo.

—Ya basta, Aaron —dijo sin amenazarlo. El tono fue claro y prudente, era una orden que él debía seguir por lealtad, porque ella era la líder del grupo. Si Aaron conocía toda esta información, si estaba presente en esa complicada conversación y había ido a buscarme para traerme aquí, significaba sin duda que era una parte importante del grupo. Tal vez incluso era la mano derecha de Marissa.

—¿Qué más tengo que saber? —pregunté.

Aaron parecía disfrutar de la situación, y eso no era nada bueno.

—Tenemos que prepararte para cuando llegue el momento. Necesitas aprender a defenderte... —Me miró, parecía apenada por lo que iba a decir—. Siento tener que ser yo quien te lo diga, especialmente en este momento, pero todos los que estamos aquí sabemos que eres una persona a quien se puede influir con rapidez.

Por la expresión en su rostro y la mueca que había hecho de manera inconsciente, efectivamente, sabían lo que había pasado con Rosie y Hannah. Me sentí amarga por dentro, miserable por todo eso. El arrepentimiento no servía de nada porque ya no podía cambiar las cosas.

—Yo... lo sé. —No se me ocurrió otra respuesta.

—Aaron será quien te preparará, él es el más adecuado para esto.

Salté inmediatamente.

—No, no, no. No puedo acceder a eso. No quiero que sea él. —Lo señalé, dejando de lado mi educación, pero para entonces no me importaba ser irrespetuosa con él.

—No te haré daño, si es lo que crees.

La sonrisa era lo que me daba más rabia, pero tenía que contenerme y mantener mis emociones bajo control para que él no ganara esta batalla.

—No, simplemente no quiero que seas tú —repliqué.

—Pues qué lástima, porque así será.

Marissa resopló con irritación. Aaron y yo nos estábamos destruyendo con la mirada, pero la voz de Marissa nos hizo apartar la vista.

—Bueno, ya basta los dos. Ya no sois unos niños para que os peleéis de esa manera. Estamos pasando por algo muy serio que nos afectará en gran medida. Debemos concentrarnos. Estar unidos. No pido mucho, y sé que lo comprendéis a la perfección.

Mis ojos se apartaron del rostro risueño de Aaron y le hice un gesto de desagrado que le molestó. Miré a Marissa, que se disponía a salir del salón con olor a incienso.

—¿Qué pasará con Rosie?

Cuando escuchó su nombre, se quedó helada. Pestañeó un par de veces para intentar procesar las palabras que salían de mi boca, y levantó las cejas cuando por fin pudo recobrar el aliento.

—¿Con Rosie?

—Sí —dije con claridad—. Ella es mi conexión.

De pronto, Aaron se puso rígido y prestó atención a lo que yo decía. Sus ojos se abrieron de par en par; ya no parecía tan divertido y burlón como hacía unos segundos.

—¿Cómo? —cuestionó, tartamudeando—. ¿Tu conexión no es ese chico llamado Caleb?

Negué.

—No. Es Rosie.

Aaron y Marissa se miraron, confusos. En aquella mirada hubo algo que yo aún no sabía y que, probablemente, me estaban ocultando, pero preferí guardármelo para mí y esperar el momento correcto para buscar la respuesta.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —pregunté con inocencia.

Aaron tomó la palabra, hablando con rapidez.

—Es que es muy extraño que tengas dos conexiones, es decir, que dos personas puedan verte, y que, aparte de todo eso, tú seas una conexión. No lo sé... Tal vez deberías andar con cuidado —me advirtió Aaron con el ceño fruncido, mirando más a Marissa que a mí.

—Anna, ¿tú sabes qué sucedió en el incendio? —me preguntó Marissa, curiosa por el accidente que me había costado la vida.

—No recuerdo mucho, pero sé que morí. Nadie pudo salvarme, ya era demasiado tarde. Solo estaban Rosie y Hannah en aquel lugar, y ninguna de las dos pudo regresar para sacarme de ahí. Las llamas consumieron todo lo

que había a su paso. ¿Sabes? Creo que en parte es bueno no recordar el dolor.

Marissa asintió.

—Estoy de acuerdo, Anna.

Aaron me miró con los ojos entrecerrados, como si yo le ocultara algo.

—Esto está alterando cada vez más las cosas. Marissa, tenemos que hablar con Alan —dijo Aaron, pensando en algo que todavía no quería compartir conmigo.

Marissa sacudió la cabeza y me volvió a brindar esa sonrisa pacífica y tranquilizadora que Rosie también me ofrecía cuando algo iba mal conmigo y ella solo intentaba decirme que todo saldría bien.

—Es mejor que descanses un rato. Han sido muchas emociones seguidas y seguro que te sientes atosigada. Descansa la mente y cuando quieras saber algo o tengas dudas de cualquier cosa, puedes preguntarme a mí o a Aaron. Estaremos aquí.

—En realidad yo quisiera... —Pensé en lo que iba a decir, al principio vacilé, pero después caí en la cuenta de que, por el momento, era mejor no decir nada—. Sí, creo que me irá bien descansar un poco.

Aaron salió del salón, pensativo. Marissa lo siguió y cuando estuvo a punto de desaparecer de mi vista, me miró.

—Estás en tu casa. —Me ofreció una sonrisa para tranquilizar el ambiente y se relajó—. De verdad, Anna. Estás en casa.

Asentí, agradeciendo su amabilidad y el hospedaje que me estaban dando; sin embargo, había algo en Marissa y en Aaron que no me terminaba de convencer. Ambos salieron del salón.

De algún modo, confiaba en ellos, y creía en lo que me decían, pero por otro lado, sabía que me estaban ocultando algo más grave. Así que si no quería tener unos enemigos tan poderosos como ellos dos, sería mejor mantenerme cerca y seguir las indicaciones que me dieran para no causar problemas. Con el tiempo, iría descubriendo lo que me ocultaban, sin ponerme en peligro. Me habían dicho que me protegerían, pero aún no sabía de quién. Llegué a pensar que si debía desconfiar de alguien, era precisamente de ellos, pero no estaba completamente segura. Además, me estaban brindando algo que yo nunca antes había tenido: atención.

Ahora yo era una persona importante a la que buscaban varios grupos.

No me sentía especial, como si fuera la mejor pieza del rompecabezas, la mejor pieza del ajedrez, un pequeño peón que podía dar la victoria, matando a la reina o al rey. ¿Podría ser así?

Tal vez me estaba ilusionando demasiado y simplemente era el peón que necesitaban para llegar al final del juego y me usarían como carnada para distraer al enemigo. No lo sabía, pero esperaba que no fuera así, que no sucediera de nuevo, porque entonces todo volvería a ser como cuando vivía con Rosie y Rebecca. Y, a esas alturas, ni siquiera sabía dónde estaba.

Con el encierro de Rosie y con mi muerte, Rebecca estaba liberada de todo peligro. Imaginaba que habría vuelto a Europa, que por fin había llegado su momento de ser libre, que después de todo el infierno que había pasado conmigo, tendría su recompensa, como si yo hubiera sido un sacrificio para ella. A Rebecca le gustaban más los lugares fríos que los cálidos. Siempre iba bien abrigada. De niña pensaba que Rebecca era demasiado analítica, no era tan inteligente como Rosie, pero había cierta incertidumbre con ella, porque sabía calcular bien las cosas, aunque otras, como enamorarse, no tanto. Cuando salíamos a comer algo, parecía estar siempre nerviosa y ansiosa por escapar de ahí. Sabía que Rebecca ocultaba muchos secretos, al igual que Rosie. Nunca había escuchado a Rebecca decir una palabra dulce, solo se quejaba de mi presencia y maldecía.

Así que, dondequiera que estuviera ella en esos momentos, Rosie también lo sabía y, si no era así, en cuanto se recuperara, lo sabría. No dudaba que mi madre saldría de ese trance, aunque no sabía durante cuánto tiempo y si finalmente podría estar bien.

No quería visitarla, no tenía agallas para enfrentarme a ella. Solo le había reprochado que me hubiera usado, pero nada más. Me sentía más tranquila, sí. Pero no cambiaba nada. Rosie seguía saliéndose con la suya y eso debía acabar. La última vez que estuve en el hospital fue cuando acudí con Caleb, pero no entré para hablar con ella, sino que se encargó el propio Caleb, y ahora no sabía dónde estaba.

Cuando Marissa y Aaron se marcharon, me recosté en el sillón y cerré los ojos, esperando descansar. Aunque no pude dormir, mi mente y mi cuerpo se relajaron. Todo estaba en silencio y a oscuras.

No pensé en nada, solo me quedé quieta, con el cuerpo inerte y la mente en blanco. Me sentía ligera y débil, como si ya no tuviera fuerza en los

brazos ni en las piernas. Si quería mover un dedo, me costaba demasiado. Lo intenté de nuevo y me dejé llevar por la fuerza que me arrastraba a otro lugar, que parecía volverse polvo a mi alrededor.

Escuché voces nítidas a mi lado. Eran casi irreconocibles, las oía muy cerca, pero cuanto más quería e intentaba aguzar el oído para descifrar las palabras, estas parecían alejarse más y más.

De forma inesperada, sentí un golpe en el brazo. Salté entre el polvo y me quedé quieta, esperando que sucediera algo más. Unos pasos se acercaban. Eran pesados. La respiración sonaba agitada. Unas manos delgadas y suaves me sostuvieron con fuerza por las muñecas y, de repente, mi piel ardió. Una cerilla se encendió y luego sentí algo caliente en la espalda. Quise gritar, pero no salió nada de mi boca. Solo alcancé a oír el crujido de la madera consumida por cientos de llamas. Después, nada.

—Anna. —Sentí algo caliente en el hombro—. Anna, tienes que levantarte.

Una cremallera se cerró. Mis ojos seguían cerrados, pero los ruidos eran claros y fuertes. Un zumbido me mareaba. Llegué a la conclusión de que había tenido una pesadilla. Esperaba levantarme en la cama en la que había estado durmiendo los últimos meses. Tal vez había tenido un accidente y Rosie se había quedado a dormir conmigo y ahora se estaba vistiendo y de ahí venía el ruido. Abrí los ojos y todo estaba a oscuras. Sin embargo, estaba confundida y me vi en un lugar fúnebre y con un chico semidesnudo que se estaba vistiendo. La camisa había desaparecido en algún lugar, y su piel morena brillaba con intensidad.

Tragué saliva y aparté mi rostro de inmediato, avergonzada.

¿Qué era esto? ¿Qué hacía yo aquí? ¿Qué era ese lugar? ¿Dónde demonios estaba?

Volví a mirar al joven, que se estaba vistiendo, y mis ojos se abrieron de par en par. El chico me sonrió pícaramente.

¿Qué había sucedido?

Capítulo doce

Me miré el brazo donde había recibido el golpe y vi que tenía una mancha roja que iba adquiriendo un color morado. Enseguida lo oculté para que él no pudiera verlo.

—Buenos días, Anna.

Mi voz se había perdido en algún lugar.

Él me miró extrañado.

Negué sin poder decir nada. Entonces, sucedió algo. Sus ojos cambiaron de expresión. Vi la preocupación en su rostro.

—¿Qué pasa? —Sacudió la camisa y corrió al sillón donde me había quedado dormida. Se inclinó para ponerse a mi altura y sus ojos quedaron cerca de los míos. Me quedé observándolo como una boba. Tenía las pupilas grandes y profundas. Algo dentro de mí quería alejarlo cuanto antes, pero el olor a miel y jabón estaban cerca de mi nariz y no quería privarme de ese aroma tan agradable. De pronto, una de sus manos me tocó la frente.

Mi corazón latió.

—Qué tonto soy. —Luego se apartó. Incrédulo y pesimista, como lo había conocido.

Me quedé quieta, a la espera de algo más. Pero él regresó a ponerse la camisa y siguió vistiéndose. Levanté el brazo y me toqué la frente.

Estaba fría.

—No vuelvas a hacer eso, Anna... creía que...

—Me he quedado dormida —lo interrumpí antes de que terminara la

frase. En cuanto pronuncié aquellas palabras, él soltó una carcajada.

—Nosotros no dormimos, Anna.

Miré alrededor y vi que todo seguía igual. Recordé todo lo que había pasado y que era un fantasma. Había despertado con la ilusión de que, tal vez, todo había sido una pesadilla y que yo seguía acostada en una de las camas de la mansión de los Crowell, pero, en cambio, seguía allí, en un sillón anticuado con olor a polvo y a cigarro.

—Pues yo he dormido —afirmé con fastidio.

—Eso es imposible, te lo has imaginado.

Resoplé.

Aparté la vista y me obligué a levantarme del sillón, que me había causado un pequeño y casi insignificante dolor en el cuello. Escuché un ruido en cuanto flexioné las piernas para poner los pies en el suelo. Aaron se acercó a mí en tan solo dos segundos y me cogió de la barbilla, cosa que me pilló por sorpresa. Me levantó el rostro y nuestros ojos conectaron como dos imanes.

—¿Has dormido? —me preguntó, ladeando mi cabeza para asegurarse de que estaba entera.

Bufé molesta.

—Contigo no se puede, eres imposible —le dije cuando dejó de jugar con mi cara y mi barbilla, que seguía sosteniendo con fuerza.

—Para ti no, Anna.

Bajé la mirada un poco y lamenté haberlo hecho. Aaron todavía no se había puesto la camisa. Y las últimas veces que lo había visto, por no decir las pocas veces, nunca lo había visto así. Siempre iba bien cubierto con esas ropas negras que le hacían parecer más grande. Su piel parecía suave y sedosa.

—Tu novio te está buscando.

Su voz me trajo de vuelta a la realidad. Escuché una risa y el aire volvió a ser fresco. Los dedos de Aaron ya no estaban presionando mi barbilla. Ahora estaba lejos de mí, burlándose.

—Eres un idiota, Aaron.

—¿No me has oído? Tu novio te está buscando.

Aaron se puso la camisa blanca con un simple gesto y yo traté de no

mirar, lo cual le hizo cierta gracia al hombre negativo que no me dejaba en paz.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Novio? ¡Yo no tengo...!

—¿Te suena el nombre de Caleb? ¿El chico rubio recién salido de *High School Musical*? ¿En serio, Anna? ¿Tan pronto te has olvidado de él? —negó, fingiendo sentir pena por mí.

Me levanté de un salto y mi voz tembló.

—¿Dónde está Caleb? —Los latidos de mi corazón, que seguían siendo una ilusión que quería seguir sintiendo, se aceleraron y el pecho me dolió. Quería ver a Caleb y saber qué le había pasado. Me olvidé de todo el mal rollo con Aaron y salí disparada de aquel lugar para que me dijera dónde se encontraba. Si estaba herido, no me lo perdonaría nunca. Deseaba con todo mi corazón que estuviera bien.

Aaron hizo un gesto inexpresivo.

—En su habitación. ¿Sabes dónde vive, no?

—Por supuesto —dije con desesperación.

—Pues ahí está. Te ha estado llamando durante un tiempo. Está bien, ¿de acuerdo? Deja de poner esa cara de pena. No te sienta nada bien.

—Volveré dentro de un rato. Tengo que ir a verlo y seguir con la misión.

—No soy tu madre, Anna. No tienes que pedirme permiso. —La voz ronca y fría que lo caracterizaba volvió en cuanto la chaqueta pasó por sus hombros.

Asentí.

—Nos vemos, entonces.

Salí como un rayo. Las piernas me temblaban. A pesar de lo que me había dicho Aaron, no podía ignorar mi responsabilidad con Caleb. Sabía que lo había puesto en peligro.

Unos minutos más tarde llegué a la casa de Caleb, que era grande y espaciosa, a pesar de que vivía solo. El jardín estaba verde y podado, las flores mojadas y frescas.

Entré en la casa y me dispuse a buscar a Caleb. Pasé por la cocina, totalmente iluminada, y vi que la estufa estaba encendida y había una tetera en el fuego. Aunque no estaba a punto de explotar, el vapor ya salía con

fuerza. Me fijé en el reloj que colgaba de la sala y vi que era demasiado temprano, apenas las siete de la mañana. Supuse que Caleb se estaba preparando para salir. Era domingo y probablemente tendría algunas cosas que hacer.

Seguí caminando por la cálida vivienda, perfectamente limpia y ordenada, y me topé con una fotografía de dos adultos inclinados sobre un niño rubio de unos cuatro años, todos con los rostros sonrientes. Parecía que estaban fotografiando un regalo de cumpleaños muy especial. Al fondo, había un gran jardín con mesas coloridas y sombreros en forma de cono para los invitados, que, por suerte, no se habían colado en la foto. Cientos de serpentinas colgaban de hilos blancos, rojos, azules y amarillos.

Cogí la fotografía y miré con detalle al niño. Vestía una camisa blanca con rayas horizontales amarillas, y en las manos tenía un par de juguetes, una pelota de fútbol y una camioneta que funcionaba con control remoto. Los brazos pequeños y delgados se aferraban a los juguetes, mostrándolos con emoción contenida. Los padres estaban mirando a cámara. La mujer llevaba unos pantalones rosa crema y una blusa de tirantes blanca, que la hacían parecer un fantasma. Sus manos estaban apoyadas en los hombros de Caleb, presumiendo de hijo. El padre, por el contrario, vestía un pantalón color caqui y una camisa blanca, y a conjunto llevaba una pajarita verde que no le quedaba nada bien. Parecía de las que habían regalado durante el cumpleaños para que todos se vieran coloridos y felices. Definitivamente, ese niño tierno que sonreía inocentemente era Caleb.

Sonreí.

—No sabía que estabas aquí. —Una voz me sorprendió. Estuve a punto de dejar caer la foto, pero la salvé en el último instante.

Me giré y sonreí.

—No te he oído llegar.

Me miraba con asombro, y, en parte, con temor. Estaba dolido porque lo había dejado solo en aquel lugar, pero afortunadamente parecía en perfecto estado y no veía ni un solo rasguño, así que me relajé, aunque no del todo, porque Caleb también me miraba con tristeza.

—¿Qué te pasó? —me preguntó, confuso, mirando la fotografía que tenía en las manos—. Desapareciste, y bueno, supongo que es normal, pero para mí no lo es. Me quedé ahí, atrapado en la nada, sin saber a dónde te fuiste.

—Tengo mucho que contarte, pero por ahora me han pedido que no se lo diga a nadie.

—¿Quién, Anna? —Frunció el ceño, confuso por lo que le estaba diciendo.

—Unos amigos que he conocido —respondí con rapidez sin darle mucha importancia, pero Caleb parecía demasiado preocupado. Seguramente estaba tan asustado como Hannah al saber que había más fantasmas. Sin duda, los humanos no eran los únicos en la Tierra.

—¿Y son de fiar? —Estaba sentado en un sillón y, aunque trataba de relajarse, su cuerpo estaba tenso y su rostro no mostraba ninguna expresión. Más que estar nervioso, estaba preocupado. Y lo entendía.

No dudé en contestar.

—Claro. Son como yo —respondí con seguridad.

—¿Qué pasó en el barrio? ¿Eran ellos? ¿Iban a por ti? No entiendo nada —dijo con cierta frustración en la voz. Se le habían formado unas pequeñas arrugas en el ceño.

—Algo así, pero aún no me lo han dicho —mentí. Luego intenté cambiar de tema para que su expresión se relajara y pudiera contarle algo que me daba mucho que pensar e imaginar—. Hoy me ha pasado algo muy extraño. Por cierto, ¿son tus padres?

Él se acercó y le tendí la fotografía. Los ojos de Caleb brillaron con intensidad.

—Sí. —Asintió y sonrió a los rostros de sus padres, como si ellos siguieran ahí, sonriéndole—. Espero que estén en un lugar mejor.

Volvió a poner la fotografía en su lugar y me miró.

—Siéntate, por favor.

Me senté sin protestar. Caleb había tomado asiento enfrente de mí y solo nos separaba una mesa de madera con velas aromáticas. Las ventanas grandes y cubiertas por una fina y delgada tela blanca casi transparente dejaban entrar la luz de los rayos del sol. Nuestros rostros estaban bien iluminados. La casa de Caleb no mostraba rastro alguno de fiestas nocturnas ni de ropa sucia por doquier. Al contrario, todo brillaba, reluciente y satisfactorio.

—Gracias. Sé que te he traído muchos problemas —me disculpé.

Él se rio con suavidad mientras negaba con la cabeza.

—No, Anna. Al contrario, tú eres mi salvación. Sé que si estás aquí, es por algo. Y no sé por qué, pero siento que, de algún modo, tiene que ver con la muerte de mis padres. Creo que si te ayudo, tú también podrás ayudarme a saber qué sucedió con ellos.

Miré sus ojos y vi un repentino sentimiento de tristeza. No le había preguntado muchos detalles sobre la muerte de sus padres; sabía que habían muerto en un accidente, pero nada más, y a esas alturas esperaba que él hubiera superado su muerte. Seguramente hablaría de ello cuando lo necesitara. Por suerte, yo había tenido a Rosie, y también a Rebecca, pero era consciente de que tener a dos personas cerca de mí no había significado nada, y entendía cómo se sentía Caleb. Después de la revelación de Rosie antes del incendio, todo había sido una sorpresa para mí. Yo no sabía que Eric era mi padre. En ese momento, solo quería hacerles un poco de daño a Alex y a Hannah por haberme quitado la familia que siempre había soñado.

—Puedo ayudarte con eso —respondí sin vacilar.

Caleb asintió con una sonrisa temblorosa que me derritió el corazón. Tenía una sonrisa demasiado brillante, contagiosa. Era muy dulce.

—Entonces yo también te ayudaré —dijo—. Cuéntame qué ha sucedido.

Tragué saliva y me preparé para pronunciar aquellas palabras que Aaron no había creído. Sin embargo, Caleb lo haría, porque él tenía una percepción diferente de lo que era ese mundo totalmente desconocido.

—Yo... esta noche me he quedado dormida y he soñado algo.

Caleb frunció una ceja, sin comprender. Por supuesto que no lo comprendería tan rápido si no le explicaba cómo funcionaba. Así que me acomodé en el sillón para comenzar a explicarle nuestra función y nuestras limitaciones.

—Los fantasmas no podemos dormir, Caleb. Ni mucho menos soñar. ¿Sabes lo que eso significa?

—Vaya, sé que sois fantasmas, pero nunca imaginé que teníais algo que ver con los vampiros —se burló y, al instante, yo también.

—Eso ha sido un chiste malo. No tenemos nada que ver. Los fantasmas somos reales. Estamos por todos lados, tratando de curar ciertas heridas. En cambio, los vampiros son solo un mito. Te aseguro que hay más personas creyentes en fantasmas que en vampiros.

—Lo sé, Anna. —Se rio—. ¿A qué quieres llegar con todo esto?

—Bueno, no he podido habérmelo imaginado. Si lo he soñado es por algo. Podría existir una posibilidad de que yo...

—¿De qué estés viva? —me interrumpió.

Levanté los hombros, agradecida por las palabras que Caleb había dicho. Eso sería lo mejor del mundo, que pudiera regresar a donde pertenecía, pero esta vez feliz, pidiendo perdón a los que había causado daño.

—¿Quién sabe? Tal vez.

—¿Y cómo podemos averiguar si sigues por aquí? —preguntó, interesado en el hecho de que eso podría cambiar todo lo que me estaba pasando.

La decepción me inundó.

—Le he estado dando vueltas mientras venía hacia aquí. No sé cómo, pero esperaba que tuvieras una idea.

Caleb sonrió. Sus ojos brillaron con intensidad.

—Pues la tengo.

Caleb se levantó del sillón y me tendió la mano para ayudarme a levantarme. La acepté con gusto y nuestras palmas se pegaron como un imán. Y ahí estaba de nuevo ese rayo eléctrico recorriendo todo mi cuerpo, con esa sensación de querer estar cerca de él todo el tiempo que fuera posible. Sus manos cálidas estaban sobre las mías, sosteniéndolas con delicadeza. Ambos lo sentimos, porque nuestros cuerpos saltaron y, enseguida, nuestros ojos conectaron. No había duda de que Caleb era mi conexión.

—Caleb... —dije, en medio de la tensión que se había acumulado.

—Quiero creer que sigues viva, Anna. —Su voz ronca estaba casi al lado de mi oído. Aunque él estaba frente a mí, yo lo sentía más cerca. Su calor me llenaba de una manera en la que me hacía sentir tranquila y en paz.

—Yo también, aunque creo que es casi imposible.

—Ven. —Sus dedos se ajustaron a los míos con más fuerza. Una vez estuvieron enlazados, sentí un hormigueo en el estómago, tiró de mí y me llevó fuera de la casa, donde vi su camioneta.

Nunca había conocido ni tenido la oportunidad de hablar con alguien como Caleb. Era tan protector y dulce que me transmitía seguridad. Mi piel

ardía cuando me tocaba. Tenía un olor diferente al de los demás. Cuando me dio la espalda para abrirme la puerta, me temblaron las piernas. No sabía por qué. Cuando él se giró, volví a recuperar la estabilidad y le sonreí.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Ya lo verás.

Di un salto y subí a la camioneta, aturdida todavía por el mareo. Afortunadamente, Caleb no se había dado cuenta. Cerró la puerta y rodeó la camioneta para ir hacia su asiento. Parecía emocionado.

Cuando subió a la camioneta, la sonrisa no lo había abandonado. Mostraba sus perfectos dientes alineados y blancos, y su cabello rubio le caía por todos lados. Arrancó la camioneta y el motor rugió. Nos pusimos en marcha. Por el espejo retrovisor, vi cómo la casa de Caleb se iba quedando atrás, las ventanas se hacían cada vez más pequeñas, las casas del vecindario se iban alejando. Parecía que los neumáticos dejaban marca mientras avanzábamos por la calle. Vi las líneas discontinuas blancas y amarillas de la carretera.

Y, luego, vi una mancha oscura. Un rostro enfadado y que mostraba cierto fastidio me observaba por el retrovisor. Estaba rígido y tenso. Su cuerpo estaba en la calzada. Abrí los ojos de par en par y miré a Caleb con la esperanza de que él no hubiera visto nada. Afortunadamente, seguía conduciendo, ajeno a la mancha oscura del retrovisor.

—Aaron —dije, entre dientes.

—¿Eh? —Caleb preguntó.

—No, nada. Pensaba en voz alta —expliqué quitándole importancia.

Volví a mirar el retrovisor y Aaron ya no estaba allí. La calle estaba vacía, solo había casas y coches aparcados.

Suspiré y negué.

—Tranquila, Anna.

La mano derecha de Caleb se alejó del volante y buscó mi mano izquierda para poder sostenerla. Cuando la encontró, sentimos ese nuevo toque, pero esta vez más intenso.

Tenía que admitir que Caleb me gustaba, y mucho.

Al cabo de media hora, aparcamos en un lugar que me resultaba vagamente familiar. Unos minutos atrás habíamos entrado en un camino

lleno de barro, en el que Caleb había tenido que acelerar varias veces para que no nos quedáramos atascados.

Bajé de la camioneta sin esperar a que Caleb me abriera la puerta. Todo estaba en silencio. Una vez que estuve afuera, di un paso y escuché el sonido de las piedras bajo mis zapatos. Alcé la vista y vi que los árboles frondosos me cubrían con una ligera capa de recuerdos. Las hojas de los árboles estaban quietas y, de vez en cuando, algunas se movían ligeramente por la acción de algún animal trepador. Eran más grandes que antes, tal vez porque habían terminado las lluvias y no se habían podado a tiempo.

Di unos pasos más. Mis zapatillas deportivas se hundieron enseguida en la tierra mojada, pero tiré con fuerza para salir del barro. Entonces recordé cuando había bajado del coche de Rosie y había caminado por las piedras hasta llegar a la tumba de Alex. Cientos de emociones encontradas que me habían cegado reaparecieron. Me sentí cohibida, como si llevara un chaleco explosivo atado al torso. Los hombros me pesaban. Recordé el rostro de Rosie cuando me dio un beso en la mejilla y me dijo que ya sabía lo que tenía que hacer, que muy pronto nos veríamos. Después, se marchó, dejándome sola, escondida en el espeso follaje.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me fue imposible no temblar.

Este lugar no me gustaba en absoluto. Por suerte, esta vez no venía sola. Caleb me acompañaba y eso me daba cierta confianza para adentrarme en el cementerio.

El sol brillaba en lo alto, pero yo solo sentía frío. Tenía las manos y la espalda congeladas.

—He pensado que tal vez podríamos encontrar algo aquí —dijo Caleb, que venía detrás de mí. No me había percatado de que él ya había bajado de la camioneta. Después de todo, yo me había adelantado.

—Has pensado bien. Hannah y Alex lo descubrieron todo de esta manera.

—Bien, pues empecemos a buscar.

Asentí. Nos adentramos en el cementerio y empezamos a leer lápidas, esperando encontrar la mía. No sabía exactamente qué había sucedido después del incendio. Ni siquiera sabía si la familia Crowell me había despedido con un funeral o simplemente me habían dejado a mi suerte.

Caleb y yo nos separamos. Él se dirigió a la parte sur del cementerio,

mientras que yo fui al norte. Esperaba que pudiéramos resolver el gran misterio. Avancé y avancé, leyendo cada tumba que encontraba. Mis nervios aumentaban cada vez más. Ignoraba si el hecho de que mi tumba estuviera o no allí sería una buena o mala señal. Había dos opciones: o estaba viva, o a los Crowell no les había importado y no se habían molestado en darme sepultura.

¿Serían capaces?

Quién sabe, tal vez lo merecía. No había sido la persona que ellos habían esperado. Había sido la persona que Rosie había manipulado a su antojo.

Pasé por otra tumba pero no sirvió de nada. Me quedé mirando la placa, donde me reflejaba. Vi mi rostro pálido y mi cabello rubio y brillante. La camisa rosa que me había puesto me hacía parecer más blanca, casi transparente. Mis ojos estaban secos, tuve que parpadear varias veces para que no me ardieran. Tal vez era mi imaginación, pero me veía más delgada. Los pómulos se marcaban más que antes. Tenía los dedos más largos y más delgados.

Era como otra persona.

No me reconocía en absoluto. Dudaba que el reflejo en la placa fuera yo. Apreté los ojos y negué con la cabeza, apartándome de ese lugar para continuar con la búsqueda. Entonces, unas flores púrpuras llamaron mi atención. Estaban a tan solo cinco tumbas de distancia.

Caminé hacia allí y las miré con mucha atención. Eran seis flores que comenzaban a volverse amarillas y feas. Cubrían la placa de la tumba, así que las aparté y empecé a leer el nombre de la persona que se encontraba bajo tierra.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

Era mi tumba. Mi nombre estaba escrito con mayúsculas y letra cursiva. No había nada más, ni siquiera mi fecha de nacimiento ni la fecha de la muerte. Corrí para contárselo a Caleb.

Me moví por el camposanto a tal velocidad que ni siquiera sabía por dónde iba, aunque eso no importaba tanto, porque mi cuerpo atravesaba todo lo que se cruzaba en mi camino. Mis dedos sudaban, al igual que mi frente, pero yo seguía congelada.

Corrí y corrí con desesperación hasta que mi cuerpo atravesó algo cálido. Intenté detenerme y me quedé a tres metros de distancia de la persona que

había atravesado. Esa persona iba acompañada de nada más y nada menos que Alex Crowell.

Me sentí desfallecer.

—¿Hannah? —pregunté, mirándolos con terror.

Ellos ni siquiera se habían percatado de que yo estaba ahí, ni mucho menos de que los había atravesado. Hannah llevaba flores púrpura en las manos, y eran idénticas a las de mi tumba.

Me acerqué a ellos, parpadeando para asegurarme de que mis ojos habían visto a mi media hermana y a mi primo. Parecía que todo era un sueño.

—Por favor, Alex —dijo Hannah, dándome la espalda y siguiendo su camino hasta mi tumba.

¡Caleb tenía que hablar con ellos! Sí, eso era, por eso estábamos aquí. Tenía que decirles que yo estaba aquí, que podía verlos y escucharlos, que aún seguía en ese mundo, conectada con Caleb, que tenían que ayudarme a saber qué me había sucedido.

Era la única solución.

Volví a buscar a Caleb antes de que fuera demasiado tarde. Corrí a toda velocidad y lo vi leyendo algunas placas.

—¡Caleb! —grité con euforia, y él me miró enseguida.

—¿La has encontrado?

Tardé unos segundos en llegar a su lado, agitada por la carrera. Caleb me sostuvo por los brazos para que recuperara el aliento. No podía hablar, sentía que mis cuerdas vocales ya no existían.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar cuando no respondí de inmediato.

—Son Hannah y Alex. —Mi respiración se entrecortaba y apenas se me entendía. Estaba muy nerviosa y me tambaleaba, pero Caleb me sujetaba—. Están aquí.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué debemos hacer, Anna? —preguntó, decidido a hacer lo que yo le dijera.

—Tienes que decirles... —Vacilé—... Tienes que contarles que estoy aquí.

Él negó de inmediato.

—No puedo hacer eso, ¡alterarías muchas cosas, Anna!

—¿Alterar? —pregunté.

—¿No has pensado que si se lo cuentas a ellos, puedes desaparecer? —
Noté que la voz de Caleb se había vuelto más ronca, parecía molesto y preocupado. Quise retroceder, pero algo en mí me gritaba que eso era lo correcto. Hannah había ayudado a Alex, tal vez podría ayudarme a mí también. Yo era su media hermana, no me lo reprocharía, lo sabía muy bien, y esta vez Alex estaría de nuestro lado. Tenía que hacer lo posible para que Caleb accediera.

—¡Hannah y Alex son de confianza! —grité, exasperada.

Si Caleb no se apresuraba, ellos se marcharían y no habría otra oportunidad como esta. Pero él no parecía querer cooperar.

—No, Anna. No lo has entendido. El mundo donde estás atrapada, o lo que sea, tiene sus reglas. Un humano que no sea tu conexión no puede saber que estás viva. ¿No lo has pensado? ¡Te estás arriesgando demasiado!

—Es que...

Me detuve y pensé.

De pronto, recordé las palabras de Aaron. Era demasiado extraño que yo tuviera dos conexiones y que yo fuera la conexión de un fantasma. Si él me buscaba por algo, era por esa razón, porque las leyes se estaban rompiendo conmigo, y si rompía una más, todo se acabaría. No sabría lo que pasaría después. Romper otra regla podría acabar conmigo, y esta vez para siempre. Ahora no solo me estaría buscando ese grupo, sino que serían muchos más fantasmas.

—Podrían ser los que me pueden ayudar...

Negó con la cabeza.

—Lo siento, Anna. En eso no colaboraré. No quiero involucrarme más de lo debido. Esto es demasiado misterioso y desconocido para mí, tanto que me da miedo aventurarme más. De verdad, lo siento mucho. No puedo ayudarte.

Sonaba decidido. Asentí, comprendiendo las palabras de Caleb y Aaron. Todavía no podía arriesgarme de esa forma, así que tuve que resignarme y aceptar lo que Caleb decía.

—Al menos, vayamos a escuchar lo que dicen. Tienen que mencionar algo que nos pueda llevar a la verdad. A mi regreso.

—Tendrás que ir tú sola, Anna.

—Caleb...

—De verdad, lo siento mucho —se disculpó, ocultando el rostro. Sus ojos miraban el suelo, como si fuera más interesante que yo—. Me gustaría ayudarte, y lo sabes, Anna. Pero esto es demasiado.

—Bien —respondí y me di la vuelta para regresar con Hannah y Alex.

En cuanto me di la vuelta, eché a correr, atravesé las tumbas y todo lo que se interponía en mi camino. El estómago me ardía, estaba un poco molesta con Caleb, pero entendía el punto al que quería llegar. Él había arriesgado mucho por mí y yo no había hecho nada por él, ni por sus padres.

Vi a Hannah a lo lejos. Se inclinaba sobre la tumba; su cabello negro y largo seguía lacio y brillante. Alex, por su parte, lo llevaba rizado y despeinado, como de costumbre. Nunca había visto a Alex vestido de negro, y su piel parecía más blanca de lo habitual. Las telas negras hacían relucir su cabello y sus ojos color café. Hannah todavía llevaba las flores en las manos y Alex estaba recogiendo las viejas para sustituirlas por las nuevas que acababan de comprar. Hannah limpió la placa y después colocó las flores. Esta vez, mi nombre quedó a la vista.

Todo era muy extraño. Ellos no podían verme ni sentirme. Yo, al contrario, los sentía en cada latido de mi corazón. Estaba tremendamente feliz de verlos. Eran mi familia, de una forma u otra. De pronto, me sentí nostálgica. Tenía ganas de llorar y, aunque no hacía frío, me abracé a mí misma, frotando mis brazos con mis manos heladas para darme calor. En mi mente aparecieron varios recuerdos de mi infancia; en uno de ellos yo jugaba con Alex y le robaba sus caramelos, pero él no decía nada, aunque en cierta manera le molestaba. Siempre fue amable y generoso. Después, todo cambió, me volví fría y vengativa. Odiaba a Alex por haberme robado a Rosie. Sentía un profundo resentimiento hacia él y todas las personas que intentaban ganarse su cariño. Y, ahora, ambos estaban allí, recordándome después de todo el daño causado.

Había que ser muy fuerte para perdonar algo tan grave.

Yo no lo era, porque no podía perdonar a Rosie. Sabía que ella había hecho las cosas mal, pero en el fondo sentía un extraño agradecimiento hacia ella, como si le debiera algo. Como si hubiera hecho algo bueno por mí y yo aún no se lo hubiera pagado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Alex a Hannah cuando ella se tocó la frente y cerró los ojos.

De inmediato, Alex la sostuvo de los brazos para que no se cayera. Se había movido rápido; en cuanto vio que Hannah iba perdiendo fuerza, la sostuvo antes de que fuera demasiado tarde. Pero no había sucedido nada. Hannah no iba a desmayarse. Solo había dado unos pasos atrás y se había frotado los ojos, cansada.

—Sí... —respondió, volviendo a abrir los ojos—. Solo me he mareado. Deben de ser las emociones. He estado pensando mucho estos días. Pero estoy bien. Me tomaré una aspirina, por si acaso. Además, hoy no he desayunado.

—Dijiste lo mismo la semana pasada. Sé que algo no anda bien. No deberías dejar de comer, mírate: estás amarilla. Esto no está nada bien.

—Alex...

—¿Otra vez con esos pensamientos?

Hannah bajó la mirada, avergonzada. Alex negó, molesto porque la respuesta era positiva, pero Hannah no tenía el valor para decírselo.

—Tal vez... —Levantó la vista y miró a Alex—. Tal vez ella...

—Hannah... —le advirtió Alex, que todavía la sostenía.

Se estaban mirando fijamente y, aunque Hannah tenía los ojos cristalinos, Alex la miraba intensamente, tratando de intuir qué pasaba por su cabeza. Pero por su tono de voz, sabía que Alex ya había adivinado los pensamientos de Hannah.

Hannah se soltó de él con delicadeza. Alex no protestó y la dejó ir sin decir nada. Me dieron la espalda, así que caminé y me puse delante para poder ver las expresiones de sus rostros. Ambos estaban preocupados y tensos.

¿Qué pasaba?

—Tienes que creerme, Alex —dijo Hannah, finalmente.

Alex dio un paso atrás, incrédulo.

—Seguro que te has confundido —respondió él con voz seca, porque tenía un nudo en la garganta que no podía tragar.

—Ha sido ella, lo sé —aseguró, cruzándose de brazos.

Mi piel se erizó.

—Hannah...

—La he visto, Alex. —La voz fue más dura esta vez. Había hablado entre dientes, como si le molestara repetir lo mismo una y otra vez. Estaba irritada, la conocía bien. Solo se mostraba así con su madre y con Alex—. Por eso quería que viniéramos aquí. Sé que nadie más podría escucharnos. Sé que algo anda mal. Tengo el presentimiento de que algo muy grave puede pasar, y no quiero perderte... no quiero perderte de nuevo. No quiero, Alex.

—No me perderás. Te prometo que haré lo imposible por encontrarla, si es que sigue por aquí.

Mis ojos se abrieron. ¿Quién seguía por aquí? ¿De qué estaban hablando? Me tensé todavía más y me concentré en sus expresiones, porque tal vez podrían decirme algo que sus palabras no hacían. ¿Qué sabían? No entendía nada.

—No quería que Anna se marchara, Alex. Todavía le quedaba mucho tiempo.

—Lo sé.

—Era mi media hermana. Es injusto que le esté llorando a una tumba vacía porque no quedó nada. No se lo merecía...

Hannah se sentó junto a la tumba y jugó con las flores, moviéndolas un poco para distraerse. Los ojos de Alex la miraban con ternura.

—Ni siquiera sé cuál es su fecha de nacimiento, ¿puedes creerlo? —se reprochó.

Entonces me di cuenta de que el tiempo seguía corriendo. Aunque tratara de averiguar qué había pasado conmigo y dónde estaba mi cuerpo, los recuerdos desaparecían. Yo, al igual que Hannah, había olvidado mi fecha de cumpleaños.

Mis recuerdos se estaban deteriorando.

Y eso era una mala señal.

El tiempo se acababa.

Capítulo trece

Regresé a duras penas a la casa donde Marissa y Aaron me habían dado cobijo. Era una casa demasiado grande y abandonada, nada en comparación con la casa de Caleb. Tenía el jardín descuidado, las plantas estaban secas y amarillas, casi como la paja. La puerta principal, flanqueada por altas columnas de ladrillos oscuros y dos bloques gruesos de cemento, estaba destruida. Aunque la puerta estaba abierta, ningún humano se atrevería a entrar. No obstante, había ciertas piezas que se mantenían perfectamente limpias y cuidadas. En cuanto crucé la puerta mugrienta, que antes había sido de madera brillante, el olor a naranjas me invadió.

Todavía no me había aventurado a visitar la casa, solo sabía dónde estaba el salón al que me habían llevado cuando me trajeron aquí, que parecía un calabozo, y la habitación de Aaron y de Marissa, que no tenían mucho que admirar. Ni siquiera las vistas. Todo era demasiado oscuro y lúgubre.

Bajando por las escaleras que daban al sótano y caminé hasta el salón. Mientras cruzaba la entrada de la casa, vi que solo había dos mesas grandes y unos cuantos cuadros colgando de las paredes. No mostraban nada especial, probablemente eran de los antiguos dueños de la casa. Me dieron escalofríos mientras caminaba, pero seguí adelante, pensando que nada era más terrorífico que yo, un fantasma. Por un momento, sonreí al pensar que era gracioso temerle a algo que yo era, y que conocía desde pequeña.

Sin embargo, seguía sintiendo un soplido en la nuca. Como si alguien me estuviera siguiendo. No me atreví a detenerme y a girarme, me limité a seguir caminando con la vista al frente hasta mi destino.

Bajé las escaleras de dos en dos, y el pánico aumentó.

Tal vez estaba siendo demasiado exagerada, pero tenía la sensación de que alguien me seguía. ¿Era posible? Me exasperaba la idea de no encontrar a alguien que pudiera ayudarme, que me dijera qué era ese sitio y por qué lo habían adornado de esta manera.

Cuando pisé el suelo del calabozo, que realmente era el sótano, me sentí tranquila. Respiré con normalidad y traté de hacer desaparecer el sudor que me cubría el cuerpo. La luz de las velas iluminaba mejor el salón que las escaleras. Las escaleras eran una tortura.

Atravesé otra puerta, ya que las habitaciones de Marissa y Aaron estaban allí abajo, y las demás probablemente estaban arriba. No lo sabía con certeza. Pero en cualquier caso, nadie las necesitaba. No era como si un fantasma tuviera el tiempo suficiente para sentarse y escuchar música mientras veía pasar el tiempo para olvidar su misión.

En cuanto estuve a punto de entrar al salón, quise darme la vuelta y sufrir la terrible tortura de saber que alguien me seguía o me observaba. Prefería eso a quedarme allí, con una pésima compañía.

No lo dudé, me di la vuelta, frustrada y de mal humor. El miedo que me había acompañado al entrar en la casa se había disipado como el humo que había en el salón, gracias al incienso.

—Espera —dijo una voz detrás de mí. Luego, el sillón crujió. Aaron se estaba levantando para venir hacia mí—. Marissa quiere presentarte a alguien.

Resoplé y me di la vuelta.

—Que lo haga cuando no estés tú.

Mi respuesta lo dejó atónito, pero después sonrió con malicia.

—¿Tú sabes quién soy?

—La verdad es que me importa un comino —respondí.

—Pues no debería.

—¿Por qué?

—No me limito con nada ni con nadie, Anna. Y menos con una niñata que nació en una cuna de oro como tú. Si crees que tienes a Marissa protegiéndote y tratando de darte un mejor lugar que el mío, estás equivocada.

—No necesito que nadie me proteja.

—Hoy has estado con ese chico otra vez. ¿De verdad crees que lo hará mejor que nosotros?

Tragué saliva.

—Claro que sí. Es humano —contesté—. Y es bastante racional.

Él negó.

—Qué equivocada estás. Tienes un concepto bastante bueno de los humanos, cuando sabes que no funciona así. La maldad puede estar en alguien dulce y tierno, en algo que parece que nunca va a hacerte daño. Víctimas. —Soltó una carcajada fingida—. Algo así como tú.

—Si vas a empezar a insultarme, mejor me voy.

Me di la vuelta y reanudé mi camino, pero en cuanto di el quinto paso, Aaron me detuvo, sosteniéndome con fuerza del brazo derecho. Sus uñas se clavaban en mi piel. Me dio un tirón para darme la vuelta y quedar frente a él.

A tan solo unos centímetros de distancia, sus ojos eran fuego. Nunca lo había visto tan enfadado, parecía fuera de sí.

—No puedes hacerme daño —dije, segura de mis palabras.

Probablemente Aaron había sido uno de esos fantasmas que me habían atormentado cuando empecé a descubrir este mundo. No recordaba haber visto su rostro, pero por lo que sus ojos expresaban, sabía que era uno de aquellos fantasmas a quienes les gustaba torturar y susurrar a los humanos que podían ver fantasmas. Así que había llegado el momento de hacerle frente a ese miedo que durante tantos años me había perseguido. Aclaré mi voz y me armé de valor para hablar con determinación y potencia. Quería dejarle bien claro que yo no lo temía. Levanté la barbilla y lo reté con la mirada. Sus ojos estaban fijos en los míos, pero eso no me detuvo.

—Porque da la casualidad, por si no te has dado cuenta, de que somos lo mismo. No puedes hacerme daño. Ni tú ni nadie.

—Yo que tú no lo volvería a decir. —Sus dedos se aferraron más a mi brazo, pero no le di tregua. En cambio, opuse más resistencia y lo miré sin pestañear. Él tampoco parpadeó.

—Admítelo, no puedes hacerme daño. Por más que lo intentes, no puedes.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando un terrible dolor me debilitó. Algo se me había metido dentro y me había apretado el corazón con ambas manos para dejarme sin respiración. Me quedé sin aliento. Me llevé las manos al pecho y apreté con fuerza, como si eso fuera suficiente para detener el dolor, pero, por el contrario, solo lo empeoró. Sentí más presión.

Aaron me soltó y ni siquiera tuve tiempo de mirarlo. Grité, pero fui incapaz de reconocerlo en ese momento. Me incliné para dejarme caer en el suelo. El dolor se iba extendiendo por mi estómago y mis brazos. Sentía una gran presión por todo mi cuerpo. No podía hablar ni pedirle que se detuviera. Mi mente se estaba poniendo en blanco. El sillón tapizado donde me había tumbado la última vez se estaba multiplicando. Aaron, que estaba frente a mí, tenía seis piernas que se movían de arriba abajo. Lo único que vi tres segundos después fueron sus zapatos negros.

Recé para que se detuviera. El pecho me dolía una barbaridad y sentía que el cuerpo me ardía. ¿Estaba en el incendio de nuevo?

—No luches contra las olas del mar cuando te están arrastrando. No podrás enfrentarte a una fuerza más grande que tú y tu voluntad. —Escuché la voz ronca de Aaron a lo lejos—. Deja que las olas te lleven hasta donde quieran, y ellas mismas te devolverán a la orilla del mar.

Traté de luchar contra el dolor, pero solo se intensificó.

—Cuanto más luches, más débil te sentirás. Escúchame, Anna. Deja que el dolor te lleve, y, cuando estés lista, levántate.

Suspiré e intenté relajarme.

—Respira. Mantén el control de tus emociones —dijo.

Respiré y traté de hacer lo que me decía. Me relajé e intenté pensar en otra cosa que no fuera el dolor. Dejé de luchar, pensé en el vestido púrpura que Hannah y yo habíamos comprado en el centro comercial y sonreí en mi interior. Era un buen recuerdo. Tenía que funcionar. Mi cuerpo iba ganando fuerza, el dolor desaparecía poco a poco.

—Ya lo tienes.

Cerré los ojos y dejé que el poco dolor que había en mi cuerpo me llevara. Mi cabeza cayó sobre el suelo del sótano y suspiré. Sentí los brazos liberados y dejé de notar en las piernas esa descarga eléctrica que me había causado una terrible presión. Poco a poco sentí que volvía a la realidad.

Mi pecho subió y volvió a bajar. Exhalé el aire que se había quedado

atrapado en mi organismo y tosí inesperadamente para después volver a inhalar el oxígeno que había perdido.

—¿Cómo estás? —me preguntó Aaron, que se puso de rodillas para quedar casi a mi altura. Su voz era dulce y empática.

Quise darle una fuerte bofetada.

—¿Qué me has hecho? —susurré, todavía en el suelo.

—He usado tu fuerza contra ti —respondió.

—¿Cómo has podido?

Me pesaban los hombros. No podía levantarme del suelo.

—Ha sido algo que nadie puede explicarse.

—Aléjate de mí —le reproché.

Él se rio.

—Bienvenida a tu primer entrenamiento, Anna.

Al cabo de unos minutos, me ayudó a levantarme. Me sacudí la ropa y negué, todavía sin poder creer lo que Aaron me había hecho.

—¿Tanto me odias? —le dije cuando recuperé la voz y el aliento.

De nuevo, sentía que tenía bastante fuerza para detener a un tren que se aproximaba a gran velocidad. Aunque, ciertamente, lo único que podría hacer era atravesarlo.

—No te odio —respondió.

Se había vuelto a sentar en el sillón tapizado de color rojo. No había dudado en ponerse cómodo, sin importarle en absoluto mi presencia. Se había llevado las manos a la nuca. Mi camiseta era el único color brillante en el salón oscuro. Yo era como una mancha amarilla reluciente que resaltaba por encima de los negros y los rojos.

—Pues parece que sí.

Mi ceja se levantó involuntariamente.

—Vuelves a estar equivocada. No te odio —repitió.

Me senté en el otro sillón, me peiné el cabello y traté de mantenerme lo más lejos posible de Aaron, que, para entonces, ya sabía que ejercía un poder sobre mí. Y eso parecía gustarle y divertirlo. Sus ojos llenos de fuego se habían esfumado y ahora me observaba con sus ojos negros y brillantes como las aceitunas, siguiendo cada movimiento que hacía.

—¿Eso es lo que Marissa quiere que aprenda?

—Sí.

Suspiré.

—Vaya. —Una idea loca me vino a la mente y no dudé en hacérsela saber—. ¿También se puede hacer con los humanos?

—No.

—¿Por qué estás con Marissa, si tienes este don? Podrías apañártelas tú solo.

Él negó.

—Marissa tiene otro don más grande que el mío. —Sus palabras salían con lentitud, como si las analizara una por una antes de soltarlas—. Tal vez quiera enseñártelo también. Pero eso lo decidirá ella. Por eso es la líder. Y a Marissa se le da mejor que a mí, porque como has visto no se me da muy bien relacionarme con las personas, ni con los fantasmas. La verdad es que nunca se me ha dado bien.

—¿Por qué?

—Creí que no estabas interesada en mí, ni en lo que soy

—se burló.

—¡Ah! Contigo no se puede.

—Tal vez deberías irte preparando para tus entrenamientos. Marissa querrá que los empieces lo antes posible, y eso significa mañana mismo.

—Bueno.

Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos tenía nada más que decir. Así que Aaron suspiró, dobló el torso y buscó algo que estaba debajo del sillón. Sus manos se movieron con agilidad, hasta que por fin sacó un periódico arrugado y lleno de polvo y comenzó a leer despreocupadamente mientras yo me quedaba sentada en el otro extremo del salón, observando las paredes sin mucho interés.

Crucé las piernas y me quedé quieta.

Aaron no estaba interesado en mantener una conversación conmigo, así que no iba a hablar con él si no lo deseaba. No me gustaba importunar. Y mucho menos interrumpir su lectura, que parecía demasiado interesante.

Me levanté al cabo de unos minutos, aburrida porque no había nada que hacer. Pasé los dedos por varios muebles que había en los extremos, pero cuando me di cuenta de que estaban llenos de polvo, me alejé. No me

gustaba la sensación de la tierra en las puntas de los dedos, así que me los limpié en la ropa y continué caminando por el salón mientras esperaba a que llegara Marissa.

Pensé en Caleb y en lo que estaría haciendo ahora mismo. Seguro que estaba en su casa, realizando alguna tarea. Después de lo del cementerio, habíamos regresado a su casa. Me había preguntado cosas sin importancia, y, para mi desgracia, me había invitado a comer. No se había dado cuenta. Me reí de la cara que puso al caer en la cuenta de que ya no era humana. Se había puesto colorado, rojo como un tomate.

Creo que nunca le había preguntado si tenía novia, aunque lo más seguro era que no. Porque, a veces, me miraba de forma diferente. Sus ojos brillaban y, cuando me tocaba, algo en mí vibraba. La piel me quemaba y sabía que él sentía lo mismo. No era simplemente por la conexión. Había algo más. Él era demasiado amable conmigo, pero eso no podía significar nada. No quería confundir las cosas, y mucho menos en la situación en la que me encontraba, pero había algo en Caleb que llamaba mucho mi atención y sabía que algo podía suceder. Era como el tipo de chico que yo quería para mí. Me preguntaba cómo Alex habría conquistado a Hannah. Tal vez siendo él mismo. Esa era la forma en la que una persona se enamoraba, cuando veía el interior de la otra y conocía sus temores más grandes, pero para mí esa posibilidad se veía demasiado reducida, porque yo no tenía una personalidad definida, ni siquiera un carácter. Siempre había estado sometida a Rosie y Rebecca.

Ser yo misma era demasiado complicado.

Si hubiera tenido una vida diferente y lejos de los Crowell, me pregunté si habría sido una chica sin problemas, ¿tal vez estaría en una banda de *rock*, formada con amigos y amigas? ¿Iría al cine con ellos y con un posible pretendiente cuando se estrenara alguna película?

Sonaba muy divertido.

Tal vez sería una chica aventurera. En los libros siempre me había quedado algo claro: nada de lo que sucedía allí se volvía realidad. Todo era un invento. En esta vida no había finales felices, y, por poner un ejemplo, mi vida era prueba de ello. Aunque si hubiera sido diferente y nacido en otra familia, ¿habría estado en fiestas nocturnas, corriendo por los callejones para escapar de la policía? ¿Habría mentido a mis padres diciéndoles que salía

con una amiga para escaparme con el chico que me gustaba? ¿Qué música sería mi favorita? Tal vez hasta podría ser cantante. Mi voz no era tan mala. Así que, ¿quién sabe?

Otra de las preguntas que siempre me habían perseguido era si tendría el don de ver fantasmas en el caso de ser hija de otra mujer que no fuera Rosie. Probablemente no. Creo que, aparte de todo eso, mi sueño más grande era enamorarme. Encontrar a alguien que pudiera entenderme y que me llevara lejos de todo ese infierno.

Suspiré y escuché el crujido del periódico.

Aaron seguía leyendo, aunque parecía desconcentrado, como si algo le molestara. Empezó a golpear el suelo con el pie, aunque no se daba cuenta del repiqueteo.

Le explicaría a Caleb todo eso. Tal vez él podría ayudarme. Sonreí por dentro.

—¿Quieres sentarte de una vez? —dijo molesto.

Se escucharon unos pasos. Alguien venía corriendo. La respiración agitada se escuchaba desde allí. Aaron se levantó de inmediato, como si supiera lo que sucedía. Los zapatos de aquel fantasma bajaron las escaleras, se percibía claramente cómo pisaba cada escalón con fuerza.

—Ha pasado algo —dijo y dejó el periódico sobre el sillón. Sus músculos se tensaron, vi que aguantaba la respiración y se preparaba para recibir al que venía a dar la noticia. Un chico alto, de unos veinte años, se detuvo junto en el umbral de la puerta del salón y miró a Aaron con suma preocupación y terror. No podía siquiera hablar; quién sabe cuánto había corrido para llegar hasta allí.

—¿Qué? —preguntó al chico de cabello rizado. Los ojos azules del joven me miraron, pero enseguida se apartaron de mí, como si yo fuera una intrusa. Volvieron a Aaron, que esperaba con impaciencia.

—¿Paul?

De pronto, una chica delgada con los labios gruesos y rojos se detuvo detrás de él. Lo auxilió para que recuperara el aliento. Había aparecido de la nada; seguramente se había dado cuenta del alboroto. Se notaba que eran fantasmas novatos que acababan de llegar a este mundo. Parecía que ambos tenían un lazo de conexión muy fuerte. La joven de ojos color esmeralda lo miraba con preocupación.

—Habla —ordenó Aaron sin decir nada más. Estaba frente a él, rígido.

—La han devuelto. Está aquí de nuevo —dijo.

—¿Dónde?

Aaron se limitaba a preguntar. De pronto, a mi alrededor, aparecieron decenas de fantasmas. Cada uno era diferente: algunos altos, otros bajos, con cabello rizado o lacio... Procedían de distintos países, eso se notaba a leguas, y aunque seguramente algunos no entendían el idioma, podían adivinar de lo que se trataba por las expresiones de angustia de los demás.

Los observé dar vueltas, y aunque nadie me miraba a mí, sabía que yo era el centro de atención. Estaba sorprendida por la cantidad de fantasmas que había en el salón. Podía jurar que había cerca de cincuenta. Estaban a nuestro alrededor, esperando escuchar al joven que, aparentemente, se llamaba Paul.

—Ha venido hasta aquí. Tenía algo extraño en los ojos, pero en cuanto la he visto, los ha cerrado de nuevo. No quiere decir qué ha sucedido ni qué le han hecho hasta que un líder vaya a hablar con ella.

Yo no sabía qué pasaba.

—¿De qué color los has visto?

Paul tragó saliva.

—Ya no tienen color.

Hubo exclamaciones de sorpresa mezcladas con gritos de miedo.

—Marissa no está. Iremos Anna y yo.

Me agarró del brazo y me dio un tirón para alejarme de la multitud. Al ver los rostros de miedo de los fantasmas, retrocedí, llena de pánico.

—No. No pienso ir a ningún sitio.

Me solté de su agarre, temerosa por lo que acababa de escuchar. Mi voz había sido demasiado fuerte y, ahora, los ojos de todos los fantasmas estaban sobre mí.

Aaron se me acercó con lentitud y prudencia para que nadie pudiera escuchar lo que me decía. Su boca estaba a escasos centímetros de mi oreja, y su cabello negro que olía a jabón rozaba el mío.

—Ahora eres una líder. No querrás quedar mal en tu presentación —dijo en un susurro, con los dientes apretados para que solo yo pudiera escucharlo. Ni siquiera Paul ni la joven habían oído lo que Aaron me había dicho.

No tuve más remedio que acceder y seguirlo para salir lo antes posible de

aquel lugar, plagado de fantasmas con los ojos puestos en mí.

—Aaron, tienes que saber que Lilith acaba de llegar. Tienes que ser cuidadoso con ella, puede que tenga un trauma, o algo peor. Por favor, te pido que seas cauteloso. No sabemos lo que le ha hecho.

La chica que había auxiliado a Paul estaba a mi lado, hablando detrás del chico. Ella me miró y me ofreció una cálida sonrisa cuando Aaron no respondió. Le devolví la sonrisa, aunque más bien había sido una especie de mueca.

—¿Me has oído? Sé prudente, Aaron.

Aaron se marchó decidido y con la mandíbula apretada. Yo intentaba seguirle el paso, pero tanto la joven como yo íbamos corriendo. Aaron daba un paso y nosotras teníamos que dar dos. Le brindé una mirada de disculpas a la joven por el comportamiento de Aaron.

Subimos las escaleras para ir a la segunda planta, donde seguramente habían resguardado a lo que sea que acababa de llegar. Tuve que subir los peldaños de dos en dos para alcanzar a Aaron. Afortunadamente, las escaleras de la mansión de los Crowell me habían entrenado bastante, pero la joven de cabello castaño se había quedado atrás. Sin embargo, no se había dado por vencida y seguía tratando de alcanzarnos.

Avanzamos por un pasillo largo cuando terminamos de subir las escaleras. A cada lado había tres puertas. Supuse que habían sido las habitaciones de las personas que vivían allí. Era una casa grande y espaciosa. Supe de inmediato a qué habitación nos dirigíamos cuando vi a dos fantasmas apostados en una puerta oxidada y mugrienta. En cuanto vieron a Aaron, se apartaron.

—No hemos entrado. Solo Paul ha hablado con ella —dijo uno de los fantasmas. Eran fuertes y altos. Al igual que Aaron, iban vestidos de negro, y las camisas se ajustaban a sus brazos y a su torso dejando ver la tensión de los músculos.

Los dos eran muy guapos. Tenían el cabello lacio y bien peinado, y unos ojos azules que brillaban con intensidad.

—Bien. —Se giró—. Vamos, Anna.

Aaron tomó aire disimuladamente y abrió la puerta. Avancé vacilando para entrar a aquella habitación. Las piernas me temblaban.

De pronto, algo me sostuvo del brazo. Me giré con una mueca de dolor y

vi a la chica joven, mirándome como si yo fuera su única esperanza.

—Mi nombre es Johanna. Soy la hermana de Paul. —Se presentó y me soltó el brazo cuando le presté atención—. Ambos encontramos a Lilith. Estaba caminando cerca de la casa. Llegó hace dos meses. Marissa la buscó y la invitó a nuestro grupo y ella aceptó. Lilith no sabe qué le sucedió, y al parecer nadie lo sabe. Es decir, no sabe cuál es su misión. Un mes después, hizo algo que solamente los líderes saben lo que es, pero no han querido decírnoslo por nuestro bien.

—Anna —me llamó Aaron.

—Entonces, la capturaron —dijo con rapidez.

—¿Quién? —pregunté, aunque ya imaginaba cuál era la respuesta.

—¿Quién va a ser? Los Eternos. Han sido ellos.

Asentí. Johanna sonaba segura.

—Anna, vamos.

—Confiamos en ti, Anna —me dijo la joven. Y, después, desapareció. Me di la vuelta para seguir a Aaron. Tragué saliva y los dos chicos se apartaron para dejarme entrar.

Di un paso y luego otro, vacilando. Cuando estuve dentro, la puerta se cerró detrás de mí. La piel se me puso de gallina, pero me mantuve con la barbilla en alto.

—Prepárate, Anna.

La voz de Aaron fue lo único que escuché después de que todo se volviera oscuro y silencioso. Con la respiración agitada, asentí. Los dedos de mis manos se habían cerrado en un puño. No sabía exactamente de qué debía defenderme, pero estar preparada, aunque fuera solo con los puños, ya era una ventaja.

Entonces, escuché un clic.

Me quedé quieta, esperando lo peor.

La habitación se iluminó.

—Estamos aquí, Lilith —dijo Aaron con dureza.

Capítulo catorce

No sabía qué sentir cuando la habitación se iluminó. En medio de las cuatro paredes, justo en el centro, había una silla de madera maciza. Sentada y sin hacer ningún movimiento, ahí se encontraba una joven de cabellos alborotados de color naranja. No tenía el pelo rojos como Marissa, sino naranja, casi como el amanecer, y entre los mechones había hojas secas de los árboles y unas cuantas pelusas, que supuse que se le habían acumulado durante su encierro. Llevaba un cárdigan de algodón naranja, con los botones mal abrochados, lo que le daba un aspecto pequeño y desaliñado. No había nada más en la habitación. Solo las paredes tapizadas de un color verde opaco que se estaba deteriorando por el polvo. El suelo de madera crujía cada vez que él avanzaba. Aaron había encendido unas velas que se encontraban cerca, lo que añadía más tensión al ambiente.

Un aroma a malvaviscos llegó hasta mi nariz. Era un olor dulce y delicioso.

Lilith se mantenía inmóvil, esperando unas palabras de Aaron. No sabía si iba a atacarnos o ni siquiera tenía fuerza para hacerlo, pero de todas formas intenté no acercarme demasiado y me mantuve junto a la puerta por si tenía que huir rápido. Sin embargo, Aaron no vaciló y avanzó hasta la joven.

Disimulé y di tan solo un paso para quedarme detrás de su espalda grande y musculosa.

Lo que más llamaba mi atención era que Lilith, en su rostro, llevaba una venda de color crema que le cubría los ojos. No dudé en pensar que le había

pasado algo grave. La venda estaba atada con mucha fuerza. Tenía más de tres nudos y detrás de su mata de cabello, había un gran bulto vendado.

Aaron se acercó a la joven, que se mantenía quieta, decidido en cada paso que daba. Cuando estuvo a unos centímetros de ella, se detuvo. Parecía frustrado y dolido por su situación. Luego dio otro paso más y se inclinó, apoyando todo su peso en las puntas de los pies. La joven no se movió. Tenía los labios secos y morados; la piel, blanca y sucia, era casi transparente. Aaron deslizó las manos por los brazos de ella y después le sujetó las manos. La chica dio un salto de la sorpresa cuando él enredó sus dedos con los suyos.

Ninguno de los dos se separó, a pesar de que ella sabía que estábamos ahí. Lilith, por el momento, no suponía ningún peligro para nosotros.

Mis nervios iban en aumento.

Sentía sudor frío en mi espalda.

—¿Lilith? —Aaron pronunció su nombre en un susurro. Alejó una de sus manos, que seguían sosteniendo las de Lilith, y la llevó hasta el rostro de la chica para tocarle la venda y parte de su piel—. ¿Qué te han hecho?

—Ellos... lo saben todo.

Aaron se tensó. Apartó sus manos de la joven y se dirigió a su espalda. Quedó detrás de ella y me miró con seriedad. Después tocó el bulto cubierto de vendas. Al instante, Lilith levantó los brazos y lo detuvo.

—No —dijo en un murmullo—. No lo hagas. No sabes cómo me han dejado.

—Paul nos lo ha dicho a todos.

Ella suspiró, tratando de controlarse.

—No lo hagas. —Sonaba resignada—. Será mejor que me acostumbre a estar así.

—Lilith... —dijo él.

—No insistas, Aaron. Por favor.

—Ya veo. No quieres que lo haga yo. —Apartó las manos y levantó la vista. Me buscó con la mirada—. Entonces, deja que lo haga Anna.

Yo negué de inmediato y di un paso atrás.

—¿Anna? —dijo ella con sorpresa. Aunque había cierta emoción en su voz, trató de contenerse. Sin embargo, yo, que la tenía de frente, la vi

esbozar una débil sonrisa—. ¿Está aquí?

—Ha estado aquí desde que hemos entrado —respondió él.

—Creí que era Marissa.

—No. —Los ojos de Aaron estaban fijos en mí—. Por fin tenemos a la grandísima y esperada Anna. Y está con nosotros, Lilith. Te ayudará. Solo deja que te quite esa venda.

—Todos me temerán.

—Deja que lo decidan ellos.

Aaron me hizo una señal para que me acercara. Negué, pero él estaba decidido a no dejarme marchar. Así que tuve que dar un paso para acercarme. ¿Y si era una trampa? Tampoco es que confiara mucho en Aaron. Apenas lo conocía y, honestamente, era demasiado desagradable.

La madera crujió debajo de mis pies. Llegar hasta la joven se me hizo eterno. Las velas formaban una luz diferente. Para intentar distraerme, busqué algo en lo que pudiera concentrarme y apartar mis nervios y el pánico.

—Hola, Lilith —dije, cuando estuve cerca de ella.

Mi voz pareció algo mágico para la joven de cabello naranja. Sonrió inmediatamente.

—Anna.

—Te quitaré la venda, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Está bien.

Aaron se apartó y miró cómo intentaba mantener una conversación cálida con Lilith. Quería asegurarme de que no iba a hacerme daño, pero cuando Aaron se le había acercado y la había tocado, ella no había hecho nada. No había atacado, lo cual significaba que esa no era su intención.

Traté de confiar en ese pensamiento.

Deshice los nudos de la venda con delicadeza para no hacerle daño. Los ojos fijos de Aaron sobre mí me ponían nerviosa, me intimidaba. Ahora sabía que él podía hacerme daño.

Y ese dolor había sido insufrible.

Cuando deshice los nudos, retiré la venda de su cabeza. El pelo estaba enredado entre las capas de la venda, así que cada vez que le daba una vuelta

a la tela, aparecían más mechones y pequeños desperdicios.

Lilith resopló cuando solo quedaba una capa.

—No tengáis miedo de mí, por favor —pidió.

Yo estaba demasiado nerviosa. Las piernas me temblaban. Eso le dejaría claro a Aaron que tenía miedo y que, por supuesto, estaba asustada.

—No te preocupes —dijimos Aaron y yo al unísono.

Aparté la venda y le di la vuelta a la silla, para quedar frente a ella. Tenía los ojos cerrados.

—Hemos visto cosas peores, Lilith —la animé.

Aaron se mantenía en silencio, cediéndome toda la responsabilidad.

Lilith abrió los ojos lentamente.

Yo esperé, impaciente.

Entonces, me quedé helada. Aquellos ojos negros estaban totalmente cubiertos, y parecía que ahí nunca hubieran existido dos ojos brillantes y llenos de vida. Ahora había dos huecos negros que no expresaban nada. Quise gritar y huir, pero se lo había prometido. Respiré hondo y tragué saliva.

Por un momento llegué a pensar que esos ojos negros conocían todos mis pecados. Me sentía observada y totalmente cautivada por ellos. No podía apartar la mirada, eran demasiado extraños, me atraían con una fuerza desconocida. No podía desviar la mirada, me sostenían con fuerza. Ni siquiera lograba parpadear.

De pronto, me sentí mareada. La habitación giró y el techo cayó sobre mí. Cerré los ojos una vez y, cuando los volví a abrir, me encontraba en otro lugar. Estaba encerrada entre cuatro paredes donde apenas cabía. Tenía las manos atadas con cinta negra y la boca tapada con una camisa rosa que Rebecca me había puesto para que nadie me oyera gritar. Tenía los ojos llenos de lágrimas. La camisa rosa estaba húmeda debido a la saliva y las lágrimas.

No había nada de luz.

Sabía perfectamente dónde estaba.

Unos pasos se acercaron. Ni Lilith ni Aaron estaban cerca de mí. Ahora estaba sola. Se me puso la piel de gallina. Cuanto más se acercaban los pasos, más miedo sentía. Ella venía de nuevo. Venía a por mí.

Lloré. Noté varias lágrimas calientes descender por mis mejillas. Pero eso no era suficiente para detenerla. Grité y pataleé en un intento por alejarla. Ella ni siquiera había abierto la puerta, aunque ya veía su sombra por debajo de la madera.

—Basta, Lilith. Le haces daño.

Volví a cerrar los ojos y cuando los abrí, estaba de nuevo en la habitación verde, con las velas encendidas y el olor a malvaviscos flotando en el ambiente. Aaron me estaba mirando. De inmediato, me pasé una mano por la mejilla para limpiarme las lágrimas. Sin embargo, cuando me toqué la cara, no tenía absolutamente nada. Mi piel estaba completamente seca.

—Lo siento, Anna.

La voz de Lilith resonó por toda la habitación y me devolvió a la realidad. Había sido una simple ilusión por los ojos negros de Lilith.

Negué con la cabeza y enseguida me recuperé.

—Estoy bien —dije, avergonzada.

—¿Te han llevado ellos? —preguntó Aaron, restándole importancia a mi declaración. No estaba interesado en mis lágrimas. Quería saber lo que le había sucedido a ella.

—Sí —contestó Lilith.

—¿Por qué a ti?

—No lo sé.

—Sabemos lo que hiciste, Lilith.

—Lo sé. —Tenía la cabeza gacha—. Sé que fue un error. Lo sé, de verdad. Lo siento mucho. Yo... no sé en qué estaba pensando. Habéis sido muy buenos conmigo y creí que me harían sentir especial. Creí que me ayudarían, pero me equivoqué.

—Ahora ya no podremos utilizar tu don en su contra. Y eso nos sitúa en desventaja. Te vieron, te provocaron y tú accediste. No supiste controlarte. Fuiste muy ingenua, Lilith. Sabías qué eran, de qué eran capaces.

Ella asintió.

—Asumo toda la responsabilidad.

—Por supuesto que sí. Debes hacerlo.

—Lo sé.

—Como sabes, y Marissa estará de acuerdo conmigo en mi decisión, ya

no eres de confianza, por lo tanto, no puedes continuar siendo líder. Estás fuera de ese cargo y David y Thomas te estarán vigilando, si es que quieres seguir con nosotros, que yo supongo que sí porque has regresado.

—Está bien, he dicho que asumiría la responsabilidad y lo haré. Sé que son malvados.

Yo no me atreví a hablar. Me quedé quieta, escuchando con atención para intentar hilarlo todo.

—Ahora dinos, ¿qué ha sucedido? ¿Qué te ha hecho volver?

—Me han dado un mensaje, Aaron. Querían que vosotros lo supierais.

—¿Qué mensaje? —Su tono de voz era seco y apagado. No estaba risueño ni retador, como lo había visto hasta ahora. Este era otro Aaron.

Lilith tragó saliva.

—Saben que Anna está con vosotros y me han dicho que vendrán a por ella. No importa lo que les cueste, vendrán. Sonaban demasiado seguros. No sé si es verdad, Aaron, pero es mejor que nos preparemos.

Hubo un silencio.

—¿Lo has visto?

—¿A él?

Aaron asintió.

—No. No lo vi. Sabes que nadie puede hacerlo.

—¿Quién te ha dado el mensaje, entonces?

—Ya te lo he dicho, Los Eternos.

—¿Cuántos eran?

—Los que me capturaron eran tres. Cuando estuve allí, había más de cincuenta. Sé que había más. Los podía sentir, eran como un ejército. Te lo garantizo. Son demasiados. Sin embargo, no sé exactamente dónde está su territorio. No sé a dónde me llevaron. Si pudiera recordarlo... Pero no lo sé.

—Hizo una pausa para suspirar—. Es cierto, fui una ingenua.

—¿Les has mostrado tu don?

Ella asintió.

—Me obligaron.

—¿Se lo has enseñado?

Lo pensó y, después de unos segundos, volvió a asentir.

—Me obligaron. No tenía opción.

—¿Notaste algo extraño? ¿Algo en sus ojos? ¿La piel? No lo sé, tal vez eran más fuertes que nosotros, algo que pueda ayudarnos a saber cuál puede ser su punto débil.

Ella negó con la cabeza.

—No. Han sido demasiado cuidadosos.

Aaron resopló.

—Bien, pues nos prepararemos. Y Anna también lo hará. Tú permanecerás aquí mientras intentamos solucionar tu problema. Los demás no querrán verte así, y creo que es lo mejor.

—Aaron, ni siquiera le has preguntado si se encuentra bien —interrumpí, ligeramente ofendida por su comportamiento agresivo.

Lilith sonrió.

—Estoy bien, Anna. Ya se me pasará. No te preocupes.

Asentí.

—No, no lo hagas. Ni tienes que preocuparte —dijo Aaron, despectivo y un poco desilusionado.

Después se dio la vuelta y avanzó hasta la puerta. Se iba. La tensión y los nervios se habían convertido en tristeza y cierta decepción.

Fue entonces cuando lo comprendí todo. Lilith y Aaron habían sido pareja, es decir, eran novios. Antes de que la curiosidad me carcomiera y se lo preguntara a Lilith, salí disparada de la habitación sin siquiera despedirme. Afuera, debido a mi huida tan drástica, tropecé con alguien.

—Vaya, ¿a dónde vas tan rápido?

Aaron me sujetó con fuerza para que no me cayera. David y Thomas estaban junto a él, mirándome con ojos divertidos. Yo me aparté de Aaron en cuanto recuperé el equilibrio. Lo empujé con suficiente fuerza para que me soltara. Sus ojos retadores ahora estaban apagados. Desilusionados. Pero no se los mostraría a los demás; sin embargo, yo era demasiado lista para darme cuenta.

No había duda, entre ellos dos había habido algo.

—¡Me voy! —dije, un poco irritada.

La cabeza me daba vueltas y todo ese lío me sacaba de quicio. Solo quería alejarme de esa casa y ver a Caleb. Era lo único que deseaba, él me hacía sentir en paz y segura, algo que Aaron no entendía.

—¿A dónde? ¿Otra vez con ese *High School Musical*? —se burló, mirándome divertido.

—No es ningún *High School Musical*. Su nombre es Caleb.

—Como sea —contestó, levantando los hombros a modo de respuesta—. Mañana empieza tu entrenamiento, te veo a las seis en punto en el jardín. No llegues tarde y, sobre todo, no me hagas ir a por ti. No me gusta ser el padre que va a buscar a su hija rebelde a la casa de su novio. No me gusta verme en ese papel.

Sonreí.

—Entonces no asumas ese papel y deja de darme órdenes. ¡Adiós!

David y Thomas estallaron en risas.

Desaparecí de aquel lugar antes de que Aaron pudiera hacerme algo. Me dirigí a casa de Caleb, donde seguramente estaría cocinando o viendo la televisión. No dudé en entrar cuando vi las luces encendidas.

Estaba ansiosa por contarle a Caleb el plan que había pensado al salir de la casa de los fantasmas. No sabía por qué estaba tan emocionada, pero esperaba que a Caleb también le provocara el mismo sentimiento y emoción. Nos divertiríamos mucho. Ambos necesitábamos una distracción.

En cuanto entré, escuché el televisor. Me preparé para saludar al chico rubio que había estado presente en mis pensamientos durante casi todo el día, pero la sala estaba vacía. El televisor estaba a un volumen alto, por lo que supuse que Caleb estaba cerca y lo había dejado así para irse a otra parte de la casa y seguir escuchándolo. En la pantalla se anunciaba un partido de béisbol, las voces de los comentaristas sonaban fuertes y claras. De vez en cuando, se emocionaban cuando un equipo hacía o estaba a punto de hacer una gran jugada.

¿Dónde estaría Caleb?

Pensé que tal vez lo encontraría en la cocina, porque a él le gustaba mucho cocinar. Pero, sin duda, era mejor con las bebidas. Lo recordaba porque la primera vez que lo vi fue en el bar que Hannah había puesto en la mansión. Y, ahora, yo estaba allí, en su casa. Solos.

¿Podría darle un beso?

Solo con imaginarme sus labios junto a los míos, mi estómago se llenaba de mariposas. Caleb era mi chico. Esperaba que yo también le gustara, es decir, tenía mis defectos, pero no era demasiado fea, ¿o sí?

Crucé la sala y fui hasta la cocina, donde efectivamente se encontraba Caleb. Parecía muy concentrado en lo que estaba haciendo. Mezclaba dos bebidas, una de ellas era color café y la otra, azul. En la barra de piedra había varios tazones de plástico y vasos de cristal. También había más botellas, las suficientes para que un equipo de fútbol se emborrachara.

—¡Caleb! —grité. Se sobresaltó. El líquido que estaba vertiendo salió disparado por todos lados. Dos botellas que tenía cerca del brazo cayeron al suelo y se rompieron de inmediato.

Caleb levantó la vista y me observó, sorprendido.

—Anna.

Miré el suelo. Me sentía culpable por lo que acababa de hacer. Pero él no parecía tan preocupado como yo.

—Siento lo de las botellas —dije apenada, y caminé hacia donde estaba él para ayudarlo a limpiar.

Negó con la cabeza.

—Deja, ya lo limpio yo. Ha sido un accidente.

—De verdad, lo siento —me disculpé.

Caleb volvió a mover la cabeza, sonriendo con esa mirada dulce y encantadora que solo él podía hacer.

—No ha pasado nada, Anna.

Me encantaba escuchar mi nombre en su boca. Sonaba bonito.

—Yo... yo solo quería darte una sorpresa.

Él me miró, despreocupado por el líquido y los cristales esparcidos por el suelo.

—Pues qué sorpresa tan bonita. De verdad.

—Déjame ayudarte —insistí, apenada por el accidente.

Él asintió.

—Bien, solo para volver a ver esa sonrisa y eliminar ese rostro de culpabilidad. ¿Por qué no me acercas el friegasuelos? Está en ese cajón. — Señaló uno de los cajones que se encontraba cerca de la estufa. Era un cajón cuadrado y, encima de él había dos cajones largos y pequeños. Imaginé que ahí guardaba los cubiertos.

Yo asentí, agradecida por que me asignara una tarea. Fui hasta el cajón y lo abrí. Por suerte, enseguida localicé el friegasuelos. Lo cogí y se lo pasé.

Estaba llenando un cubo con agua del fregadero para fregar. Mientras tanto, Caleb barrió los cristales para recogerlos y tirarlos a una bolsa de plástico. Cuando el cubo ya estaba casi lleno, cerró el grifo.

Me ofrecí de nuevo para ayudarlo, pero no me lo permitió.

—Así que, ¿a qué se debe esta bonita sorpresa? —me preguntó curioso mientras pasaba la fregona por el suelo. El olor del alcohol fue reemplazado por el del friegasuelos.

—Quería hacerte una propuesta.

Caleb se detuvo. Levantó la vista y me miró divertido.

—Esa sonrisa solo puede significar una cosa... ¿Qué estás tramando, Anna?

—¡Nada malo! —Levanté las manos con inocencia—. Solo quería invitarte a salir.

—¿Salir?

—Vamos, puede ser divertido.

Caleb apartó la fregona.

—¿A dónde me invitarás?

—Tú eres el de las buenas ideas.

Sonrió, ilusionado.

—¿Te gusta bailar? —me preguntó.

En realidad, yo solo sabía bailar aquella música lenta que ponían en los eventos a los que asistía Rebecca y la familia Crowell. Los bailes lentos eran mi especialidad. Conocía varios pasos elegantes y delicados que había aprendido con el tiempo, pero estaba segura de que esos pasos no me servirían para el lugar al que Caleb me llevaría. Esperaba algo más ruidoso y fuera de control.

Con una sonrisa, asentí.

—¡Me encanta bailar! —mentí.

Caleb sonrió, contento de que aceptara su invitación, aunque yo estaba temerosa, porque no quería mentirle otra vez. Sin embargo, lo del baile era una mentira inocente y esperaba contarle la verdad cuando estuviéramos allí y ya no pudiera arrepentirse. Era una jugarreta, lo sabía. Pero tampoco esperaba que Caleb se molestara por ello, al contrario, estaba segura de que se reiría.

Había algo que me gustaba mucho de Caleb: esa espectacular sonrisa que mostraba pureza y fascinación por cada cosa que hacía. Caleb era sencillo, pero muy interesante. Seguramente había muchos misterios en su vida, se le notaba en la mirada. Algunas veces era muy reservado, como con la muerte de sus padres.

Le devolví la sonrisa.

—Conozco un lugar que puede gustarte y en el que estaremos seguros y, por supuesto, donde nadie se dará cuenta de que estoy hablando con un fantasma.

Alcé una ceja.

—¿Arruinaría tu reputación? ¿Se confirmarían sus sospechas acerca de tu salud mental? —me burlé.

Él asintió, siguiéndome el juego.

—Exacto. Pero no te preocupes, estaremos bien, sin ningún prejuicio.

—Eso me parece genial —dije con emoción contenida.

Después de unos minutos, Caleb cerró con llave la puerta de su casa. Antes se había asegurado de que las persianas estuvieran bajadas y de que todo se encontrara en su lugar. Incluso había cerrado la llave del gas. Era muy cuidadoso y disciplinado con todo lo que hacía.

¡Cuánta fuerza de voluntad!

Probablemente yo habría vacilado si alguna vez Rosie o Rebecca me hubieran dicho que tenía que arreglármelas para mantener la ropa limpia y planchada, cocinar, encargarme de las tareas domésticas... Nunca me habían asignado una tarea del hogar, aunque siempre me daban órdenes. Tal vez me ayudaría adoptar algún buen hábito de Caleb y comenzar a ser independiente, aunque había un problema de magnitud: estaba muerta.

Qué injusticia y qué impotencia sentía al pensar que ya no podría hacer algunas cosas. Estaba enfadada conmigo misma porque nunca había hecho algo que realmente me gustara.

Suspiré y esperé a que Caleb me hiciera compañía en la camioneta, donde yo ya había ocupado el asiento del copiloto. Como muchas veces, ignoré el cinturón de seguridad y me esforcé por olvidar todo lo que tenía que ver con los Crowell, Rosie, Rebecca y los nuevos fantasmas que me habían acogido. Esa tenía que ser mi noche. Me lo merecía, muy en el fondo sentía que algo bueno debía pasarme. Caleb tenía que ser ese algo bueno. Y

estaba feliz de que fuera él, porque en realidad era una gran persona, y me gustaba mucho.

El joven rubio subió a la camioneta de un salto y se abrochó la chaqueta. Tenía el pelo tieso, inmóvil. Parecía que estábamos a bajo cero. Afuera hacía mucho frío. El viento soplaba con fuerza, parecía que iba a arrancar los árboles de raíz.

—Tengo los dedos congelados —dijo en cuanto estuvo dentro y cerró la puerta. Su cuerpo se estremecía por los escalofríos. Tiritó y apretó los dientes, conteniendo un grito de dolor. Los dedos estaban morados, las uñas parecían pintadas de color púrpura. Cuando miré el rostro de Caleb, me di cuenta de que estaba pálido, había cogido un color amarillo que se estaba volviendo blanco, y sus labios estaban adquiriendo un tono morado. ¿Acaso nevaba? No, no lo creía. El clima hacía cosas raras, estábamos en primavera y se suponía que debíamos estar usando ropa ligera. Todo era muy extraño.

—¿No te gusta el frío? —pregunté, arqueando una ceja. Yo no sentía tanto frío, al fin y al cabo. Estaba condenada a sentirme helada hasta que cumpliera mi misión y fuera a quién sabe dónde. Mientras tanto, tenía que apañármelas para saber qué decir para que Caleb no se sintiera en otra dimensión. De pronto, empecé a perder sensibilidad.

—Prefiero el calor —contestó, frotándose las palmas de las manos.

Asentí.

—Yo también, aunque bueno... ahora ya no siento mucho.

Caleb me miró.

—¿Ventaja o desventaja?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Desventaja —respondí.

Caleb volvió la vista al frente e introdujo la llave de la camioneta en el contacto para arrancar el motor. Tenía prisa para encender la calefacción y dejar de sentir aquel frío tan intenso. Unos segundos después, la camioneta se puso en marcha y comenzamos a avanzar. Definitivamente, no estaba nevando, pero los cristales estaban mojados.

Empezó a conducir por la carretera, donde varios coches con las luces encendidas circulaban. De vez en cuando, yo miraba de reojo a Caleb, que miraba fijamente a la carretera, concentrado en el asfalto y los semáforos. Tenía un perfil muy fino y bonito. Su nuez era notoria desde ese ángulo.

Tuve que tragar saliva un montón de veces para deshacer el nudo en mi garganta. El pecho se me oprimía de una forma dolorosa cuando veía cómo parpadeaba por el cansancio. Y, a pesar de eso, estaba aquí, llevándome a algún sitio para pasar la noche. Seguro que nunca lo olvidaría.

Me pregunté si yo sería tan afortunada como Alex. Si yo podría tener una oportunidad con mi conexión, después de todo lo que había pasado. Había momentos en los que sentía que Caleb me miraba diferente, como si tratara de adivinar algo que solo él quería saber, algo que le interesaba mucho, buscando algo especial en mis ojos. Tal vez estaba alucinando, pero lo sentía, porque mi corazón se aceleraba cuando nuestros ojos conectaban. De todos modos, los nervios me ganaban y yo apartaba los ojos enseguida para no demostrar lo que sentía. Aunque probablemente él ya lo sabía. Mis emociones salían a flote cuando estaba cerca de él. Si hubiera tenido un corazón latiendo, todos los latidos habrían sido para Caleb.

Aparté la vista de él con disimulo, aunque ni siquiera había notado que lo había estado observando los últimos tres minutos. Estaba pensando en algo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, llamando su atención.

Giró el rostro unos segundos para observarme y, cuando su mirada se clavó directamente en la mía, me quedé quieta en el asiento, conteniendo la respiración. Miré sus ojos un segundo, pero él volvió la vista al frente para evitar cualquier distracción que pudiera causar un accidente.

—Estoy bien.

Fue lo único que contestó. Asentí, pero me quedé con ganas de saber más, y me atreví a hacer otra pregunta.

—¿En qué piensas, entonces?

La preocupación me invadió. No quería exagerar pensando que Caleb se había apartado solo porque ya no le gustaba. Sentiría un profundo dolor si dejaba de gustarle. Tampoco quería creer que había sucedido algo, porque realmente no recordaba haber hecho nada malo, aparte de las botellas de alcohol rotas. Hubo un silencio dentro de la camioneta.

Las comisuras de sus labios se elevaron con emoción.

—En ti, Anna.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

—¿En mí? ¿Qué ha pasado? —Mi tono de voz denotaba preocupación, al igual que la expresión en mi rostro. Caleb, por el contrario, seguía sonriendo.

—No es nada malo —dijo enseguida, antes de que mi mente formulara las posibles respuestas que podía haber.

—¿Entonces?

Se encogió de hombros a modo de respuesta, todavía con las comisuras elevadas y con los ojos brillando de una manera que nunca había visto en él.

—Creo que eres increíble y muy hermosa. ¿Está mal que te lo diga? —Su voz hizo eco en mi mente y no tuve tiempo de responder porque volvió a hablar—: Mira, ya hemos llegado.

Aparté la vista de su rostro iluminado por unas luces rojas que se habían filtrado. Vi mi reflejo en la ventanilla. Unos segundos después, la imagen se clarificó y noté que en el exterior había muchas personas. Las mujeres llevaban vestidos cortos y ajustados, mucho maquillaje en el rostro, los labios pintados de rojo y casi todas lucían el mismo tipo de vestido sin mangas, totalmente liso y de licra. Sus zapatos de tacón alto resonaban en la tarima donde había una gran fila de personas esperando para entrar a un bar que se anunciaba con luces rojas. Cuatro hombres con traje negro y mal ajustado estaban en la entrada, comprobando que todos los que accedían fueran mayores de edad.

Mi boca se abrió con sorpresa.

Afuera, el ruido era escandaloso. Había risas por todas partes, la música estaba a un volumen altísimo y varias personas hablaban por teléfono gritando para hacerse oír sobre la música. Los hombres llevaban pantalones coloridos con camisas sin abotonar en el cuello. Algunos masticaban chicle o simplemente saludaban a otros amigos que acababan de llegar.

Me sorprendí al ver a un chico idéntico a Aaron entre la multitud. Sus ojos negros como la noche resaltaban sobre los demás, y eran incluso más negros que los ojos de Lilith. Negué, pensando que tal vez era fruto de mi subconsciente, que se imaginaba a ese chico fastidioso que no me dejaba en paz. Aparté la cara cuando nuestros ojos conectaron sobre el cristal polarizado, aunque sabía que él no podía verme, porque no era Aaron. Además, él, al contrario que Aaron, tenía más sentido de la moda.

Aaron parecía recién salido de la tumba, con esa ropa negra y esa expresión de amargura que no le dejaba vivir.

Tragué saliva y volví a la tierra con Caleb.

—¿Querías traerme aquí? —Señalé abrumada al ver a tantas personas.

Pensé que el lugar estaría a punto de explotar por la cantidad de gente que había en el exterior. Ahora entendía por qué las mujeres llevaban esos vestidos cortos, seguramente la temperatura en el interior sería altísima.

Caleb negó.

—No —contestó—, nosotros iremos allí.

Su dedo índice apuntaba a una dirección similar a donde yo había mirado antes, solo que ahora él señalaba un callejón vacío donde había una puerta oxidada con una cinta amarilla que prohibía el paso. Estaba justo a un lado de la entrada oficial del local.

Capítulo quince

La calle estaba abarrotada de coches, pero tuvimos suerte y Caleb aparcó la camioneta. El corazón me latía con fuerza cuando veía pasar a toda prisa a las personas que intentaban colarse en la fila. Me gustaba la idea de entrar sin ser vista. Era un fantasma y me aprovecharía de ello.

Ninguno de los Crowell, que eran los únicos que podrían haberme reconocido, habría ido a ese lugar de mala muerte. Y si alguien me veía, no me reconocería ni sabría que había muerto hacía unas semanas.

En cuanto el motor se silenció y las luces se apagaron, salí de la camioneta escopetada. Ni siquiera el frío me detuvo. Caleb me siguió, tratando de alcanzarme. Estaba segura de que estaría a mi lado tan rápido como le fuera posible. Estaba en muy buena forma.

—¿Emocionada? —me preguntó.

Asentí en silencio.

—¿Has venido aquí alguna vez?

Negué. Aquel lugar no me sonaba en absoluto.

—Nunca —respondí.

—Te encantará.

—¿Por qué vamos a entrar por allí? ¿Nos llevará a ese lugar ruidoso?

—Sí. Es más rápido, y lo mejor es que no tendremos que pagar nada. El interior te sorprenderá. Vas a flipar.

Estaba tan nerviosa que estuve a punto de echar a correr de nuevo. Nunca antes había estado en un lugar tan lleno de gente. No sabía qué peligros

podía haber allí dentro, aunque, de todas formas, nada podía pasarme, y a Caleb tampoco, porque parecía conocer el lugar a la perfección. Probablemente había accedido por esa entrada un montón de veces. Y yo confiaba en él.

Me detuve frente a la puerta de metal oxidado y Caleb me alcanzó. Se plantó delante de mí, dándome la espalda, quitó la cinta amarilla y entró rápidamente para que nadie lo viera. Yo atravesé la puerta. Sentí como el metal frío me absorbía durante unos segundos y, después, todo se desvaneció. Me adentré en una oscuridad total. Me quedé quieta, esperando ver algo más, pero las luces rojas habían desaparecido y las risas de las personas ya eran inaudibles. De pronto, escuché un crujido. Me sobresalté y me alejé unos cuantos pasos del lugar por donde había entrado. La puerta se abrió de golpe y dejó entrar un pequeño rayo de luz. Olía a plástico quemado. Entonces, escuché una respiración agitada y, entre la poca luz que se filtraba, vislumbré a Caleb, que entraba al lugar a toda velocidad.

Cuando la puerta se cerró, la oscuridad se cernió sobre nosotros.

—¿Caleb? —pregunté a la nada.

—Ya hemos llegado. ¿Tienes miedo?

Tragué saliva y negué con la cabeza, aunque sabía que él, como yo, no veía nada.

—No.

Solté una risita nerviosa. A pesar de que estaba convencida de que tenía miedo, la voz no me delató.

—¿Lista? —interrogó. Escuché unos pasos cerca de mí, que luego se fueron alejando cada vez más. Intenté seguirlos, pero no conocía aquel lugar, al contrario que Caleb, que parecía haber estado allí un montón de veces.

—¿A dónde vas?

—Encenderé la luz.

Asentí.

Los pasos dejaron de escucharse, pero oí una respiración cerca de mi oído. No sabía dónde estaba Caleb exactamente, pero habría jurado que había alguien más en la sala. Me aterroricé al pensar que tal vez se trataba de otro fantasma. Cerré los ojos cuando algo helado me acarició la espalda. Me giré por instinto, pero no vi nada. Suspiré inconscientemente y pensé que quizá solo se trataba de la corriente del exterior, que se filtraba por alguna

parte. Pero entonces, cuando todo estuvo en silencio, sentí un soplo frío en la nuca, pero no se lo dije a Caleb. Me aguanté las ganas de querer gritar. Al fin y al cabo, ahora era un fantasma y nadie podría hacerme daño; tenía que convencerme de eso. Me abracé en la oscuridad y me froté los brazos al sentir un escalofrío.

—Cierra los ojos —me dijo Caleb desde alguna esquina. Su voz resonó. Su voz sonaba lejana.

—¿Una sorpresa?

—Sí, algo así. Te gustará.

Asentí y cerré los ojos.

—Ya está.

De pronto, sentí calor y vi una luz en medio de la oscuridad. No abrí los ojos hasta que Caleb me lo pidió. Cuando lo hice, me di cuenta de que se había acercado a mí y me sobresalté.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—¿De qué hablas? —preguntó, confundido.

Parecía tan extrañado como yo. Sus ojos estaban fijos en los míos, esperando una respuesta.

Negué, aturdida.

—Pensaba que estabas más lejos.

—A veces este lugar puede hacerte creer cosas que no son.

Me guiñó un ojo para que me relajara. Sonreí, no demasiado convencida, aunque eso le bastó. Caleb parecía emocionado por enseñarme el lugar, así que me concentré solo en eso.

—¿Y bien? —me dijo mientras recorría con la vista el enorme salón, iluminado por unas luces azules—. ¿Qué te parece, Anna?

Aparté los ojos de su cara, aunque en realidad quería seguir observándolo. Noté que me volvía de hielo y, de pronto, sentí una emoción que nunca antes había tenido. Se me erizó la piel.

Fijé la vista en Caleb de nuevo y negué con la cabeza. No podía dar crédito.

—Esto...

No pude continuar. Tenía un nudo en la garganta y tuve que esforzarme para contener las lágrimas. Estaba sorprendida. El salón era demasiado

grande, cabrían unas trescientas personas. Imaginé las risas de las chicas que habían estado haciendo fila llenando el lugar. Era muy bonito, estaba completamente decorado. Levanté la cabeza y miré el techo, donde había unas serpentinas brillantes de color azul y plata que bailaban al compás del ligero viento que se filtraba. Al fondo, había un escenario con suelo de madera barnizada, listo para ser usado. En el centro había dos sillas acolchadas de color rojo, sencillas pero muy elegantes. En la parte superior del escenario había unas nubes blancas con tonos azules que simulaban las sombras, y también había estrellas de plástico plateadas y brillantes atadas con hilo transparente. El suelo estaba lleno de globos blancos y a nuestro alrededor había mesas con manteles blancos y más sillas adornadas. Unas bonitas lámparas antiguas iluminaban el centro de las mesas, acompañadas por unas flores moradas, rosas y amarillas.

—¿Dónde estamos? —pregunté, asombrada. Todavía estaba sobresaltada por la belleza del lugar.

—Es un salón donde habrá una fiesta de graduación. ¡No sé cuándo, pero la habrá!

Ambos nos reímos.

—¿Cómo conoces este lugar, Caleb?

—Es bastante popular. Casi todas las fiestas de graduación se hacen en esta zona. Las celebraciones empezarán dentro de unas semanas, pero de momento, esto está vacío. Y he pensado que te gustaría venir. El sitio está muy chulo y estaremos a solas. No tienes nada que temer.

—Lo cierto es que es precioso —confirmé.

—El bar al que quería llevarte está lleno. ¿Te importa que nos quedemos aquí?

—¡No! Me encanta, me parece perfecto.

Él asintió, gustoso.

—Has dicho que querías bailar, así que voy a poner música.

—¿Música? —Fruncí el ceño.

—Claro. ¿Qué sería de una fiesta de graduación sin música?

Noté cierta ironía en su voz.

Caleb desapareció entre las serpentinas azules y subió al escenario.

—¿Te gusta Keane?! —gritó desde arriba.

Mientras Caleb encendía los altavoces, yo me distraje con los adornos florales de las mesas, que, para mi decepción, eran plantas artificiales cubiertas de polvo.

—Sí, me encanta.

Caleb asintió y conectó su móvil a un cable. Esperaba que él tomara la iniciativa y bailara primero. Intentaría seguirlo, pero era la persona más torpe del mundo y bailar, sin duda, no era lo mío.

De pronto, la música se escuchó en todo el salón. Las mesas temblaron, las lámparas vibraron y pareció que las serpentinas brillaban con más fuerza. Estaba segura de que la música se escuchaba desde fuera, pero no me preocupé, porque las risas y los motores de los coches que pasaban cerca amortiguarían el sonido. Me relajé y dejé caer los hombros. Todo iría bien. Enseguida sonreí; reconocí la canción que sonaba. «Somewhere Only We Know.»

Cerré los ojos y me dejé llevar por la voz del cantante, la melodía de los instrumentos y el mensaje de la canción. Inesperadamente, el rostro de Caleb apareció en mi mente y sentí un fuerte nudo en el estómago. Un millón de mariposas aleteaban en mi interior.

Tenía claro que él me gustaba, pero ¿le gustaba yo a él?

Me agarré a una de las sillas que estaban cerca para apoyarme y no caerme, porque, de pronto, tantas emociones me habían abrumado y la cabeza me daba vueltas. Traté de volver a relajarme, pero en cuanto estuve a punto de tomar aire, unas manos cálidas se posaron en mi cintura. Abrí los ojos con sorpresa, pero no me aparté.

—Anna. —Caleb hizo que me diera la vuelta para estar frente a él. No me resistí y me dejé llevar por sus manos. Desprendía un dulce aroma a vainilla y a miel—. Tengo algo que contarte.

Abrí los ojos con lentitud.

Sus manos, ardientes y fuertes, seguían en mi cintura. Me sentí más mareada y el salón pareció volverse más pequeño. Nuestros rostros estaban frente a frente, a tan solo unos centímetros de distancia, y olía su delicioso aliento a menta. Me costó mucho trabajo concentrarme en sus ojos y no en sus labios, que se abrían de una manera provocadora y sensual.

—¿Qué sucede? —pregunté entre tartamudeos muy difíciles de ocultar.

—Es que...

Se quedó en silencio.

—¿Sí? —lo animé para que continuara.

Era un manojo de nervios.

—Creo que siento algo por ti, Anna.

—¿Cómo...?

—Sí —me interrumpió—. Me gustas. Y creo que me gustas mucho, porque no puedo dejar de pensar en ti. Por más que lo intento, estás en todas partes... No sé cómo explicártelo, pero, cuando estás cerca, siento que el corazón se me sale del pecho. Sé que parece exagerado, pero es así. Me gustas. Me gustas mucho, Anna.

Abrí los ojos como platos.

—Yo...

—No tienes que decir nada, en serio. Yo solo quería que lo supieras.

—No, no —empecé a contestar. Las manos de Caleb no me permitían moverme, aunque en realidad no pensaba alejarme de él—. Es que es justo lo que estaba pensando. Tú también me gustas. Creo que nunca he sentido algo así.

Caleb sonrió.

—Me alegra ser correspondido.

El corazón comenzó a palpitarme con fuerza. Sentía que todo era un sueño. Caleb era un chico guapísimo, amable y con una sonrisa radiante que me contagiaba su alegría cada vez que sus comisuras se elevaban. Y yo le gustaba.

—Siempre he creído que, algún día, alguien me escucharía y me entendería, Caleb. —Mi voz se cortó, pero me animé a seguir porque realmente quería decirle lo que mi invisible corazón sentía—. Y creo que esa persona eres tú. Yo... yo solo quiero despertar de esta pesadilla.

Caleb suspiró y me sostuvo las muñecas para darme apoyo. El contacto me hizo estremecer.

—Todo irá bien, Anna.

La música seguía sonando de fondo. Me gustó escuchar aquellas palabras en la boca de Caleb: *yo le gustaba*. No necesitaba nada más.

—Tengo algo para ti, lo he dejado en el sótano.

Negué con una sonrisa en el rostro.

—Caleb, tú ya me lo has dado todo, no tienes que darme nada. Soy feliz con tu presencia. Solo quiero que estés conmigo, mientras sea posible.

—No es algo que me haya costado millones, Anna. Deja de preocuparte por lo que no debes. Esto es algo que he querido darte desde el principio, desde que te conocí y te vi con ese vestido púrpura en la mansión de los Crowell. Dame un segundo, no tardaré. Iré a buscarlo y ya decidirás tú si te lo quedas o no, ¿de acuerdo?

Asentí, un poco disgustada porque esperaba algo más después de la confesión.

—Está bien. Pero que quede claro que lo puedo rechazar si no lo merezco.

—Te gustará, ya lo verás.

Caleb se apartó de mí y se marchó escopetado, aunque antes de irse me guiñó el ojo. Sonreí como una tonta y me senté en una de las sillas mientras escuchaba la nueva canción que se reproducía automáticamente. De pronto, estaba sola en el gran salón, esperando a Caleb. Todo era demasiado extraño, confuso y... fácil.

Al día siguiente empezaría mi preparación y no sabía muy bien qué esperar de Aaron. Aunque no me gustaba la idea, sabía que él me prepararía bien, así que me esforcé por mantenerme tranquila.

Entre mis pensamientos algo tronó. Levanté la vista, asustada. El salón estaba más iluminado y entonces me di cuenta de que la puerta por donde había entrado Caleb estaba abierta de par en par. Di un salto cuando vi una sombra acercarse con paso decidido a la puerta oxidada.

Me quedé inmóvil. Esperaba que solo fuera un guardia que estuviera vigilando la zona. En cualquier caso, no me vería. Sin embargo, a medida que la sombra se fue acercando, tuve un mal presentimiento. Me preparé para ver el rostro del intruso.

Entonces, sucedió. La sombra se fue haciendo más pequeña y los pasos resonaron en todo el salón. Junto a la puerta, tomó forma una figura masculina. Inmediatamente hice una mueca. Él, al contrario, se mostraba sonriente.

—Anna Crowell.

Sus ojos negros azabache me miraban con desdén. Mi mundo de color de rosa se hizo añicos cuando el rostro moreno de Aaron se plantó a unos

metros de mí. Había fantaseado un par de veces con darle un buen golpe en la barbilla para que dejara de meterse conmigo. Ahora que lo tenía delante, no sabía qué era lo que me había detenido todo este tiempo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, iracunda.

—He venido a cuidarte.

Mi pecho se hinchó.

—¿Tú? No me fío de ti.

Aaron dio un paso para acercarse. Yo no retrocedí ni un ápice. No quería pelear, pero tampoco iba a dejar que ganase tan fácilmente.

—Estás muy equivocada.

Me llevé las palmas de las manos al rostro y me lo froté con frustración. Resoplé y volví a levantar la vista, esperando que cuando abriera los ojos, ya no estuviera allí.

Pero claro, mis deseos nunca se hacían realidad.

—Vete —dije mientras trataba de contenerme—. Márchate, Aaron.

—Vamos, Anna. Solo quería comprobar que estabas a salvo. ¿Qué hay de malo en eso? —Ignoró mis palabras—. Mira, si te hace sentir mejor, seré como tu hermano mayor. Estoy aquí para cuidar de ti. Eso es todo. De verdad. Él ni siquiera se dará cuenta de que estoy aquí. Pero no me pidas que finja sentir celos de tu chico, no seré ese tipo de hermano.

Puse los ojos en blanco.

—No quiero un hermano mayor. Y mucho menos uno como tú. Estoy a salvo, ¿no lo ves? —Resoplé y me di la vuelta para intentar evitarlo—. Fuera de aquí, me traerás problemas.

—¿Con tu chico rubio?

Suspiré. Al menos no lo había llamado *High School Musical*.

—Eres un arrogante sin remedio.

—Sí —dijo, y entró al salón dando zancadas. La puerta se cerró y la oscuridad se cernió sobre nosotros—. Un arrogante que intenta protegerte, Anna.

Su voz se suavizó, pero yo no lo creí.

—Intentas protegerme a la vez que tratas de hacerme infeliz. Sí que se te da bien esto...

Aaron soltó una carcajada, se sentó en una de las sillas y colocó los pies

sobre la mesa con despreocupación.

—Exageras. No intento hacerte infeliz.

—¿Entonces?

—Me gusta incomodarte.

—No —contesté—. Te gusta ser un problema.

Él sonrió, fascinado con mi respuesta.

—Soy esa clase de problema que todas desean.

Me di la vuelta y lo miré con asco; sin embargo, su figura esbelta me hizo dudar un momento. Contuve la respiración y traté de no mirar sus esculpidos brazos, que llenaban las mangas cortas de su camisa. Y tenía absolutamente prohibido contemplar su piel. Su rostro perfecto y liso me observaba con cierta diversión.

Abrí la boca para seguir peleando con él.

—¡Claro! Eres ese problema que ninguna chica desea tener —me burlé—. Arrogante.

Aaron sonrió.

—Tranquila, muñeca de porcelana.

Me hervía la sangre. No me gustaba que me pusieran apodos, y mucho menos Aaron, a quien no soportaba.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada.

—Entonces vete.

—Anna, solo...

La frase quedó colgada en el aire.

—¿Qué? —interrogué cuando se quedó en silencio.

—Silencio —pidió.

Yo no escuché nada.

—¿Qué? —volví a preguntar, esta vez con un hilo de voz. Su reacción me llevó a pensar que algo malo estaba a punto de pasar—. ¿Qué pasa, Aaron?

Él sonrió.

—Escucha.

De pronto, se reprodujo una nueva canción. Vi que el rostro de Aaron se volvía inexpresivo. No sabía si había notado algo extraño en el salón e

intentaba concentrarse en algún movimiento o en un sonido, o si la canción le había puesto tenso. Parecía ser más la segunda opción, porque no se movía nada a nuestro alrededor, ni siquiera sentía la presencia de Caleb cerca, quien seguramente seguía buscando mi regalo. Esperaba que se encontrara bien guardado para que me diera tiempo de echar a Aaron de allí. Debía apresurarme y ser lo más amable posible.

Aunque a estas alturas, me era casi imposible ser agradable con Aaron. Ni siquiera parpadeaba; se había quedado quieto en la silla, escuchando la melodía.

De pronto, cerró los ojos y no supe qué hacer. Me quedé paralizada y escuché cómo la música llenaba mis oídos. La voz del cantante no se escuchó hasta que no pasaron, por lo menos, quince segundos. Solo escuchábamos la música de fondo, que, para entonces, hacía temblar las mesas y las flores artificiales. Entonces, el corazón se me aceleró a medida que comencé a reconocer la canción y me erizó la piel.

«Every Breath You Take» de The Police retumbaba en cada parte de mi cuerpo. Dejé caer los hombros y sentí que algo cambiaba en mi interior. Noté que la música me llevaba a otro lugar que no alcanzaba a visualizar. Era como si no estuviese en aquel salón y notaba una quemazón. Sin embargo, me gustaba la sensación. En mi mente, vi el rostro de un chico rubio frente a mí, sosteniéndome con una dulce y delicada sonrisa.

Bailábamos en un gran campo de flores frescas y coloridas. Le devolví la sonrisa.

Sentí una oleada de aire frío que me atravesaba y un dolor en los huesos cuando unas manos frías me rozaron el brazo. Me desperté de mi sueño y abrí los ojos, aterrorizada, esperando ver algo que no iba a gustarme. Pero para mi sorpresa solo era Aaron, que inexplicablemente estaba delante de mí, mirándome asombrado y con los ojos brillantes.

—¿Te gusta esta canción, Crowell?

No esperó mi respuesta.

—Porque debería. Es una de las buenas.

Tragué saliva.

—Parece que la haya escrito un acosador.

Él se rio.

—No sabes interpretar la letra. Significa mucho más. Escucha.

Me sentí desesperada, no podía hablar, algo me había sucedido durante el trance. Por más que lo intentara, nada salía de mi boca. Todo era demasiado extraño.

«*How my poor heart aches with every step you take* —cantó con una melodiosa voz que nunca había oído. Sus brillantes ojos negros estaban sobre mí, observándome con intensidad. De repente, sentí un pinchazo en el corazón. Quise retroceder por si él intentaba jugarme una mala pasada, pero no parecía tener intención de hacerlo, y, de todos modos, sentía una extraña sensación en el estómago que me hacía querer permanecer ahí, con él. Así que me quedé pegada al suelo, observándolo a tan solo unos centímetros de mí. Estaba helada. Pensé que tal vez quería intimidarme, pero me sentía extrañamente cómoda con su *cover* inesperada y él solo estaba disfrutando de la canción. Aaron tomó una bocanada de aire y sus ojos se tornaron vidriosos—. *Since you've gone I've been lost without a trace...*»

No pudo continuar. Se quedó en silencio, mirándome.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunté con un hilo de voz, pero ambos decidimos ignorarlo y me pareció la mejor decisión—. Lo estabas haciendo genial, no sabía que cantabas.

Intenté quitarle hierro al asunto. Aaron bajó la mirada, derrotado. Los dos estábamos disfrutando del momento y era evidente que nos sentíamos incómodos.

—Por supuesto que no. No lo sabes —susurró.

—¿Qué has dicho? —interrogué, con una ceja levantada. Poco a poco mis músculos recuperaron su fuerza.

—Esto... ¿puedes... quieres bailar conmigo, Anna?

Abrí los ojos como platos, sorprendida.

—Si esto es alguna especie de broma tuya... —empecé a decir, molesta. Pero Aaron me silenció y me tomó de la mano sin pedirme permiso. Fui incapaz de apartarme.

—No lo es. Baila conmigo.

—No sé bailar —dije, y tragué saliva con disimulo.

—Mientes.

Él se rio y se pegó a mi cuerpo. Su risa era diferente; no parecía que se estuviera burlando de mí, sino que lo estaba pasando bien. Sus hombros

estaban rígidos y firmes, aunque parecía que trataba de relajarse. Me agarraba de forma insegura, temblorosa. Sus dedos rozaron mi cintura y contuvo la respiración. No dije nada, porque parecía demasiado concentrado en lo que estaba haciendo, incluso nervioso y desesperado. Yo sentía que era otra persona y ansiaba el contacto de su piel. Era confuso y desgarrador, porque yo odiaba a Aaron desde que lo conocí...No. Pensé en Caleb. Pensé que era él.

Inhalé y lo contuve en mis pulmones cuando las yemas de sus dedos me presionaron delicadamente la cintura. Pensé que tal vez creía que iba a romperme si hacía demasiada fuerza. Solté el aire y me dejé llevar por la música. Aaron por fin pudo poner sus manos por completo en mi cintura, aunque todavía se notaba el miedo que había en sus movimientos descoordinados. Dio un paso más y nos quedamos pegados el uno al otro. Sentí cómo su aliento pasaba cerca de mi boca y, luego, noté su respiración en mi cabello.

Suspiré.

Y, de pronto, me olvidé de Caleb.

Un olor a jabón impregnaba la estancia; era un aroma suave y delicado.

Era Aaron, no Caleb. Eso lo tenía bien claro.

Vacilante, Aaron comenzó a bailar. Al principio, le di varios pisotones y se burló de mí, pero no me dejó tan fácilmente. Puse los ojos en blanco e intenté apartarme, pero tiró de mí para terminar lo que habíamos iniciado. Me llevó al compás de la música hasta que mis pies empezaron a moverse siguiendo el ritmo. Aaron se movía bastante bien. Parecía un bailarín profesional.

¿Quién lo habría dicho?

Ambos reímos cuando trató de cambiar el ritmo, dándome una vuelta. Como era de esperar, fue un fracaso. Rompimos a reír a carcajadas y preferimos volver a bailar lento. Sus manos volvieron a mi cintura y sonrió, satisfecho.

—Es mi canción favorita —me dijo al oído en cuanto tuvo ocasión.

Yo asentí, feliz de que me diera más información sobre él. Cuando la canción estaba a punto de terminar, me apartó con suavidad y delicadeza. Nuestros ojos brillaban.

Me sentía extrañamente feliz por haber compartido un momento así con

Aaron.

—¿Qué hay entre tú y *High School Musical*?

Me reí.

—Su nombre es Caleb —le corregí, esbozando una gran sonrisa. Sin embargo, no pareció gustarle que lo hiciera, porque frunció el ceño y volvió a ponerse serio. Se alejó lo bastante de mí para volver a darme mi espacio y mirarme mejor. A veces creía que intentaba leerme la mente o algo así, con su mirada abrasadora e intimidante—. Y no hay nada, si es lo que quieres saber.

—Le gustas —respondió en un susurro.

Mi corazón latió con fuerza.

¿Nos había estado espiando? ¡Eso ya era el colmo!

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué más te ha dicho, Anna?

Me hirvió la sangre.

—Eso es algo que no te incumbe.

—Anna... —empezó a decir—. Tendrás que irte en algún momento. Lo sabes, no te queda mucho tiempo, y es mejor que vuestra conexión no se vuelva más fuerte. Si quieres un consejo, te sugiero que te alejes de él tanto como puedas, de verdad... No te encariñes con él. Lo que sucedió con Hannah y Alex no es algo que pueda volver a repetirse. No intentes cambiar algo que ya está escrito. Tú eres un fantasma y Caleb, un humano, no todas las historias de amor terminan bien. No puedes... enamorarte. Y menos ahora que tienes otra misión.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué tienes que ser tan horrible? ¿Quién te hizo tanto daño? —pregunté, sofocada. Las heridas que Aaron me hacía cada vez me dolían más. Era un insensible.

—Solo intento protegerte. —Dio un largo suspiro. Parecía tan dolido como yo—. No te enamores, Anna. Es lo peor que puedes hacer. Tu tiempo ya se ha terminado, ahora tienes otras... prioridades.

—El amor no puede evitarse.

Aaron tragó saliva.

—Créeme, soy plenamente consciente de eso —respondió.

—Vete —gruñí con molestia.

Los ojos de Aaron se oscurecieron. Resopló, susurró algo que no oí y se acercó a mí, esta vez con más seguridad, sin vacilar. No me dio tiempo de retroceder ni de agarrar nada para golpearlo, aunque eso no iba a ayudarme demasiado.

—¿Qué vas a hacerme? —lo reté una vez lo tuve delante.

—Te has despeinado.

Me agarró un mechón de cabello y me lo recolocó detrás de la oreja. Apreté los puños a mis costados para contenerme y no darle un puñetazo en la cara, aunque ganas no me faltaban. Sentía que la sangre me hervía y tenía las orejas calientes. Seguramente tenía la cara roja. Ni siquiera las luces de colores lo ocultarían.

Y, entonces, Aaron hizo algo que no me esperaba.

Me dio un beso en la mejilla.

Cuando parpadeé y volví a abrir los ojos, vi a Caleb delante de mí, con los ojos abiertos de par en par e inexpresivo. Aaron le estaba dando la espalda y me sujetaba por la cintura. Me moría de ganas de pegar a Aaron, pero Caleb mantenía sus ojos firmes en nosotros dos. Todo sucedió a cámara lenta. Aaron se apartó de mí con una ligera sonrisa en los labios.

—Vaya, creo que interrumpo.

Caleb se dio la vuelta para volver por donde había entrado sin esperar ni pedir una explicación, que absolutamente merecía.

Sentí que me ardía el estómago.

Aaron me miraba con diversión. Le gustaba molestarme como a nadie. Yo era su juguete favorito.

—Tú... —lo acusé con la mirada. Aaron esbozó una amplia sonrisa, como si no le importara nada de lo que había sucedido. Estaba claro que sabía que Caleb se aproximaba. Todo formaba parte de su plan para alejarme del chico que me gustaba.

Era engreído, egoísta e insufrible.

—Te veo mañana en el entrenamiento —me dijo con un guiño electrizante.

—Si pudiera matarte, créeme que no dudaría en hacerlo. Lástima que alguien lo hizo antes por mí —respondí, apretando la mandíbula. Me zafé de

su agarre con un empujón y eché a correr tras Caleb.

Aaron se quedó en medio del salón, sonriendo, aunque yo sabía perfectamente que en cuanto lo había atravesado y lo había dejado atrás, se había formado una mueca en su rostro.

Pero lo ignoré.

Ya me las pagaría.

Capítulo dieciséis

Caleb no quiso hablar conmigo. Estaba muy enfadado conmigo y yo no sabía cómo explicarle lo que había pasado. La noche perfecta se había convertido en un infierno gracias a Aaron. Se había negado toda la noche y buena parte de la madrugada a escucharme. Yo le había insistido en que no había nada entre nosotros y que nos llevábamos bastante mal. Pero eso no lo había convencido, así que tenía que seguir insistiendo para que me creyera. Sabía que lo había decepcionado, y ¿cómo no, después de todo lo que había hecho por mí?

Aaron se había convertido en mi peor pesadilla.

Suspiré y esperé a que fuera mediodía para ir hasta donde Marissa me llevaría para mi primer «entrenamiento». A decir verdad, no me emocionaba en absoluto, pero me relajé y pensé en idear un nuevo plan que llevaría a cabo muy pronto. Aquella no era mi pelea y no dejaría de lado mi misión por estar pensando en otras cosas que no me llevarían a nada. Los últimos días me había distraído y alejado de mi objetivo: averiguar qué me había ocurrido. Ahora parecía casi imposible hablar con Hannah y Alex, y sospechaba que se traían algo entre manos. Caleb estaba molesto conmigo y de ninguna manera le pediría que le dijera a Hannah y a Alex que yo seguía allí. Puede que pensara que lo había estado utilizando, y eso no era cierto. Tenía que esperar un poco más hasta que las cosas se calmaran.

Inspiré y me tumbé en el sillón rojo. Daba la sensación de que el salón era mi territorio; nadie entraba, y eso me parecía perfecto. La verdad era que no estaba de humor para hablar con nadie, ni siquiera con Marissa.

Me acosté bocabajo y empecé a dibujar las orillas del sillón que podía alcanzar con las yemas de los dedos, mientras mi mente volaba entre nubes llenas de ideas que, al final, no me llevaban a ningún lado. Me sentía una fracasada.

Suspiré. Tal vez podría encerrarme allí para siempre y no ir al entrenamiento. Sería como darle a Aaron de su propia medicina. Hacerlo esperar podría molestarle bastante, y eso era justo lo que quería.

Cuando me fijé en el reloj, me di cuenta de que todavía era demasiado temprano; faltaban cuatro horas para el mediodía, Caleb debía de estar llegando a la escuela y Aaron debía de estar quién sabe dónde. En realidad no me importaba, pero no quería toparme con él después de lo que había sucedido. Decidí en el último momento visitar a Rosie para saber por qué había enviado a Caleb a ese lugar. A ese barrio donde casi me capturaron. ¿Acaso ella se había percatado de que me habían estado persiguiendo?

Negué. Probablemente Rosie ni siquiera supiera su nombre. Seguía en la ruina, como todos los miembros de la familia Crowell esperaban. Me alegraba un poco, aunque también me sentía mal por ella. Al igual que Hannah, creía que debía proteger a mi madre. Al fin y al cabo, a pesar de que había acabado con mi vida, también me la había dado.

—¿Te importa si entro?

Escuché una voz a lo lejos, di un respingo por la sorpresa y cuando volví a reproducir la voz que me había hablado, me alegré de que se tratase de una voz femenina. Me relajé, me levanté de un salto y vi los cabellos rojizos de Marissa. Su cuerpo delgado estaba apoyado en el marco de la puerta. Parecía increíblemente ligero.

—No, para nada. Adelante.

Entró mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿En qué piensas? Pareces triste.

—En nada... —Me encogí de hombros y volví a sentarme en el sillón, tratando de ocultar cualquier señal que pudiera hacerle pensar que quería largarme de allí—. Quería hacerle una visita a Rosie.

Ella levantó las cejas.

—¿Tu madre?

Asentí.

—Pues no sé, Anna...

No parecía estar demasiado de acuerdo con la idea. Aunque no había hecho ninguna mueca, se la veía un poco disgustada. Sabía que estaba analizando mentalmente esa posible situación.

—¿Por qué?

—Creo que es mejor que no te vea. Podría... retrasar el proceso de mejora. Si sigue viéndote, pensará que sigues viva y su cerebro no le permitirá mostrar lo que verdaderamente sucedió.

—Nunca se recuperará de su trastorno...

—Anna, si la ves, es probable que Rosie siga pensando que estás viva, y no lo estás.

Resoplé.

—En realidad, eso es lo que trato de averiguar. No sé qué me ocurrió. No tengo ningún recuerdo tras el incendio. No vi ninguna imagen de mi vida, no tuve ningún *flashback*. Sé que en la tumba no hay nadie ni nada porque no encontraron mi cuerpo. La policía cree que mi cuerpo quedó reducido a cenizas.

No me costó pronunciar aquellas palabras. Había estado esperando el momento perfecto para soltar lo que guardaba en mi interior.

—Ay, Anna —se compadeció.

—Creo que podría estar viva.

—¿Como Alex?

Asentí con la cabeza.

—¿Tienes esperanza? —me preguntó.

—Si no, nada de esto tiene explicación.

—Podrías desilusionarte si no es así.

De pronto, Marissa parecía menor que yo. Se llevó las uñas a la boca, jugueteaba con su cabello cada vez que tenía oportunidad y fruncía el ceño cuando no comprendía algo. Estaba visiblemente nerviosa.

—¿Tú qué opinas? —pregunté.

—¿Yo?

—Sí.

Ella tomó aire y levantó los hombros mientras parpadeaba.

—Pues no lo sé. Nosotros no sabemos qué te sucedió en realidad, solo

una parte de la historia, nada más. No te ofendas, pero el caso de Alex fue una excepción y no creemos que algo así pueda volver a ocurrir. Te puedo decir que todos los que estamos aquí estamos muertos. Ya no hay vuelta atrás, tal vez deberías hacerte a la idea. Tu lugar está aquí y no tienes ningún asunto pendiente en el mundo de los vivos. ¿No crees que eres de más utilidad aquí?

Su tono de voz había cambiado y ambas nos habíamos dado cuenta. Enseguida, y con las mejillas enrojecidas, me levanté. No me había gustado nada lo que había dado a entender.

—Creo que será mejor que me vaya.

—Anna... —intentó levantarse para detenerme.

—Lo he pillado.

—No quería decir eso, Anna. Lo siento.

Pero era demasiado tarde para darme la vuelta y decirle que no pasaba nada. Crucé la puerta y su voz se convirtió en un susurro lejano. Acto seguido, me dirigí hacia donde se encontraba hospitalizada Rosie.

De camino por el pasillo, me topé con Johanna. Llevaba su cabello rubio peinado en una coleta alta y los rizos le caían como una cascada sedosa. Vestía unos pantalones deportivos y un top negro que dejaba al descubierto su vientre blanco, casi transparente. En cuanto me vio acercarse, echó a correr para alcanzarme.

—¿Anna? ¡Espera!

Me detuve en seco y esperé a que hablara. La carrera no le había afectado para nada; en cambio, yo estaba fatigada. Además, estaba que echaba humo, pero eso no significaba que me fuera a desquitar con ella; no me había hecho nada.

Tomé aire e intenté relajarme.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Parecía ignorar lo que había ocurrido justo unos instantes antes y tenía una sonrisa perfecta dibujada en el rostro. Se la veía animada, pero no me dejé contagiar por su entusiasmo. Traté de no sonreír, porque sabía que lo único que aparecería en mi rostro en ese momento sería una mueca de disgusto.

—Yo, eh... hola —saludó con nerviosismo, aunque la sonrisa seguía ahí

—. Estaba a punto de ir a buscarte. Qué suerte que te haya encontrado aquí. Aaron me ha dicho que podéis empezar el entrenamiento ahora, porque más tarde tiene cosas que hacer y quería saber si tú podías empezar antes de lo acordado y si te sientes más cómoda así.

Entrecerré los ojos. Estaba segura de que esas no eran las palabras que había empleado Aaron. Probablemente su tono había sido mucho más duro, y ni siquiera me habría preguntado si me sentía cómoda cambiando el horario del entrenamiento. Me habría obligado a hacerlo. Por dentro agradecí a Johanna el esfuerzo de cambiar un poco la versión en lugar de darme el aviso directamente.

Accedí solo por una razón.

—Me parece genial.

Ella asintió y relajó los hombros.

—¡Qué bien! —Esbozó una sonrisa todavía más amplia y sincera—. Voy contigo, si no te importa.

—Adelante.

Empecé a caminar, pero, al no escuchar ninguna pisada cerca de mí, me detuve. Me di la vuelta. Johanna parecía confusa.

—¿Qué pasa?

Ella vaciló.

—Es que... ¿no vas a cambiarte?

Apuntó a mi ropa con el dedo índice mientras se formaba una mueca en su rostro. Bajé la mirada y me di cuenta de que llevaba unos vaqueros bastante ajustados y un suéter rosa de felpa, y debajo del suéter vestía una blusa de tirantes del mismo color. Mis zapatos, aunque parecían deportivos, no lo eran. No obstante, no consideraba que debiera cambiarme. Al fin y al cabo, era un fantasma...

—Sí, ¿crees que voy mal? —pregunté con calma.

Johanna no parecía ser de esas chicas que se burlaban de las demás, pero estaba segura de que, en vida, había tenido un buen sentido de la moda, aparte de que era muy guapa. Más allá de que las dos éramos rubias y teníamos el pelo rizado, no nos parecíamos en nada. Los rasgos y las facciones de nuestros rostros eran diferentes; ella tenía la cara redonda y llamativa, sus ojos eran grandes y profundos, le destacaban los pómulos y su

perfil parecía el de una muñeca acabada de diseñar. Aunque Johanna tenía una bonita figura curvilínea, era más ancha que yo; sus caderas eran más grandes que las mías y sus piernas más cortas; de hecho era unos cinco centímetros más pequeña que yo. Yo era más simple y menos agraciada.

Veía en los ojos verde esmeralda de Johanna que tenía la intención de ser mi amiga.

—Pues... Creo que algo de lo mío te quedaría bien. Tengo conjuntos deportivos que podrían gustarte.

—No creo que sea necesario. Solo es un entrenamiento.

Vi la decepción en su rostro.

—Tengo algunos rosas y púrpuras. He oído que es tu color favorito.

Resoplé.

—Bueno, creo que no me vendría nada mal un cambio, ¿verdad?

Su sonrisa se ensanchó. Me cogió de la mano sin ninguna preocupación y tiró de mí para volver por el pasillo que acabábamos de recorrer. Imaginaba que íbamos a su habitación, si es que la tenía. Aunque a ciencia cierta, no le veía sentido al hecho de tener una habitación, pues ya no la necesitábamos...

Puede que fuese por la costumbre.

Cruzamos varias puertas hasta llegar a una con el número cincuenta, como si fuera una clase de hotel o algo así. Johanna le había dado su toque especial al número pintándolo de colores pastel. Entonces, atravesamos la puerta y me sorprendí. Parecía que habíamos entrado a otro mundo. Era una habitación completamente blanca con lámparas de cristal y cuadros de colores brillantes. De no haber sido por la ventana de madera podrida y las vistas al campo desierto y quemado, habría dicho que estaba en un castillo. Parecía la habitación de un miembro de la realeza.

—¿La has adornado tú?

Ella asintió.

—¿Acaso eras una princesa?

Negó entre risas y se dirigió a un armario que se encontraba cerca de la ventana.

—No. He robado un par de cosas para ponerlas aquí. Siempre quise una habitación así. Habría sido genial ser una princesa, y no una *stripper*.

Su respuesta me tomó por sorpresa; nunca me lo habría imaginado.

—¿Te hicieron daño? —pregunté.

—Bueno... No vale la pena hablar de ello.

Asentí sin querer preguntar nada más. Johanna no quería hablar más del tema y yo no iba a insistirle.

—Mira, ¿te gusta este?

Me mostró un pantalón de licra rosa con una raya blanca a un costado, a juego con una chaqueta del mismo color con un cierre blanco. De inmediato, el color me llamó la atención y asentí.

—Creo que es perfecto.

—Saldré para que te cambies. Si no te gusta el resultado, puedes mirar si te gusta otro, no tengo problema. Creo que te quedará bien.

Asentí.

—Gracias, Johanna.

Salió de la habitación sin lanzarme ninguna mirada acusatoria para que no tocara nada. Me quité los vaqueros y me puse las mallas de licra. Luego, me deshice del suéter rosa de felpa y lo tiré al suelo. Me puse uno de los tops blancos de Johanna y, finalmente, la chaqueta. A mi espalda, había algo cubierto con una sábana blanca y no dudé en quitarla de un tirón. Escuché el frufú de la tela y se levantó una nube de polvo. Tosí un par de veces y cuando el polvo pareció darme tregua, me centré en lo que acababa de descubrir. Era un espejo, y sí, mi reflejo estaba ahí. Estaba pálida y, al verme los ojos, parecía cansada; sin embargo, no tenía ojeras. Me veía más joven; tenía la piel brillante y limpia, y el cabello alborotado.

Pero algo no me gustaba.

Tenía un aspecto infantil. Y yo ya no era una niña.

Quería creer que, durante el cambio, me había vuelto madura y estaba tomando decisiones por mí misma, que ya nadie me daba órdenes y que podía hacer lo que yo quisiera. Ya no tenía por qué fingir que el color rosa era parte de mí, no debía actuar como una niña malcriada. Aunque nunca lo había sido, sabía que los Crowell tenían esa idea sobre mí. Me había tocado interpretar el papel de la adorable Anna Crowell, que le robaba los caramelos a Alex cuando éramos pequeños. Pero todo eso había acabado. Caleb se había reído en un principio por mis colores pastel. Aunque no lo había hecho con la intención de herirme, me había recordado todo lo que había sido para los Crowell: una niña tonta que se dejaba manipular.

No iba a permitir que nadie más se burlara de mí y me infravalorara. Las cosas iban a cambiar de una vez por todas.

Fui al armario y busqué algo que me llamara la atención, algo que me sorprendiera tanto a mí como a los demás. Estaba dispuesta a cambiar y dejar de ser la chica que seguía órdenes. Me puse de rodillas para buscar ropa deportiva en las cajas que había en el cuarto. Por suerte, Johanna tenía varios conjuntos que podrían servirme. Cogí todos los que vi y los lancé a la cama. Impaciente y ansiosa, analicé cada conjunto para encontrar algo de mi agrado. Levanté unas mallas de licra roja que descarté enseguida; la cosa era causar impresión, no humillarme. Saqué más ropa de color pastel, hasta que al final apareció un pantalón de color negro. Me lo enfundé en un abrir y cerrar de ojos. Después, busqué un top negro como el de Johanna. No fue difícil encontrar uno: había decenas de ellos. He de confesar que preferí ponerme uno que tenía un relleno para realzar el pecho. Tampoco era que tuviera muchos atributos. Me reí por dentro, porque, según recordaba, había empezado a usar sujetador cuando tenía trece años, pero, entonces, todo el mundo creía que tenía unos diez. Me puse el top completamente negro junto con una pequeña paloma blanca justo donde debía de estar mi corazón y me fijé en mis brazos pálidos. Esperaba no tener que quitarme la chaqueta para evitar una burla de Aaron.

Después me puse una chaqueta del mismo color oscuro y la abroché hasta el pecho. Cuando me miré en el espejo, me di cuenta de que mi figura parecía diferente. Incluso yo me sentía diferente. Ahora mis curvas eran más evidentes, era más voluptuosa y parecía más alta. Mis piernas estaban perfectamente torneadas. A pesar de que me consideraba delgada como un fideo, la chica que había en el espejo no se parecía a la Anna Crowell de siempre. Pero no bajé la mirada. Seguí contemplando mi reflejo, intentando convencerme de que era yo. Jamás me había mirado en el espejo durante tanto tiempo.

Escuché unos suaves golpes en la puerta. Parpadeé para volver a la realidad y caminé hasta la cama para sentarme en el borde.

—Un momento —pedí mientras me ponía las zapatillas deportivas, que también me quedaban justas. Me las abroché y di un salto. De pronto, sentí que tenía una postura más erguida.

—Ya puedes entrar —añadí.

La puerta se abrió y, en cuanto Johanna entró, escuché un chillido de emoción.

—Mírate. —Tuvo que dar una vuelta a mi alrededor para asegurarse de que era yo. Sus ojos estaban brillando por la sorpresa y yo sonreía porque tampoco podía creer que algo tan insignificante hubiera supuesto un cambio tan grande—. Estás increíble. Se les caerá la baba, Anna.

—No exageres —dije.

—Solo te falta algo.

—¿Qué?

Fue hacia uno de los cajones y sacó un coletero. Lo estiró para que lo viera mientras levantaba las cejas.

—Tienes que atarte el cabello.

—Nunca lo he hecho —respondí, vacilante. Llevar el cabello suelto me daba cierta seguridad porque me permitía ocultarme el rostro. Era una especie de cortina que me apartaba de los demás, y llevarlo recogido significaba no tener ningún refugio cuando quisiera escapar.

—Seguro que nunca antes te habías puesto un modelito así y, mira, te queda fenomenal.

Suspiré.

—Está bien... —contesté, y puse los ojos en blanco.

Ella dio un salto mientras sonreía.

—¡Deja que te peine yo! —dijo, y se abalanzó sobre mí—. Te haré una coleta lo más natural posible.

Me reí.

El resultado me gustó. Para mi sorpresa, la coleta no estaba estirada como las que se hacían Rosie o Rebecca cuando iban a un evento formal; tenía un aspecto natural. Nada de estirar la piel con pasadores ni laca para mantener la coleta alta y perfecta. Unos cuantos mechones se salían del peinado y me rozaban las orejas. Por suerte, los rizos habían cooperado y se habían adaptado perfectamente al peinado de Johanna, que parecía estar más emocionada que yo.

—Si fuera un tío, tu modelito ya estaría en el suelo

—me dijo mientras me observaba en el espejo.

Johanna estaba detrás de mí, sonriendo con satisfacción por su increíble

trabajo. Recogí mi suéter, que seguía en el suelo, debajo de mis zapatos, y se lo lancé a la cara tan rápido que le fue imposible esquivarlo. Ella se rio.

—Venga, vámonos.

Asintió y salimos de la habitación. Al caminar por el pasillo, escuché el murmullo de varios fantasmas que pasaban a nuestro lado. Al verme, se detenían unos segundos para mirarnos. Escuché mi nombre entre susurros que se preguntaban si era yo y seguí avanzando con seguridad. Todo eran cumplidos. Johanna se había aferrado a mi brazo mientras caminábamos juntas. Unas semanas antes me habría molestado que alguien se hubiera tomado tantas libertades conmigo tan pronto, pero la verdad era que me sentía muy cómoda en su compañía.

—Quiero ver la cara de Aaron.

—¿Aaron? —pregunté.

Johanna se encogió de hombros.

—Claro, es el que más rencor te guarda.

Cuando salimos de la mansión, fuimos hacia las montañas. Subimos por un cerro enorme que parecía no tener fin. Afortunadamente, utilizamos nuestros poderes fantasmales y llegamos antes de lo esperado. Las plantas estaban verdes y en su máximo esplendor. El sol se reflejaba en el horizonte y cubría la mayor parte de los cerros. Me dejé llevar por Johanna, que parecía conocer el lugar mejor que yo, hasta que llegamos a un camino cubierto de hierba y tierra. Después, el camino se fue ensanchando hasta convertirse en un enorme campo de césped perfectamente verde con árboles podados alrededor. En algunos lugares había círculos de tierra, donde cientos de hormigas se desplazaban con delgadas hojas sobre sus cabezas. Calculaba que en aquel enorme terreno cabían unos ciento cincuenta coches. En el centro, vi a Aaron y dos chicos más, igual de jóvenes que él.

Eran David y Thomas, los mismos chicos fuertes y altos que habían estado vigilando a Lilith en la habitación en la que había sido encerrada. David jugaba con una pelota de béisbol, y Thomas y Aaron me daban la espalda. Parecía estar hablando de algo interesante.

—Desabróchate la chaqueta —me sugirió Johanna en un susurro.

No sé por qué le hice caso, pero me bajé la cremallera, dejando ver mi top y buena parte de mi vientre. Me puse demasiado nerviosa cuando los chicos comenzaron a girar la cabeza hacia nosotras y no pensaba con claridad.

Mientras avanzaba hacia Aaron, sentí un cosquilleo en el estómago. Marissa y Lilith estaban allí, sentadas en una de las mil ramas de los árboles que se encontraban cerca. Me sorprendí al ver que no solo estaban ellas, sino también el ejército completo de los fantasmas. Y todos me observaban. A pesar de que Johanna estaba a mi lado, dándome apoyo moral, me sentía completamente sola, porque ninguno de los ojos la miraban ella, sino a mí. He de admitir que me sentía bien siendo el centro de atención.

David me contempló con una sonrisa macabra. Dejó de jugar con la pelota y asintió con la cabeza para llamar la atención de Aaron y Thomas. Este fue el primero en darse la vuelta, ya que Aaron se encontraba bastante tenso y ocupado en sus asuntos. Veía sus omoplatos duros y contraídos debajo de su camisa negra. No había duda de que cuanto más guapos, más arrogantes.

Mantuve el mentón levantado siguiendo mi camino, que parecía eterno entre tanto murmullo, hasta que Aaron se giró.

Entonces, sus ojos se posaron en mí y tuve la sensación de que me desvanecía. Las piernas me temblaron y me sentí bastante estúpida por creer que un conjunto deportivo negro me cambiaría la vida. Aaron estaba quieto, observando mis andares, algo descoordinados. Johanna me susurró algo, pero no lo alcancé a escuchar porque estaba hechizada por los ojos negro azabache de Aaron. No había ninguna expresión en su rostro que pudiera dejarme ver qué pensaba, y eso me frustraba. Porque no sabía si sentirme bien o sentirme humillada.

Menuda estúpida.

Me detuve antes de llegar hasta ellos. Tanto David como Thomas me miraban de arriba abajo con una sonrisa en el rostro. Menudos sinvergüenzas. Eran igual que su líder.

De pronto, Johanna ya no estaba a mi lado. Parpadeé, pensando en qué momento se había apartado de mí. Mi confusión llamaba la atención, así que alcé la vista, intentando ocultar mi desconcierto y vi que a los dos subordinados de Aaron se les movía el cabello debido a una fuerte ráfaga del

viento.

Mi pelo también se sacudió.

Aaron dio unos pasos hasta mí y todos se quedaron en silencio, observándonos.

—¿Qué intentas? —me preguntó con el ceño fruncido.

Él, al contrario que los demás, no parecía afectado por mi vestimenta, sino algo incómodo. No entendía a qué venía mi cambio repentino.

Fruncí el ceño, en señal de desagrado.

—No voy a distraer a tu ejército para ponerlos en tu contra, si es lo que piensas. He venido a entrenar, y Johanna me ayudó con la ropa; no podía usar los vaqueros —expliqué sin muchos rodeos, aunque él no parecía demasiado convencido—. ¿Qué hay de malo en eso?

Él entrecerró los ojos, como si creyera que mentía, pero al no captar nada, se dio por vencido y se giró.

—Hagamos esto rápido.

Johanna estaba subida sobre uno de los árboles. Me dio ánimos para mi primer entrenamiento. Hasta ese momento, no se me había ocurrido preguntarle si sabía algo de lo que íbamos a hacer, al menos para estar preparada, pero ya era demasiado tarde. Estábamos a unos minutos de empezar y todos estaban emocionados por ver... lo que fuera a hacer en el primer entrenamiento.

David y Thomas se alejaron bastante. Aaron estaba tenso y parecía preparado. Yo no sabía qué esperar, así que solo cerré los puños con fuerza por si quería pelear. Había ido a clases de defensa personal, pero nunca había estado en peligro. Al fin y al cabo, no salía demasiado.

—¿Cómo fue tu cita? ¿Os besasteis por fin?

Apreté la mandíbula.

—Hagamos esto rápido —repetí las mismas palabras que él me había dicho, ignorando por completo su pregunta.

—Creo que no —se burló David a sus espaldas.

Lo fulminé con la mirada. Seguramente les había hablado de mi relación con Caleb. No iba a permitir que nadie se entrometiese en mis asuntos personales.

—Ponte ahí.

Me señaló un círculo de tierra donde cabía perfectamente.

Me planté donde me había indicado y seguí apretando los puños por si me tomaba por sorpresa.

—Bueno, Anna, los fantasmas somos invisibles, ¿verdad? Muy pocas personas nos pueden ver, y sabemos que aquellas personas que nos ven tienen una conexión con nosotros, así que de ninguna manera les podemos hacer daño.

Asentí.

—Sin embargo, nosotros no pelearemos con humanos. Pelearemos con fantasmas. Ellos sí que nos pueden ver, lo cual son malas noticias. Pero, afortunadamente, gracias a nuestro amigo Alan, conocemos un truco que podemos aplicar. Podemos volvernos invisibles para ellos también, así que esto nos dará una gran ventaja. No obstante, antes de enseñarte este truco, tienes que prometer que no dirás nada de esto a nadie.

Antes de que pudiera volver a hablar, David se acercó a él y le dio una caja que parecía tener algo caliente dentro, porque desprendía mucho vapor.

—Debes tener algo que simbolice que eres una de los nuestros y que vas a luchar de nuestro lado. —Metió la mano en la caja y sacó un anillo de oro con un número grabado, era un cero y un uno; el cero estaba a la izquierda y el uno a la derecha. Eran muy pequeños, pero se distinguían.

—Si estás de acuerdo, ponte este anillo.

Cuando giré el rostro para mirar a Johanna, me di cuenta de que ella también llevaba uno. Entoces, observé a todos los que estaban a mi alrededor: todos llevaban un anillo con un número grabado.

Tomé el anillo con firmeza y me lo puse sin temblar.

Sentía el zumbido de los latidos de mi corazón en la cabeza.

De repente, todos comenzaron a aplaudir.

David se apartó y Aaron sonrió.

—Bienvenida, Anna.

—Gracias —murmuré.

Después, iniciamos el entrenamiento.

—Quiero que intentes golpearme —pidió—. Donde quieras.

Asentí, gustosa.

—Eso será fácil.

Apreté los puños con fuerza y no dudé en levantarlos para asestarle un buen golpe, pero en ese momento desapareció. Parpadeé, confundida. Entonces comprendí lo que había querido decir con que tenían un truco para que los demás fantasmas no nos vieran.

Aaron me habló desde el tronco donde estaba sentada Johanna.

—Has sido demasiado lenta. Intentémoslo de nuevo.

Pero cuando lo repetimos, sucedió lo mismo. Desapareció sin más. Y de pronto estaba en otro extremo del campo, esbozando una sonrisa socarrona.

—Me doy por vencida. Dime cómo hacerlo.

—Piensa en algo humillante y trata de desaparecer con todas tus fuerzas.

—¿Solo una cosa? —pregunté, levantando las cejas.

Él asintió.

—Solo una.

—¿Y quién tratará de golpearme?

Se rio.

—Nadie. Lo del golpe solo era para ver cómo volaba tu pequeño puño en el aire. Ha sido divertido.

Apreté la mandíbula con fuerza de nuevo.

Entonces, me vino un recuerdo demasiado gráfico a la mente. Tenía trece años y había intentado besar a un chico que me gustaba. Se llamaba Diego. Tenía una bonita sonrisa y compartía conmigo las chocolatinas que compraba en la cafetería cuando yo me ponía a llorar. Recordaba que le había insistido mucho a Rebecca para entrar en una escuela normal. Diego era dulce y amable conmigo. Tenía el cabello oscuro y unas gafas grandes y redondas que le ocultaban las pecas rosadas que se amontonaban en sus mejillas. No era muy guapo, tampoco inteligente, pero era mi mejor amigo por aquel entonces. Sabía que le gustaba, pero era demasiado tímido para decírmelo y nunca se había atrevido a dar el primer paso. O a lo mejor yo iba demasiado rápido. La cosa es que cuando yo le había intentado dar un beso en la boca, esperando que fuera un beso encantador, mis cabellos quedaron cubiertos de barro y mi ropa, bañada en miel. Alguien me había lanzado un cubo de miel y, aprovechando mi distracción, me habían empujado al suelo, lleno de barro a causa de la lluvia. Acto seguido, un montón de hormigas comenzaron a trepar por mi cuerpo y tuvieron que llevarme al hospital.

Rebecca me castigó y no me permitió volver a ese colegio.

Nunca supe nada más de Diego, pero sí tenía claro que él había colaborado con quienes me había gastado aquella broma. Aquello me hirió.

Aaron contempló mi rostro entristecido y se aclaró la garganta para que lo mirara.

—No hace falta que sea algo muy triste, eh —me animó.

Asentí sin hacerle mucho caso y me concentré en la tristeza que sentí en esos momentos, porque en realidad no había sentido ni odio ni rencor. Solo estaba ilusionada por dar mi primer beso. Y acabó siendo una experiencia horrible.

—Bien, ya que lo tienes, ahora tienes que desear desaparecer con todas tus fuerzas. Será fácil. Luego localiza un punto donde quieras estar. Te recomiendo que sea cerca, no puedes ir demasiado lejos. Esto no es teletransportación ni nada de eso. Utilizarás dos herramientas en un solo truco. Cuando desaparezcas, irás hasta ese lugar a pie. Pero tienes que ser veloz.

Asentí.

—Creo que lo tengo.

Volví al recuerdo y sentí un pinchazo en el corazón. Se me hizo un nudo en la garganta, pero me obligué a no llorar. Aquello era agua pasada y seguro que esas personas ya habían pagado el daño. O al menos eso quería creer.

Deseé desaparecer. Cerré los ojos con fuerza y, de pronto, me sentí ligera, como si pudiera echar a volar. Cuando volví a abrirlos, Aaron estaba delante de mí, pero, por su expresión, me di cuenta de que él no me observaba. Fijé los ojos en los fantasmas que nos acompañaban y todos miraban curiosos a su alrededor para ver dónde aparecía.

—Muévete antes de que crean que nos has dejado —susurró Aaron.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué le pasaba a este hombre con las órdenes? ¿Acaso había sido profesor en vida o tenía algún problema? Negué con la cabeza, no entendía cuál era la razón. De algún modo, Aaron sabía que seguía de pie en el mismo lugar donde me había plantado. Le hice gestos de desagrado, pero él no se inmutó. Al igual que los demás, tampoco me veía.

Miré a Johanna y me dirigí a ella con paso veloz.

Después volví a aparecer por arte de magia. Cuando Johanna me vio a su

lado, dio un grito y me abrazó.

—¡Lo has logrado!

Asentí. No había sido tan difícil.

Aaron me hizo señas para que me acercara. No era uno de esos líderes que te dan la enhorabuena cuando logras algo. Tenía un rostro impasible.

—Has tardado demasiado.

—Pero lo he logrado —repuse.

—Intentémoslo de nuevo —dijo.

Lo hice una vez más, pero esa vez fui más rápida. En cuanto desaparecí, me planté detrás de él. No pasaron ni dos segundos cuando vi su espalda tensa delante de mí. Le di dos golpecitos en el hombro derecho para llamar su atención. Aaron se sobresaltó y se giró echando humo. Me miró con esa mirada habitual que me atravesaba y yo le devolví el gesto. Por suerte, ya me estaba acostumbrando y no me intimidaba.

—¿Así o más rápido?

—Otra vez.

Creo que fue lo peor que podría haber dicho. Me hizo repetirlo unas cuarenta veces más. Sentí que me agotaba y, al final, mi mente ya no funcionaba y el recuerdo ya no parecía tan humillante. Pero el truco seguía funcionando. A medida que lo hacía, desaparecían más fantasmas, las ramas se iban quedando vacías y las voces y los murmullos comenzaban a disminuir. En la última ronda, me limité a mirar hacia la rama donde estaba Johanna, que era la única que me importaba. Ella seguía ahí.

Cuando me giré para ver quién más nos hacía compañía, me di cuenta de que David y Thomas también se habían marchado. Solo quedábamos Aaron, Johanna y yo. Aunque el sol todavía brillaba en lo alto, yo solo quería tumbarme en el sillón y esperar a que el día acabara.

Al cabo de un rato, me conocía el terreno de memoria. Sabía dónde debía pisar y cuál era el lugar más adecuado para esconderme. Aaron no se había sentado en ningún momento; observaba cada paso que daba.

Johanna parecía cansada y aburrida, incluso se había acurrucado en el tronco del árbol. Se le cerraban los ojos de vez en cuando y trataba de distraerse jugando con las hojas de los árboles o con las ramas que crujían debajo de ella. Por suerte, no podíamos dormir, porque de lo contrario se

habría echado una buena siesta en medio de la nada.

—Eh, no estás ayudando —le grité.

—Lo siento, Anna —contestó con una sonrisa.

—Puedes irte, no hay problema. Parece que seguiremos aquí un rato más.

Un sentimiento de culpa me invadió. Ahora Johanna me seguiría a todas partes y haría lo que yo le pidiera. Marissa me había dicho que yo era una líder. Mi primera aliada era Johanna, así como Aaron tenía a David y a Thomas.

—No me importa, puedo quedarme.

Negué, porque en realidad ella estaba tan asqueada como yo, pero mi compromiso y mis responsabilidades eran diferentes a las suyas.

—Nos veremos por la noche.

—Bueno, vale...

Se bajó del tronco y desapareció entre las ramas y la manta frondosa de los árboles que nos cubrían.

—¿Una nueva amiga? —preguntó Aaron con curiosidad cuando Johanna estuvo lo bastante lejos para no escucharnos.

—Sí —dije sin más—. ¿Quieres que lo haga otra vez?

Él asintió.

Lo hice una vez más y volví adonde estaba hacía unos segundos. Después, nos quedamos en silencio. Sus ojos se quedaron clavados en los míos y resopló.

—Tómate un descanso. Te servirá.

No contesté. Me alejé tanto como pude de él. Mientras caminaba, me sentí acalorada y me di cuenta de que aún llevaba la chaqueta puesta. Me la quité rápidamente y, justo en ese momento, me sentí observada. No le di importancia, porque sabía que solo quería molestarme, como siempre.

Me senté junto a un tronco, apoyé la espalda en la madera y cerré los ojos.

—Bonito top —oí que me decía al oído. Abrí los ojos y me encontré a Aaron junto a mí.

—Me has dicho que tomara un descanso, no que hablase contigo.

—¿Tan mal te caigo?

—Lo mismo me pregunto yo —respondí.

—Hagamos una tregua, entonces.

—¿Contigo? Ni de broma.

Escuché su risa. Su verdadera risa. Era bonita.

—¿Por qué no?

—Porque no me fío de ti.

—No me conoces todavía —contestó con el ceño fruncido.

—No quiero hacerlo, de todos modos.

Él sonrió.

—Pero yo sí, quiero conocerte.

—¿Por qué? ¿Me queda bien el negro? —lo reté.

Volvió a reír.

—No, Anna —contestó con seriedad. Su tono de voz había cambiado y noté un escalofrío. No sabía por qué, pero no confiaba en Aaron y en su tregua—. No es por eso. Aunque debo felicitarte por el cambio, te queda bastante bien.

—Gracias —respondí, nerviosa.

—Haré lo que me pidas con tal de negociar una tregua, ¿de acuerdo?

Me lo pensé. Ahora mismo no tenía nada que pedirle, pero sin duda con el tiempo encontraría algo para hacerle pagar por todos los malos ratos que me había hecho pasar.

—Bueno, está bien.

Aaron extendió la mano.

—¿Hay tregua, entonces?

Me vi forzada a extender la mía.

—Siempre que no te pases de la raya —puntualicé.

Sonrió.

—No lo haré.

De pronto, algo crujió. Levanté la vista, aterrorizada, y vi que una rama gruesa se me caía encima. Seguramente alguien había estado saltando en la rama hasta que se separó del tronco. No tuve tiempo ni de gritar.

Sentí que me daban un empujón y noté algo duro y pesado encima de mí...

Abrí los ojos de golpe y vi que las hojas de la rama que se había caído se me habían metido entre el cabello y que la gruesa rama estaba a escasos

centímetros de mí. Cuando miré al frente, incapaz de mantener la respiración, me di cuenta de que Aaron estaba encima de mí. Sus esculpidos brazos estaban a mis costados, casi a la altura de mis hombros. Al tener su rostro tan cerca, contemplé sus bonitos rasgos. En ese momento no fruncía el ceño y su expresión arrogante se había esfumado. Su boca estaba cerca de la mía y sentí un cosquilleo en el estómago.

Me aventuré a mirarlo a los ojos y me arrepentí enseguida. Se veían más negros y profundos; su piel morena me obligó a clavar la vista en su rostro perfecto. Era muy guapo. Demasiado. Pero no era Caleb, y aquello estaba mal.

Apreté los ojos y lo aparté de un empujón.

—Mejor que me vaya —dije, sacudiéndome las hojas que se habían pegado al conjunto deportivo de Johanna. Aaron se había levantado con mucho esfuerzo, preguntándose qué acababa de suceder.

—Anna... —me llamó cuando agarré la chaqueta.

—¿Sí?

—Siento lo de Caleb.

Asentí.

—Yo también.

Me di la vuelta para marcharme y no caer en la tentación de girarme y besar los labios de Aaron.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¡De ninguna manera besaría a Aaron! ¡A mí me gustaba Caleb! ¡Debía huir de ahí!

Capítulo diecisiete

Acababa de salir del entrenamiento cuando pensé que tal vez Marissa tenía razón y no era momento para ir a ver a Rosie. Verme le afectaría más de lo que yo pensaba. Si lograba recuperarse, podría recordar un poco mejor que yo lo que había sucedido en el incendio. No era bueno subestimarla, porque era posible que hubiese visto hasta la más mínima cosa. Así que ahí estaba yo: sentada en el sillón rojo esperando a que fuera el momento correcto para visitar a mi madre.

Me quité la chaqueta del conjunto y la lancé en algún lugar del gran salón que ahora me pertenecía.

No me gustaba mucho; tal vez debía darle mi toque especial, como Johanna. Parecía la estancia de un vampiro. Era demasiado fúnebre y yo prefería los colores claros.

Aunque la ropa no me quedaba mal, las telas oscuras que llevaba puestas, de hecho, mostraban mi edad. A lo mejor, con un poco de maquillaje, mi rostro parecería más expresivo. Me gustaba el delineado de Johanna, que le resaltaba el contorno de los ojos. Estaba segura de que a mí también me quedaría bien. Probablemente intentaría maquillarme cuando descubrir mi cuerpo dejara de ser una prioridad.

Me burlé en mi mente.

Los días siguientes fueron horribles. Todas las mañanas Aaron me esperaba en el mismo lugar donde había empezado mi entrenamiento. Ahora la única que me acompañaba y que observaba el espectáculo era Johanna, que se había convertido en mi amiga y en mi mano derecha. Nos llevábamos

bastante bien, incluso me había enseñado unos trucos que Aaron no sabía para que los emplease en los entrenamientos.

Lo sorprendí en alguna ocasión gracias a eso. Johanna y yo hacíamos un gran equipo y ella parecía ser fiel. A Lilith no parecía gustarle mucho que fuéramos amigas. De vez en cuando, hacía muecas o nos esquivaba, sobre todo cuando estábamos juntas. Se mostraba demasiado incómoda y miraba mal a Johanna, como si hubiera pasado algo entre ellas. Pero cuando Aaron se unía a nosotras, su rostro resplandecía casi de forma inmediata y no parecía tener ningún problema con nuestra presencia. No sabía bien si no tenía claro que eran fantasmas y que su relación no iba a durar como ellos pensaban. Era absurdo siquiera pensarlo. Pero Lilith estaba aferrada a esa idea y ni siquiera Marissa parecía poder hacer que entrase en razón.

Sus ojos todavía eran negros, algo que recordaba a Aaron su deslealtad al haber estado con el otro grupo enemigo.

Los entrenamientos iban bien. Estaba aprendiendo a defenderme y los días pasaban cada vez más rápido. Todos parecían conocerme de un día para otro y, por algún motivo que desconocía, desde que llevaba el anillo gozaba de buena reputación. Caleb trataba de no hablar conmigo y solo me respondía con monosílabos. Seguíamos buscando mi cuerpo, pero no habíamos dado con ninguna pista lo bastante interesante. No había nadie más que pudiera saber lo que había sucedido en el incendio salvo Rosie.

Marissa iba a lo suyo. La veía algunas veces y casi siempre era para hablar de los entrenamientos. No parecía que me ocultara nada; se la veía tranquila preparando a los demás miembros del grupo. Y aunque parecía agotada, su cuerpo seguía firme y sus ojos abiertos. Como un soldado. Era buena conmigo y me defendía cuando a Aaron se le olvidaba que habíamos pactado una tregua, aunque lo cierto es que cada vez me molestaba menos. Después de haberlo ganado unas cuantas veces en los entrenamientos, comenzaba a darse cuenta de que yo no era tan débil como él creía.

En el noveno día de entrenamiento, llegué a mi cueva y me tumbé en el sillón. Sentía los párpados pesados y la coleta me estiraba la piel. Me quité la goma elástica de un tirón para liberar mi cabello y dejar de sentir la presión en la cabeza.

Cerré los ojos, sin esperanzas de poder dormir, y pensé en los avances que había hecho: ninguno. Rosie seguía en las nubes y nada podía hacer que

entrarse en razón. Me levanté del sillón, incómoda y tensa por las emociones que se habían acumulado durante toda la semana. Me crucé de brazos y esperé a que se me ocurriera algo para avanzar con la misión.

Tendría que haber alguna forma de convencer a Caleb para ir a algún lugar y aprovechar la ocasión para destruir el muro que se había levantado entre los dos después de lo sucedido con Aaron.

Pero yo era demasiado impaciente.

Tenía que hacer algo ya. Debía dejar de pensar y actuar antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que olvidara más cosas.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta. Esa noche iba a visitar a los Crowell. Hacía bastante tiempo que no sabía de ellos y estaba impaciente por saber cómo iban sus vidas tras mi muerte. Aunque creía que no había cambiado nada y todo seguía igual que antes, solo que ahora no estábamos ni Rosie, ni Rebecca ni yo. Aprovecharía también para husmear entre las cosas de Rosie para ver si encontraba algo. Tenía la esperanza de encontrar un certificado de adopción, como había hecho Alex, pero sabía que eso no iba a suceder; me parecía tanto a Rosie que ni siquiera podía dudar que fuese mi madre.

Fui hasta el pasillo y cuando vi la habitación de Johanna no vacilé en llamar a la puerta.

Tardó unos segundos en responder.

—Soy Anna —susurré junto a la puerta, como si alguien estuviera cerca y no quisiera que me escuchara.

La puerta se abrió.

—Hola —contestó Johanna, mirándome directamente a los ojos.

—Voy a salir, tengo que investigar algo y necesito a alguien que me acompañe. ¿Quieres...?

Ni siquiera había terminado de hablar cuando salió de su habitación. La seguí con la mirada y esbocé una ligera sonrisa. Me gustaba que me siguiera a cualquier lugar sin preguntar nada.

—Vámonos.

Tuve que seguirla al trote porque se había alejado dando saltitos.

—¿Cuándo me lo ibas a decir, Anna?

Abrí los ojos, sorprendida. Esperaba que no hubiera visto nada de lo que

había pasado con Aaron el primer día del entrenamiento. Al fin y al cabo, éramos amigas, y debería habérselo contado yo antes de que se enterase por otro.

—¿Qué? —pregunté como si no supiera de lo que hablaba, aunque en el fondo sabía que lo que había pasado con Aaron ya no era un secreto y que ella lo había visto. Fruncí el ceño para añadir más dramatismo a mi terrible actuación—. ¿De qué hablas?

Mi voz sonaba nerviosa. No me importaba que supiera que nos habíamos quedado solos al finalizar el primer entrenamiento. Acababa de llegar y era el centro de atención, pero no quería que la gente se fijase en mí porque habían oído algún rumor sobre Aaron y yo. Solo esperaba que quienquiera que nos hubiese visto no hubiera malinterpretado lo ocurrido; entre Aaron y yo no había nada.

Johanna me dio un codazo suave.

—Bueno, pues que necesitas que te preste más conjuntos

—respondió con una sonrisa cómplice—. Tienes que admitir que tuviste una gran entrada.

Me relajé y sentí cómo mis hombros caían. Al no oír el nombre de Aaron salir de los labios de Johanna, dejé de sentirme mareada y volví a respirar con normalidad.

Sonreí.

—Sí, es cierto.

—No tengo ningún problema, te quedan mejor que a mí.

—¿Por qué te portas tan bien conmigo? —pregunté.

—Porque lo mereces. No dejes que nadie te haga creer lo contrario. Sabemos por lo que pasaste, y eres muy fuerte, Anna. Te admiro. Y, además, quiero que seas mi amiga. Siempre he querido tener una amiga de verdad y, al parecer, tú también. Así que no tenemos nada que perder.

Durante el camino, Johanna no dejó de hablar y me contó cómo iban las cosas en la casa donde vivíamos. No había nada fuera de lo normal. La mayoría de fantasmas eran novatos que acababan de llegar y que no sabían cuál era su misión o simplemente la habían olvidado. Me sentí muy mal por ellos. Al igual que por Johanna, porque ella también había olvidado cuál era su misión. Lo único que recordaba era que tenía veinte años y que su familia no la quería mucho; no se parecía a su padre y creía que su madre había

tenido una aventura. También recordaba que tenía dos hermanos pequeños que se metían mucho con ella. Tampoco la querían.

No mencionó nada de su muerte. Se mostró reservada y yo no traté de convencerla para que me lo contara.

Me dijo que Aaron llevaba bastante tiempo allí, que le había costado establecerse como el líder y que no sabían mucho sobre él, solo que era muy leal al grupo y a Marissa, que era la líder más fuerte. Me confirmó su edad y dijo que no me lo tomara como algo personal si se mostraba muy frío conmigo o me hacía algún comentario despectivo, porque él era así. Tampoco sabía de dónde era, quién era su familia y cómo había llegado con el grupo. Lo que más me llamó la atención era que había mantenido una relación con Lilith. Cuando vinieron a avisar de que ella había regresado y los ojos de Aaron se iluminaron, sospeché que había habido algo entre ellos dos.

Yo apenas hablé. Tampoco tenía mucho que contar. Solo le dije dónde había vivido, cómo había sido mi vida, le conté cuáles habían sido mis momentos felices y algunas tonterías que había hecho cuando era niña; solo eran recuerdos. También le narré lo que había sucedido con la familia Crowell y el infierno que había vivido con Rosie y Rebecca. Por último, le hablé del incendio en el que había estado involucrada y que me había llevado hasta allí. Johanna resopló y me dio ánimos, pero siguió sin hacer ningún comentario de su muerte. Yo no tenía ningún problema en contárselo, pues era un secreto a voces.

Era algo que todavía estaba asimilando y consideraba que los demás también debían hacerlo.

Cuando llegamos a la mansión, Johanna dio un chillido de emoción. Se le iluminaron los ojos y se detuvo a contemplar las grandes ventanas, que estaban iluminadas porque se había hecho de noche mientras nos dirigíamos allí. Supuse que le gustaba lo que veía por fuera. Al fin y al cabo, la mansión era muy bonita, tenía un enorme jardín y la fuente seguía funcionando; sin embargo, aquel lugar era una tumba de secretos.

Suspiré y me preparé para entrar. Después de la fiesta que había organizado Hannah, yo no había vuelto a poner un pie en la mansión. No creía que hubiera muchas cosas por descubrir, pero lo cierto era que Rosie tenía tantos secretos que cualquier lugar le era útil para ocultar lo que no

quería que nadie supiera.

—Me dijiste que Eric había estado en el ejército, pero nunca me has contado que fuese policía —dijo Johanna con sorpresa.

—¿Policía? —arqueé las cejas.

Eric, mi padre, y el de Hannah, había estado un tiempo en el ejército y había aprendido cientos de cosas durante su instrucción. Gracias a ello, le había salvado la vida a Hannah cuando Sarah había intentado acabar con ella.

Tras su tiempo en el ejército, Eric conoció a Margaret, y luego nació Hannah. Pero yo nací antes. Y me escondieron. Esperaba que por lo menos alguna de las flores que se encontraban en mi tumba fuera de Eric.

—Sí, mira. —Señaló dos coches patrulla que estaban aparcados junto a la entrada de la mansión. Estaban detrás del portón que apartaba la mansión de los Crowell de las demás residencias que se encontraban alrededor. De lejos, traté de ver si había alguien dentro de los coches, pero no había nadie en el interior.

Seguramente ya estaban dentro.

Pero ¿qué hacía la policía allí?

Estaba segura de que George no estaba nada contento de verse implicado en algo así tras el secuestro de Alex, pero parecía que los escándalos lo perseguían. Los medios de comunicación no cesaban de publicar noticias sobre Rosie y mi muerte.

—¿Qué habrá sucedido? —pregunté más para mí que para Johanna, que seguía a mi lado observando los dos automóviles.

—No lo sé, pero no parece nada bueno.

Asentí para mostrar que estaba de acuerdo con ella.

—Será mejor que entremos.

Aparté la vista de los coches y di media vuelta para volver a estar de frente a la mansión y dirigirme allí. Ahora la puerta principal se veía más grande. En cuanto di el primer paso, tuve el presentimiento de que algo no iba bien. La mansión volvió a parecerme oscura y silenciosa; ni siquiera la luz de Hannah y Alex había hecho que la mansión fuese un lugar bonito en el que vivir. Había muchas cosas por descubrir, y eso significaba más tragedia y dolor. Avanzamos por el camino de cemento que dividía el jardín e iba

directo a la entrada y sentí que las piernas me temblaban. Intenté tranquilizarme pensando que solo se trataba de una visita y que no había pasado nada malo.

Pero mi mente no colaboró y me imaginé a Rosie en una cama, totalmente inerte y fría. Sacudí la cabeza para deshacerme de aquella imagen.

No, eso no podía haber pasado.

Rosie estaba bien. Bueno, no del todo bien, pero estaba viva, y eso era lo que importaba. Si moría, no podría llevar a cabo mi misión.

Atravesamos la puerta en cuanto llegamos. Hacer algo así se había convertido en una costumbre, pero esa vez los músculos se me tensaron unos segundos, noté que los ligamentos se me estiraron y sentí un nudo en el estómago que me provocaba náuseas. Al cabo de unos instantes, la sensación se desvaneció y me sentí liberada. Estábamos dentro de la mansión. Las luces estaban encendidas e iluminaban cada rincón de la enorme y solitaria casa. Las escaleras de mármol que se dividían en dos estaban frente a nosotras, invitándonos a subir. Arriba estaban las habitaciones de la mayoría de la familia Crowell, así como el despacho de George, que seguramente se encontraba allí con los policías.

En esa ocasión, Johanna no dijo nada y caminó a mi lado para atravesar el pequeño espacio que se interponía entre nosotras y las escaleras. Dimos unos cuantos pasos antes de que el olor a naranja invadiera nuestras fosas nasales. Inhalamos el delicioso aroma y seguimos avanzando. Ella se detuvo unos segundos después a admirar un jarrón que había sobre la mesa del centro y suspiró.

—Ese jarrón seguro que cuesta más que mi casa —bromeó en un susurro, aunque nadie podía vernos ni oírnos.

Yo negué, dándole poco crédito a sus palabras, y reanudé la marcha. Subimos las escaleras tan rápido como pudimos y atravesé la primera puerta, la del despacho de George. Johanna imitaba cada movimiento que yo hacía. No me preocupaba que hiciera algo que no debía, porque era muy cautelosa y sabía que no era el momento de hacer ninguna broma para asustar a alguien.

La iluminación se atenuó. Una vez dentro del despacho, el color blanco desapareció y fue sustituido por grandes librerías oscuras de madera brillante

y sillones de piel negros. El escritorio seguía donde siempre, justo al fondo de la habitación, enfrente del gran ventanal que daba a una parte del jardín de la mansión. Las gruesas cortinas de color crema estaban corridas y dejaban al descubierto el cristal y el césped. George estaba allí, sentado en su silla, de espaldas al oscuro jardín. Delante de él estaban los dos policías, sentados en las sillas ejecutivas. George tenía una mirada inexpresiva, una de sus manos estaba en su barbilla y tenía el codo apoyado en el respaldo de la silla. Estaba pensando en algo.

Los dos policías estaban tensos.

Me adentré más en el despacho para oír mejor. Johanna se quedó cerca de la puerta. Me fijé en que tenía el pestillo puesto para que nadie los interrumpiera

—Hannah no puede saber esto. —Aquellas fueron las primeras palabras que oí decir a George en mucho tiempo. Estaba serio y parecía muy preocupado—. Alex tampoco, así que lo único que quiero pedirles es que se tenga bastante... consideración.

Me fijé en los policías. Ambos eran jóvenes y ninguno de los dos parecía haber estado antes en la mansión. Sus ojos estaban fijos en mi tío George, que parecía impaciente. Llevaban puestos unos uniformes color café, con los pantalones perfectamente planchados, tenían el cabello limpio y olían a jabón. Sin embargo, tenían ojeras bajo los ojos. Las manchas oscuras dejaban ver lo terrible que era trabajar como policía. No debían de tener más de cuarenta años, aunque se conservaban bastante bien.

—Entendemos su punto de vista, señor, pero es nuestra obligación anunciarlo. Lo sabe. Por eso hemos querido venir a decirle lo que está sucediendo, para que esté preparado —dijo uno de ellos, que parecía ser el que tenía unos cuantos años más que el otro.

Tenía el pelo rizado y despeinado. Sus ojos eran azules y, aunque no era nada atractivo, estaba muy fuerte.

George asintió.

—Por supuesto. Sé que es su trabajo y que hacen lo que creen que es mejor, y yo soy de los que están del lado de la justicia y respeta su trabajo, pero, como han visto, mi familia ha estado envuelta en varios sucesos que es mejor olvidar y creo que una noticia como esta llamaría mucho la atención y crearía mucha polémica. Además, considero que esto podría poner a mi

familia en peligro.

—Tenemos que dar la noticia lo antes posible, señor. No podemos esperar más.

El oficial de policía no parecía querer ceder. El otro hombre se mantenía en silencio, observando. George trataba de controlar su voz y sus emociones, como siempre había hecho. Seguía firme y su rostro reflejaba seriedad. Era verdad que mirarlo a los ojos en un momento tenso te intimidaba.

—Sarah aparecerá —aseguró George.

¿Sarah? ¿Qué le había ocurrido?

—¿Quién es Sarah? —preguntó Johanna con interés desde la puerta.

El rostro pálido de Sarah, con su cabellera anaranjada, apareció en mi mente. Cuando estábamos con mi madre, nos llevábamos bien. Es decir, *teníamos* que llevarnos bien si no queríamos molestar a Rosie. Así que ella no era alguien que quisiera hacerme daño.

—Era una cómplice de mi madre —le expliqué—. Iba al instituto con Hannah, Alex y todos sus amigos. Nos ayudó a descubrir lo que tramaban, ya que yo no podía entrar al instituto a vigilarlos. Sarah estuvo con nosotras y conocía el plan de Rosie desde el principio. Intentó atropellar a Hannah un día que regresaba de la mansión, pero por suerte Eric estaba con ella y evitó que ocurriese una tragedia. La metieron en un correccional porque aún era menor de edad, pero según tengo entendido, pronto cumplirá la mayoría de edad. Su padre es policía y tenía un acuerdo con el comandante, por lo que supongo que no la habrán tratado igual que al resto en el correccional.

—¿Y se ha escapado? —volvió a preguntar.

Al principio no me pareció interesante su huida. Sabía que Sarah tenía que pagar por lo que había hecho y huir era la mejor opción para ella.

—Eso parece. Está a punto de alcanzar la mayoría de edad y, entonces, la condenarán. Está claro que su mejor opción era escapar. No le habría gustado nada ir a la cárcel, así que supongo que no le ha quedado alternativa. Rosie está enferma y esta vez no iba a salirse con la suya. Nadie la ayudaría durante el juicio.

—Vaya —exclamó Johanna.

—Lo sé. Eso también podría haberme pasado a mí. Yo también fui cómplice y, peor aún, ya era mayor de edad.

—Te influenciaron, Anna.

—Pero debí haber diferenciado entre el bien y el mal. Y no lo hice. Solo actué.

—Mire, señor —el policía retomó la conversación con George—. Hagamos un trato. Trataremos de ser lo más discretos posible y llevaremos este asunto internamente. Buscaremos a la joven con nuestras herramientas sin llevarlo a la prensa, que ya parece interesada en el caso. Pero si sucede algo más que pueda afectar al bienestar de los ciudadanos, tomaremos cartas en el asunto. Sabemos que ha pasado por momentos muy tensos, y no queremos tener otro problema.

—Lo entiendo, y no sabe cuánto le agradezco que tenga esta consideración. Por mi parte, contrataré a alguna persona para que la búsqueda sea más rápida.

Los dos policías asintieron.

—Sabemos que es joven, pero también sabemos que no está bien y que ha cometido un delito. Participó en un secuestro junto con su esposa y estuvo a punto de quitarle la vida a su sobrina. Los hechos hablan por sí solos, señor. Sarah es peligrosa.

—Créame, oficial, yo soy el más interesado en saber a dónde ha ido. Sé que esa chica puede ser un problema.

—¿Ha visitado a su esposa durante los últimos días? —El otro policía que se había mantenido en silencio habló finalmente. Tenía una voz ronca y grave. George giró el rostro para mirar de frente al nuevo interlocutor.

Antes de contestar, se le tensaron los hombros.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Sigue igual, no parece salir de su burbuja.

—¿Le ha mencionado algo de Sarah? ¿Algo que le parezca sospechoso? Cualquier cosa o palabra podría servirnos como pista para esta búsqueda.

George se rio, pero era una risa amarga y desgastada. Ambos policías estaban serios.

—Ella ni siquiera sabe quién soy. No puede ni hablar, nunca acaba las frases y a veces son ininteligibles. Creo que no está mejorando como los doctores habían pronosticado.

Los policías se pusieron rígidos y tuvieron que acomodarse en las sillas.

—Eso solo puede significar una cosa. —Volvía a hablar el policía que había iniciado la conversación y parecía tan tenso y preocupado como George, que en ningún momento había relajado los hombros—. Rosie no puede ir a la cárcel. Tendrá que permanecer en ese hospital si los médicos creen que es necesario. Las enfermedades mentales son así.

George asintió.

—Lo sé. No sabe cuánto desearía que Rosie pagara por lo que hizo. Su castigo nunca será justo. Mientras ella respire, nosotros viviremos con el miedo de saber que en cualquier momento puede volver a hacernos daño.

—No es el único al que le indigna esta situación, George.

Tragué saliva. Seguro que él también pensaba eso de mí, que me despreciaba por haber sido cómplice de Rosie durante tanto tiempo. Alex era su hijo y, aunque había sido adoptado, él lo quería como si fuera su hijo biológico. Me sentí como una basura.

—Sé que en algún momento tendrá que pagar lo que hizo.

Ambos asintieron.

—Confiamos en que así sea. —Comenzaron a levantarse de las sillas para despedirse; oí un crujido de huesos y, después, un suspiro de alivio—. Bueno, mantendremos nuestra palabra y esperamos que su familia y usted se encuentren bien. Trataremos de mantenerlo informado con respecto al caso, al igual que le pedimos que si sabe algo, lo que sea, nos lo haga saber. A la prensa la evitaremos todas las veces que haga falta.

—Si supiera dónde está esa chica, se lo diría —contestó George—. Tengan por seguro que colaboraré con ustedes para encontrarla y hacerle pagar por lo que hizo.

Se estrecharon las manos. Los apretones de George eran firmes y dolorosos.

—Muy bien, entonces nosotros nos retiramos.

—Permítanme —dijo George, rodeando la mesa mientras se recolocaba la corbata y la chaqueta mientras esbozaba una ligera sonrisa neutral—. Los acompaño a la puerta.

Quitó el pestillo y abrió para que los oficiales saliesen.

—Seguro que esa Sarah ya está en el otro lado del mundo —se burló

Johanna.

—No lo sé —dije yo, insegura.

Sarah no podría haberse ido tan fácilmente. No tenía ahorros para comprarse un billete de avión e irse a otro continente, donde nadie la pudiera reconocer. Era lo bastante lista como para mantenerse cerca. Sabía que primero la buscarían en las estaciones de autobuses o en el aeropuerto. Así que no, ese no sería su plan.

Sarah estaba cerca.

—Bueno, si yo fuera ella y supiera que me iban a meter en la prisión durante un par de años, me iría del país —dijo Johanna—. A menos que tuviera a alguien que me protegiera.

—Pero ella ya no tiene a nadie. Su padre ya no puede interferir más —respondí mientras daba vueltas por el despacho.

—¿En serio, Anna?

Johanna se mordió el labio inferior.

—¿Qué? —pregunté. Ella sabía algo más.

—Creo que la única persona que queda es Rosie.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque Rosie no puede ni pronunciar su nombre.

Johanna suspiró.

—¿Qué? —volví a preguntar, esa vez con el ceño fruncido.

—Nada.

Se encogió de hombros y fue hasta una de las librerías con sutil ligereza. Yo la seguí con la mirada, sabía que no había terminado. Fingió leer la cubierta de un libro, pero sus labios estaban ansiosos por hablar.

—Creo que intentas convencerte de que Rosie no haría nada malo de nuevo.

Negué de inmediato.

—Eso es mentira.

—No lo es. La has perdonado. —Dejó el libro en su lugar y se giró para mirarme—. Intentas convencerte de que tiene algo bueno en su corazón, justificas sus acciones. Eres capaz de perdonarla a ella, pero no a ti.

—Sarah no está con mi madre. Sabe que es peligroso.

De pronto, sentí un pinchazo en el pecho. ¿Y si era cierto?

—Pues entonces averigüemos dónde está la tal Sarah.

Mi corazón latió con fuerza.

—Está bien. ¿Qué sugieres?

—Vayamos al hospital en el que está Rosie.

Me reí con nerviosismo.

—Sarah no iría allí de ninguna manera. Sabría que aquel sería el primer lugar en el que la buscarían.

Johanna asintió.

—Exacto, Anna.

No.

De ninguna manera.

Sarah estaba en alguna parte de la ciudad, lejos de esa mansión, seguramente en las afueras, si es que había escapado, pero no con Rosie. No estaba con mi madre, que ni siquiera podía pronunciar su nombre. Había perdido la razón y ya no podía ayudarla ni protegerla. Sería una estupidez buscar a Rosie cuando había sido declarada culpable y estaban valorando si estaba incapacitada para ir a la cárcel y si, en su lugar, debía cumplir condena en un hospital. Sarah no podía acudir a ella; si iba a huir o a esconderse, lo mejor que podía hacer era alejarse de mi madre, porque eso solo le traería problemas y lo sabía muy bien. Su padre ya no podría protegerla.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Johanna, que me seguía. Sus pisadas resonaban en mi cabeza, que ya comenzaba a dolerme.

No tenía sentido seguir en la mansión. Debíamos ir tras la única pista que teníamos, y esa pista era Sarah.

—Al hospital donde está Rosie.

—¿Entonces, lo has considerado?

—Sí —respondí avanzando con más rapidez—. Pero no creo que haya hecho esa tontería. Sarah sabe que se pondría en peligro. Y si está con Rosie es porque está planeando algo.

Johanna me siguió sin preguntar nada más. Dejamos atrás la mansión de los Crowell y fuimos hasta el hospital donde estaba Rosie.

La enorme edificación se erigía como un castillo. Estaba oscuro y costaba apreciar los detalles de aquel apartado hospital. A pesar de que había luces encendidas, estas no iluminaban completamente aquel escalofriante lugar. Los grandes jardines estaban verdes y no parecía que ningún paciente hubiera salido a tomar el sol ese día. Todo estaba demasiado silencioso.

Parecía abandonado.

Mis alarmas se encendieron en cuanto nos acercamos más. Unas luces rojas parpadeaban en mi mente, anunciando un nuevo peligro.

Algo había sucedido. Las puertas del hospital estaban cerradas y había unos cuantos automóviles aparcados en el medio círculo empedrado, el único camino para entrar, y cubrían gran parte de la entrada del fantasmal hospital. La fuente todavía estaba encendida, lo que significaba que había personas dentro. Las piernas me temblaban con cada paso que daba para acercarme y descubrir algo que temía. Entonces me detuve y reconocí los coches azules y blancos. La policía estaba allí. Seguro que habían ido a por Sarah y a esas alturas estarían revisando la habitación de Rosie. O puede que incluso interrogándola.

El despliegue aquí no era nada comparado a lo que había visto en la mansión de los Crowell. Había más de ocho automóviles aparcados, con las sirenas encendidas. De pronto, el lugar se llenó de vida y ruido. Unos policías uniformados bajaron de los coches y una mujer de mediana edad salió del hospital temblando.

Miré a Johanna, que me observaba tan confundida y preocupada como yo.

—Han venido a por Rosie —dije.

El corazón comenzó a martillearme el pecho y mis pies comenzaron a moverse como nunca lo habían hecho. Cuando un alto mando se acercó a la mujer despavorida que acababa de salir, yo me adentré en el hospital. La mujer, a pesar de estar muy nerviosa, trataba de explicarle lo que sucedía al policía que la miraba con atención. Más sirenas se escucharon de fondo, pero yo solo vi a los oficiales correr de un lado a otro cuando la mujer terminó de hablar.

Me quedé quieta, observando cómo todo se movía a mi alrededor.

Johanna se plantó frente a mí. Me gritó, pero yo no la oía. Solo veía cómo sus labios se movían.

Luego, sentí un tirón. Johanna me cogió la mano y me llevó hasta la puerta del primer bloque. Los sonidos se iban haciendo cada vez más claros. Oí algunas voces, pero la cabeza seguía zumbándome. Cada vez que atravesábamos un bloque, sin abrir las puertas ni esperar a que alguien lo hiciera, se oía un sonido nuevo y el zumbido desaparecía.

Cerré los ojos con fuerza y me di cuenta de que estábamos a punto de llegar al bloque en el que estaba Rosie.

¿Y si Sarah le había hecho daño? Rosie seguía siendo mi conexión con el mundo de los vivos. No podía hacerle daño, de lo contrario, yo no podría completar mi misión, y entonces me quedaría atrapada, sin un propósito.

Giré la cara y vi que una oleada de policías se aproximaba a nosotras. Pero sabía que no venían ni a por mí ni a por Johanna. Sino a por Rosie. Ni siquiera nos veían, así que no me preocupé. Solo esperaba ver a Rosie sana y salva en su habitación. Cuando entramos a la habitación, antes de que los policías nos alcanzaran, se hizo el silencio. Johanna y yo nos quedamos quietas justo detrás de la puerta y no hicimos ningún ruido. Nuestros ojos se movieron con rapidez de un lado a otro, en busca de la mujer rubia que me había dado la vida. Las luces estaban encendidas, cada cosa estaba en su lugar. Todo se veía limpio y sin usar. Pero el perfume de Rosie seguía impregnando la estancia. Busqué con desesperación algo que me llevara hacia ella. Parecía que no estaba por ninguna parte. Miré hacia el suelo, esperando ver algo desagradable. El corazón me latió con fuerza y me aferré a la idea de que solo era una pesadilla y que Rosie estaba bien, en alguna sala, donde la policía la estaba interrogando. Era mejor pensar eso. A continuación, vi la camisa de fuerza que le habían puesto para que no pudiera hacerse daño; estaba tirada en el suelo sin ningún rastro de sangre, lo cual me relajó un poco.

La puerta se abrió de golpe y nos atravesó a ambas, que estábamos con los ojos abiertos de par en par, buscando una respuesta a lo que estábamos viendo. Entonces, los policías, igual que la puerta, atravesaron nuestros cuerpos fantasmales. Ambas notamos una oleada de aire frío, pero no dijimos nada.

—Que se organicen en cuatro grupos para buscar a la mujer, no debe de

estar muy lejos. —Habló un hombre gordo de bigote blanco con las puntas amarillentas por el tabaco. Lo escuchaban seis policías que estaban detrás de él, observando la habitación con la misma expresión que yo.

—Sí, señor —respondieron cuatro de ellos, que se dieron la vuelta y salieron a toda prisa.

El comandante y los otros dos hombres uniformados se quedaron observando la habitación atentamente y sin tocar nada.

Me había quedado sin aliento, era como si me hubieran dado una patada en el estómago. Por más que intentaba controlar la respiración, mis pulmones pedían cada vez más oxígeno. Estaba tan desesperada que comencé a temblar.

—Investiguen todo lo que puedan. Los detectives llegarán pronto y querrán un informe de lo sucedido para empezar. Que uno de ustedes llame a la familia Crowell y dé el aviso de que Rosie Crowell se ha fugado.

—Sí, señor.

Uno de ellos abandonó la habitación. Vi que sacaba su móvil y empezaba a marcar un número mientras se dirigía al pasillo para alejarse del escándalo. El otro policía se estaba poniendo unos guantes de látex que una enfermera le había dado. Todos los que iban con bata blanca parecían estresados y tenían una expresión de culpabilidad en el rostro, pero ninguno era capaz de decir nada sobre la huida. Se limitaban a mirarse los unos a los otros, tratando de descifrar quién había ayudado accidentalmente a Rosie a huir.

—Quiero un informe dentro de veinte minutos. Que todos los enfermeros escriban en un papel lo que han hecho durante los últimos cuarenta minutos. Quiero nombre, edad, domicilio y teléfono. Si alguno no quiere cooperar, interróguenlo. Quiero toda la información de todos los que estaban aquí.

—¿Todos, señor? —preguntó el policía con una ceja levantada.

—Si hay alguna señora de la limpieza, también. Quiero saberlo todo sobre todos.

El policía asintió.

—Sí, señor.

—Estaré con los equipos en el exterior. Recibimos la llamada hace veinte minutos y debemos cubrir el perímetro. No ha podido escapar de la ciudad en tan poco. Si encuentra algo interesante en el informe de algún enfermero, llámeme. Y si necesita ayuda, tiene a Patrick y a Lucy. Cuando los detectives

estén aquí, haga lo que ellos le pidan. Si encontramos a la mujer cerca de aquí, le avisaremos.

El policía asintió, apuntando en su mente todo lo que el comandante le decía. El hombre, algo gordo, se dio la vuelta y sacó un cigarrillo de uno de sus bolsillos del pantalón, encendió una cerilla y se metió el cigarrillo en la boca en un rápido movimiento. Avanzó hasta la puerta del penúltimo bloque para llegar a la entrada principal, dándole una calada a su cigarro. Entonces se vio obligado a detenerse cuando un policía se interpuso en su camino y le cerró el paso hacia la salida.

—He hablado con Eric, señor —lo avisó con un ligero movimiento de cabeza que indicaba que había seguido su orden. El policía, un hombre rubio que al parecer era Patrick, todavía llevaba el teléfono en la mano. Su voz era ronca y firme. Sus ojos no reflejaban ninguna ansiedad ni temor. Estaba alerta para atacar si era necesario.

—¿Qué ha dicho Eric?

No me sorprendió ver que el comandante llamaba a Eric por su nombre como si fueran grandes amigos y pudieran tutearse.

—Avisaré a la familia para que tengan cuidado. Al principio parecía conmocionado y no respondía. Creo que le ha pillado por sorpresa. Me ha pedido hombres para la mansión. He llamado a la comisaría y algunos policías ya están patrullando la zona. Le he asignado diez hombres para que estén pendientes por si la mujer quiere ir hacia allí.

El comandante asintió.

—Muy bien.

Dio otra calada y avanzó un paso.

—Señor —le interrumpió antes de que siguiera avanzando. Los ojos del viejo y gordo comandante se fijaron en él con una expresión fría y lejana—. Me ha dicho que hoy se han acercado dos policías a la mansión. George Crowell le ha dicho a su hermano que una chica llamada Sarah Benson, que intentó matar a Hannah Reeve hace unos meses y que también fue cómplice de la mujer, ha huido del correccional.

El comandante frunció el ceño.

—¿Sarah Benson? ¿La hija de Carl Benson?

—Al parecer sí, señor.

El comandante dio un largo suspiro; sus hombros se levantaron y después cayeron como dos rocas pesadas y tensas.

—Esa niña jamás ha estado en el correccional. Yo estoy a cargo de ella y nunca he visto su nombre en las listas. Cuando me asignaron la comandancia, tuve que dejar algunos asuntos cerrados en el correccional y Carl se quedó a cargo durante un tiempo, porque yo se lo pedí a cambio de ese favor. No creí que fuese tan grave.

Me quedé helada al saber que Sarah no había estado en el correccional, como muchos habían creído. Sin duda, el comandante no tenía ni idea de lo peligrosa que podía ser junto con Rosie. No podía ni imaginarse que, seguramente en esos momentos, estaban juntas. Esperé a oír algo más interesante que pudiera darme alguna pista para ir tras las mujeres y me acerqué un poco más para escuchar la conversación, que de pronto se había vuelto silenciosa.

El comandante exhaló humo gris, le dio otra calada a su cigarro y adquirió una expresión pensativa.

—Llama a Benson y dile que incluya a su hija en esas listas. —Sus ojos estaban fijos en la pared, aunque yo sabía que no estaba interesado en una pared plana y sin vida, sino que estaba pensando en cómo arreglar el desastre que había provocado por una mala decisión—. Que se invente una firma o utilice fotos de la joven para asegurar que estuvo allí. Que haga todo lo necesario y rellene todos los documentos. Y que prepare un informe sobre una supuesta huida. No quiero nada que me inculpe. Estoy seguro de que no querrá perder el puesto, y tú tampoco, así que haz lo que te digo y avísame cuando todo esté listo.

El otro policía frunció los labios, pero en vez de replicar, se limitó a asentir con la cabeza y cerró con fuerza la mandíbula.

—Sí, señor.

Sentí que me desmayaba. Johanna estaba a mi lado, observándolo todo.

—Se ha ido con Sarah —anuncié, llevándome las manos a la boca para camuflar un desgarrador grito que me consumía por dentro. El estómago me ardía como nunca y el calor empezaba a acumularse en mis mejillas pálidas.

—Tenemos que buscarlas. Rosie es tu conexión. La necesitas.

Negué con la cabeza

—No lo sé... —La voz me tembló—. No sé a dónde podrían haber ido.

Estaba en *shock*.

—Te ayudaremos a encontrarlas —aseguró Johanna.

—Si Sarah y mi madre están juntas, algo malo pasará. Seguro que están planeando algo. —Inhalé profundamente y pensé en lo peor. Todo empezaba a cobrar forma en mi mente—. Mi madre estaba fingiendo, Johanna. No está enferma, nunca lo ha estado, siempre ha sido consciente de lo que sucedía a su alrededor. Todo este tiempo sabía que yo estaba aquí. Sabía que ahora era un fantasma, al igual que sabía que era mi conexión con el mundo de los vivos. Y no ha querido ayudarme. ¿Por qué...?

—Anna...

—Es verdad. Rosie siempre ha sido una mentirosa, no...

—Me tragué el nudo que tenía en la garganta y sentí que me desvanecía de nuevo—. Siempre se ha hecho pasar por una víctima. Sé que algo malo va a pasar, porque querrá vengarse de los Crowell. Yo solo soy una carga para ella y por eso ha decidido irse con Sarah. Ella está viva, yo no. No le soy útil y ha decidido que era mejor ignorarme. Fingir.

—¿Qué harás, entonces?

Sentí como la rabia me recorría las venas.

—Tenemos que detenerlas. Tengo que hacer que Rosie pague por todo cuanto ha hecho.

Capítulo dieciocho

Regresamos a la casa donde nos alojábamos. Entré con las piernas temblorosas y tropezando, y algunos ojos nos observaron con curiosidad, como si ya supieran que algo malo había pasado. Vi me reflejo en un espejo: tenía el rostro amarillento. Mis labios se estaban poniendo morados, y no era precisamente por el frío.

Fui hasta el salón que se había convertido en mi habitación para recoger algo que me pertenecía y que era vital para encontrar a Rosie y a Sarah. No sabía si estaba flotando o si iba demasiado rápido, pero veía pasar las cosas demasiado rápido, y apenas veía bien el camino que tenía delante. Afortunadamente, no choqué con nada; lo de atravesar cosas se estaba volviendo uno de mis pasatiempos favoritos.

De repente Aaron se plantó delante de mí. Apareció como por arte de magia y, por la expresión de su rostro, sabía que alguien le había contado que no me encontraba bien. Sus ojos estaban fijos en mí. Trataba de averiguar qué era lo que me preocupaba o lo que había sucedido. Aunque se mostraba más amable conmigo, su carácter no había cambiado por completo. Su rostro estaba tenso y ni un solo musculo se movía; parecía una estatua de piedra.

Cuando estuvimos frente a frente, mi expresión de angustia hizo que su rostro se suavizara. Relajó los músculos y me observó con preocupación. No dije nada, porque no podía hablar, y fijó los ojos en Johanna, que se encontraba detrás de mí.

Como ella tampoco dijo ni una palabra, Aaron se vio forzado a volver a mirarme. Sus ojos, aunque oscuros, tenían un pequeño brillo que me hacía

querer contarle lo que había sucedido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en voz baja, como si solo estuviéramos los dos.

—Mi madre —susurré en un tono agudo.

Trataba de contener las lágrimas, que seguro no tardarían en brotar. Ya no sabía si sentía rabia, enfado, tristeza o decepción. Quizá era una combinación de las cuatro emociones.

—¿Qué pasa con ella? —Aaron trataba de darme tiempo para que pudiera deshacerme del nudo que tenía en la garganta y recuperar el aliento.

—Se ha escapado. Fuimos a buscarla al hospital donde estaba internada y, cuando llegamos, nos dimos cuenta de que se había fugado. El lugar estaba repleto de policías. La están buscando, pero, sinceramente, no creo que la encuentren, no hasta que ella así lo quiera. Y no solo es eso, sino que se ha marchado con la que era su cómplice, Sarah Benson. —Él asintió, como si supiera de quién le hablaba—. No sé dónde están ni qué planean, pero que estén juntas no es nada bueno.

Me aparté un mechón del rostro y, cuando me rocé la piel de la cara con los dedos, me percaté de que un par de lágrimas me caían por las mejillas. Me las enjuagué con el antebrazo y tomé aire.

Aaron no parecía sorprendido.

—La encontrarán, Anna. —Fue lo único que dijo.

Fruncí el ceño y eché un vistazo rápido a Johanna, que seguía detrás de mí. Supe que ambas estábamos pensando lo mismo en cuanto nuestros ojos conectaron. Volví a mirar a Aaron, que me observaba con una expresión de inocencia, esperando una respuesta.

—¿Lo sabías? —pregunté, y los dientes me rechinaron.

Intentó abrir la boca para decir algo, pero yo estaba bastante furiosa por lo que acababa de suceder, así que lo mejor sería que no me mintiera. Sabría que me daría cuenta, por lo que, por su propio bien, debía decirme la verdad. Pero Aaron no dijo nada. Simplemente bajó la mirada y se quedó quieto. Por su expresión y su silencio, llegué a la conclusión de que sí estaba enterado.

—¿Pensabais contármelo? —interrogué.

—Por supuesto que sí.

Lo miré fijamente y él parpadeó, lo cual me indicó que mentía. Era

demasiado cobarde para decirme que iban a ocultarme algo tan grave solo para su propio beneficio y conveniencia. Me aguanté las ganas de empujarlo y alejarlo de mí, e inhalé lentamente.

—Iré a buscar a Rosie. Es mi conexión.

Me di la vuelta bruscamente y Johanna dio un paso atrás para dejarme paso. Antes de que pudiera avanzar para alejarme del mentiroso de Aaron, sentí una mano que me rodeaba el brazo para detenerme.

—Anna, espera...

Se me tensaron los hombros y quise apartarme de un tirón, pero, en su lugar, me di la vuelta con tranquilidad y lo miré.

—Suéltame —le exigí.

—Anna, no puedes ir a buscarla, es peligroso.

—Pero ella es mi conexión.

—¿Y *High School*?

—Él no puede hacer mucho. Rosie, sí.

—¿Quién te asegura eso?

Levanté los hombros en forma de respuesta.

—No puedes ir, lo siento mucho, Anna. Son órdenes. No debes salir de esta casa hasta que no tengas autorización. Eres una parte esencial de este grupo y un descuido como este podría hacer que fracasáramos en nuestra misión. No debes buscar a Rosie. Además, ella ya no te necesita.

—Tengo que hacerlo. Rosie tiene un plan, sé que se trae algo entre manos. No quiero buscarla porque crea que todavía me quiere... Sé que es una mentirosa, pero seguro que puedo hacer algo para detenerla. Los Crowell siguen siendo mi familia. No veo qué problema hay en que vaya a buscarla.

—No saldrás de aquí, Anna.

Entonces, me apretó el brazo con más fuerza y yo me obligué a no gritar. Los entrenamientos me habían servido para no dejarme vencer por nadie, y mucho menos por Aaron. Sabía cuáles eran sus puntos débiles y podía vencerlo si me lo proponía.

Entrecerré los ojos, retándolo. Él me miró fijamente y se hizo un silencio sepulcral. De pronto, vi un destello en sus ojos que me hizo pensar que escondía algo. Algo me decía que el grupo sabía algo que yo desconocía. Sentí un pinchazo en el pecho y me obligué a ocultar lo que mis ojos

acababan de ver.

¿Y si ellos no eran los buenos? Aaron me odiaba y yo no conocía sus planes. El grupo había sido formado antes de que yo llegara, y no sabía gran cosa sobre ellos. Solo me habían entrenado y me habían contado cosas generales y sin importancia.

—Ya veo —contesté, y me deshice de su agarre con ligereza.

¿Por qué tanto él como Marissa no querían que buscara a Rosie? No supondría nada para ellos. Podía seguir entrenando con ellos mientras lo hacía. ¿Quiénes se creían que eran para darme órdenes? Seguramente meses atrás les habría creído y habría aceptado cualquier orden. Pero las cosas habían cambiado. Tenía que valerme por mí misma y hacer lo que yo creía correcto.

—Tendrás que quedarte aquí. Hablaré con Marissa para suspender los entrenamientos mientras buscan a Rosie y a Sarah.

—¿No lo entiendes? Yo podría ayudar con la búsqueda.

Tenía que decirme por qué no podía salir y por qué quería suspender los entrenamientos. Algo no iba bien, y tanto Johanna como yo éramos conscientes.

Que me quisieran tener encerrada y apartada mientras Rosie estaba desaparecida no era buena señal.

—Lo siento, pero no. Las órdenes son claras.

Aaron trataba de hablar lo menos posible. Se mostraba impasible, esperando a que guardara silencio y que las cosas se calmaran. Pero él sabía que yo estaba tranquila y que era yo quien lideraba la conversación.

—¿Quién ha dado esas absurdas órdenes? —pregunté.

Escuché unos pasos acercarse y di media vuelta. Unos cabellos rojos, como en llamas, aparecieron de repente.

—Yo.

La voz de Marissa ya no era suave ni cálida, sino tosca. Al igual que a Aaron, se le notaba en la mirada que ya sabía lo que había pasado con Rosie y Sarah. Estaba segura de que conocían la historia de ambas, y eso me preocupaba. Quizás sabían algo más que yo.

—¿Por qué?

Pasó por mi costado, mirándome. Se puso a un lado de Aaron para

mostrar su apoyo. Quizá alguien había estado escuchando nuestra conversación y la había avisado para que viniera a poner orden. Marissa no parecía una mala persona, pero sus ojos me decían que ella también ocultaba algo.

—Por seguridad.

Puse los ojos en blanco y me ofendí.

—¿Por vuestra propia seguridad?

Marissa negó. Aaron me observaba con impaciencia.

—Por la tuya, Anna.

—¿Qué hay de malo en ir a buscar a Rosie? Creo que estoy en todo mi derecho. Rosie es mi conexión. Me necesita, y yo la necesito a ella.

—No saldrás de aquí, Anna —espetó Marissa, tensa.

—¿Quién me lo impedirá?

—Anna... —dijo Aaron, tratando de silenciarme.

—¿Tú, Marissa? —continué, sin hacer caso a Aaron.

Ella asintió.

—Tenlo por seguro.

—Pues inténtalo, porque voy a ir tras Rosie y Sarah.

Me di la vuelta, pero, de nuevo, la mano de Aaron me detuvo.

—No lo hagas —me advirtió en un susurro.

Le di un empujón para alejarlo, y él se sorprendió y se apartó sin vacilar.

Me ocultaban algo y no parecía que me lo fuesen a decir. No confiaba en ellos. Lo mejor era alejarme hasta que descubriera lo que ocurría y por qué estaban tan nerviosos y tensos.

—Gracias por todo —dije antes de continuar mi camino—. Completaré mi misión yo sola a partir de ahora.

—Anna...

Aquella fue la última palabra que oí salir de los labios de Aaron.

Horas más tarde, estaba fuera de esa casa, lejos de ellos. Me sentía confusa, aunque algo dentro de mí me decía que había hecho lo correcto. Si me estaban ocultando algo era porque no les convenía que yo lo supiera. No me

interesaba tanto saber por qué me habían prohibido salir, sino por qué no querían que buscara a Rosie. Algo me daba mala espina.

Ellos, como yo, sabían que era una parte esencial en mi misión, y perderle la pista era como firmar mi propia condena. Quedarme en ese mundo no era una opción, no era lo que yo quería para mi espíritu. Deseaba que todo terminara e ir a donde debía estar desde el momento en que las llamas me habían consumido.

Tras salir de la casa, me derrumbé. Las cálidas lágrimas que brotaban de mis ojos me recordaban que siempre había estado sola. Sin embargo, ahora era más fuerte; sabía que la única persona a la que necesitaba para finalizar la misión era yo. Debía armarme de valor. Ya nadie podría decirme qué hacer o qué no hacer; ahora era yo quien tomaba las decisiones. Era momento de dejar de culpar a otras personas por todo lo malo que me había ocurrido. Me había perdonado a mí misma y a los demás, y eso me hacía sentir libre y tranquila.

Y ahora que estaba bien conmigo misma, intentaría hacer cambiar de opinión a Rosie. Tenía que convencerla de que lo que pretendía hacer a los Crowell tendría consecuencias negativas para ella.

Me sequé las lágrimas y me levanté del banco del parque donde me había sentado. A esas horas, las calles estaban oscuras y silenciosas, todos dormían plácidamente en sus camas, abrazados por el calor de las sábanas. Yo, en cambio, esperaba con ansias a que el sol estuviera en lo alto para seguir mi camino e ir tras Rosie.

El parque se encontraba frente a la comisaría, donde esperaba impaciente al oficial que estaba a cargo de la organización de la búsqueda de Rosie para saber si habían descubierto algo durante la madrugada. A las nueve de la mañana lo vi bajarse de su coche patrulla. Parecía que no había dormido lo suficiente y llevaba la misma ropa del día anterior, aunque ahora se veía sucia y arrugada, tanto como las líneas que se le empezaban a formar en la frente debido a su avanzada edad. Su barriga lo obligó a bajar del coche con más lentitud de lo esperado. En cuanto lo vi entrar, fui tras él para colarme en su oficina y ponerme al tanto de los avances de la investigación.

—Buenos días, comandante —lo saludaban las personas que se cruzaban con él.

La recepcionista estaba hablando por teléfono y solo pudo saludarlo con

un gesto de la cabeza. El hombre respondió sin mucha amabilidad. Siguió caminando hacia las escaleras y subió como una tortuga, deteniéndose varias veces para tomarse un descanso. Continuó su camino y entró a un enorme salón donde había cientos de personas frente a ordenadores y teléfonos que no dejaban de sonar. Parecían haber estado allí toda la noche. Sobre sus escritorios, había montones de papel revueltos y vasos que olían a café.

Entonces, el comandante se dirigió a una sala apartada en la que había una placa con su nombre y su cargo. Entró en la oficina dando pequeñas zancadas. Dentro lo esperaban dos policías. Los dos hombres uniformados se pusieron de pie, y el comandante rodeó las sillas y se colocó tras su escritorio.

—¿Cómo va el caso? —preguntó mientras se sentaba en su silla de piel. Sin duda alguna, la de George estaba perfectamente cuidada en comparación con esta.

El hombre de cabellos plateados les hizo una seña a los dos hombres para que volvieran a sentarse, y estos obedecieron enseguida.

—No hemos podido seguirles la pista. Solo hemos encontrado a una mujer de una pequeña tienda del centro que dice haber visto a dos mujeres que se ajustan a sus descripciones.

—¿Habéis visto las grabaciones de alguna cámara?

—No había ninguna cerca. La cámara más cercana al lugar donde pudieron ser vistas está a unos cuatro kilómetros de distancia.

El comandante resopló. ¿Para qué ir al centro de la ciudad, donde podrían encontrarlas o verlas fácilmente? ¿Qué tramaban?

—¿Qué más sabéis?

—Estamos interrogando a varias personas para trazar una posible ruta que podrían haber utilizado para escapar. Todos los policías están avisados y las comisarías han recibido fotografías para reconocerlas. No les resultará fácil ocultarse, y mucho menos huir.

Por supuesto que no, no iba a ser fácil, por eso Rosie y Sarah estaban en el centro, camuflándose entre otras personas para moverse con total libertad. Por lo general, cuando alguien escapaba, la policía solía centrar su búsqueda en la afueras, donde ocultarse siempre resulta más fácil.

—¿Dónde estaba la mujer a la que habéis interrogado?

—preguntó el comandante, y dio un sorbo al café caliente que tenía en el

escritorio.

—Junto a la entrada de la plaza principal, comandante.

—¿Habéis ido a los hoteles de la zona?

—Sí, señor, y no hemos dado con ninguna pista. Nos han confirmado que han pagado en efectivo en una tienda. Y, según tengo entendido, el señor Crowell congeló la cuenta de Rosie cuando la hospitalizaron.

—Estaría bien que las activara de nuevo. Rosie podría volver a intentar usarla y eso nos daría una pista más certera de dónde podría estar.

Los dos hombres asintieron.

—Hablaré con el señor George, comandante. —Uno de los policías cogió unas carpetas y se las tendió al comandante, que seguía bebiendo café—. Estos son los informes que hemos obtenido de las cuentas bancarias de los Crowell. Eric Crowell ha decidido cooperar con la investigación y nos ha enviado estos informes anuales que han pedido y recibido esta mañana. Él cree que alguna de las tiendas o direcciones que se encuentran en los documentos podría darnos alguna pista. Hemos dado prioridad a analizar la cuenta de Rosie, porque creemos que encontraremos algo que nos guíe hasta ella.

—Eric parece muy interesado en cooperar —comentó el comandante.

—Le hemos traído estas copias, nosotros tenemos otro juego. Esperábamos que pudiera revisarlos —dijo uno de los policías, ignorando el comentario del comandante, quien al parecer tenía otros intereses.

—Muy bien, así lo haré. Seguidme informando.

Los hombres se pusieron de pie y dejaron al comandante solo en su oficina. Asintieron ligeramente con la cabeza y salieron con tranquilidad. Me acerqué al escritorio para ver qué contenían las carpetas, pero ninguna de ellas revelaba nada interesante. Lo único que veía era la cubierta azul con una pegatina que indicaba que eran documentos confidenciales. Tenía que abrirlas para ver el contenido, y el comandante no parecía interesado en hacerlo.

Tenía que pensar en algo para ahuyentar al policía y echar un vistazo a los documentos.

Pero nada parecía ayudarme. El ventilador estaba encendido y no podía abrir las ventanas para que los papeles salieran volando. Además, parecían estar bien sujetos dentro de la funda.

Entonces, vi el vaso de café. Eso me daría tiempo para hojear rápidamente los informes. Fui hasta el escritorio y, con un ligero toque, acerqué el vaso desechable hasta el borde del escritorio para dejarlo caer. El comandante estaba demasiado ocupado con su teléfono como para darse cuenta de que algo extraño estaba sucediendo.

Cuando estuvo en el límite, di un suave empujón. Escuché una palabrota y después un quejido acompañado de un grito. El comandante había tratado de echarse para atrás en la silla, pero las ruedas parecían tener un freno o estaban atascadas, así que todo el café le cayó en los pantalones.

Se levantó de golpe, cogió un pañuelo que tenía cerca y empezó a limpiarse, pero, al ver que el pañuelo no era de gran ayuda, se vio obligado a ir al baño para intentar lavar la mancha.

Escuché cómo cerraba la puerta de golpe. Casi de forma instantánea, me abalancé sobre los documentos y comencé a hojearlos. Eric no se había molestado en separar los informes de las cuentas bancarias de Rosie. Había información de las cuentas de todos los miembros de la familia: George, Eric, Margaret, Hannah, Alex, Rebecca, Caroline, y también de otros Crowell a los que yo jamás había conocido. Incluso mi nombre estaba ahí.

Me sorprendí de inmediato, porque yo no había tenido nunca una cuenta bancaria. Rosie me prestaba alguna tarjeta de débito cuando me dejaba durante bastantes días con Rebecca. Pero nunca me había mencionado que tuviese una cuenta bancaria.

Abrí la carpeta mientras la curiosidad me devoraba por dentro. En las primeras páginas solo aparecían los datos personales y, para mi sorpresa, mi fecha de nacimiento era la correcta y no la que Rosie me había obligado a decir. Todos los datos parecían correctos, mi nombre estaba bien y Rosie aparecía como mi tutora legal, como ya esperaba. Seguí leyendo los papeles, pero solo encontré información sobre las políticas y condiciones de la cuenta bancaria. Ignoré rápidamente todo ese rollo y fui directamente a lo que me interesaba. En realidad, no había muchas páginas, pero la primera impresión que tuve fue que la cuenta llevaba abierta desde mi nacimiento. Todos los meses, sin exagerar, me ingresaban una cantidad de dinero que yo nunca podría haber ganado ni aunque trabajara durante todo un mes. Las transacciones eran anónimas y no se sabía más, solo se veía ese abono. Vi algunos extractos que yo nunca había realizado y resoplé, indignada. Cuando

me fijé en la cantidad que había en ese momento en la cuenta, estuve a punto de caer de la silla. Me quedé paralizada y tuve que parpadear para ver si la cantidad que había visto era la correcta. Las palmas de las manos me empezaron a sudar y abrí los ojos de par en par.

No sabía si estaba alucinando.

Ese dinero no era mío.

Fui a las últimas páginas del informe y me percaté de algo que seguramente los policías habían pasado por alto. Tras mi muerte, la titularidad de la cuenta habría ido a pasar a Rosie.

Me quedé sin aliento. Había dos páginas repletas de movimientos que se habían realizado en los dos últimos meses. No había duda de que si no había sido Rosie la que había hecho esas compras, había sido Sarah. La mayoría eran de alimentos y ropa, pero también había pagos en hoteles que cambiaban cada día. No eran hoteles lujosos, pero tampoco de muy mala calidad.

Miré el último movimiento.

Habían comprado en un supermercado ese mismo día, justo a las siete de la mañana. Levanté la cara, impaciente por buscar un reloj. Afortunadamente el ordenador estaba encendido y el reloj digital estaba visible. Apenas eran las nueve y veinte minutos. Solo habían pasado veinte minutos desde que había llegado a la comisaria.

Seguramente Eric había recibido los documentos en su correo y se los había enviado a la policía sin darse cuenta del gran detalle que revelaban esas hojas. Ellos, al concentrarse en Rosie, nunca habían pensado en que la cuenta de su hija muerta seguía activa porque la mayoría de los Crowell desconocía su existencia.

Arranqué las páginas, cerré las carpetas e intenté dejarlas como el comandante las había dejado, y salí disparada hasta el supermercado que aparecía en la lista de movimientos. Efectivamente, estaban en el centro. Seguramente tenían a otra persona más para que fuera a hacer estas compras, ya que ellas no se arriesgarían tanto. Al fin y al cabo, tenían dinero de sobra.

Fui hasta el centro y, por el nombre del lugar donde habían realizado la compra, supuse que se encontraba en un barrio peligroso. Rosie y Sarah debían ser cuidadosas para no llamar la atención con sus vestimentas y sus joyas. Me resultaría fácil encontrarlas. Rosie siempre destacaba y, aunque no

quisiera, una parte de su subconsciente la obligaba a hacerlo. Y bueno, el hecho de que Sarah fuera pelirroja no la ayudaba en nada.

Busqué frenéticamente la dirección hasta que di con ella. Yo también debía tener cuidado ahora. Rosie no tenía que verme hasta que llegara el momento adecuado. Ella seguía siendo mi conexión y, por lo que sabía, todavía tenía el don de ver fantasmas.

Esperaba que la técnica de Aaron para ocultarme de otros fantasmas diera también resultado con Rosie, pues me otorgaría una gran ventaja para averiguar lo que planeaba con Sarah.

Atravesé varias habitaciones de un hotel que se encontraba cerca, donde seguramente se habían hospedado. La pista era clara. No había duda de que estaban por ahí, en alguna parte.

Verifiqué cada una de las pequeñas habitaciones con detenimiento. Un sonido o un paso podría llamar la atención de Rosie y que me viera. Tuve que armarme de valor y forzar a mis piernas para que se mantuvieran firmes y no empezaran a temblar. Por fortuna, aún mantenía el control del mi cuerpo, y eso era bueno. Debía seguir así hasta que supiera cuáles eran los planes de Rosie y poder actuar.

Entonces escuché su voz. A pesar de haber pasado tanto tiempo, la oí claramente. Estaba al fondo del pasillo. Habría reconocido esa voz en cualquier parte. Rosie estaba hablando con un tono claro y firme. Sonaba risueña, no se parecía en nada a la Rosie que había visto en el hospital psiquiátrico.

Me acerqué hasta la puerta de la habitación de la que provenía su dulce voz y me quedé quieta.

—No lo entiendo, ¿por qué debemos separarnos? —escuché la voz ronca de Sarah.

—Ya te lo he dicho, para despistar y distraerlos.

Se me erizó la piel. Su voz sonaba dulce, amable, demasiado angelical. Falsa. No podía creer que estaba a tan solo unos metros de Rosie. Que mi madre estaba bien y que hablaba perfectamente, que había estado fingiendo y que sabía lo que había sucedido semanas atrás.

—Bueno, ¿y dónde nos encontraremos?

—Aquí mismo, volveremos aquí dentro de dos semanas para ver cómo van las cosas. Te he llenado la mochila de billetes, y puedes llevarte el coche

para ir más rápido. Yo me quedaré un poco más aquí y, después, ya me las arreglaré.

—Bien.

Escuché que algo se movía.

—¿Seguro que no te importa que me lleve el coche?

Se oyó una risita.

Yo sentí escalofríos al escucharla.

—Para nada, Sarah. Estaré bien. Tienes mi número, llámame si necesitas alguna cosa.

Algo muy malo estaba sucediendo, lo presentía. Rosie nunca era tan amable con nadie; siempre quería algo. Era una trampa.

El pomo de la puerta se giró y yo me alejé para que Rosie no me viera. Vislumbré unos cabellos naranjas escondidos debajo de un pañuelo negro. En la espalda, llevaba una mochila negra discreta. Supuse que ahí llevaba el dinero que Rosie le había dado.

Dudé.

¿Debía seguir a Sarah o quedarme con Rosie?

Tenía que tomar una decisión.

Tragué saliva y, cuando Sarah cerró la puerta, fui tras ella. Se dirigió rápidamente hacia el ascensor. Sus zapatillas deportivas estaban sucias y su ropa apenas olía a lavanda.

Podía perder la pista de Sarah enseguida, sin embargo, estaba segura de que Rosie me buscaría.

Así que decidí que iría tras Sarah. Ella no podía verme y estaba claro que era menos inteligente que Rosie.

El ascensor abrió sus puertas casi al segundo y Sarah entró. Apretó el botón de la planta baja y se puso unas gafas oscuras. Parecía nerviosa por salir a la calle. Yo la observaba por los espejos que se encontraban en las cuatro paredes.

El corazón me latió con fuerza y, por una extraña razón, quise detener a Sarah y obligarla a volver a la habitación. Sin embargo, ya era demasiado tarde, las puertas se abrieron y ella salió con prisa, empujando a una pareja que iba a subir. Le hicieron gestos de disgusto, pero ella no se detuvo, continuó su camino y salió del hotel por una pequeña entrada que se

encontraba al lado de la tienda donde habían hecho la última compra.

Sarah conocía su camino. Se dirigía a un coche azul que no parecía tener ningún pero. Era bonito, estaba limpio y no levantaba ninguna sospecha. Era perfecto para que se marchara sin levantar sospechas.

Abrió la puerta y colocó la mochila en el asiento trasero. Se subió de un salto, encendió el motor enseguida y aceleró. Los neumáticos rechinaron y una ligera nube de humo con olor a quemado llenó la estrecha calle del barrio. Al cabo de un instante, me encontré en el asiento del copiloto, al lado de Sarah.

Me imaginaba que ella ni siquiera tenía idea de que yo la estaba observando.

Sarah condujo durante unos veinte minutos. Pasamos junto a cuatro coches patrulla y ninguno se percató de que en el interior del coche se encontraba una prófuga. Mi ansiedad aumentó cuando Sarah se adentró en un campo, fuera de la ciudad. Cuanto más se alejaba, más temor sentía. Nunca darían con ella.

La ciudad y sus luces, junto con los coches que nos habían acompañado durante el trayecto, habían quedado atrás.

Mis ojos saltaban de Sarah al camino por el que nos adentrábamos. Traté de recordarlo por si alguna vez lo necesitaba.

Entonces, algo me hizo brincar en el asiento. Sarah, por el contrario, parecía estar disfrutando del sonido que se escuchaba en el interior del coche. Alzó la mano y por un momento creí que me estaba observando, pero cogió un aparato que estaba en el posavasos. El culpable de mi susto era su teléfono móvil, que ahora vibraba en su mano derecha.

Sonrió al ver la pantalla.

—Rosie —contestó.

Al ver que se acercaban un par de curvas, Sarah decidió que lo mejor era poner el altavoz, cosa que me resultaba más útil para oír su conversación.

—¿Cómo va todo? —preguntó Rosie con esa suspicacia en la voz que la caracterizaba. Yo me tensé en el asiento y agradecí que Sarah no pudiera verme.

—Bien. Ya estoy fuera de la ciudad —anunció ella con una sonrisa cómplice.

Parecía bastante alegre de estar lejos de la ciudad. Seguro que sabía a dónde se dirigía, y saber que estaba a punto de llegar sin haber tenido problemas con algún policía la ponía feliz.

Rosie se rio.

—Eso es fantástico. Sabía que el coche te serviría más a ti que a mí.

Me helé en el asiento.

Ese tono de voz... Lo conocía muy bien.

Algo iba mal.

—Sarah —dije con un nudo en el estómago.

No. No. No.

—Sí, realmente me ha ayudado mucho —contestó Sarah, girando por unas curvas cada vez más cerradas, aunque sin dejar de pisar el acelerador. Le gustaba la adrenalina y yo lo sabía muy bien—. ¿Cómo va el plan?

Mis ojos se dirigieron al teléfono de Sarah, que se encontraba en el salpicadero, en un soporte de plástico. Miré la pantalla y solo vi pasar los segundos. Rosie se había quedado en silencio.

Empecé a llorar de nuevo. Sabía que Sarah no merecía que llorasen por ella, pero era consciente que Rosie estaba a punto de hacer una de las suyas.

—¿Rosie? —dijo Sarah cuando no obtuvo respuesta.

—¿Sí?

No podía moverme. Estaba pegada al asiento.

—¿Cómo va el plan? —volvió a preguntar.

—Perfectamente, Sarah.

Negué y miré a la pelirroja que estaba a mi lado, totalmente ajena a lo que sucedía. Parecía que Rosie y yo estábamos pensando en lo mismo.

No podía hacer nada.

Le había tendido una trampa.

—Muy bien. Entonces seguiré con lo mío. Tendrás noticias mías muy pronto —dijo la pelirroja.

—Así será. Adiós, Sarah.

Colgó y yo me quedé con el nudo en la garganta.

—Tienes que detenerte, Sarah —dije más para mí que para ella. Al fin y al cabo, ella no me veía ni me oía, aunque una parte de mí deseaba que lo hiciera. Estaba comenzando a frustrarme cuando ella empezó a acelerar.

Rosie se iba a deshacer de ella.

Yo lo sabía.

Miré al frente. Una curva se acercaba, y era demasiado estrecha para que pasaran dos coches. Sarah debía bajar la velocidad. Tenía que hacerlo si quería sobrevivir. Me relajé un poco cuando vi que apartaba el pie del acelerador para comenzar a pisar el freno. Pero entonces algo sucedió.

Algo que hizo que Sarah adquiriera una expresión de terror que nunca olvidaré. Los frenos no funcionaban.

Ese era el plan de Rosie. Usar a Sarah para que la ayudara a escapar del hospital y, después, deshacerse de ella.

—Sarah —susurré.

La curva se acercaba.

Era demasiado tarde.

Sarah, nerviosa, siguió intentándolo, pero al ver que los frenos no respondían, perdió el control de sus emociones y de sus reflejos. Apartó la mirada del camino que había delante de ella y presionó con más fuerza.

Yo aparté la mirada para no ver lo que iba a ocurrir a continuación.

—No, no, no, esto no puede ser...

Escuché un claxon cerca de mi oído y después me alejé del coche. Me quedé en medio de la carretera, justo en la curva, para no observar el final de Sarah en primera fila. La pelirroja había perdido el control del coche y se dirigía hacia un barranco, donde cientos de árboles y ramas secas la esperaban para engullirla.

La maleza devoró a Sarah y al coche que Rosie había manipulado antes de que ella lo usara.

Escuché un grito lejano y, después, algo tronó.

Me acerqué al final de la curva y solo vi un pequeño coche destrozado que había dado cientos de vueltas para terminar, por lo menos, setenta metros abajo.

No tuve el valor de acercarme. Sabía que Sarah había muerto. Y si no estaba segura de eso, la explosión que tuvo lugar cuando mis ojos se clavaron en el diminuto coche con los cristales rotos confirmó mis sospechas. El coche estaba ardiendo.

Capítulo diecinueve

No pude descansar los siguientes días. Por suerte, no necesitaba dormir. La escena del coche de Sarah se repetía en mi mente una y otra vez. Escuchaba el sonido del acelerador y, luego, gritos. Veía cómo la pelirroja trataba de pisar el freno con sus sucias zapatillas deportivas con las que había salido del hotel. Presionaba con tanta fuerza que pensaba que iba a romperlo. Sus ojos se movían para mirarme, estaban abiertos como dos grandes canicas brillantes y reflejaban terror. Me pedía a gritos que la ayudara, pero cuando yo intentaba hacerlo, la atravesaba, no podía tocarla ni hacer nada para que el coche se detuviera. Y entonces yo también comenzaba a llorar porque me sentía impotente. Era incapaz de salvarla.

Me sentía terrible por su muerte. La presión que tenía en el pecho me provocaba un ardor en el estómago.

Sarah y yo habíamos ido detrás de Rosie la mayor parte del tiempo, fuimos sus fieles cachorritos que asentían sin protestar cuando ella daba una orden. Aunque no éramos amigas y no nos habíamos contado nuestras intimidades, Rosie nos había unido de alguna manera. Ambas la queríamos y la seguíamos como dos ovejas obedientes que admiraban a la mujer rubia de ojos azules.

No quería imaginarme a Sarah en el automóvil, todavía consciente después de caer por el barranco. Deseaba que hubiera perdido el conocimiento durante la caída. No me gustaba la idea de que ella también hubiese muerto en un incendio. Ambos provocados por la misma persona. ¿Cuánto daño podría hacer Rosie? ¿En qué estaría pensando en esos

momentos? ¿Odiaba tanto a los Crowell como para hacer cosas que seguramente la llevarían al infierno? ¿Cuál era su plan?

Suspiré y me senté en un banco verde del parque, donde había estado deambulando para no perder de vista a Rosie. Desde que Sarah había muerto, parecía más tranquila, como si se hubiese quitado un peso de encima. El hotel donde las había encontrado seguía bastante tranquilo; de hecho, los policías iban a comprar a la tienda que había en la planta baja, pero no habían investigado a los huéspedes. Rosie estaba en el paraíso, disponía de los ahorros de mi cuenta bancaria y tan solo con un clic podía irse del país sin que nadie la detuviera. Debía admitir que era inteligente, sabía prever los movimientos de los demás, siempre estaba un paso por delante. Deseaba, al menos, haber heredado eso de Rosie.

Sin embargo, estaba sentada allí, en la parte frontal del hotel donde Rosie no podía verme. Ni siquiera salía de la habitación. Tenía que ir con mucho cuidado para que no me viera porque conservaba su don y no quería que se diera cuenta de que conocía una parte de su plan y que había acabado con Sarah. Aún no sabía qué le diría cuando la tuviera delante. Después de todo, también me había mentido a mí y no me había incluido en su plan.

Probablemente ya se hacía una idea de que la odiaba.

—Anna.

Una voz me sobresaltó. Mi corazón palpitó estrepitosamente, pero, en cuanto levanté el rostro, me relajé. Aunque al principio me había asustado, pensando que podía ser Rosie o Marissa, reconocí la dulce voz antes de cometer una locura.

Era Johanna.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un susurro, como si alguien más pudiera escucharme. Esperaba que ni Aaron ni Marissa se encontraran cerca, de lo contrario, me llevarían con ellos, y ahora que había encontrado a Rosie no la iba a perder de vista ni un segundo—. ¿Has venido tú sola?

Ella asintió sin decir nada más.

—¿Por qué? —pregunté, con el ceño fruncido—. ¿Te han obligado a que vinieras conmigo?

Negó y se sentó en el banco junto a mí. Había dejado el espacio suficiente para pudiera contemplar su rostro. No me preocupé, no parecía que le hubieran hecho daño. Parecía estar contenta por haberme encontrado.

—Te dije que eres mi amiga.

—Te estás poniendo en peligro. —Intenté ahuyentarla para que volviera a la casa en la que siempre había estado. Ahí estaba a salvo y nadie podría hacerle daño. En cambio, aquí, Rosie podría hacer de las suyas.

—Anna, las cosas se han puesto feas.

Fruncí el ceño.

—Pero si acabo de marcharme... ¿Qué ha sucedido?

—Aaron y Marissa han discutido.

Yo asentí. Comprendía lo que quería decirme. Sus ojos reflejaban preocupación.

—Lilith ha interferido y Aaron se ha marchado... Ha dejado de ser líder.

Mis alertas se encendieron. Me recosté en el banco, mirando de reojo el hotel para que no se me escapara nada de la vista ni un minuto. Me centré en Johanna y supe que me estaba diciendo la verdad y que las cosas estaban peor de lo que imaginaba.

—¿Por qué se ha ido? —Ahora la preocupación se había trasladado a mi voz—. ¿Sobre qué discutían?

—¿Recuerdas a David?

Asentí. Era uno de los que seguían a Aaron prácticamente todo el tiempo, junto con Thomas. Ambos eran fuertes y grandes, como dos troncos. Por supuesto que lo recordaba, él también estaba cuando Aaron y yo entramos para hablar con Lilith.

—Sí, me acuerdo de él.

—Bueno, pues él estaba fuera, esperando a Aaron. Cuando te marchaste, Aaron se puso de mal humor y fue a reclamarle algo a Marissa. Parecía que quería que te contaran la verdad de una vez por todas. Pero Marissa se negó. David estaba escuchando sin que nadie se diera cuenta. No sé de qué hablaban, esto me lo ha contado él. No tengo más detalles, si los supiera, te los diría. Por eso he venido, porque supuse que te gustaría saberlo.

—¿Ellos saben que estás aquí?

—No, pero supongo que creerán que he venido a buscarte. No creo que sepan que he venido para contarte lo que David me ha dicho. Todos estamos muy nerviosos, al menos, los que sabemos que hay otra verdad.

—¿Otra verdad?

Asintió.

Entonces, todo se volvió más claro. Si Aaron se había marchado después de haber sido uno de los líderes mejor entrenados y con mayor conocimiento, era porque sabía esa verdad y no le gustaba. ¿Acaso Marissa y Lilith querían hacerme daño? ¿Era por eso que no querían que buscara a Rosie? ¿Sabían que si la buscaba, podría terminar mi misión?

—Creo que sé cuál es la verdad.

Me levanté del banco y caminé unos cuantos pasos. Fui de un lado a otro, golpeándome los costados con las yemas de los dedos a causa de la ansiedad. Consideré de nuevo la idea que había estado rondándome la cabeza y asentí. Eso debía ser. Las piezas encajaban correctamente. Marissa y Lilith solo habían actuado como lo habían hecho porque me querían de su lado. Me habían impedido que visitara a Rosie, me habían entrenado y me habían dado el anillo porque tenían un único objetivo. Porque yo era la conexión con el líder del otro grupo, los Eternos, como ella los había llamado. Y el grupo de Marissa quería destruirlos para salirse con la suya.

Tomé aire por pura costumbre y tuve que volver a sentarme para recuperar el oxígeno que había perdido. El pecho me dolía. Por una parte, me alegraba que Aaron se hubiese marchado y hubiera abandonado ese grupo, al igual que Johanna. Ellos dos eran los únicos que me habían estado protegiendo. Sin embargo, estaba molesta con Aaron, porque supuse que él había estado al corriente de todo desde el principio y no me había contado la verdad. Él también había formado parte de ese grupo de fantasmas.

Johanna me miró, mordiéndose el labio inferior mientras esperaba mi respuesta con nerviosismo.

—Ellos no son los buenos, ¿verdad? —me dijo, como si pudiera leerme la mente.

—Creo que así es.

Soltó un grito agudo que muy pronto silenció.

—¿Qué pasará con los demás? Ellos tampoco lo saben. Nos reclutaron a base de mentiras. Les pueden hacer daño. ¡Tenemos que decirle a David y a Thomas que tienen que huir lo antes posible de ahí!

—No —dije de inmediato, tomando una decisión que antes no hubiera podido tomar. Por suerte, no me temblaban las piernas y mi cerebro controlaba mis nervios—. Si les decimos que los han engañado, Marissa

actuará antes de lo planeado, y lo que necesitamos es tiempo para pensar en cómo podemos detenerla.

—¿Nosotras dos? —preguntó con temor.

Yo me quedé mirando al vacío.

—¿Anna Crowell? —Una voz llamó mi atención.

Me sorprendí al ver que un hombre de unos veinticinco años estaba frente a mí, hablándome. Tenía pecas en las mejillas, que casi no se notaban, el rostro suave y sus ojos eran negros, como los de Aaron. Solo que los suyos tenían un brillo más encantador.

Fruncí el ceño y me alejé lo bastante para verlo mejor. Llevaba unos pantalones de color caqui y una camisa blanca con cuadros azules que resaltaba el color de su piel. Era igual de atractivo que Caleb.

Johanna estaba tan sorprendida como yo.

—¿Quién eres tú? —pregunté, tratando de ponerme frente a Johanna para que no le hiciera daño. Ella era más pequeña que yo, y sentía el impulso de protegerla. Él no se sintió ofendido y se limitó a levantar las manos en el aire, haciendo señas para indicar que no quería atacarnos.

Yo me relajé un poco.

Él extendió la mano.

—Soy Louie.

Al ver que no respondía a su saludo, la dejó caer sin dejar de sonreír.

—¿Louie? —pregunté, extrañada.

—Soy del grupo de los Eternos, como Marissa nos llama.

—¿Qué eres de ella? —Mis ojos estaban fijos en él. Esperaba que no estuviese mintiendo.

Él se rio.

—Por suerte, nada.

—¿Por qué estás aquí, entonces? —interrogué.

Él tomó un largo respiro para poder hablar. Louie, al igual que nosotras, era un fantasma. Y, para ser sincera, tenía mejor aspecto que los del grupo de Marissa. Tenía una amplia y amable sonrisa en el rostro.

—Bueno, he oído que te has librado de ellos. Sabemos que Marissa tiene otros planes que no te esperabas, y nosotros tenemos la respuesta a sus actos. Sabemos por qué quiere hacerlo, y debes creerme, somos los únicos buenos

aquí. Los únicos. Fue ella quien nos puso el nombre de los Eternos, aunque no sabemos por qué. Pero nos ha gustado tanto que hemos decidido utilizar ese nombre. Hemos estado buscándote desde que llegaste aquí, pero ninguno de su grupo nos ha permitido llegar hasta ti. —Hizo una pausa que me hizo pensar que aún no había terminado de hablar—. De verdad, Anna. Lo intentamos todo para llegar a donde estabas, pero ellos son demasiados. No te dejaban sola ni un segundo y eso nos puso las cosas más difíciles.

—Si queréis que pelee, no lo haré.

—No, no queremos eso de ti. Nuestro líder quiere verte

—contestó entre risas.

—¿Para qué?

—Solo quiere hablar contigo. Tú le serás de gran ayuda. Como debes de saber a estas alturas, eres su conexión. Se ha puesto muy contento al saber que estabas aquí. Aunque, claro... lamenta mucho lo que te sucedió.

Miré a Johanna y ella pareció acceder. Después de todo, Marissa nos había fallado.

—¿Dónde está tu líder?

—Te llevaré con él. Si tu amiga quiere acompañarte, no tenemos ningún problema en que alguien más se una a nosotros.

—Me llamo Johanna.

La rubia se asomó por detrás de mí y sonrió. Enseguida, extendió el brazo y le dio un apretón de manos a Louie. Él la estrechó con gusto y esbozó una amplia sonrisa de satisfacción.

—No puedo. —Señalé el hotel que estaba vigilando desde hacía días. La mayoría sabía quién era Rosie y quién era yo, y lo que había pasado con nosotras y los Crowell—. Rosie está ahí dentro.

Johanna apartó los ojos de Louie unos segundos y me miró con sorpresa.

—¿La has encontrado?

—Sí. —Tragué saliva y mis ojos fueron de Johanna a Louie—. Y ha matado a Sarah.

—¿Qué? ¿Cómo? —La pequeña rubia me observaba. No daba crédito a todo lo que había pasado en tan pocos días. Tenía el ceño fruncido y los ojos vidriosos.

—Le tendió una trampa —empecé a explicar—. Cuando llegué, Sarah

estaba a punto de salir. Rosie le había dicho que era mejor separarse para despistar a la policía. Por supuesto, Sarah accedió porque parecía la mejor opción. Le dio un teléfono para que estuvieran comunicadas y dinero en efectivo. Rosie tenía una cuenta bancaria a mi nombre. Al parecer, la abrió cuando nació para utilizarla llegado el momento. También le dejó el coche, pero le cortó los frenos para que pareciera un accidente.

—Está loca —dijo Johanna en cuanto terminé de hablar y yo asentí. Estaba de acuerdo con ella.

—No te preocupes, Anna —dijo el chico nuevo de voz suave, que parecía comprender todo lo que sucedía a la perfección—. Mi líder quiere conocerte cuanto antes y, para que te sientas tranquila, haremos que uno de los integrantes de nuestro grupo vigile a Rosie. Así no la perderemos de vista. Seremos tan cuidadosos como lo has sido tú.

Johanna me dio un apretón disimuladamente. Ella creía que debía aceptar la oferta, que debíamos ir con él para descubrir de una vez por todas la verdad que Marissa y Lilith nos habían ocultado.

—Está bien. Pero no perdáis de vista a Rosie ni un momento, podría desaparecer en un segundo. —Me temblaron los labios y no pude evitar tartamudear—. Y no os acerquéis demasiado, o sospechará algo.

—No lo haremos, Anna —afirmó el chico, que, al parecer, estaba más encantado con la presencia de Johanna que con la mía—. Te llevaré ahora mismo a conocer a mi líder. Estoy seguro de que os llevaréis bien.

Debía admitir que el lugar donde estaban era más bonito que el del otro grupo. Los colores resaltaban y cientos de personas me recibieron con una ligera sonrisa. Algunos de ellos asentían con la cabeza al verme y continuaban su camino. Por arte de magia, cambié mi expresión amarga por una sonrisa. Johanna estaba tan encantada como yo, parecía que sus ojos iban a salirse de las cuencas y saltaban de un lado a otro como si fuera lo más bonito que hubiera visto en su vida. Y era verdad, los pisos estaban relucientes y brillantes, tanto que me veía reflejada en ellos si bajaba la mirada. Cientos de cuadros de diferentes artistas colgaban de las paredes para ser observados.

Louie sonrió al ver la emoción en nuestros rostros pálidos en cuanto llegamos.

—¿Dónde está tu líder?

—Pronto llegará.

Johanna me miró. Yo le devolví la mirada para calmarla, porque seguro que estaba tan nerviosa como yo. Después de recorrer la nueva casa a la que acabábamos de llegar, estábamos cansadas. Ansiaba conocer al nuevo líder para saber exactamente qué era lo que necesitaba de mí. Tenía ciertas dudas, porque yo no era de las que tenía amigos por todos lados. Ahora era diferente, pero no entendía por qué yo era su conexión. Seguro que había algo que nos unía, pero no lograba imaginarme quién podía ser. Ni mucho menos recordar a ningún familiar que hubiera muerto y que fuera joven. ¿Este líder era mayor o de nuestra edad? Ni siquiera lo sabía. Los dedos se me estaban congelando y mi pie golpeaba con suavidad una y otra vez el suelo brillante de la casa mientras intentaba relajarme y no darle tantas vueltas a la idea de quién podía ser su líder.

Horas más tarde, Louie se levantó del sillón y nos avisó de que regresaría en un momento. Él era el que más deseoso se mostraba de que nos encontráramos con su líder, pero, al parecer, no estaba cerca.

Nos esperaba un largo día.

Por suerte, se estaban encargando de vigilar a Rosie, y eso me quitó un peso de encima. Esperaba que permaneciera todavía en el hotel para no tener que ir tras ella.

Pasaron otras tres horas.

Ni Louie había regresado ni el líder aparecía, y yo me estaba desesperando porque no sentía que estaba haciendo nada útil. Entonces, me atreví a preguntarme qué estaría haciendo Aaron en esos momentos y, sobre todo, dónde estaría si había abandonado al grupo de Marissa.

—Anna. —Oí una voz suave y tuve que levantar la vista porque tenía la vista fija en el suelo desde hacía horas. Me encontré con el rostro de Louie, que parecía demasiado apenado por hacernos esperar—. Me temo que tendréis que esperar un poco más. Mi líder está ocupado con unas cuantas cosas y tardará en llegar por lo menos unos tres días.

—¿Tres días? —pregunté con los ojos abiertos. No podía esperar tanto tiempo. Las cosas estaban pasando demasiado rápido.

—Sí —dijo, ocultando el rostro al ver mi expresión de desagrado—. Apenas he podido comunicarme con él y es lo que me ha dicho. ¿Crees que puedes esperar?

Me levanté del sillón y Johanna me imitó.

—No puedo esperar tres días. Rosie ha escapado y planea algo.

—Te aseguro que tres días pasarán muy pronto —intentó convencerme con una voz tierna y una sonrisa encantadora—. Además, Rosie necesita más tiempo para mejorar su plan, y mientras tanto nosotros lo descubriremos y haremos lo que haga falta para detenerla. Sabes que cuentas con nuestro apoyo.

Asentí.

—Bien. Pero entonces iré a vigilarla. Podéis venir a buscarme cuando tu líder esté aquí.

Él negó de inmediato.

—Eso no será posible —contestó con un tono misterioso—. Marissa ya sabe que estás con nosotros, a salvo, y si te ve sola por ahí, irá a por ti. No queremos perderte de nuevo. Creo que lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí.

Miré a Johanna. Parecía estar de acuerdo con el plan. Tal vez era cierto, tenía lógica. Si salía a seguirle la pista a Rosie, Marissa estaría ahí, esperándome para llevarme de nuevo con su grupo y hacerme quién sabe qué. Lo mejor era no arriesgarme y quedarme con los Eternos. Además, yo no era la única que estaba en peligro. Johanna se había escapado y, si me encontraban a mí, también la encontrarían a ella.

No tuve que pensarlo demasiado.

—Bien. De acuerdo.

Él sonrió y asintió, conforme con mi decisión. Me volví a sentar en el sillón y me quedé observando todo lo que había a mi alrededor, que, después de unas cuantas horas, ya se había vuelto aburrido y ordinario para mi vista.

Al día siguiente, decidí que lo mejor era hacer algo que no implicara estar sentada todo el tiempo, así que me encerré en una de las habitaciones para empezar a controlar todo lo que hacía Rosie. Por fortuna, llevaba conmigo los papeles de la cuenta bancaria. Había estado leyéndolos una y otra vez para poder entenderlo todo. No había nada que no supiera: la cuenta era mía, Rosie ahora era la titular y había movimientos recientes.

Johanna, por otro lado, estaba muy feliz al lado de Louie, que se convirtió en su persona favorita desde la mañana en que él le ofreció salir a caminar juntos. Ella parecía encantada, así que, cuando pidió mi aprobación para salir, asentí. Lo cierto es que sentí algo de celos, porque Johanna se había convertido en mi mano derecha y en una buena amiga. Le había cogido mucho cariño y sabía que nunca la olvidaría.

A mediodía, decidí que estaría bien visitar a Caleb, que seguramente seguía molesto conmigo. No le había contado lo que había pasado en los últimos días, así que estaba emocionada por verlo y decirle que muy pronto sabría qué era lo que estaba sucediendo. También le hablaría sobre Rosie.

Tuve que salir acompañada de tres fantasmas después de insistirle a Louie que debía visitar a mi conexión. Al principio, vaciló, pero después aceptó con la condición de que tres fantasmas me acompañaran. No tuve más opción que decir que sí. Una vez me reuniese con Caleb, haría de las mías para ocultarnos de ellos.

Esperaba que se alegrase de verme, que quisiera escuchar lo que tenía que decir y que me perdonara por lo ocurrido con Aaron.

Al cabo de un rato, llegué a su casa. Me asombraba que todo se mantuviera tranquilo. Las personas que vivían en las casas contiguas ni siquiera se imaginaban lo que pasaba en el mundo de los fantasmas. Es más, ni siquiera sentían nuestra presencia, a pesar de que pasábamos por su lado o incluso las atravesábamos.

Debía admitir que esto último tenía algo de gracia.

No me detuve a tocar el timbre porque era mediodía y seguro que estaba de camino del instituto, así que lo esperaría en el salón para darle una gran sorpresa y, de una vez por todas, hablar con él sobre lo sucedido. Mientras lo esperaba, me aventuré a inspeccionar su casa. Fui hasta la cocina, donde había unos platos recién fregados y todo estaba en su lugar y limpio. La alacena estaba repleta de latas colocadas de una forma peculiar.

Negué con la cabeza al pensar en lo perfeccionista que era Caleb.

Me detuve y me puse de puntillas para mirar por la ventana. No había ninguna camioneta aparcada en el jardín. Sin embargo, los tres fantasmas estaban ahí, mirando alrededor para ver si alguien peligroso se acercaba. Solo dos de ellos eran tan fuertes y altos como David y Thomas; el otro era delgado y tenía unas facciones finas. No obstante, tenía un atractivo

interesante, aunque su cabello parecía una especie de estropajo. Sus cabellos rizados parecían una maraña y llegué a pensar que dentro habría miles de telarañas y de animales desconocidos. Ninguno de los tres me había dirigido la palabra en todo el camino, aunque los oí susurrar algo a mis espaldas.

En ese momento, me enderecé y me dirigí a las escaleras para subir a la planta de arriba. Ya que Caleb no estaba, deseaba llevarme algo de él antes de que fuera demasiado tarde. Sonaba cursi, pero quería tener una fotografía de él donde mostrara su perfecta sonrisa. Fui de nuevo hasta el salón y, con un movimiento rápido, cogí una foto en la que Caleb aparecía junto a sus padres. Ya la había visto antes.

Seguramente se daría cuenta, pero me daba igual. Lo convencería para que me la diese. Caleb no se negaría si sabía que algo así me haría muy feliz.

Me metí la foto en los pantalones y oí como la puerta se abría. Me giré de golpe, tratando de ocultar mi sorpresa. Caleb entró observándome con los ojos abiertos de par en par. En los hombros llevaba colgada su mochila roja, que no parecía ir muy llena. Llevaba unos vaqueros limpios y planchados, y un polo negro que combinaba con sus zapatillas deportivas. Sus ojos verdes estaban fijos en mí, asombrados.

—Anna, ¿qué haces aquí? —me preguntó, y cerró la puerta.

—Tenía que disculparme por lo que ocurrió.

Él frunció el ceño y me miró de arriba abajo, cosa que me puso nerviosa. Sin embargo, traté de ocultarlo y me aclaré la voz.

—¿Qué ha pasado contigo? —dijo al observar mi cambio de ropa y mi peinado. Al parecer, le gustaba lo que había hecho. Sonreí con confianza y me enderecé para que lo apreciara mejor.

—¿Te gusta? —interrogué con curiosidad.

—Me gustaba el rosa, pero el color negro y ese peinado sin duda te quedan genial. —Me sonrió con satisfacción y añadió—: Me encanta, Anna.

Él se alejó de la puerta, mirándome con los ojos entrecerrados, como si estuviera tramando algo. Quería convencerlo de que todo estaba bien entre nosotros. Dejó su mochila en el suelo, se sentó en uno de los sillones y me hizo señas para que hiciera lo mismo.

Oí que la fotografía se arrugaba cuando me senté, así que empecé a hablar rápidamente para que él no se diera cuenta.

—Lo de Aaron fue un accidente. No tendría que haber pasado. Simplemente es un idiota que me odia y quería molestarme.

—¿Aaron? —preguntó, interesado.

Asentí.

—Sí, no lo conoces. Es otro fantasma.

—Ya veo.

—Estaba molestándome y, cuando llegaste, quiso hacerme una broma de mal gusto. Unos minutos antes me había pedido que bailase con él y no quise decirle que no porque quería que se fuera lo antes posible para seguir con nuestra increíble velada. Pero su plan era arruinarnos la noche.

Hablar de Aaron me provocó una sensación extraña. Antes de que me diera cuenta, su rostro estaba en mi mente y los nervios comenzaban a invadirme, cosa que Caleb notó. Ahora estaba pensativo y confuso. Si seguía tartamudeando, creería que le estaba mintiendo, así que dejé de hacerlo y me callé.

—Anna, no tienes que explicarme nada —dijo él con una ligera sonrisa.

—Sí tengo que hacerlo —contesté rápidamente—. Estos días has estado serio y te has alejado de mí. Te debía una explicación. Todo fue culpa de Aaron, que intentaba tomarme el pelo.

Él negó con la cabeza.

—No he estado serio por eso —empezó a decir con una ligera sonrisa que me estremeció—. He estado así porque sé que no debo de encariñarme contigo. Pronto te irás, ¿no es así? Acabo de oír en las noticias que Rosie se ha fugado con Sarah y las están buscando por todos lados. Estoy seguro de que en este tiempo ya has dado con ellas. Sé que Rosie es tu conexión más importante, porque ella estuvo contigo en el incendio. Me gustaría hacer algo más por ti, pero sé que no puedo hacerlo. Te he dado todo cuanto tengo, Anna. Y no sabes cuánto me gustaría que estuvieras viva.

Sentí que iba a comenzar a llorar, pero no lo hice. Ya había derramado demasiadas lágrimas, ya había sufrido bastante, y el dolor me había consumido tantas veces que ahora lo mejor era sonreír. Era hora de reconocer que había personas que me querían y me valoraban. Tanto Caleb como Johanna habían dado lo mejor de sí mismos para ayudarme. A pesar de que me ardían los ojos, me obligué a contener las lágrimas.

—A mí también, porque te quiero, Caleb.

Él sonrió y se acercó a mí. Se sentó a mi lado y me observó con esa sonrisa torcida suya que me encantaba. Me sentí acalorada cuando sus manos fueron hasta mis mejillas. Tenía los dedos fríos, pero no me importó, ni siquiera tuve la intención de echarme para atrás para alejarme, sino todo lo contrario. Quería quedarme ahí siempre, junto a él. Me acarició con suavidad con las yemas de los dedos.

Contuve el aliento y me fijé en sus preciosos ojos verde esmeralda, que me atrapaban como a una chiquilla de secundaria enamorada.

—Yo también te quiero, Anna.

Noté su aliento por todo mi rostro. Olía a menta, era un aroma delicioso. Acercó tanto la cara a mí que me vi obligada a cerrar los ojos.

De pronto, sus labios se pegaron a los míos. Me sentí estremecer debajo de él; una sensación extraña me invadía desde el momento en que lo había visto. Por fin nos estábamos besando, por fin estaba dando mi primer beso. Sentí que el estómago me ardía y mis labios se movieron al compás de los suyos. Aunque yo fui un poco torpe al principio, él me guio delicadamente para que siguiera su ritmo. Sus labios suaves se movían de una manera sensual y tierna, lentamente.

Cuando su lengua se adentró en mi boca, un gemido se escapó de mí y, entonces, sentí que su cuerpo se estrechaba todavía más contra mi cuerpo fantasmal. Sus manos me rodeaban la cintura y hacían que me sintiera acalorada. Cerré los ojos con más fuerza y me dejé llevar por la pasión. Sabía que tenía una sonrisa en el rostro. Su tacto me quemaba, pero era una sensación que no quería que parara nunca; no era como el infierno en el que había estado con Rosie. Nuestros cuerpos fríos estaban tan cerca que ni una ráfaga de aire podía pasar entre los dos.

Cuando su cuerpo pidió que nos apartáramos, me separé de él. Sus ojos reflejaban un torbellino de emociones. Esperé que no se hubiese dado cuenta de que aquel había sido mi primer beso.

—¿Qué debo hacer, Anna? —susurró.

—¿A qué te refieres?

Tragó saliva con dolor.

—¿Qué pasará con nosotros? No quiero dejarte ir. Primero fueron mis padres y ahora tú. Creo que estoy condenado a que las personas que quiero se vayan.

—Yo... —Intenté buscar una respuesta convincente, pero no se me ocurrió nada—. No lo sé, Caleb. No sé qué va a pasar.

—¿Puedes hacerme un favor? —Se apartó de mí tan solo unos centímetros. Parecía tener una nueva idea que podría ayudarnos, al menos por el momento, así que no dudé en responder.

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—Arriba, en el desván, hay algo que me gustaría que vieras. Es sobre mis padres. Tengo que traer algo de la camioneta que he conseguido hoy y tardaré unos minutos. Iré contigo enseguida.

Yo asentí.

—Claro.

Caleb se levantó y me dio otro beso largo, lleno de dulzura. Sonreí entre sus labios y él hizo lo mismo. Después se apartó de mí y se dio la vuelta en dirección a la entrada principal.

Yo suspiré y subí con mucho ánimo, sabiendo que en unos minutos volvería a reunirme con él.

Cuando estuve en la segunda planta, vi que solo había tres puertas. En realidad, nunca había subido. Casi siempre nos habíamos encontrado en el salón o nos veíamos fuera de su casa, así que era emocionante descubrir los secretos que Caleb tenía allí.

Me fijé en las puertas y negué con la cabeza. Ninguna de ellas parecía llevar al desván. Tenía que haber alguna entrada en el techo. Levanté la vista y vi un pequeño cuadrado en el techo. Bastaba con dar un gran salto o poner el taburete que había justo al lado de una planta para abrir la trampilla. Opté por el taburete.

Cuando di un paso para acercarme al taburete, oí un ruido extraño y, antes de que pudiera ponerme en guardia, una mano fuerte me agarró del brazo con brusquedad y tiró de mí con dureza. Abrí los ojos como platos y mi primer instinto fue apartarme. Quise gritar, pero enseguida otra mano me aplastó el rostro y me cubrió la boca para amortiguar el grito. Me tensé, pero no dejé que el miedo me invadiera. Ahora era fuerte y podía luchar contra quien fuera, incluso contra Rosie. Cerré los ojos con fuerza y recordé lo que Aaron me había enseñado en los entrenamientos.

Intenté dar una patada a mi agresor, pero este sabía lo que iba a hacer y me detuvo con facilidad. Traté de morderle, pero no me soltó, sino que me

apretó con más fuerza y me presionó hasta hacerme daño. Traté de darle otro golpe, pero su cuerpo se movió con velocidad y puso los pies delante de mis rodillas para inmovilizarme. Me impedía moverme y enseguida me quedé de piedra. Congelada. No podía luchar. Si era Marissa, no me haría daño, porque me necesitaba. Pero si se trataba de alguien distinto... entonces estaba en peligro.

Su agarre se fue aligerando. La mano que me tapaba la boca dejó de presionar y volví a respirar con normalidad, aunque mi pecho seguía agitándose con rapidez. Tenía que recuperar el aliento lo antes posible. Inhalé profundamente y, entonces, un olor familiar me llegó hasta la nariz. Olía a jabón y, entonces, vi la piel morena y brillante con la que tantas veces me había topado. Un instante después, me invadió su aroma a miel.

—Soy Aaron —me dijo al oído.

Su cuerpo estaba pegado al mío y sentía que estaba tenso, duro como una roca e, incluso, de vez en cuando parecía que temblaba. Yo estaba de espaldas y no podía verle la cara, pero estaba segura de que era él. Era Aaron. Por supuesto. Solo él habría podido burlar a los tres fantasmas.

Antes de que pudiera hablar y sin soltarme, me obligó a caminar con él hasta una de las habitaciones. Las puntas de sus pies chocaban contra mis talones debido al poco espacio que había entre nosotros. Su tronco estaba pegado a mi espalda. Fue una sensación que me puso la piel de gallina; nunca lo había tenido tan cerca. Aaron todavía me apretaba la boca para que no gritase, aunque sabía que no lo haría. Abrió la puerta con rapidez y, en cuanto estuvimos dentro, la oscuridad se cernió sobre nosotros. Una vez entramos, cerró la puerta con mucho cuidado. Por suerte, los rayos de sol se filtraban por una de las cortinas y había algo de luz.

Me soltó y me alejé unos centímetros de él.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un murmullo. Vislumbré su silueta y parte de su rostro. Para mi sorpresa, él estaba tan agitado como yo.

—Tienes que saber algo, Anna.

—No quiero saber nada sobre ti, traidor.

Él apretó la mandíbula y dijo algo que yo no pude oír. Entonces, levantó el rostro. Su pecho subía y bajaba, al igual que el mío. No se había acostumbrado a dejar de hacer los movimientos que hacíamos inconscientemente cuando estábamos vivos. Y eso significaba algo.

Su rostro volvió a fijarse en mí.

—No es sobre mí —susurró—. Es sobre Caleb.

—¿Caleb?

Abrí los ojos mucho, sorprendida. Era la primera vez que Aaron llamaba a Caleb por su nombre y no por su apodo.

Capítulo veinte

Miré a Aaron, esperando que me dijera algo más. Estaba nervioso y se movía agitadamente. Sabía que alguien se acercaba, así que corrí hacia la puerta y le puse el pestillo.

Cuando nos miramos, nuestros ojos conectaron enseguida, pero él no dejó escapar ni un segundo y empezó a moverse, avanzando hacia donde yo estaba. Aaron se abalanzó sobre mí, me levantó con fuerza la camiseta que llevaba puesta y me dejó el vientre al descubierto. Sentí sus dedos fríos en mi estómago. No dije nada y lo observé coger de un tirón la fotografía de la familia de Caleb que yo había robado del marco unos minutos antes. Aaron la desdobló y me miró, iracundo.

—¿Quieres saber la verdad? —Le temblaban los dedos, la voz se le cortaba y yo presentía que algo malo iba a suceder. Unos pasos se escuchaban cada vez más cerca—. Caleb es un mentiroso. Te ha traicionado y te va a apuñalar por la espalda. ¿Por qué? Bueno, porque...

—Aaron, basta.

—No —espetó—. Escúchame. Esta es la verdad.

—Caleb no puede traicionarme. Él me quiere.

Sentí que los ojos me ardían.

—Caleb no tiene corazón, Anna. Te hará daño. Solo escúchame, ¿de acuerdo?

Me quedé helada; nada salía de mi boca. De pronto, pensé que quizá debía creerlo. No parecía que estuviera mintiendo o bromeando. Sonaba

serio y hablaba a gran velocidad. Sabía que alguien se aproximaba. Inspiró profundamente y me miró con lástima.

—Él es el otro líder, Anna. Todo este tiempo te ha mentido. No es quien dice ser, siento habértelo ocultado. —Parecía dolido y lo peor de todo es que sonaba sincero—. De verdad, no sabes cuánto lo lamento, porque te has enamorado de él. Esa es la verdad que Marissa y Lilith te ocultaron, ellas... ellas solo sabían que Caleb era un fantasma, quiero decir... todos lo sabíamos, pero nadie se imaginaba que era el malo, y mucho menos que era el líder. Solo yo lo sabía. Siempre lo he sabido.

—Mientes.

—No. No te mentiría con algo así —respondió de inmediato—. El grupo de Marissa no es malo. Al contrario, ellos son los buenos, siempre lo han sido, ¿de acuerdo? Louie es la mano derecha de Caleb. Te ha tendido una trampa, a ti y a Johanna. No tengo mucho tiempo, Anna. Y tú tampoco. Debes ir con Marissa. Tienes que irte de aquí lo antes posible.

Negué.

—Solo quieres causarme problemas.

—No, Anna. Te estoy siendo completamente sincero.

—¿Entonces por qué te fuiste?

Él bajó la mirada, pero enseguida se recuperó y me miró como nunca antes lo había hecho. Tenía el rostro afligido. Parecía que quería echarse a llorar en mis brazos, pero algo lo detenía.

—Yo me fui del grupo porque quería protegerte... protegerte a mi manera. He estado contigo todo este tiempo, Anna. La noche que bailamos, no quería dejarte sola con Caleb y por eso os seguí. Sé que te molesté, sé que hice que no tuvieras la noche perfecta con él y no sabes cuánto me alegro por eso.

—Tragó saliva y esbozó una sonrisa torcida—. Todas las veces que estuviste a solas con él, yo también estaba ahí. Lo de Caleb lo supe desde el principio, desde el momento en que te vi en la fiesta de Hannah, en la mansión, en el bar... estábamos los dos. Sabía que Caleb iba a por ti, pero no pude hacer nada.

—¿Cómo sé que lo que me dices es verdad? —susurré—. ¿Cómo sé que no me mientes?

—La fotografía —dijo él, y dirigió su atención al papel brillante que

tenía en las manos. Todavía temblaba. Cuando empezó a desdoblarla, me di cuenta de que había un pliegue más que yo había ignorado—. Caleb y yo...

Me llevé una mano a la boca y negué con la cabeza. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Quería golpear a Caleb.

Aaron y Caleb eran hermanos. Estaban en la misma fotografía y, junto a ellos, estaban sus padres. Caleb había hecho el pliegue para ocultar a Aaron de la fotografía. Ambos eran pequeños, sonreían a la cámara con unos dientes perfectamente alineados y una sonrisa torcida, casi inocente, y aunque eran físicamente diferentes, había algo en ellos similar: llevaban la misma vestimenta. Como si fueran gemelos.

—Tenemos que salir de aquí, Anna. Te lo explicaré todo.

—Caleb... no. Él no...

Todavía no me lo podía creer.

Escuché que alguien subía las escaleras con tranquilidad. Sabía que era Caleb, sabía que detrás de él venían los fantasmas que habían sido asignados como mis guardianes. Me imaginé que Caleb sabía perfectamente que había más fantasmas en su casa, porque él los lideraba, pero tenía que fingir para que no se diera cuenta de que...

—Aaron... —lo llamé entre las sombras—. ¿Caleb...? ¿Caleb es un... fantasma?

Él asintió.

—Sí, Anna.

Más lágrimas brotaron, pero no tuve tiempo de secármelas.

—¿Cuál ha sido su plan desde el principio? ¿Sabíais que era el líder del otro grupo y que se estaba haciendo pasar por un humano?

—Caleb parecía un fantasma como cualquier otro y nadie se imaginaba que él era el líder porque... bueno... era independiente. Siempre estaba solo, o al menos eso era lo que aparentaba. Pero yo sabía lo que planeaba. Sabía lo que era. Entonces, pensé que, mientras yo averiguaba cuál era su plan, tú sola te protegerías estando con él, porque Caleb no te haría daño mientras siguiera fingiendo que era humano. Él te tendría, nosotros también, y tú... tú, bueno, estarías segura.

—Vete de aquí —lo empujé. Tenía el pecho duro como una piedra.

—Anna... tienes que venir conmigo. —Intentó volver a cogerme del

brazo pero yo me aparté—. Vamos.

Me enjuagué las lágrimas y negué con la cabeza. Después, le arrebaté la fotografía y me la volví a guardar debajo de la camiseta.

—Hermanos... No me lo puedo creer.

—Te lo explicaré. Vámonos ya.

—¿Anna? —se oyó al otro lado de la puerta.

La voz de Caleb resonó en mi cabeza. Sentí náuseas.

—Vamos, Anna —suplicó Aaron, poniéndose más nervioso, pero cuando entendió que no iba a ceder, resopló en silencio, dejando ver la tensión en los músculos de su rostro—. Mira, tengo algo más. Toma esto. Es otra prueba.

Sacó unos papeles doblados de dentro de sus pantalones. Eran por lo menos unas diez páginas.

—¿Qué es esto? —susurré y cogí los documentos. Caleb se daría cuenta de que Aaron estaba aquí si permanecía más tiempo, así que me di prisa.

—El certificado de defunción de nuestros padres. El de Caleb y el mío también están ahí. Toda la información que necesitas la tienes en tus manos. Tuvimos un accidente. Debes creerme.

Yo asentí.

Caleb. Dios. No. No podía ser cierto.

—Te creo. Ahora tienes que irte. —Lo volví a empujar.

—No, Anna. No me iré sin ti.

—Tienes que hacerlo —dije entre dientes.

—Te he estado protegiendo todo este tiempo y ahora no dejaré de hacerlo. No me pidas eso, por favor.

—Aaron, escúchame —empecé a decir con rapidez. Caleb volvió a llamarme pero lo ignoré—. No le tengo miedo. Voy a seguir con el plan. Si quiere seguir fingiendo, entonces ambos lo haremos. Confía en mí. Sé que si me voy ahora, esto explotará y no descubriremos sus intenciones. No estamos listos. Necesito permanecer en su grupo e investigar lo que pueda.

—No, no y no. Es peligroso, Anna.

—Confía en mí. Esto es lo mejor que podemos hacer ahora. Me infiltraré con su propia ayuda —dije con voz firme—. Funcionará. Seguiremos con el plan, ¿entendido?

—Anna...

—¿Entendido? —volví a preguntar.

Él asintió.

—Te buscaremos. No estarás sola. Nunca lo has estado

—me dijo.

—¿Anna? —La voz tenebrosa volvió a llamarme y sentí que su voz se calaba en mis huesos.

—¡Estoy aquí! —grité, tratando de sonar lo más tranquila posible, pero entonces las piernas empezaron a temblarme. Acto seguido, miré a Aaron con profunda tristeza—. Nos vemos pronto, Aaron.

Asintió con la cabeza y desapareció. Entonces, me metí los papeles en la camiseta y me giré de golpe cuando la puerta empezó a abrirse. Tomé otra bocanada de aire y me preparé para la mejor actuación de mi vida. Después de todo, esa era mi mejor habilidad. Actuar. Desde niña había fingido ser alguien que no era, y esto era más sencillo y divertido; primero, porque yo quería hacerlo y nadie me estaba obligando, y segundo, porque a partir de ahora nadie se burlaría de Anna Crowell.

Caleb me las pagaría.

La luz del exterior comenzó a filtrarse más y respiré profundamente. Tuve que parpadear un par de veces para que el ardor de ojos que sentía desapareciera. Esperaba que mis ojos no estuvieran rojos e hinchados. Aunque ahora lo único que sentía era la rabia deslizarse por mis venas, al igual que el calor en el rostro y en las orejas.

Caleb se asomó y sonrió. Parecía la sonrisa más inocente del mundo. Se la devolví y me armé de valor para ser la mejor actriz de la familia Crowell.

—Hola —me dijo con el ceño fruncido.

—Hola —contesté y esbocé una sonrisa más amplia.

La foto que llevaba bajo la camiseta me quemaba la piel. Me entraron ganas de correr y arrastrarme por el suelo para no estar cerca de Caleb. Sin embargo, me mantuve de pie y traté de hablar sin levantar ninguna sospecha.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con una sonrisa ligera.

Encogí los hombros en forma de respuesta.

—Quería ver tu dormitorio.

Caleb encendió las luces y la habitación se iluminó. Antes, no me había dado tiempo de echar un vistazo a la habitación. Aquella era una buena

oportunidad para apartar los ojos de Caleb y distraerme mirando las cosas que había a mi alrededor. Me giré y vi cajas de zapatos tiradas en el suelo sin mucho cuidado. Entre las sombras, había vislumbrado una cama con sábanas perfectamente limpias; una cama que, sin duda, Caleb nunca había utilizado. Pero ahora la cama había cobrado vida con la luz. Para mi sorpresa, la habitación era más grande de lo que esperaba. Debajo de mí había una alfombra que cubría la mayor parte del suelo. Era de color crema y tenía unas cuantas manchas de café. En realidad, la habitación no estaba tan cuidada como el resto de la casa. Esta parecía la guarida de Caleb.

—Siento el desorden. No me ha dado tiempo de limpiar, he estado demasiado ocupado. No sabía que querías ver mi habitación.

Me giré para mirarlo. De nuevo estaba fingiendo ser un chico rubio de ojos color verde esmeralda totalmente normal, dulce y tierno. Me dirigió una sonrisa, y yo le respondí con una cálida sonrisa falsa.

Me pregunté si me había besado por pura obligación. Muy en el fondo, sabía que así era. Había desperdiciado mi primer beso con un mentiroso.

—No te preocupes. Me gusta mucho, creo que refleja muy bien tu personalidad.

Él se rio.

—Siempre tan ocurrente...

Él se acercó a mí y me cogió de los hombros. En mi interior me retorcí del dolor, pero gracias a mi fuerza de voluntad me aguanté las ganas de gritar y de apartarlo de mí. Intenté mostrarme cariñosa y sonriente con él. Como la tonta Anna Crowell que creía que se había enamorado de un chico amable y bueno. No sabía lo equivocado que estaba.

—Gracias por cruzarte en mi camino, Anna —dijo, y esbozó una amplia sonrisa.

—No. —Aparté sus manos de mis hombros y las sostuve entre las mías. Estaba segura de que le costaba demasiado ser cursi y decir aquellas palabras, así que intenté ser lo más empalagosa posible para darle una lección—. Gracias a ti, Caleb. Eres adorable. No sabes lo feliz que soy a tu lado. Tú eres la única persona que me ha ayudado. Durante todo este tiempo, he vivido en un infierno, pero ahora tú me has dado esa felicidad que tanto ansiaba.

Entonces lo vi en sus ojos. Sentí que, por dentro, estaba poniendo los

ojos en blanco. Sonreí para mis adentros por haberlo hecho enfadar. Caleb tenía que fingir que me quería a su lado, pero no sabía que estaba con la mejor actriz del mundo. Lo cierto es que estaba disfrutando del momento. Entonces, di unos pequeños pasos al frente sin vacilar para acercarme a él. Cuando nuestros cuerpos quedaron a una distancia prudente, posé mis labios sobre los suyos y le di un cálido beso.

Ahora el sabor de los labios de Caleb era amargo. Tener sus labios junto a los míos me provocó un terrible dolor de estómago y unas ganas inmensas de vomitar.

Cuando nos apartamos, vi que seguía sonriendo.

—Dijiste que ibas a enseñarme algo del desván. ¿Qué era?

Él sonrió.

—Creo que no es tan importante. Es una tontería.

Me cogió de la cintura y me pegó a él, como si fuera un chicle. En un par de ocasiones, mientras estaba de visita en la mansión de los Crowell, había visto a Rosie coger a George de la nuca cuando estaban muy cerca y besarse con delicadeza. Deslicé mis manos por su pecho hasta llegar a su cuello y él sonrió. Imité el gesto de mi madre y llevé las yemas de mis dedos hasta su nuca. Después, enterré los dedos en su cabello rubio y lo observé como si lo deseara.

—¿De verdad?

—Prefiero besarte, Anna —susurró, y se acercó a mi cuello.

Se me erizó la piel por culpa del temor y él lo notó enseguida, pero yo traté de sonreír, esperando que creyera que era consecuencia de la cercanía de nuestros cuerpos. Se lo creyó porque, entonces, me besó la mejilla, luego las comisuras y, finalmente, los labios.

Cuando acabó, me aparté un poco de él. Estaba muy nerviosa y realmente esperaba que no se diera cuenta.

—Me gustaría quedarme más tiempo, pero he venido con otros tres fantasmas que quieren protegerme.

Él frunció el ceño, como si no supiera de qué hablaba.

—¿Qué ha pasado?

Suspiré y aproveché para alejarme de él mientras me preparaba para sonar afligida. Me abracé a mí misma y negué con lástima. Mis ojos se

tornaron vidriosos y la habitación empezó a desdibujarse. Caleb trató de animarme para que se lo contara, aunque él lo sabía perfectamente todo. Lo había engañado con mi actuación.

Me pregunté por qué yo era la conexión de Caleb. No teníamos nada en común y estaba segura de que nunca nos habíamos cruzado. Había algo que nos unía, pero ¿qué?

—Han pasado muchas cosas, Caleb —comencé a decir, y de pronto el nombre del chico rubio dejó de sonar en mi cabeza. Opté por pensar en el apodo que le había dado Aaron, el supuesto hermano de Caleb. ¿Odiaba Caleb a Aaron? ¿Por qué estaban en grupos separados, si se suponía que eran hermanos? No lo entendía—. Me uní a un grupo que me mintió. Me hicieron pensar que eran los buenos. Aaron forma parte de él. Desde el primer momento supe que quería hacerme daño, que no era bueno. Después descubrí que Rosie se había escapado del hospital y, cuando quise ir a buscarla, ellos me lo prohibieron. Supe en ese momento que algo andaba mal. Me fui en busca de Rosie y la encontré, al igual que a Sarah, que ya te conté que era su cómplice. Bueno, pues además de todo eso, Rosie se deshizo de Sarah. El grupo que de verdad es bueno me ha encontrado y me ha pedido que me quede con ellos y por eso me han acompañado hoy tres fantasmas.

Él abrió los ojos.

—No sabía nada, Anna. —Yo entrecerré los ojos en mi interior y vi que una chispa se encendía en sus ojos verdes. Por supuesto que lo sabía—. Lo siento mucho por Sarah, pero creo que se lo merecía.

—Es una lástima. Yo también lo siento —dije, y me aparté más de él.

—Entonces, ¿te vas?

Yo asentí, aliviada. Alejarme de él era lo mejor que podía hacer. No quería tener a Caleb cerca y mucho menos seguir fingiendo y tener que besarlo.

—Tengo que irme, solo quería visitarte unos momentos, así que me voy feliz. Como sabes, Rosie es mi principal conexión y necesito que me dé toda la información de lo que pasó en el incendio, porque solo ella lo sabe. Necesito saber qué me ocurrió, y si estoy viva... Espero volver muy pronto.

Él asintió.

—Ten por seguro que estaré aquí.

Me acerqué y le di un último beso. Me costó más de lo que había imaginado. Sus labios habían pasado de ser suaves y apetecibles a ser gruesos y rasposos.

Entonces lo vi. Vi la profundidad de sus ojos y el poco brillo que había en ellos. Supe entonces que Caleb era un fantasma. Ahora sentí su frío. Siempre había estado helado; cada vez que me tocaba, notaba sus dedos congelados en mi piel. Me había mentido y lo había hecho muy bien. Había caído en su trampa. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué fingir que era un humano? No entendía nada.

La cabeza me daba vueltas y no encontraba ninguna respuesta. Lo que necesitaba era alejarme de ese lugar para no oler su aroma ni sentir su presencia. Caleb era de los malos; tenía una energía potente, fuerte e indestructible. La notaba por todos lados y no sabía hasta qué punto podía hacerme daño. Ese era el otro Caleb que había permanecido oculto. Lo demás era un disfraz.

Maldito Caleb. No, maldito *High School Musical*.

—Adiós, Caleb.

Sonreí a duras penas. Oí una voz en mi cabeza que me gritaba que saliera de ahí lo más rápido posible. Tenía un pie fuera de la habitación y me sentía demasiado ansiosa por irme, por no verlo jamás.

—Adiós, Anna.

Desaparecí de su vista y me fui junto a los otros fantasmas, en silencio y sin decir nada. En cuanto me vieron salir de la casa de Caleb, me siguieron. Les dije que ya había terminado, que estaba lista para volver y que empezáramos a caminar lo antes posible. Solo pensaba en leer los papeles que Aaron me había dado. Sabía que, como él había dicho, toda la información estaba en mis manos. Solo esperaba que nadie me descubriera hasta que tuviera tiempo de idear un plan.

Lo de Caleb me había dolido mucho.

Cuando llegué a la casa, los fantasmas desaparecieron y yo fui corriendo a buscar a Johanna, que seguramente seguía con Louie. Cuando atravesé un pasillo que llevaba a un jardín pintoresco, mis sospechas se confirmaron al

ver que Johanna estaba riéndose a carcajadas con Louie, que parecía tan tenso como Caleb. También estaba fingiendo. Por suerte, Johanna no habría pasado tanto tiempo con él como para haberlo besado.

La mala suerte me perseguía.

Avancé hasta ellos con lentitud para no dejar ver mi angustia y mi desesperación por separarlos. Ellos hicieron caso omiso de mi presencia cuando estuve a unos cuantos pasos de distancia. Tuve que aclararme la garganta.

Los papeles seguían debajo de mi camiseta. Tenía que hablar con Johanna. Ella también merecía saberlo.

—Eh, ¿un buen chiste? —pregunté con una ligera sonrisa. Ambos levantaron la vista y me miraron con los ojos entrecerrados. Las lágrimas no tardarían en salir si seguían riendo de esa manera.

—Bastante bueno —respondió Johanna, sosteniendo a Louie del brazo, como si fueran dos íntimos amigos que se lo estaban pasando muy bien. Lástima que yo fuese a arruinar esa nueva amistad y a romperle el corazón a mi nueva amiga.

—Me alegro de que os estéis divirtiendo. Yo he tenido un mal día.

Johanna me miró extrañada. De inmediato, notó que no estaba actuando como siempre. Louie, en cambio, tenía una expresión extraña en el rostro. Sin duda, no quería saber nada de lo que me había sucedido.

—¿De verdad? ¿Por qué? —Johanna me siguió el juego y yo le lancé una mirada cómplice, que captó de inmediato—. ¿Quieres contármelo, Anna?

Louie se mostró incómodo y miró a Johanna con lástima. Entonces, se levantó del banco como si le costara demasiado y se sacudió los pantalones ajustados que llevaba puestos. Después, hizo una mueca y nos miró con tristeza.

—Bueno, yo me tengo que ir. Parece que queréis tener una conversación de mujeres y creo que no debería estar aquí. ¿Nos vemos después, Johanna?

«Por supuesto que no, idiota», pensé en mi interior.

Ella asintió con la cabeza.

—Bien. Nos vemos, Anna.

—Nos vemos, Louie, siento haberos interrumpido.

—No pasa nada.

Él se dio la vuelta y se fue. Lo seguí con la mirada y, cuando desapareció de mi vista, me aseguré de que nadie estuviera cerca para hablar. Miré a Johanna con rapidez. Sabía que había descubierto algo.

—Es una suerte que lo haya conocido.

—Nos han puesto una trampa —empecé a explicar entre susurros—. Caleb es el líder de este grupo, es malo. Siempre lo ha sido. Creí que era mi conexión y que por eso podía verme, pero estaba muy equivocada. Yo soy la conexión de Caleb. No sé desde cuándo ni por qué. Nunca lo conocí en vida y no entiendo por qué ha pasado todo esto. Aaron me ha dicho que Caleb es un fantasma.

Johanna me escuchaba con atención. Estaba sorprendida, pero no decía nada. Sabía que en esos momentos debía camuflar sus emociones para que ningún fantasma se diese cuenta de lo que estábamos hablando.

—Aaron y Caleb son hermanos —susurré y me señalé el vientre. Los papeles crujieron y sentí que la punta de una de las hojas se me clavaba en la piel—. Me ha dado unos documentos que prueban que son hermanos y que fallecieron. Marissa está en el grupo de los buenos, por si te lo preguntabas. Aaron me ha dicho que todo este tiempo ha estado protegiéndome.

Ella sonrió.

—Lo sabía.

—¿Qué? —pregunté, y elevé una de las cejas.

—Que le gustas a Aaron.

Negué con la cabeza.

—¿Qué? ¡No! Esa no es la cuestión...

—Todos lo sabíamos, Anna. No era un secreto, por más que él lo intentara ocultar. Era demasiado evidente. Si no te lo dijo fue porque estabas con ese chico rubio que te tenía en las nubes. Todas las miradas que Aaron te dedicaba estaban cargadas de amor. ¿Nunca lo notaste? Le gustas tanto que tenía que ocultarlo haciéndote creer que te odiaba. Así actúan algunos chicos. Desde que llegaste, supe que Aaron se comportaba así por ti. Se mostraba más agresivo y trataba de mantenerse alejado de ti, pero tú más que nadie debes saber que siempre intentaba estar cerca de ti. ¿Crees que te protegía solo porque sí? Le gustabas, Anna. —Hizo una pausa. Yo estaba atónita. Eso no podía ser cierto, Aaron me odiaba—. Tienes que entender que no todas las personas son valientes en lo que al amor se refiere. Él no ha

querido darse la oportunidad de intentar decirte lo que sentía por miedo. Siempre ha sido muy prudente, sabe que...

Se detuvo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué sabe?

—Creo que he hablado demasiado. Lo siento, me va a matar.

—¿Qué sabe, Johanna? —volví a preguntar, esa vez con más autoridad.

—Anna...

Mis nervios aumentaban. ¿Qué más sabía Aaron? ¿Por qué le costaba tanto decirme lo que sabía? ¿Acaso era tan grave?

—Johanna...

Se hizo un silencio y luego contestó:

—Sabe que te marcharás en cuanto completes tu misión.

Yo entrecerré los ojos.

—Es verdad. No te miento —dijo rápidamente, y levantó las manos en el aire.

Yo asentí.

—Bien.

Cogí del brazo a Johanna y la levanté del banco para que me siguiera. No protestó y vino detrás de mí con paso rápido. Entramos en una de las habitaciones vacías y me aseguré de que no había nadie cerca. Después, pasé el pestillo de la puerta y me levanté la camiseta para sacar los papeles que Aaron me había dado.

Johanna se acercó a mi lado y empezó a leer conmigo. Me sorprendí al ver que los papeles no temblaban entre mis dedos. Las hojas estaban desgastadas y amarillentas, tenían unas cuantas manchas oscuras por el moho, pero todo se entendía a la perfección y parecían auténtico. Los nombres de Caleb y Aaron aparecían en los documentos. Aquello confirmaba que ambos estaban muertos y que, efectivamente, los dos eran fantasmas. Sin embargo, no entendía qué pintaba yo en todo eso. Caleb quería quitarme de en medio de alguna manera. Según Marissa, él y los suyos querían desafiar a la naturaleza y vivir eternamente en este mundo.

—¿Sabes cómo murió Aaron? —pregunté con el ceño fruncido. Todavía no entendía ciertas cosas—. Caleb me contó que sus padres murieron en un accidente, pero, claro, él nunca mencionó que tuviese un hermano y mucho

menos que él también murió en ese accidente. Así que estoy segura de que mintió.

—Aaron murió en un accidente de tráfico. Aunque creo que no fue un accidente y que el responsable no sabía que los dos niños iban en el coche. Aaron dijo que ese día iban en el coche de su madre. —Me arrebató la fotografía donde salían los padres de Caleb y Aaron, y suspiró—. No lo sé, llámame loca, pero el padre de estos dos era muy guapo y atractivo, ¿no crees?

Le quité la fotografía para observarlo mejor.

Lo cierto es que era bastante guapo y se parecía a los dos chicos. Tenía los ojos verdes como los de Caleb y una sonrisa sombría como la de Aaron. Era alto, fuerte y robusto. Parecía tener una personalidad cautivadora y seguramente tenía una voz ronca y sensual. Pero estaba rodeado por un halo de misterio, que le dotaba de atractivo.

Sí, era muy guapo. Los labios de los tres hombres eran idénticos. La mujer, en cambio, era delgada, de ojos negros y bajita. Tenía el cabello rubio y lacio, como Caleb. El padre tenía una piel bastante llamativa y era moreno. En la fotografía, Aaron parecía unos tres centímetros más alto que Caleb. Todos estaban sonriendo. En especial, Caleb.

Esa sonrisa parecía más sincera que todas las que había visto.

—¿Una amante? —me cuestioné en voz alta.

—¿Tú crees? —dijo ella.

Tragué saliva y empecé a formular una teoría.

—Bien. Supongamos que fue una amante. Manipuló los frenos del automóvil para matar a la esposa de... ¿cómo se llamaba?

Johanna revolvió los papeles hasta que encontró lo que estábamos buscando.

—Richard Brennan —respondió. Yo asentí.

—Richard Brennan —repetí para no olvidar el nombre. Era la primer vez que escuchaba los apellidos de Aaron y de Caleb—. Bueno, pongamos que la amante manipuló los frenos, pero jamás se imaginó que los niños estaban en el coche, ¿verdad? Ella no quería acabar con toda la familia, pero todos se subieron al coche y fallecieron. Caleb y Aaron se volvieron fantasmas, pero sus padres no. Tenían asuntos pendientes. Pero ¿qué?

Johanna se encogió de hombro.

—¿Acaso Caleb tenía que conocerme? Tal vez el destino quería que nos uniéramos. Lo mismo sucedió con Hannah y Alex. Ellos tenían que conocerse. ¿Por qué soy su conexión?

Pensé en cuál podía ser la respuesta, pero no se me ocurría nada.

—En la foto, Caleb parece feliz, ¿no te parece?

—Sí... ¿Qué le pasó para convertirse en lo que es ahora?

Me quedé en silencio. De pronto, se me ocurrió una idea. Ella era la respuesta de todas mis preguntas.

—¿Qué, Anna?

—Rosie —murmuré—. Claro. Fue ella.

—¿Cómo? —preguntó con curiosidad.

—Solo es una teoría —dije antes de empezar, pero para entonces ninguna de las dos creía en las teorías. Si había pensado en ella, era por algo—. Rosie era la amante de Richard. Caleb estaba muy feliz en la foto, seguro que quería a su familia. De pronto, un día vio a su padre con su amante, besándose, cogidos de la mano, lo que sea, y empezó a sentir rencor hacia ellos.

—¿Crees que él pudo haber manipulado los frenos?

—¡No! Recuerda que era el coche de su madre. Rosie seguramente quería deshacerse de ella. Sé que le daría igual acabar con la vida de alguien, no le importaría destruir a una familia. No tiene corazón. Puede que estuviera tramando algo desde el principio. Rosie es demasiado inteligente para saber que amar a alguien la destruiría. De la única persona de la que verdaderamente se enamoró fue de Eric, y eso le afectó mucho. Estoy segura de que solo estaba con Richard para utilizarlo. Quizá era médico o algo así.

Johanna revolvió los papeles y leyó algo que la impresionó tanto que levantó la mirada con recelo.

—¿Te los has leído?

—No, ¿por qué?

—Porque Richard Brennan era médico.

—Médico... bien. Aaron y Caleb son tres o cuatro años mayores que yo. En esta fotografía ellos tendrían unos cuatro o cinco años. Yo, en cambio, tenía apenas uno o dos. Puede que su padre trabajase en un hospital

psiquiátrico y supiese que Rosie estaba enferma. Ella seguramente lo enamoró para que no la encerraran, porque sabía que, si George se enteraba de que no se había recuperado, la dejaría y la apartaría de Alex, al que estaban a punto de adoptar. En esa época, Rosie estaba muy mal. Deliraba y creía que Hannah era su hija. Cuando el médico se preocupó por su estado, decidió encerrarla antes de que cometiera una locura, y ella actuó. Puede que lo amenazase con matar a su esposa si la encerraba, y él la ignoró.

—¿Seguro que es tu madre, Anna?

Resoplé.

—Me gustaría que no lo fuera.

—Entonces, ¿insinúas que Caleb sabía lo de la amante?

—me preguntó con una ceja levantada. Sus ojos estaban abiertos de par en par y parecía tan asombrada como yo.

—Sí —contesté, cansada—. Seguro que se enteró de que Rosie tenía una hija y, al igual que ella, quería acabar con nuestra pequeña familia. Rosie le arrebató la felicidad. Caleb quiere venganza. Al morir, quedó conectado con esa idea y conmigo. O quizá... Tengo otra teoría: puede que le guste tanto tener los poderes que posee y ser un fantasma que decidiese quedarse aquí, pero entonces se enteró de que su conexión estaba en esta dimensión, en este misterioso y desconocido mundo. Se enteró de que yo había muerto y que era la única que podía detenerlo. Caleb se volvió malo.

—Me inclino más por la segunda teoría. Ningún fantasma puede recordar durante tanto tiempo su misión. Eso lo explicaría todo. Sabe de ti porque llegaste aquí —asintió, de acuerdo conmigo—. En cambio, Aaron... ¿Cuál crees que es la razón por la que todavía sigue aquí?

—No lo sé. Pero tengo la impresión de que no recuerda lo que tenía que hacer.

—Vaya. A veces preferiría ser de los malos, siempre parecen más felices.

—Ni lo pienses. Al final, siempre reciben su merecido.

—Era broma, Anna.

Johanna bajó la mirada.

Cuando bajé la vista al suelo, mientras reflexionaba en todo lo que estaba sucediendo y trataba de mantener toda la información en la cabeza, la habitación empezó a dar vueltas y sentí que el techo se me caía encima.

Entonces, vi fuego, una ligera chispa que me quemaba el brazo, suficiente para soltar un chillido. Por suerte, Johanna no lo oyó. Cerré los ojos con fuerza y decidí que lo mejor era sentarme y relajarme. Estaba procesando toda la información y seguro que estaba comenzando a alucinar. La cabeza me dolía como nunca. Estaba cansada. Me dolían los hombros y tenía la boca seca, como si estuviera sedienta. Las piernas me pesaban.

Cuando me senté, vi que mis piernas comenzaban a desaparecer. Sentía la ropa mojada y tenía frío, aunque me ardía la frente. Quería tomar agua, estaba sedienta. Cerré los ojos con fuerza para hacer desaparecer la sensación. No necesitaba tomar agua, pero mi cuerpo me lo pedía a gritos.

Me relamí los labios con la esperanza de dejar de sentir las grietas que se me estaban formando en los labios. Al sentir la humedad en la boca, suspiré.

—Bueno, ahora que sabes esto, ¿qué vamos a hacer?

Abrí los ojos y vi a Johanna, desdibujada. Sabía que estaba mareada y cansada por la presión. El mareo pronto cesaría.

—Debemos detener a Caleb.

Capítulo veintiuno

Johanna y yo salimos a toda prisa de la habitación en la que nos habíamos escondido para hablar sin decir ni una palabra. Oculté de nuevo los papeles debajo de mi camiseta. Todo me serviría de prueba para culpar a Rosie cuando la tuviera frente a mí. Mientras tanto, seguía dándole vueltas al asunto. Caleb me había mentido, había jugado conmigo y estaba tratando de vengarse por algo que Rosie había hecho años atrás, o al menos esa era mi teoría. No había otra explicación. Rosie había destruido a la familia de Caleb y de Aaron, y ahora eran enemigos.

Lo único que quería era alejarme de todo y hablar con Aaron, que conocía casi toda la verdad y las verdaderas intenciones de Caleb. Puede que incluso supiese cuál era la debilidad de su hermano.

Suspiré y caminé junto a Johanna con un terrible dolor de cabeza. Sentía un pinchazo en la frente y tenía un zumbido en la cabeza que me ponía nerviosa. No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que algo estaba sucediendo.

Entonces pensé que, si Caleb era el líder de ese grupo y me habían prometido que vigilarían a Rosie para que no volviera a escapar, lo más probable era que la hubieran perdido de vista, ignorando mi petición. Seguro que a Caleb le interesaba saber dónde estaba Rosie, pero él no me lo diría hasta que reconociese lo que era: un fantasma. Tal vez formaba parte de su venganza.

—Tengo que ir donde esté Rosie —le dije a Johanna mientras caminábamos. Ahora que las dos sabíamos la verdad, éramos conscientes de

las miradas que nos lanzaban los fantasmas de aquel grupo. Nos seguían saludando con la cabeza, pero, en realidad, estaban vigilando nuestros pasos. Ahora era más evidente que nunca.

Me sentía observada.

—¿Estás loca? —me preguntó Johanna en un susurro.

Apretaba los dientes, al igual que yo, molesta porque tanto Caleb como Louie nos habían engañado con su amabilidad.

—No, no lo estoy. Necesito tu ayuda —contesté—. Tienes que cubrirme. Si te quedas aquí, estarás protegida y podrás seguir fingiendo que no sabes nada. No te harán daño. Pero si vienes conmigo, se darán cuenta de que sabemos la verdad y tendremos problemas.

Johanna pareció pensárselo.

—¿Y qué pasará cuando conozcas a Caleb como fantasma? ¿Cómo te enfrentarás a él si eres su conexión? —susurró.

—Ya pensaré en algo. —Cerré los ojos con fuerza y sentí que el suelo se movía bajo mis pies—. Dime qué harás.

Johanna se relamió los labios y asintió.

—Está bien —dijo después de pensarlo unos minutos—. Me quedaré aquí. Es lo mejor para ti, así los distraeré. Soy más de seguir órdenes que de darlas. Me quedaré aquí y te avisaré si pasa algo.

—¿Seguro?

Ella asintió.

—Seguro. Estaré bien.

Le di un abrazo por impulso y le conté que me iría por la noche, cuando todos estuvieran dispersos en sus pensamientos. A ella le pareció lo mejor, apoyó mi plan y me dijo que me pondría al tanto y hablaría con Louie de mi huida. Me cubriría las espaldas diciéndole que estaba muy confundida y que necesitaba algo de aire y espacio para pensar mejor las cosas, y que, en cuanto llegara el tercer día, volvería para conocer a su líder.

Johanna asintió tantas veces que cuando intenté recordar la cantidad de veces que lo había hecho ya había perdido la cuenta. Como todavía era temprano y hacía bastante sol, decidimos que lo mejor era sentarnos y esperar a que anocheciera. No hablamos absolutamente de nada; nos quedamos en silencio, mientras los rayos de sol nos bañaban. Ambas

estábamos cansadas y tensas. La miré de reojo y vi que tenía los ojos cerrados; sus pestañas eran más largas de lo que me había parecido en un primer momento. Su piel era pálida, pero en los ojos llevaba sombras de colores claros que alegraban sus párpados y los resaltaban. Trataba de relajarse en la silla, pero, igual que yo, fracasó en el intento. Era muy difícil relajarse cuando éramos conscientes de todo lo que ocurría a nuestro alrededor.

Las piernas me seguían temblando y sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Parecía que unas manos fuertes y grandes se encontraban en mi interior, apretándome sin delicadeza el corazón, que bombeaba sin detenerse.

Abrí la boca, pero vacilé cuando iba a preguntarle a Johanna lo que me había mantenido en ascuas. No quería hacerle recordar un mal momento ni hierla. Era mi amiga y estaba interesada en conocerla, y era verdad; quería saber cómo había fallecido y si recordaba su misión. Al ser parte del grupo, era evidente que era tan novata como yo. Aunque probablemente llevaba muerta más tiempo que yo.

—Anda, pregúntame —dijo ella con delicadeza. Yo abrí los ojos, sorprendida.

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. No quería decirte nada.

—Anna, somos amigas. Yo te quiero muchísimo, ¿lo sabes?

Asentí.

—Puedes preguntarme lo que quieras, no me enfadaré

—murmuró con una ligera sonrisa, y me guiñó, un gesto que había hecho suyo desde que se enteró del incidente entre Aaron y yo durante uno de los entrenamientos.

—¿Cómo fue? Ya sabes...

Johanna sonrió.

—¿Mi muerte?

Volví a asentir y me recosté en la silla. Johanna pareció pensárselo unos segundos. Aunque no parecía afectada por mi pregunta, su expresión cambió. Era una chica muy guapa y, de haber seguido viva, seguramente habría sido una modelo con mucho talento. Aunque no era muy alta, tenía un rostro angelical y era muy inteligente, lo cual compensaba la falta de altura.

—Fui yo, Anna —contestó de pronto.

Abrí los ojos y tuve que reformular la pregunta que quería hacerle una y otra vez en mi cabeza. No podía imaginarme a Johanna en una bañera con agua teñida de rojo. No.

—¿Te... heriste? —Ni siquiera pude pronunciar la palabra.

Ella se rio.

—No, pero fue por mi culpa.

Me relajé un poco y fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Bueno, pues porque me metí con alguien que tenía mucho poder. Era joven y quería que mi familia tuviera lo mejor. Lo conocí en un club. Era un buen tipo, ¿sabes? Me trataba muy bien y me llevaba a sitios en los que nunca había estado. Hasta que, de pronto, todo cambió. Y yo le aguanté todo por mi familia, por el dinero.

Vi tristeza en sus ojos.

—Si no quieres seguir, lo entiendo, Johanna.

Ella negó.

—Apenas tenía quince años. Estaba a punto de cumplir los dieciséis. Para entonces, ya era bastante... madura. Sabía lo que era el mundo y nunca esperaba nada de nadie. Era consciente de que estaba sola. Él me quería porque era joven, y mi familia por el dinero.

—Johanna...

—Nunca me acosté con él, Anna. Conté las veces que me levantó la mano. Fueron cuatro. Sé que no debía, eso estuvo mal. Nunca lo justificaré. Tampoco lo perdonaré. Fue un error que pagó muy caro. Un día... Él... me empujó en las escaleras y me resbalé. Me mató. Sé que no era su intención. Fue un accidente. Estaba molesto y creyó que me agarraría con fuerza y podría sostenerme. Ahora está en la cárcel. Él mismo fue a comisaría para contar lo que ocurrió. Lo siento mucho por él. Me gustaría darle las gracias porque fue la única persona que me hizo feliz, aunque fuese con cosas materiales. Se llamaba Joseph.

—¿Por qué lo hizo?

—Por rabia. Estaba enfadado. Sus hijos no lo querían. Me triplicaba la edad, ya te imaginas. Ni siquiera nos besábamos, Anna. Y nunca hicimos

nada.

Johanna se rio.

—¿Lo amabas?

—Sí. Creo que sí. Me duele lo que le ha pasado. Pobre, era tan miserable como yo.

—Qué extraño, ¿no? —dije de pronto—. Parece que todos los que hemos sido miserables estamos aquí, como si tuviéramos una segunda oportunidad.

—Claro, una segunda oportunidad —dijo mientras asentía.

—Iré a ver Rosie para preguntarle sobre el incendio, sobre mi muerte. — Johanna abrió los ojos, giró un poco el rostro y me miró con comprensión—. Sé que cuando pasó lo del incendio, la familia Crowell se enteró de que yo era la hija de Rosie, así que supongo que hubo un montón de papeleo para decidir qué iban a hacer con mis cenizas, o con mi cuerpo... Imagino que alguien tuvo que tomar la decisión mientras Rosie seguía fingiendo que estaba enferma, pero estoy segura de que se enteró de lo que me pasó. Solo quiero resolver este misterio y hacer entrar en razón a Caleb. Nadie pertenece a este mundo. Lo que él quiere es imposible.

—Yo creo que fue George, ¿no? —Levantó una de sus delgadas cejas y siguió con su mirada fija en mí—. Él parece ser el que se encarga de los documentos, de solucionar todos los problemas. Tal vez deberías darle los papeles que me has enseñado. Y sobre Caleb... ese tipo está loco. Seguro que olvidó su misión, Anna. Es probable que no seas tú su objetivo. No tienes que ponerte en peligro por esto.

Yo negué.

—Siento que me lo merezco, por lo que les hice a Hannah y Alex.

—¿Secuestraron a Alex? —preguntó con recelo—. ¿Lo secuestraron e hicieron creer a todos que Alex estaba muerto?

—Sí, pero él llegó a este... mundo. Era un fantasma y Hannah lo podía ver. Sin embargo, él siempre estuvo vivo, yo cuidaba de él. Sarah y yo lo alimentábamos. Rosie lo hirió muchas veces, ni siquiera sé por qué lo dejó vivir; si hubiese querido matarlo, lo habría hecho hace mucho tiempo. No sé cómo pude soportar haber formado parte de su plan, todo fue tan... cruel. Pobre Alex, espero que sepa que he pagado por el sufrimiento que le causé. —Tragué saliva y me quedé mirando a la nada—. Me lo merezco.

—Anna, tú ya has pagado. Has vivido con Rosie. Ya no tiene sentido que

te culpes por algo que no vale la pena. ¿Quién sabe? Al escuchar tus palabras, se me ocurre que quizá Rosie lo ha vuelto a hacer.

—¿Qué? —pregunté.

—Quizá te mantenga con vida en alguna parte.

Negué y me levanté de un salto, asustada.

—No. Eso es imposible. Estoy segura de que morí en el incendio. Vi que un pedazo de madera me cayó encima. No tenía escapatoria. Solo Hannah y mi madre estaban ahí, y las dos se libraron del fuego, pero yo no pude hacer nada para salir.

Johanna también se levantó y se puso delante de mí.

—Creo que si vas a ver a Rosie, la pregunta que deberías hacerle es si estás viva. Tú la conoces mejor que nadie y sabrás si te miente. No pierdes nada intentándolo.

Volví a negar.

—No quiero hacerme ilusiones, Johanna.

—Es mejor que no te quedes con la duda. Hazme caso, debes preguntárselo.

Mis nervios aumentaron. Volví a negar y vi que se estaba haciendo de noche. Me apresuré a caminar para no escuchar lo que Johanna me decía entre susurros. Intentaba convencerme de que podía estar viva y que Rosie sabía lo que me había ocurrido. Yo creía que era imposible porque Rosie había pasado mucho tiempo hospitalizada. De haber estado encerrada en algún lugar, ya habría muerto sin nadie que me cuidase.

—Creo que debo marcharme.

—Inténtalo, Anna.

Miré sus ojos y estuve a punto de asentir, pero tampoco quería darle falsas esperanzas, así que me limité a observarla y le dediqué una tierna mirada. Tenía que irme antes de que alguien se diera cuenta.

—Nos vemos pronto, ¿de acuerdo? —le dije con un nudo en la garganta. No sabía cuándo volvería a ver a la única amiga que había tenido en mi vida; estaba feliz por haberla conocido pero triste por alejarme de ella—. Si sucede algo, lo sabré. Al igual que tú. Tarde o temprano te enterarás de lo que pase.

Ella se abalanzó sobre mí como un rayo y me abrazó. Enterró el rostro en mi cuello y la oí sollozar. Acepté su muestra de cariño y me sentí satisfecha

por demostrarle mi aprecio. Sentía un gran afecto por Johanna, y estaba segura de que era recíproco.

—Adiós, Anna.

—Adiós, Johanna.

Así me despedí de Johanna. Se zafó de mi abrazo y desaparecí cuando creí que nadie me miraba. Sabía que ella podría defenderse y que sería tan inteligente como para que nadie se enterase de lo que sabía. Acto seguido, me dirigí al hotel donde Rosie se había hospedado.

Cuando llegué, vi que las luces de la tienda todavía estaban encendidas, al igual que los focos de algunas de las habitaciones del hotel. Las cortinas impedían ver lo que había en el interior, pero estaba segura de que algunos huéspedes solo pasaban unas horas allí. Había coches aparcados en la calle, a pesar de que el hotel tenía un gran aparcamiento subterráneo. Unas cuantas personas caminaban con bolsas del supermercado con la cena para su familia. Por suerte, no había ningún fantasma del grupo de Caleb por la zona; todo estaba vacío y en silencio, y se había levantado un fuerte viento.

Como había sospechado, me habían mentido al decirme que iban a vigilar a mi madre. Suspiré y traté de no enfadarme más.

Caleb había estado jugando sucio. En parte, lo entendía, pero no lo justificaba. Vengarse no era un acto inteligente.

Sabía en qué habitación estaba hospedada Rosie, pero ya no me ocultaría en las habitaciones contiguas para escuchar lo que hacía. Esta vez me presentaría delante de ella para enfrentarla. Quería confirmar mi teoría sobre la familia de Caleb y Aaron, quería saber si ella había sido la causante de tanto sufrimiento al chico rubio que me había roto el corazón.

Avancé hasta la puerta de la entrada del hotel y me dispuse a subir por el ascensor. Una pareja joven pulsó el botón y el ascensor llegó al cabo de un minuto. A pesar de que no había mucha gente y había poca demanda, los ascensores tardaban en llegar. Entré antes que ellos; estaba nerviosísima porque iba a encontrarme con Rosie. Fui hacia una de las esquinas y me mantuve ahí, alejada de ellos y pensando en las palabras que tenía que decirle a Rosie. La pareja estaba muy acaramelada, pero tenía que

aguantarme si no quería subir por las escaleras. Me obligué a concentrarme, pero todo intento fue inútil. Por suerte, se bajaron tres pisos antes que yo.

Cuando las puertas del ascensor volvieron a abrirse, sentí una extraña sensación, como si hubiera alguna presencia desconocida. En ese momento, las piernas empezaron a temblarme y sentí que alguien me soplaba en la nuca. Aquello hizo que la piel se me pusiera de gallina. Cuando quise dar un paso, no me pude mover. Mis zapatos se habían quedado pegados al suelo. Me quedé quieta en la esquina del ascensor y vi que el pasillo estrecho se extendía como un camino eterno. La alfombra de color café con círculos marrones, rojos y azules me hacía sentir mareada. Rosie estaba en alguna habitación de las de en medio, así que no debía costarme demasiado dar con ella.

Suspiré y me armé de valor para avanzar. Con mucho esfuerzo, separé los zapatos del suelo. Di unos cuantos pasos y, de nuevo, sentí un temblor. Salí del ascensor y oí que las puertas se cerraban. Tuve la tentación de girarme para ver si había alguien detrás de mí, pero traté de tranquilizarme. No había nada que pudiera asustarme. Al fin y al cabo, era un fantasma.

¿A qué le temía? ¿A Caleb?

Suspiré y dejé caer los hombros. No, no tenía miedo de Caleb. Pero sí de Rosie. Ella era peor que cualquier criatura sobrenatural. Volví a tranquilizarme y me convencí de que todo iba bien. Yo era su hija, era un fantasma, y ella no podía hacerme nada. Tenía las de ganar. A pesar de haber pasado tanto tiempo con ella, sentía que no la conocía. Aunque sí sabía que era malvada y cruel.

No era consciente de hasta dónde era capaz de llegar. Y, sinceramente, no quería descubrirlo.

Seguí avanzando con la barbilla levantada. Aunque perdí el equilibrio un par de veces, me obligué a mantenerme tranquila y a caminar con atención. Cuando llegué a la puerta de la habitación de Rosie, me preparé para llamar. Di otro largo suspiro y cerré los ojos con fuerza. Cuando los abrí de nuevo, seguía ahí, frente a una puerta color café prácticamente descolorida. Esperaba actuar de la forma más pacífica posible para no alertar a la mujer que me había dado la vida. Ella no era consciente de nada de lo que estaba sucediendo con Caleb y con Aaron.

Levanté la mano y la llevé hasta la puerta de madera que me cerraba el

paso. Entonces sentí que había otra persona dentro. Fruncí el ceño y oí una voz masculina. Bajé el brazo y pegué la oreja a la puerta para escuchar. Seguramente se trataba de algún cómplice de Rosie.

—Mañana tenemos que estar ahí —dijo un hombre. Tenía una voz grave y me resultaba un tanto familiar.

—Ay, cariño. —Se me erizó la piel. Era la auténtica voz de Rosie, pero ¿a quién le hablaba? Sonaba demasiado cariñosa y manipuladora. Pegué todavía más la oreja y escuché con atención—. Esperaba tener unas vacaciones más largas antes de irme contigo. Todavía tengo muchas cosas que hacer, y lo sabes.

—Sí, lo sé, Rosie —respondió de nuevo el hombre con una voz rasposa. Sentí un vuelco en el estómago—. Pero debemos actuar rápido. Hemos dejado pasar mucho tiempo. Lo que tengas que hacer, tendrás que hacerlo lo antes posible, sobre todo con ella. Tienes que decidirte.

¿Ella? ¿Acaso se referían a Sarah? ¿O de qué estaban hablando? ¿Quién era ese hombre con el que conversaba y por qué se los escuchaba tan acaramelados? Quienquiera que fuera él, no sabía lo peligrosa que era Rosie. Sentí lástima por él.

—Lo sé. Tengo que pensármelo bien. ¿Qué harías tú?

—preguntó Rosie. El tono de su voz me indicó que ya había tomado una decisión y que solo quería la aprobación del hombre, que parecía su amante.

—No importa lo que yo diga —contestó él. Sabía que había oído esa voz grave y ronca en alguna parte, pero no lograba asociarla con nadie—. Tienes que deshacerte de ella. Es mi sugerencia. No me cabe duda de que pronto lo descubrirá todo.

Escuché un prologando silencio y, luego, un largo suspiro y un rechinido de algo que parecía ser un colchón. Imaginé la escena en mi cabeza y meforcé a prestar más atención a lo que decían. Tenía que ser muy cuidadosa. No debía verme, oírme ni sentirme. De lo contrario, sabría que la estaba vigilando. Y a Rosie no le gustaba que la vigilaran; le gustaba tener controlados a todos los que la rodeaban.

—No lo sé, cariño. —La imaginé haciendo un puchero. Rosie podía convencer a las personas muy rápido cuando se lo proponía. El tono meloso que empleó me indicó que estaba incitando a aquel hombre, aunque no sabía todavía a qué—. Tal vez debería dejarla donde está. Quiero que permanezca

a mi lado más tiempo.

Al instante, oí como algo caía al suelo y se rompía dentro de la habitación. Parecía que algún objeto de cristal se había hecho añicos, que se habían esparcido por todo el suelo.

—¡No! —gritó con fuerza, tanto, que tuve que apartarme unos segundos para que no me dolieran los oídos. Cuando volví a pegar la oreja a la puerta, oí un largo suspiro acompañado de un susurro que pedía disculpas—. No creo que sea lo correcto, Rosie. No será lo mejor para ella, ¿sabes? Tú la conoces mejor que nadie y sabes que no habría querido ver todo esto.

—¿Insinúas que...? —La pregunta se quedó colgando en el aire. No la terminó y no escuché la respuesta del hombre.

Empecé a darle vueltas al asunto. No parecían estar hablando de Sarah. Probablemente se referían a otra persona y creí saber de quién hablaban. El rostro de Johanna apareció en mi mente y reproduje su pregunta una y otra vez. ¿Y si estaba viva? No, no podía ser. Escapar de aquel incendio habría sido imposible. No debía hacerme ilusiones.

De pronto, sentí un roce frío en el hombro. Se me heló el cuerpo y los músculos se me tensaron. Me sentí atrapada. Seguramente los hombres de Caleb seguían vigilando a Rosie para guardar las apariencias y ahora me habían descubierto. Salté por instinto y me llevé las manos a la boca para no gritar. Unos brazos me atraparon y no me resistí, porque hacerlo habría sido un error si quería fingir que solo había venido a ver a mi madre. Si seguía con el plan que había trazado con Johanna, lo peor que me podía pasar era que me llevaran de vuelta a aquella casa de mentiras.

Pero, para mi sorpresa, no se trataba de ninguno de los fantasmas del grupo de Caleb, sino de un chico de piel morena que me miraba con unos brillantes ojos negros. Me ofreció una delicada sonrisa y yo lo observé con el ceño fruncido. No daba crédito.

—¿Aaron? —pregunté en un murmullo—. ¿Qué haces aquí?

Él se apartó de mí y se puso serio. Parecía disgustado y que estaba en alerta. Tenía los hombros tensos y miraba de un lado a otro como si estuviera vigilando a alguien o hubiera escapado de la cárcel. Llevaba una chaqueta negra que se ajustaba a sus brazos y a su perfecto torso. Cuando sus ojos se fijaron en los míos y bajó la guardia unos segundos, me sonrió levemente y dejó caer los hombros con fuerza.

—Te dije que nunca te dejaría sola, Anna. Estoy tratando de cumplir mi promesa —respondió.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —interrogué en un susurro para que Rosie no me oyera. Aaron esbozó una sonrisa más amplia, pero esa vez era socarrona y divertida. Por primera vez, me alegré de verla de nuevo. El Aaron arrogante había vuelto, y eso me gustaba. Me guiñó ligeramente el ojo y no apartó su rostro del mío.

—Te he seguido. Ya deberías estar acostumbrada.

Yo negué. Eso explicaba la sensación de que había alguien más en el ascensor. Era él. Era Aaron.

—Pues es una muy mala costumbre. En serio, ¿no serás un acosador o algo así?

Aaron se rio y sacudió la cabeza de un lado a otro. Parecía un tanto divertido, pero sus hombros y sus ojos reflejaban que algo lo preocupaba. Entonces, recordé la conversación que estaba escuchando y señalé rápidamente la habitación.

—Mi madre... Rosie —empecé a decir, volviendo a pegar la oreja a la puerta—. Hay alguien con ella. Me da la sensación de que es su amante. Creo que he oído su voz antes, pero no estoy muy segura. No se de quién podría ser. He pensado que quizá se trataba de uno de los Crowell, pero no lo creo. Esta voz es más... joven.

Por la expresión de Aaron, me di cuenta de que él sabía perfectamente quién era la persona que estaba en el interior hablando con Rosie. No parecía nada sorprendido. Levanté una ceja y me aclaré la garganta mentalmente. Entonces, me aparté de la puerta ligeramente y lo miré con el ceño fruncido.

—Dime quién es. Tal vez lo conozco —pedí en un susurro.

Aaron hizo una mueca.

—Lo conoces muy bien, Anna. —Sus ojos se apartaron de mí y sentí que algo no iba bien.

Las cosas se habían complicado más de lo que había imaginado. Por cómo actuaba Aaron, sabía que se trataba de algo muy malo.

—Entonces dímelo —volví a pedir, esa vez con más autoridad aunque todavía serena. Estaba haciendo un buen trabajo controlando mis emociones, y eso era algo muy positivo.

—Esto... puede ser difícil —dijo él.

—Creo que podré soportarlo. Lo prometo. Quiero saber quién es él.

—¿Sí?

—Sí, Aaron.

—Bien. Será mejor que entremos.

—¿Qué? ¿Cómo...?

Me agarró del brazo antes de que pudiera preguntar nada y noté que atravesábamos la puerta de madera de la habitación. Intenté zafarme de Aaron y decirle que no estaba preparada para que Rosie me viese en ese momento. Debía seguir escuchando la conversación y averiguar lo que planeaba, pero era demasiado tarde, porque, cuando volví a abrir los ojos, ya estábamos en el interior.

La cama de la habitación tenía unas sábanas de color gris que parecía que no se habían lavado en ningún momento y estaba desecha. Cientos de envases de comida cubrían el lugar y olía a leche agria. La televisión era un pequeño cuadrado con una antena enorme que casi le llegaba a Aaron a la cabeza. El baño estaba abierto. Había una bañera y un retrete pequeño. El espacio era reducido y sabía que Rosie no había disfrutado esos últimos días. Incluso en el hospital psiquiátrico estaba mejor.

Para mi sorpresa, ninguno de los dos pareció vernos. Ni siquiera Rosie sentía nuestra presencia. Miré a Aaron, pero él estaba concentrado en lo que sucedía en la pequeña habitación. El hombre con el que estaba hablando Rosie estaba de espaldas, era fuerte y alto, más o menos de la misma altura de Aaron. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta azul con capucha, que le cubría el cabello y la nuca. Lo dejaba todo a mi imaginación. Por lo que vi, parecía joven y estaba cruzado de brazos.

—¿Por qué no nos pueden ver? —pregunté, pero Aaron estaba muy tenso y no me contestó. Tenía la mandíbula apretada con fuerza. Estaba furioso. ¿Acaso era por Rosie?

No entendía nada.

—Ya te he dicho lo que pienso hacer. Solo hay una persona que tiene que pagar por lo que he pasado, y aunque la primera vez fallé, no pienso volver a fracasar.

—¿Cuándo lo harás? —preguntó él, todavía de espaldas.

De pronto, al acercarme, reconocí ligeramente la voz. Estaba segura de que la había oído antes. De hecho, me parecía que la había oído en los últimos días.

Volví a mirar a Aaron, sorprendida y sin dar crédito. Notó que lo observaba con los ojos abiertos de par en par y fijó la vista en mí. Sabía lo que estaba pensando.

—Esta noche —respondió Rosie, y se sentó en una de las esquinas de la cama.

Cruzó las piernas y sonrió con delicadeza. Llevaba unos vaqueros y una sudadera negra, algo que nunca le había visto vestir. Tenía quemaduras en el rostro y unas heridas que le dejarían cicatrices visibles cuando la hinchazón y las ampollas desaparecieran. Aunque había perdido la mayor parte de su pelo rubio, llevaba una peluca de cabellos negros que le llegaban hasta los hombros. Esa no era mi madre, no era la misma Rosie.

—¿Y cuándo estarás conmigo?

El hombre pateaba el suelo con desesperación una y otra vez. Entonces me di cuenta.

Quería marcharme de aquel lugar y desaparecer.

Otra vez no. No podía pasarme de nuevo.

Miré de nuevo a Aaron, con la esperanza de que me dijera que estaba equivocada, pero su expresión me dejó perpleja y más decepcionada. Sentía que el corazón me palpitaba con fuerza y no había nada que pudiera detenerlo.

—Espero estar contigo de madrugada.

—¿Qué harás con ella? ¿Lo has decidido ya? —Empezó a darse la vuelta y yo solo sentí que el mundo se me venía encima.

—Un buen asesino nunca deja supervivientes. Haré lo que debí haber hecho. Acabar con ella.

—¿Matarás a tu querida Anna?

El hombre se dio la vuelta por completo y, cuando mis sospechas se confirmaron, me derrumbé en el suelo y deseé que la tierra me tragara. Ansiaba desaparecer de aquel horrible mundo, donde solo sufría, nadie me quería y todos me mentían.

Noté una presión en el pecho y un terrible dolor en el estómago me hizo

inclinarme. Parecía que alguien me había dado una patada en el vientre. Me tapé la boca para no vomitar. Era demasiado tarde. Sentí un líquido en la garganta que escupí de inmediato. Era blanco y espeso. Aaron vino hacia mí de inmediato. Me observó con el ceño fruncido, como si supiera algo que yo no sabía. Estaba harta de que todos supieran lo que pasaba, excepto yo. No me gustaba que me mintieran, no me gustaba sentirme decepcionada. Y, en especial, me dolía descubrir que dos personas a las que había querido tanto me habían engañado.

La habitación empezó a dar vueltas. Ni siquiera me dio tiempo de apoyarme en la pared, que me parecía bastante lejana. Ni siquiera tenía fuerza para dar un paso.

Aaron me sostuvo antes de que me golpeará contra el suelo. Entonces, Caleb se acercó a mi madre para darle un suave y delicado beso en sus labios rojos. Era él. Su cuerpo se movía entre los envases de comida para llegar hasta Rosie. No vaciló ni un instante y, después, la besó en la cara, desfigurada y gravemente herida. Parecía que no era la primera vez que se fundían en un beso.

Habían actuado juntos desde el principio. Ahora no tenía ninguna duda de que Caleb era horrible. Estaban hechos el uno para el otro. Les daba igual hacer daño a los demás. En ese momento entendí que todo había sido una trampa y que yo había sido una ingenua. Me odié a mí misma al recordar el momento en que pensé que Caleb era mi salvador y deseé viajar en el tiempo y no haberlo visto aquella noche en la mansión de los Crowell. Deseaba no haberme topado con él y no haberlo dejado entrar en mi corazón.

Cuando vi a Caleb por primera vez, me llevó en su camioneta y fingió que no sabía nada de este mundo, de esta dimensión en la que se encontraban las almas perdidas que trataban de llevar a cabo una misión. Él era un fantasma poderoso y con grandes ambiciones. Caleb pronto desaparecería si no hacía algo que lo mantuviera aquí. Me había utilizado. Que nos topásemos con aquel fantasma en la carretera había formado parte de su plan.

Me había llevado hasta los suyos, aunque pronto se dio cuenta de que Marissa estaba ahí. Él me había llevado hasta donde estaba su grupo. Había tratado de atraparme desde el principio, pero el grupo de Marissa y Aaron me había protegido. Por eso Aaron había aparecido aquel día en la mansión, para

advertirme de que corría peligro. Y era verdad.

Recordé nuestra visita al hospital en el que Rosie estaba encerrada y cómo habíamos burlado la seguridad para hablar con ella. Qué estúpida había sido. Caleb entró a hablar con ella y, por arte de magia, Rosie le dio una dirección a la que debíamos ir. ¿Cómo no me di cuenta?

Caleb me llevó a aquel barrio para atraparme. Por eso Aaron me gritaba que no lo querían a él, que me querían a mí. Dios, Aaron siempre había intentado protegerme y yo lo había tratado fatal. Sabía que su hermano era el líder de los malos desde el principio y que su plan era vivir eternamente.

Pero Caleb... ¿Por qué Caleb me había hecho enamorarme de él? ¡Era mi primer amor y me había roto el corazón! ¡Y me había engañado con una mujer a la que había admirado y ahora odiaba! ¡Con mi propia madre! ¡Rosie! Me sentía destrozada y tenía ganas de romper todo lo que hubiera a mí alrededor.

Me habían engatusado con sus mentiras y era evidente que lo estaban disfrutando. No tenía ganas de nada, ni siquiera oía lo que decían. Aaron trataba de animarme, pero yo no podía creer que me hubiesen hecho daño de nuevo. Volvía a estar sola. No importaba lo que Aaron me dijera. No quería llorar, así que me aguanté el nudo que tenía en la garganta y me obligué a ser fuerte. Pero, entonces, no sentí nada. Estaba deshecha, vacía. Me esforzaba por ocultar lo rota que estaba por dentro. Fijé la vista en la pareja y observé cómo sonreían mientras se besaban.

Me limpié la boca con la mano una y otra vez, cada vez con más desesperación. Utilicé todas mis fuerzas y me pasé el brazo por los labios para hacer desaparecer el terrible ardor que sentía. Quería lavarme la boca con lejía y deshacerme de su dulce sabor mentolado.

Los miré con los ojos entrecerrados y juré que me vengaría.

Observé a Aaron, que todavía me sostenía entre sus brazos. Traté de contener todas mis emociones y me concentré en volver a ponerme de pie. Lo logré con su ayuda, que no me soltó en ningún momento. Inhalé profundamente y, poco a poco, la habitación dejó de dar vueltas. Mis piernas recuperaron las fuerzas, aunque seguían temblorosas.

—Vámonos de aquí —le dije a Aaron, que me miraba con el ceño fruncido.

—¿Es que no lo has oído, Anna?

Mis ojos saltaron de la feliz pareja a Aaron. Mientras estaba perdida en mis pensamientos, Rosie y Caleb habían dicho algo muy importante.

—¿Qué? —pregunté con una voz grave y fría. No sabía qué había sucedido en los últimos minutos, estaba confusa—. ¿Qué han dicho?

Entonces, vi el arma que Rosie escondía debajo de su sudadera.

—Va a por los Crowell.

Capítulo veintidós

Rosie y Caleb salieron de la habitación con paso rápido y sin mirar atrás, cargando tan solo con una mochila que colgaba de los hombros de Rosie. Caleb iba delante de ella, mostrándole el camino. Aaron y yo los seguimos. Los cuatro entramos en el ascensor y volví a mirar a Aaron, que parecía muy ansioso. Sus ojos iban de Rosie a Caleb.

—¿Por qué no nos pueden ver? —volví a preguntar entre susurros, temiendo que pudieran oírme.

Aaron me hizo señas para que guardara silencio y levanté una ceja a modo de respuesta, pero él no volvió a decir nada. Rosie se aseguró de que el arma seguía debajo de la sudadera. Supuse que llevaba algo más en los bolsillos de la chaqueta negra y en la mochila, pero lo que más me había sorprendido era la pistola. Con solo apretar el gatillo acabaría con la vida de alguno de los Crowell. Las puertas se abrieron cuando el ascensor pasó la planta baja y llegó al aparcamiento subterráneo. Ambos bajaron, chocando hombro con hombro. Estaban demasiado cerca el uno del otro. Rosie se había puesto una gorra de béisbol para cubrirse la peluca y el cráneo.

—¿Qué sabes de Sarah? —preguntó él cuando llegaron a una camioneta negra. Sin duda, era la camioneta de Caleb, en la que tantas veces me había montado. Me negaba a creer que Rosie también se había subido a ella. Sentí un ardor en el estómago solo de pensar en ello.

—Han dado la noticia por la televisión. Está muerta. Conducía por un cerro para alejarse de la ciudad y, en una curva, los frenos le fallaron. Después de caer por un barranco, el coche explotó y fue imposible detener el

fuego. Han dicho que el automóvil era robado. Creo que quedó destrozado, pero lo cierto es que no presté mucha atención porque estaba demasiado contenta por lo que le había ocurrido. El padre de la muy tonta ya ha empezado a dar declaraciones.

—¿Declaraciones?

—Sí.

—¿Sobre qué?

Rosie torció los labios.

—Me culpa a mí. Cree que estábamos juntas y que ella me ayudó a huir, aunque, bueno, eso es cierto. Dice que Sarah era una buena chica y bla, bla, bla. ¿Pero sabes qué es lo bueno? La policía ahora pensará que iba con ella en el coche.

—Creerán que estás muerta o que te has perdido en el cerro en caso de que no encuentren tu cuerpo, que, como es lógico, no estará ahí.

Entonces me asaltó una duda y miré a Aaron. Había algo que no cuadraba.

—Si Caleb es un fantasma, ¿cómo es que todo el mundo lo ve?

Aaron apretó los dientes.

—Caleb no es de los buenos, Anna.

—¿Qué quieres decir? —Me detuve a pensar en lo que estaba sucediendo mientras seguía los pasos de mi madre y de Caleb—. ¿Ha hecho una clase de... pacto?

—Sí, es posible.

—Vaya...

Nos subimos a la camioneta y Rosie se sentó en el asiento del conductor. Sacudió las llaves en las manos y las metió en el pequeño contacto que había detrás del volante. Caleb dio un salto y se subió al asiento del copiloto. Sonreía, pero, al igual que Aaron, tenía los hombros tensos. Desde los asientos traseros era evidente que su espalda se estaba endureciendo cada vez más.

Sin mediar palabra, Rosie metió marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento y, después, giró las ruedas para incorporarse al estrecho camino del aparcamiento. Cambió de marcha y luego pisó el acelerador. Los neumáticos chirriaron y una nube de humo gris se levantó detrás de nosotros.

Entonces vi que las ruedas se habían quedado marcadas en el suelo de cemento. La camioneta se alejó y salió del aparcamiento sin frenar. Las casas, la surtida tienda que me había ayudado a localizar a Rosie y el parque quedaron atrás.

Escuché un crujido y vi que Aaron toqueteaba el cierre de la mochila de Rosie, que ella había lanzado a los asientos traseros. La estaba cerrando con mucho cuidado y sin hacer ruido. Por su mirada, supuse que estaba tramando algo. Pero no había nada más que él pudiera hacer. Pensé que quizá estaba nervioso y había optado por distraerse con el cierre de la mochila.

—¿Qué haces? —pregunté en busca de algo que pudiera calmar mis pensamientos. No podía dejar de dar vueltas a todo.

—Nada, ¿por qué?

—¿Por qué sujetas la mochila de Rosie?

—Estoy ansioso —respondió, y se encogió de hombros.

Había sido una respuesta simple y calculada. Entrecerré los ojos, pero él no dijo nada más. Volvió a dejar la mochila en el asiento, en medio de nosotros dos. La miré con recelo pero no pregunté nada.

Yo también estaba ansiosa. Aaron y yo esperábamos escuchar algo más, pero no decían nada. Rosie seguía concentrada conduciendo para salir a las avenidas principales, mientras Caleb se mantenía ocupado en sus pensamientos.

—¿Seguro que quieres hacer esto, Rosie? —preguntó Caleb con el ceño fruncido. Parecía preocupado y algo temeroso. Todos sus músculos estaban contraídos y era evidente que estaba incómodo—. Tengo un mal presentimiento. Deberíamos volver.

—No —dijo Rosie con voz firme y sin levantar el pie del acelerador. Sus perfectos ojos azules estaban fijos en la carretera. Ni siquiera giró el rostro para mirar a Caleb cuando añadió—: Si no lo hago hoy, no lo haré nunca.

Solo veía el perfil de Caleb, pero noté que estaba apretando la mandíbula con fuerza. Parecía un chiquillo asustado con ganas de salir corriendo de la camioneta. Se estaba echando para atrás, pero no se lo quería decir directamente a Rosie porque sabía que la decepcionaría y que pensaría que era un cobarde. Se aferró al asiento de piel con una mano y se llevó un puño a la barbilla para apoyarse.

—Tenemos que avisar a los Crowell. —Aparté la vista de Caleb y mis

ojos se clavaron en las pupilas de Aaron, que estaban dilatadas y brillaban mucho—. Hannah y Alex estarán ahí. ¡Todos estarán ahí y Rosie está decidida a terminar lo que empezó! ¡Los matará! —grité entre susurros, mirándolo con terror.

—Hay policías vigilando la mansión y están patrullando la zona. Si todo va bien, capturarán a Rosie antes de que entre en la casa.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si no logran detenerla? —pregunté con un temblor en el cuerpo.

—Pues entonces tendremos que hacerlo nosotros.

Sus palabras no me sirvieron de nada, no me dieron ningún tipo de alivio, más bien todo lo contrario. Tenía que alertar a los Crowell de alguna manera, pero ¿cómo? Ellos no me veían ni me oían. Quise convencerme de que los policías eran inteligentes y se darían cuenta de que había una intrusa en la casa. Pero ¿a quién engañaba? Eso solo me preocupaba más.

Rosie se libraría de esta fácilmente. Conocía la mansión de los Crowell y podía entrar o salir cuantas veces quisiera sin que nadie la viera.

—Tenemos que apartarlos del camino —espeté. Lo mejor era maniobrar el volante. Si ellos no nos veían ni nos oían, podíamos hacer que Rosie tuviera un accidente y acabar con ella antes de que llegara a la mansión. Aaron negó, desechando la idea por completo.

—No podemos.

—¿Por qué no?

Estaba poniéndome demasiado nerviosa. Movía los pies sin cesar a un ritmo desconcertante, y eso me estaba desquiciando todavía más. Quería jugar con mi cabello para distraerme, pero, por desgracia, lo llevaba recogido con una goma elástica y lo notaba tan tirante que me daba dolor de cabeza.

—Su poder es más fuerte que el nuestro, Anna. Si hacemos lo que has dicho, Caleb sabrá que estamos aquí. Hará algo para vernos y acabará con nosotros. Le da igual que yo sea su hermano y que tú seas la hija de Rosie.

—Soy su conexión. Si me hace daño, cumplirá su venganza y desaparecerá para siempre.

—¿Venganza? ¿De qué hablas, Anna?

Respiré profundamente. La camioneta iba a una velocidad moderada para

no levantar sospechas; sin embargo, yo sentía que las casas y los coches que había junto a la carretera se iban quedando atrás demasiado rápido.

—Tengo una teoría —empecé a explicar, pero tenía que ser lo más breve posible para no perder el tiempo—. Johanna y yo creemos que Rosie era la amante de tu padre. Leí que él era médico y es posible que la conociera en el hospital psiquiátrico. Cabe la posibilidad de que se cruzaran un par de veces. Cuando yo tenía dos años, Rosie sufrió una fuerte recaída. Alex estaba naciendo en algún hospital del mundo y Hannah estaba a punto de ver la luz. Rosie sabía que perdería a Eric si la encerraban en un hospital mientras Margaret, la madre de Hannah, daba a luz. Eric es mi padre y el padre de Hannah. Somos medio hermanas. Estoy segura de que Rosie lo enamoró y que cuando él quiso dejarla porque sabía que estaba realmente mal, ella lo chantajeó y amenazó con destruir a tu familia, a la que, por cierto, Caleb adoraba.

Aaron pareció pensárselo y dijo:

—Caleb estaba demasiado unido a mis padres, era el pequeño y, por supuesto, el consentido. Aunque, en realidad, a mí no me importaba.

—Me lo imaginé —susurré más para mí que para él, y continué—. Puede que Rosie cortara los frenos del coche de tu madre, Aaron. Seguro que pensó que así acabaría con ella y, al final, acabó con todos.

—Caleb estaba muy nervioso y lejano días antes del accidente. Parecía que algo le quitaba el sueño. ¿Crees que sabía que mi padre y Rosie eran amantes?

Miré al chico rubio que se encontraba en el asiento del copiloto. Tenía la vista fija en el frente y los omoplatos todavía tensos. Parecía que estaba pensando en algo y su mandíbula seguía apretada. Calculaba todos y cada uno de los gestos que hacía.

—Sí —asentí sin vacilar—. Él lo sabía. Por eso está con Rosie, porque no solo quiere vengarse de mí, sino también de ella.

Aaron suspiró.

—Tiene sentido, parece descabellado, pero tiene sentido. Por eso eres la conexión de Caleb, porque quiso vengarse de Rosie y la mejor manera de hacerlo era contigo: su hija.

Asentí.

La camioneta dio un giro brusco y estuve a punto de caer encima de

Aaron, pero logré sostenerme con el tirador de la puerta y me aferré con fuerza para no caer. Aaron fue directo a la puerta y se quedó pegado a ella. Los neumáticos volvieron a chirriar y, entonces, Rosie dio un frenazo que nos hizo chocar contra los asientos delanteros. La camioneta se detuvo y Rosie se llevó la mano a la cadera, donde llevaba oculta la pistola.

—Estamos a tres minutos de la mansión. Hay cuatro policías vigilando la casa. Tendré que caminar. Sé de una entrada por la que puedo entrar sin ser vista. Tú ve al punto donde hemos quedado. Nos veremos aquí para el gran espectáculo. —Sonrió y mostró todos los dientes, que parecían colmillos. En ese momento, vislumbre un brillo en sus ojos—. Te veré dentro de veinte minutos donde te he indicado. ¿Recuerdas cómo llegar?

Caleb asintió y bajó de un salto. Rosie apagó el motor, bajó y se dirigió al maletero. El chico rubio la siguió. Tenía una expresión de preocupación en el rostro, mientras que Rosie parecía muy segura de lo que hacía. Entonces, abrió la puerta del maletero y sacó dos bidones de gasolina. El olor era inconfundible.

—Creo que no la necesitaremos, ¿verdad?

Caleb asintió.

—Lo mejor es deshacernos de esto.

Caleb cogió uno de los bidones y Aaron y yo nos acercamos para ver lo que hacían. Cuando quitaron la tapa a ambos envases, un olor a muerte invadió mis fosas nasales. Rosie y Caleb comenzaron a rociar la camioneta con gasolina. Mojaron el salpicadero, los asientos, el motor y las ventanas; todo cuanto estaba a su alcance. Por último, Rosie se aseguró de tirar el líquido sobrante encima del motor. Caleb vertió un reguero de gasolina y comenzó a andar hacia atrás, hasta estar a unos tres metros de distancia de la camioneta. Todo sucedió en menos de tres minutos. Se estaban dando prisa porque sabían que cualquier persona podría verlos. Al menos, a Rosie.

Acto seguido, sacó una caja de cerillas del bolsillo delantero de sus pantalones, cogió una y la encendió. Entonces vi un brillo mortífero en sus ojos. Sonrió y dejó caer con delicadeza la cerilla en el suelo. Rebotó una vez y, después, las llamas siguieron el camino trazado por Caleb hasta llegar a la camioneta, que explotó en cuanto el fuego transformó la gasolina en llamas.

Una onda caliente nos acarició el rostro. Rosie se cayó cuando la alcanzó, pero enseguida se levantó y echó a correr. Había incendiado la camioneta

para llamar la atención de los policías y asegurarse de que nadie la veía entrar. Lo tenía todo planeado.

Aaron y yo corrimos tras ella, pero entonces nos dimos cuenta de que uno debía ir con Rosie y otro con Caleb, porque ambos se habían separado y corrían en direcciones distintas. Yo fui tras Caleb, porque sabía que podía acabar con él, y Aaron haría todo lo posible para que Rosie no entrara en la mansión. Si acababa con Caleb, me quitaría un peso de encima. Sin duda era la mejor opción.

No supe durante cuánto tiempo estuvo Caleb corriendo, pero lo que sí sabía era que, de haber estado vivo, la policía ya lo habría atrapado, pues estábamos pasando por su lado y ni siquiera se habían dado cuenta de nuestra presencia.

No sabía a dónde se dirigía, pero, a juzgar por el camino por el que íbamos, sabía que estaba cerca de la mansión y que la estábamos rodeando para entrar por la puerta trasera. Detrás de la mansión de los Crowell había una casita abandonada. Era como una vivienda para el servicio. Tenía un salón, un comedor, una pequeña cocina, dos baños completos, dos habitaciones y un cuarto de servicio. Por lo que sabía, Rosie se la había regalado a Alex cuando este había cumplido quince años, pero a él nunca le había gustado estar ahí. Creía que no era un regalo para un chico de quince años y, por lo tanto, no lo había aceptado y la casa había quedado abandonada.

Caleb atravesó sin problema una de las vallas electrificadas que rodeaban la mansión, se dirigió hasta la casita y entró sin preocuparse por hacer ruido. Una vez dentro, revolvió todo cuanto encontró a su paso y fue hasta una de las habitaciones. Algunas latas de refresco cayeron en el suelo con gran estrépito, pero pareció darle igual. Yo siempre había tenido la curiosidad de saber qué había allí, pero nunca me había atrevido a entrar. Sobre todo porque Rosie me lo había prohibido.

Al atravesar la puerta, solo vi muebles envueltos con sábanas cubiertas de polvo. No sabía lo que había exactamente debajo, pero parecían sillones y mesas de centro, una televisión inservible y cuadros. El suelo era de madera y crujía, pero ni Caleb ni yo estábamos haciendo ese ruido.

Seguí detrás de Caleb y, cuando intenté dar un paso, mis zapatos se toparon con un envoltorio de patatas fritas. Cerré los ojos con fuerza,

esperando que no se diera cuenta de que lo estaba siguiendo. Caleb se giró con lentitud y, por un momento, creí que me estaba mirando, pero no dijo nada, volvió a fijar la vista al frente y siguió caminando sin preocuparse. Yo lo seguí. Debía tener más cuidado si quería acabar con Caleb.

Entonces, entró en una de las habitaciones. Olía a medicina. El olor se iba haciendo cada vez más fuerte a medida que me acercaba. Traté de no pensar en nada que pudiera distraerme.

De repente, me sentí mareada. Algo me pinchó en el brazo y tuve la necesidad de gritar. Parecía que me había picado una avispa, pero cuando levanté el brazo para ver lo que me había pasado, no tenía absolutamente nada. Tal vez estaba comenzando a alucinar. Acto seguido, sentí un calor por todo el cuerpo y, después, lo vi todo borroso. Estaba a punto de caerme, pero unos brazos fuertes me sostuvieron.

Abrí los ojos y tuve que parpadear para recuperar la razón.

—¿Qué te sucede, Anna? —susurró Aaron.

—Caleb —dije con la garganta seca mientras perdía todas mis fuerzas. Me sentía agotada y agonizante. La pequeña casa daba vueltas a mi alrededor y sentía que el techo iba a venirse abajo—. Caleb ha entrado en esa habitación.

Señalé el lugar que Caleb había atravesado.

—Los Eternos lo saben todo, Anna. Les han dicho que sabes la verdad y que quieres acabar con su líder. Vienen hacia aquí. Le he pedido a Marissa que los detenga antes de que vayan a por ti.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté a duras penas mientras intentaba contener la respiración, pero nada parecía funcionar, Me sentía débil—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. —Gruñí al oír su respuesta y lo forcé con la mirada a que me diera otra opción—. Tienes menos de quince minutos para acabar con Caleb. Si el líder desaparece, no habrá nadie que los guíe. Si lo detienes, ellos también se detendrán. Tendrán que ceder. Caleb tenía demasiado poder sobre ellos y seguirán a la persona que acabe con él. Marissa podrá convencerlos de que hay otra opción.

—¿Les harán daño? —interrogué, y me retorcí de dolor.

—No, Anna. Tranquila. Todo irá bien. Marissa tratará de no pelear. He calculado los quince minutos pensando que podrías hacerlo antes de que

ellos se nieguen a seguir hablando.

—Johanna —dije de pronto. Tenía la vista nublada y comencé a toser. Entonces vi que me salía sangre de la boca—. Johanna estaba con ellos. La dejé allí. Está en peligro, tienes que ir a por ella.

—Johanna está bien —contestó—. Está con Marissa. Fue inteligente y se marchó antes de que se enterasen de que habías huido.

Sentía un dolor terrible en el pecho, como si mi corazón quisiera escaparse.

—¿Por qué estoy sangrando? —pregunté, pero entonces un sonido que parecía proceder del mismo infierno amortiguó mi voz y la puerta se abrió de golpe.

Caleb estaba delante de nosotros y nos observaba con una mirada iracunda a la vez que divertida. Sus grandes iris esmeraldas saltaban de Aaron a mí. Vernos en esta situación le había puesto de buen humor.

—Mira qué bien, ¿Anna y Aaron juntos? ¿Pero qué es esto? ¿Una novela romántica? —dijo en un tono burlón. Tenía una sonrisa socarrona que me molestaba. Desde que me había enterado de que Caleb era el líder, solo sentía lástima y rabia por él—. Lo siento mucho, tortolitos, pero me temo que no tendréis un final feliz.

—Caleb... —empezó a decir Aaron.

—Sabía que me traicionarías.

—No, Caleb —contestó Aaron con profunda tristeza. Empezaba a tener los ojos vidriosos—. Eres mi hermano. No te haría algo así. Sabes que te quiero, sabes que te he querido siempre.

—Mientes, tú no me has querido nunca.

Aaron negó.

—¿Cómo voy a odiar a mi hermano, Caleb? ¿Te das cuenta de lo que dices? Estás herido y tratas de buscar algo para culparme. La rabia te ha cegado.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Sé lo que quiero y lo que voy a hacer. Rosie estará conmigo siempre.

—Rosie miente —interrumpí yo para hacerle entrar en razón—. Si mató a Sarah, ¿qué crees que hará contigo? Cuando consiga lo que quiere de ti, te desechará como si fueras basura. Es lo que hace con todo el mundo. No tiene

sentimientos, y no siente nada por ti. No te dará nada de lo que te haya ofrecido. Miente.

Caleb pareció pensárselo, aunque no cedió tan fácilmente. Sabía que Rosie era mala, pero una parte de él deseaba ser como ella por la sencilla razón de que creía que todo le salía bien, pero no era así. Estaba equivocado, y pronto tendrían un final fatal. Si no se alejaba de ella, acabaría muy mal. Aaron y yo tratamos de tranquilizarlo y convencerlo de que lo mejor era dejar todo atrás. Ya sabíamos la verdad y no tenía sentido que siguiera con sus planes.

—Sé que quieres vengarte. Sé que Rosie fue amante de tu padre —volví a hablar. Estaba ansiosa porque sabía que Johanna y Marissa estaban en peligro. Si no deteníamos a Caleb, estaríamos todos acabados—. Pero yo no tuve nada que ver, Caleb. No fue mi culpa. De la única de la que tienes que vengarte es de Rosie, no de mí.

—Eres su hija. Rosie mató a mis seres queridos, ¿por qué yo no puedo acabar con su máspreciado tesoro?

Sus ojos se empañaron y sentí una presión en el pecho. Mientras hablaba conmigo, Aaron trataba de acercarse para detenerlo. Estaba siendo muy cauteloso, y yo intentaba mantener distraído a Caleb para que no se diera cuenta.

Me reí con cinismo y puse los ojos en blanco.

—¿Crees que Rosie me quiere? —Negué con la cabeza de inmediato y seguí hablando para que Aaron continuara avanzando por el suelo polvoriento. Estaba siendo sincera, no tenía nada que ocultar y no tenía sentido mentirle—. Cuando alguien no se quiere a sí mismo, es incapaz de sentir amor por otra persona.

De pronto, Aaron se abalanzó sobre él y lo empujó contra una pared. Caleb reaccionó lo bastante rápido para no golpearse contra un frío muro. Abrió los ojos y solo vi que ponía las manos delante de él para absorber el impacto de Aaron y forcejear con él. Aaron captó las intenciones de Caleb y aplicó más fuerza, empujándolo de nuevo contra la pared que se encontraba detrás de ellos. Sin embargo, Caleb logró desviar la fuerza de su hermano y ambos cayeron contra la puerta de madera, que cayó al suelo y se partió en dos con un crujido.

Al instante, ambos cuerpos cayeron al suelo con gran estruendo. Oí un

quejido, pero no supe distinguir si era de Aaron o de Caleb. Cuando corrí hacia ellos vi que en la habitación en la que habían entrado había una gran alacena repleta de botes y frascos llenos de líquidos con nombres extraños y largos. Casi todos estaban etiquetados, aunque había algunos frascos vacíos tirados en el suelo. Cuando di un paso, las puntas de mis zapatos chocaron con cajas de cartón blanco. Había cientos de envases de medicamentos tirados en el suelo y unas cuantas jeringas sucias y usadas. La habitación tenía un aspecto desolador. Tan solo un foco con una luz muy tenue iluminaba la estancia. Le daba un toque siniestro, como si dentro hubiera neblina y fuera casi imposible ver. Entrecerré los ojos y vi una cama al fondo, cubierta con unas sábanas color crema. Estas, al contrario que las demás, no estaban cubiertas de polvo, sino bañadas de un líquido rojo.

Abrí los ojos, sorprendida, y traté de buscar algo más. Di una vuelta para ver todo lo que había en aquella habitación. Sentí que el corazón me dio un vuelco y, de pronto, recordé que Caleb y Aaron estaban en el suelo, tratando de hacerse daño. Escuché que un puño chocaba contra una mejilla, luego un gruñido y otro golpe más, pero no fui capaz de apartar la vista de las frías cuatro paredes.

¿A quién tenían allí? ¿Por qué parecía que tenían a alguien secuestrado?

Escudriñé toda la estancia en busca de algo que me llamara la atención o de alguien, pero allí solo estábamos nosotros tres. No había nadie más. Sin embargo, mi instinto me pedía que siguiera intentándolo, que me concentrara y observara bien todo lo que había a mi alrededor. De reojo, vi a Caleb y Aaron, que seguían dándose puñetazos en el rostro; aunque ninguno estaba sangrando, sabía que a los dos les estaba doliendo. Descarté la idea de que estaba alucinando y volví a escuchar unos ruidos extraños y más gruñidos acompañados de duros golpes. Mis pies se despegaron del suelo y comencé a correr. Cogí un bate que se encontraba cerca de mí. Me aferré a él y fui directa a Caleb. Entonces, le golpeé la cabeza con todas mis fuerzas con la esperanza de darle cierta ventaja a Aaron.

Sin embargo, el bate solo lo atravesó.

Me quedé quieta y todo se volvió silencioso.

Caleb se dio la vuelta, furioso. Me miró con los ojos llenos de rabia y, después, me empujó con fuerza. Atravesamos una pared que daba a otra habitación cubierta con sábanas y, entonces, me acorraló y me agarró del

cuello para que no me moviera. Me llevó hasta otra pared, donde me levantó y me pegó sin delicadeza. Mis pies estaban colgado y le di un par de patadas, pero no funcionó, porque él era más fuerte que yo. Cerré los ojos con fuerza y volví a sentir un sabor metálico en la boca. Apenas lo saboreé cuando me di cuenta de lo que era. Estaba volviendo a sangrar. Cuanto más presionaba Caleb, más sangre me salía de la boca. El sabor era amargo y tenía un ligero aroma a medicamento. Entonces, percibí un ligero aroma a jarabe.

Durante un segundo sentí que su agarre se aflojaba. Aunque Caleb seguía con las manos alrededor de mi cuello, sentía que volvía a respirar. Era extraño. Cuando Caleb apretó más, no pude resistir más y tosí sangre, pero el líquido lo atravesó.

Entonces me di cuenta de que algo iba mal. Yo no podía haber tosido, porque sus dedos seguían aferrados a mi piel y no podía moverme, ni siquiera toser. Entonces, volví a repetir el sonido en mi cabeza y me di cuenta de que aquella tos sonaba más real de lo que había pensado. No era yo quien había tosido. Todavía entre los dedos de Caleb, me obligué a volver a abrir los ojos y girar un poco la cabeza para ver de dónde procedía aquel sonido.

El cuerpo me temblaba. Sentía que unas manos dentro de mi cuerpo me rasgaban las entrañas, la garganta me picaba y estaba invadida por una extraña sensación de felicidad. Aunque Caleb seguía presionando, algo en mi interior luchaba para descubrir de dónde procedía aquella suave tos que apenas había alcanzado a oír.

Entonces lo vi.

Mi corazón dio un vuelco y tuve que dejar que las lágrimas cayeran por mis mejillas como una cascada. En ese momento, recordé todo el dolor que me habían causado Rosie y Rebecca, y me sentí feliz y triste al mismo tiempo. Todas las humillaciones y los malos tratos que había sufrido se repitieron en mi cabeza en una ráfaga de fotografías instantáneas. El pecho me ardía y sentía que mi fin estaba cerca. Las lágrimas no se detenían y yo no me podía controlar. Me dolía el cuerpo y el alma. Sentía que unas olas inmensas me habían atrapado y me impedían respirar. Cada vez que intentaba llegar a la superficie para tomar un poco de oxígeno, las negras y grandes olas me cubrían de nuevo. Me sentía perdida en las profundidades de un lugar oscuro y silencioso donde, por mucho que gritase, nadie me oiría.

Abrí los ojos de nuevo en un intento por volver a la realidad y sentí un nudo en el estómago.

Era yo. Mi cuerpo.

Estaba en una cama, conectada a una multitud de aparatos. Las lágrimas siguieron brotando sin detenerse. Todo lo que había aguantado por fin estaba saliendo de mi cuerpo. Toda la rabia, todo el resentimiento, brotaba en esas lágrimas calientes que me quemaban. Caleb siguió mi mirada y vio lo que yo estaba observando. Aaron se acercó boquiabierto y con los ojos como platos. Estaba tan sorprendido como yo. Por un momento, sus ojos se habían apagado, pero después fijó la vista en mí, dándome a entender que se alegraba de que siguiera con vida. Caleb, por el contrario, no parecía compartir la misma emoción.

Había una chica idéntica a mí en la cama, solo que ella estaba viva, respiraba y tenía cientos de moratones y heridas abiertas. Ella, al contrario que yo, parecía haber estado en un incendio semanas antes. En el brazo derecho, tenía una herida que se convertiría en una larga cicatriz. La carne estaba al rojo vivo. Era yo. Y respiraba. Estaba viva.

¿Desde cuándo lo sabía? ¿Querían que me muriera aquí y que fuese un fantasma durante toda la eternidad? ¿Eso era lo que Rosie estaba planeando cuando Caleb le había pedido que tomara una decisión?

—Caleb, suéltala.

Por un momento, me había olvidado de que Caleb seguía apretándome el cuello para ahogarme, pero cuando se dio cuenta de su error, me soltó y fue hasta la joven que se encontraba en la cama, descansando como si solo estuviera dormida. Entonces me percaté de que mis brazos estaban comenzando a desaparecer y miré a Aaron con preocupación.

Caleb cumpliría su venganza y ambos desapareceríamos. Yo había descubierto dónde estaba y él llevaría a cabo su plan. Me froté el cuello con suavidad para aliviar el dolor lo más rápido posible. Cuando estuve más tranquila y pude mirar a Caleb sin sentir demasiada molestia, lo observé y suspiré. Me resigné y acepté que aquel era mi destino. El joven rubio me puso una almohada encima e hizo presión. Yo caí al suelo, sintiendo un dolor insoportable en el estómago y la cabeza.

—Caleb, no lo hagas —pidió Aaron, y trató de acercarse a él, pero yo sabía que eso no lo haría cambiar de opinión.

Ambos sabíamos lo que estaba a punto de suceder. El chico rubio tenía los ojos rojos y, aunque había esperado años ese momento, no parecía que estuviera disfrutando de su venganza. Se lo veía afectado, pero no se detuvo. A juzgar por su respiración, los dos estábamos a punto de marcharnos para siempre. Volvió a presionar una vez más y yo grité de dolor y me retorcí en el suelo.

Tal vez era lo mejor. Tal vez yo debía morir.

Miré una vez más mi cuerpo fantasmal y vi que cada vez era más translúcida. En cambio, la Anna que estaba tumbada en la camilla se encontraba entera pero apagada y sin muchas ganas de recuperar todas sus fuerzas.

—Caleb, debes saber la verdad —susurró Aaron. Se había detenido para no abrumar a Caleb, que parecía demasiado tenso y enfadado—. Rosie no fue la que nos mató, ella no fue quien cortó los frenos. No fue ella, no tienes que vengarte, y mucho menos pagarlo con Anna. Voy a contarte la verdad, te diré por qué ambos estamos aquí, ¿de acuerdo?

—¡Mentiroso! ¡Fuera de mi camino, Aaron Brennan! —gritó él, lleno de rabia y despavorido.

Aaron ignoró el comentario de su hermano y continuó hablando con las manos en alto para que se diera cuenta de que no iba a hacerle daño y que no iba a abalanzarse sobre él.

Yo fruncí el ceño. ¿De qué verdad estaba hablando?

—Encontré unos documentos, Caleb. Estaban en el despacho de papá. Es cierto que viste a papá con Rosie, también es verdad que eran amantes, no lo voy a negar. Estaban juntos, pero debes saber algo que nunca pude decirte y que tal vez es lo que me mantiene aquí. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Nuestra madre también estaba con otro hombre, tenía otra familia, y papá lo sabía. Lo leí en esos documentos. Rosie no destruyó a nuestra familia, fue nuestra madre. Sé que la amabas, sé que piensas que te miento, pero no es así. Quien nos mató fue el amante de mamá.

—Mientes.

—No, no lo hago.

—Basta, Aaron.

—No. Anna no tiene nada que ver en esto. El amante de mamá quería matarla porque quería deshacerse de ella y volver con su esposa, con su

verdadera familia. Por eso cortó los frenos de su coche. Si hubiera sido Rosie, estoy seguro de que la hubiera matado a golpes. A ella le convenía que nuestro padre estuviera de su lado, piénsalo. Las cosas salieron mal, nunca salíamos de paseo en el coche de mamá, y esa vez cometimos el error de hacerlo.

Caleb frunció el ceño y pareció haber recordado algo. Entonces, levantó la cabeza y miró a los ojos a Aaron, que le suplicaba que entrara en razón.

—Finley... ¿Finley Kirkland?

Hubo un silencio. Aaron apenas asintió, como si ambos estuvieran compartiendo un recuerdo del pasado.

—¿Lo sabías? —preguntó Aaron al ver a su hermano, pensativo. Caleb se llevó las manos a la cabeza con desesperación y gritó algo que no pude entender.

—Maldito Finley —murmuró.

—Caleb. No tienes por qué vengarte. Anna no tuvo nada que ver con eso.

Entonces, algo sucedió. Cuando Caleb quiso decir algo, se dio cuenta de que cada vez era más translúcido, al igual que yo, que todavía seguía tirada en el suelo, toda dolorida. El chico rubio suspiró y pareció entender lo que había sucedido años atrás.

—Me temo que ha llegado el momento de irme, entonces. No tengo nada más que hacer aquí.

Sonrió con poca dulzura y no se molestó en disculparse. Parecía demasiado arrogante y ahora entendía por qué Aaron era como era. No había duda; aunque eran físicamente diferentes, tenían ciertas similitudes que no pasaban desapercibidas. Ambos alzaban la ceja cuando querían parecer más atractivos o interesantes, y a ninguno les fallaba. Caleb me había engañado aparentando ser un chico dulce que parecía entenderme, mientras que Aaron trataba de ser un arrogante para ocultar que solo intentaba protegerme. La paradoja era que Caleb era en realidad el arrogante, mientras que Aaron era un protector, casi como una especie de ángel guardián sin alas. Ahora era él quien más seguridad me daba.

—Espera, Caleb —dijo Aaron con un tono de voz que reflejaba arrepentimiento—. Siento mucho no habértelo contado. Perdóname por haberte mantenido aquí durante todo este tiempo, pero yo... no he sido capaz

de recordarlo hasta que Anna me planteó una teoría. Entonces... lo recordé todo.

Él suspiró y Caleb se quedó quieto, reflexionando sobre lo que su hermano le había dicho.

—Ya está hecho. Creo que tú seguirás pagando aquí.

Caleb se sacó algo del pantalón y se lo lanzó a Aaron. Era una foto donde los dos estaban juntos, abrazados. Caleb le guiñó y, luego, se giró para hacerme un gesto con la cabeza con el que me pidió disculpas a su manera.

—He de confesarte que he disfrutado mucho de tus besos, Anna. Has sido demasiado buena conmigo —dijo con una sonrisa burlona, aunque noté que había algo más en su tono de voz. Entonces añadió—: Pero creo que alguien más desea besarte, ¿verdad, Aaron?

—Fuera de aquí —soltó Aaron, despidiéndose de su hermano con la mandíbula apretada y con cierto nerviosismo. Tal vez habría sonreído si no hubiera estado tirado en el suelo con el cuerpo dolorido.

—Voy a ayudaros un poco para compensaros el mal rato que os he hecho pasar —dijo Caleb en un tono misterioso. Ambos lo miramos y esperamos a que hablara—. Rosie va a matar a un Crowell. No me ha dicho a quién, pero dice que se trata de alguien que le destruyó la vida.

—Margaret —respondí con la boca seca.

—No —Caleb negó—. Me ha dicho que lamentaba mucho no haber podido estar de nuevo con él.

Abrí los ojos de par en par.

—Va a por Eric. Va a por mi padre.

Caleb resopló y no mostró interés por lo que iba a suceder, pero, al igual que Aaron, deseaba que todo terminara de una vez por todas.

—Bueno, yo ya he terminado aquí. —Y asintió con la cabeza.

Caleb me miró a mí y luego posó la vista en su hermano, Sonrió como si fuera un niño que acababa de recibir el mejor regalo de su vida. Y, de pronto, desapareció. Su cuerpo se fue volviendo cada vez más tenue hasta que desapareció. Caleb se había marchado, había cumplido su misión, o, más bien, se había dado cuenta de la verdad. Ahora estaba en un lugar mejor. Una luz relampagueante llenó toda la habitación y tuvimos que cerrar los ojos para no quedarnos ciegos.

Entonces, se oyó un clic y, de pronto, todo volvió a ser oscuro y silencioso.

—Se ha ido —dijo Aaron con una pequeña y ligera sonrisa de satisfacción.

Yo hice una mueca. Me dolían los pulmones y ver mi cuerpo en la camilla hacía que me sintiera más débil y enferma. Tuve que esforzarme mucho para hablar.

—Sí, Caleb se ha ido, pero Rosie sigue aquí.

Capítulo veintitrés

Cuando intenté levantarme, los huesos me crujieron y sentí cómo todos mis músculos se estiraban. De pronto, me ardieron los brazos. Aaron vino corriendo a donde yo estaba y se plantó a mi lado, preocupado. Tenía los ojos abiertos como platos y trataba de ayudarme a levantarme, pero yo me negué a moverme, porque el dolor estaba comenzando a ser insoportable. Tuve que apretar los dientes para contener un fuerte grito que estaba a punto de salir. Entonces me miró y dijo algo, pero yo no oí nada, solo vi que sus labios se movían.

Estaba entrando en trance. Mis oídos no captaban ningún sonido. Después empecé a ver todo borroso. Todo se convirtió en formas que se movían.

Mis ojos fueron hasta la Anna de color amarillento que estaba en la camilla sin mover ni un solo músculo. Estaba quieta y parecía que quería volver a ella. Tenía la barbilla bañada en sangre, las ropas tenían pequeñas gotas rojas y el cabello estaba grasiento y sucio.

Cerré los ojos en cuanto me sentí mareada.

Y de nuevo, volví al infierno.

Entre las llamas.

Sentí un hormigueo desde las rodillas hasta la cadera. Todo me dolía cuando trataba de moverme. Una gota de sudor me resbaló por la frente. Me la sequé con un movimiento rápido, pero cuando me miré los dedos, vi que estaban manchados de un líquido rojo. Era sangre.

La angustia y la desesperación me consumieron.

Volví a tocarme la frente y sentí la humedad. Estaba sangrando y las lágrimas no cesaban de caer.

—Dame otra oportunidad y lo haré bien —dije sin saber lo que estaba diciendo y a quién se lo estaba pidiendo. Las lágrimas me nublaban la vista, más que el humo—. Dame otra oportunidad.

Cerré los ojos. Inhalé oxígeno de manera inconsciente, imaginando que estaba en un lugar limpio y lleno de flores frescas, pero entonces tosí.

Percibí el olor de la gasolina.

Entonces, oí un crujido.

Abrí los ojos.

El sonido se repitió. Venía de arriba.

Alcé la cabeza y todas mis ilusiones se desvanecieron. El techo crujió, el cemento se abrió, apareció una grieta y, luego, otra y otra, hasta que estas se unieron. Vi lo delgadas que eran aquellas líneas en zigzag. Se oyó un estruendo, pero el techo no se vino abajo. Giré la cabeza y vi que un enorme pedazo de madera llameante caía sobre mi cuerpo. Me cubrí el rostro con los brazos y grité. Sentí el golpe en todo mi cuerpo. Los huesos me crujieron y noté que se me quemaba la piel. Tenía la boca seca y la cara cubierta de sangre. Abrí los ojos por última vez y lo único que vi fue el fuego.

Miré a mí alrededor y vi que Rosie se apartaba de mí cuando el palo chocó contra mi cabeza. Me derribó y grité. Estaba en el suelo, cubierta por un pedazo de madera en llamas.

Cerré los ojos.

Era mi fin.

—Solo quiero una oportunidad. Solo una —pedí mientras las llamas me consumían con lentitud.

Entonces, cerré los ojos. Y en ese momento, salí de mi cuerpo. Y todo se volvió más terrible. Veía cómo mi cuerpo estaba siendo consumido por el fuego; mi vientre y mi pierna derecha fueron los más afectados. Las llamas consumían las telas que me cubrían y muy pronto adquirirían un color negro. Cuando las ropas desaparecieron, supe que la parte más dolorosa estaba a punto de comenzar, ya que ahora las llamas iban a por mi piel.

Me aparté de mi cuerpo y traté de hacer algo que sabía que era imposible.

Traté de apartar el palo de madera que me cubría. Las piernas me temblaron cuando me levanté y, al igual que la Anna que estaba derrumbada en el suelo, sentía el calor del fuego en mi cuerpo fantasmal. Seguía ardiendo. Me puse a llorar al ver que ni siquiera podía tocarlo. Cuando lo intentaba, atravesaba el fuego y la madera que se estaba convirtiendo en ceniza.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —grité, y volví a intentarlo, pero todo siguió igual.

Nada se movía. El fuego del palo se seguía extendiendo. Parecía que estaba en una película de terror, donde todo era demasiado real y doloroso. No me gustaba ser la protagonista, no me gustaba ser la única que pagara por las fechorías de Rosie. Tenía que buscar alguna manera de salir de ahí, antes de que fuera demasiado tarde.

Me abrumaba verme en ese estado y no poder hacer nada. Quería cogerme de los brazos y arrastrarme a mí misma fuera de ese terrible lugar, cada vez más oscuro. Las manos me temblaban. Iba a colapsar de un momento a otro.

Las lágrimas no dejaban de brotar y, aunque podía formar un lago con ellas, no bastaban para apagar el fuego que estaba consumiendo el sótano en el que Rosie había mantenido atrapada a Hannah.

—¡Por favor! —volví a pedir a la nada. Quise incluso hablarle al fuego para que se detuviera. Sabía que era imposible, pero nada perdía por intentarlo. Pronto empecé a agonizar.

»¡Estoy aquí! —grité por enésima vez, pero Rosie y Hannah habían abandonado aquel espantoso lugar antes de que fuera imposible salir. Ellas se habían librado, yo no. Yo seguía allí, sola, en aquella estancia oscura. Cuando las llamas habían consumido algo en su totalidad, el humo negro se extendía por todo el lugar.

Me quedé quieta, buscando algo que pudiera ayudarme a moverme. Trataba de concentrarme. Pensaba que si convencía a mi mente de que podía hacerlo, tal vez lo haría. Quería vivir y estaba dispuesta a hacer todo lo posible para salir de ahí. Sin embargo, la Anna que estaba rodeada de fuego estaba inconsciente, con los ojos cerrados, esperando su fin. Se estaba dando por vencida.

Gemí y me enjuagué las lágrimas.

¿Qué debía hacer?

No lo sabía, estaba tan perdida como una niña en su primer día de escuela. O peor.

Entonces, oí un ruido. Provenía de algún lugar cercano. Parecía que alguien estaba golpeando el suelo desde abajo. Tal vez estaba alucinando, pero parecía que alguien trataba de entrar por el suelo. Entre el humo, me esforcé por entrecerrar los ojos y agudizar el oído para descubrir de dónde provenía ese sonido.

De pronto, vi que un pedazo de metal cuadrado se movía. Abrí los ojos y parpadeé, creyendo que estaba comenzando a alucinar o que el humo negro me hacía creer que algo se movía. Entrecerré los ojos y vi un hoyo con la misma forma que el pedazo de metal. Una puerta secreta se abrió de golpe y me sobresalté. Al instante, una cabeza con cabellos rojos se asomó. Durante un segundo pensé que tal vez lo veía rojo a causa de las llamas, pero cuando se asomó un poco más, vi que no se trataba de una ilusión. La joven tenía el cabello de color naranja y unas cuantas pecas en el rostro.

—¿Sarah? —la llamé, pero ella no pareció oírme. Estaba confusa por el incendio—. ¡Estoy aquí!

Recé para que girara la cabeza y viera que estaba a punto de ser consumida por las llamas. Ambas estábamos juntas, éramos del mismo bando, tenía que ayudarme a salir de ahí. El problema era que no me veía entre el humo negro. Una neblina oscura había cubierto el lugar y todo empezaba a llenarse de ceniza.

Entonces, a lo lejos, oí que los servicios de emergencia comenzaban a llegar. Pero estaba a punto de darme por vencida. Ya ni siquiera tosía. Tampoco parecía que respirara. ¿Y si ya había muerto?

No. Eso no podía ser.

Sarah comenzó a girar la cabeza. Me moví con rapidez y levanté las manos para que me viese.

—¡Estoy aquí, Sarah! ¡Sácame de aquí!

—¿Anna? —preguntó cuándo vislumbró mi cuerpo.

Frunció el ceño e intentó salir del agujero que llevaba a un lugar que yo desconocía. Sentí un alivio tremendo. Lo único que quería era que me sacara de ahí. No me importaba a dónde me llevara ese túnel, solo quería escapar de ese infierno.

Sarah apoyó las manos en el suelo, con cuidado de no tocar nada que

podiera causarle una quemadura, y después tomó impulso para elevar las piernas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella, dándose prisa para llegar hasta mí. Esquivó un pedazo de madera que estaba a punto de consumirse y continuó su camino para llegar antes de que fuera demasiado tarde.

—Vamos, sácame, ¡sácame de aquí, Sarah! —grité.

Ella me atravesó en un segundo, vio el palo que me cubría la pierna derecha y el vientre y lo apartó de una fuerte patada. Lo que vi entonces fue desagradable. Mi piel estaba al rojo vivo y tenía unas ampollas amarillentas enormes. La pernera derecha de mi pantalón había desaparecido, aunque todavía me cubría la otra pierna y la cadera.

Cerré los ojos y aparté el rostro. Sarah gruñó. Parecía tan aterrorizada como yo. Oí que decía algo, pero seguía demasiado preocupada por mí. Si no me atendían en cuanto me sacara de ahí, probablemente moriría. La pelirroja trató de no lastimarme y me levantó con cuidado; sin embargo, el tiempo estaba consumiéndose, al igual que aquel lugar. Debía actuar rápido.

Me cogió de los hombros y, cuando me tuvo de pie, apoyándome en su cuerpo, que parecía de roble, me agarró de la cintura y me empujó. Se inclinó un poco sobre mi cuerpo y cargó conmigo. Me aparté del camino cuando regresó, pensando que podría hacer que se detuviera. Me rozó el hombro, pero pareció que solo le provoqué un escalofrío.

Miré su espalda y recé para salir de aquel lugar.

Lloré de nuevo cuando no la vi más. Había regresado al mismo agujero. Vi cómo la tapa volvía a cerrarse y, luego, escuché los gritos de Rosie. Provenían de fuera.

¿Cómo no recordaba esto? ¿Sarah me había sacado de ese lugar? ¿Ella me había salvado? ¿Me había mantenido oculta?

Sabía que sí. Y ahora todo cuadraba. Cuando Caleb le había preguntado a Rosie si había decidido lo que iba a hacer, al parecer conmigo, Caleb sabía que yo estaba viva y no me lo había dicho porque no le convenía.

Pero ¿qué ganaba Rosie manteniéndome con vida y como un fantasma? ¿Cuáles eran sus verdaderos planes?

Me quedé en medio del incendio y, luego, todo pareció desintegrarse. El almacén fue pasto de las llamas y todo lo que había allí se convirtió en pequeños granos de arena. De repente, el fuego se apagó y volví a abrir los

ojos.

Volví junto a Aaron y la Anna enferma, tendida en una cama.

—¿Anna? ¿Qué te ha pasado? —preguntó Aaron, aterrorizado. Parpadeé de nuevo para dejar de ver neblina y me concentré en su rostro moreno. Sus ojos aceitunados parecían más negros que nunca.

—Rosie —fue lo único que pude decir. Sentía que me faltaba el aliento—. Vamos a por Rosie.

Él negó y me volvió a sentar cuando se dio cuenta de que mi intención era levantarme. Nunca había estado tan cansada y tenía la boca muy seca. Quería beber agua, mojarme los labios y volver a respirar. Me faltaba el aire.

—No, Anna —espetó con firmeza—. Tienes que quedarte aquí. Debes guardar energía para sobrevivir. Tenemos que esperar a que alguien llegue y te saque. Te estás muriendo. Si sales de aquí, no aguantarás.

Volví a cerrar los ojos. Notaba que tenía el cuerpo muy caliente, como si tuviera fiebre.

—¡Rosie va a cometer una masacre! ¡Matará a los Crowell! ¡Los matará, Aaron! ¡Deja que me marche!

—Anna...

Comencé a levantarme de nuevo. Cuando él intentó sujetarme para que me sentara, lo aparté con suavidad. Sabía que lo que decía era verdad. Debía conservar las energías, pero lo único que quería hacer era salvar a los Crowell. Aunque yo no podía haber disfrutado de mi padre, quería que Hannah tuviese su compañía y su amor. No me importaba pagar por lo que le había hecho a Alex.

—Por favor, tienes que ayudarme, ¿de acuerdo? No me importa morir. Ya he cumplido mi misión. Puedo irme de aquí tranquila, por fin sé lo que me ocurrió. Lo único que puedo hacer es salvarlos.

—Anna, no te merecen. —Tensó la mandíbula.

—Sí, son mi familia. Tengo que ir a por Rosie.

—¡No son tu familia, Anna! ¡No tienes que hacerlo!

—Se lo debo.

—Escúchame, Anna. Puedes vivir, ¿no era eso lo que querías? Debes quedarte aquí y esperar a que alguien llegue.

—¿Mientras Rosie mata a mi padre? ¡De ninguna manera! Por favor, Aaron, todo será más fácil si vienes conmigo. Solo te pido esto. Considéralo mi última voluntad. Ayúdame a detener a Rosie.

Aaron pareció pensárselo.

—¿Es eso lo que quieres? —me preguntó entre dientes.

—Sí —respondí.

—Bien, Anna. Te ayudaré.

En cuanto pronunció esas palabras, me di la vuelta y prácticamente eché a correr. Enseguida me mareé, pero intenté ocultárselo a Aaron, porque si lo notaba, seguramente me haría regresar y me diría que había cambiado de opinión.

Traté de tranquilizarme y de respirar profundamente para controlar mi cuerpo. Aaron y yo atravesamos la pequeña casa. Llegamos al salón y vimos de nuevo las sábanas llenas de polvo que cubrían los muebles. Entonces, salimos por la puerta y nos percatamos de que la noche había caído. Estaba oscuro. Delante de nosotros se encontraba la mansión de los Crowell. Casi parecía un palacio. Teníamos una vista perfecta de la parte trasera de la casa. Una de las ventanas estaba abierta. La cortina estaba descorrida, las luces apagadas y no se podía apreciar nada del interior. Era la habitación de Alex.

Aaron siguió mi mirada y observó la increíble casa que se erigía frente a nosotros, lista para ser fotografiada. Delante teníamos un gran jardín que se extendía hasta la mansión, lleno de flores perfectamente alineadas, de todos los colores que pudiera haber. La mayoría de ellas olía a rosas y a lavanda. Entre nosotros y la casa había por lo menos unos veinte metros de distancia. El césped estaba iluminado por focos enterrados en el césped. Era perfecto. O casi perfecto, puesto que teníamos que detener a Rosie.

—¿Dónde puede estar? —me preguntó.

—No lo sé. Quedó con verse con Caleb, pero no tengo ni idea de dónde —respondí, aguantándome las ganas de toser y de desvanecerme. Debía de guardar la compostura para que Aaron no se preocupara.

Seguimos avanzando, atravesando deprisa el gran jardín. Aaron venía detrás de mí; estaba tenso y parecía no estar de acuerdo con mi decisión,

pero no me importaba. Prefería que alguien sano, que tuviera más oportunidades de vivir, se salvara. Yo estaba en las últimas. Las probabilidades de que sobreviviese eran prácticamente nulas.

Esperaba estar haciendo lo correcto.

Traspasamos la mansión y, en un instante, estuvimos en el interior. Aaron observó todo con atención y yo lo miré. Tenía un perfil fino. Lo observé tan solo durante unos segundos, un pequeño lapso de tiempo que me hizo sentir un nudo en el estómago. El corazón se me aceleró y sentí la necesidad de abalanzarme sobre él y enterrar la cara en su pecho para soltar todas las lágrimas que estaba conteniendo. Aún no creía que hubiera renunciado a mi vida. Tenía una mancha morada debajo del ojo, justo en su pómulo derecho, a causa de la pelea que había protagonizado con Caleb. Pronto desaparecería y no quedaría ni rastro de la herida. Estaba inmóvil, pero sus ojos se movían de un lado a otro, esperando ver a Rosie, ajeno a mi mirada. Era afortunada por haberlo conocido, al igual que a Johanna, de quien seguramente no tendría tiempo de despedirme.

Me miré los brazos y noté que cada vez era más translúcida. Veía el suelo a través de mis brazos, casi incoloros. Estaba perdiendo color y eso solo significaba que debía moverme rápido, antes de que me fuese para siempre. Suspiré y tomé un respiro largo y entrecortado que me hizo que me dolieran los pulmones.

—Aaron —lo llamé, y él me miró de inmediato. Estaba atento a cualquier señal que le indicase que debía regresar con mi cuerpo. Pero me mostré fuerte, a pesar de que me dolía todo—. Lo mejor es que nos separemos. Puede estar en cualquier lugar.

Él asintió.

—¿Estarás bien? —preguntó.

—Lo estoy ahora. Vamos, tenemos que encontrarla.

Ambos nos separamos en un segundo. Lo vi darme la espalda y caminar hacia la otra parte de la mansión. Yo atravesé las paredes que había en el lado opuesto. Para entonces, ya no podía tocar nada. Estaba desapareciendo.

Me detuve y volví a tomar aire; me estaba cansando con demasiada facilidad. Me pregunté entonces si era algo bueno que hubiese encontrado mi cuerpo. Aaron era un fantasma y estaba segura de que le gustaba. A mí también me gustaba, pero ya había cumplido mi misión y lo siguiente era

adentrarme en lo desconocido, donde nadie sabía qué había. Quizá, si no lo hubiéramos encontrado, yo habría seguido en ese mundo como un fantasma. Y lo cierto es que no me importaba morir, porque al menos había tenido la oportunidad de conocer a Aaron.

Reanudé la marcha en silencio para que Rosie no me oyese cuando me acercara. Cuando llegué al último salón, me di cuenta de que estaba a punto de llegar a un lugar simbólico de la mansión.

Caminé un poco más. Cuando atravesé la última pared, volví a respirar profundamente. Me quedé de pie frente a las escaleras de mármol que se dividían en dos. Las mismas escaleras que habían recibido a Hannah la primera vez que había llegado aquí. Estaban perfectamente limpias y brillantes, justo como las recordaba. Tenían algo especial que siempre me había llamado la atención. Habían sucedido tantas cosas en esas escaleras que era imposible enumerarlas; solo sabía que me encantaban y que esperaba que en el más allá hubiera unas iguales. Sonreí ligeramente y di gracias por los momentos que había vivido allí, tanto por los buenos como por los malos. No importaba. Los Crowell eran parte de mi vida y me habían dado y quitado muchas cosas. Guardé el recuerdo en mi mente, porque seguramente esa iba a ser la última vez que vería las grandes escaleras de la mansión.

Continué caminando para seguir inspeccionando los demás salones. Todo estaba en silencio, no parecía que hubiese nadie cerca. Ni George ni Eric se encontraban en ninguna de las salas, lo cual podía significar que Rosie ya los había capturado, pero ¿a dónde se los había llevado?

Mi pregunta fue respondida casi de inmediato. Escuché unos gritos desgarradores y, después, lo que me pareció un disparo. Me sobresalté, pero lo ignoré y agudicé el oído de nuevo para averiguar de dónde provenían los gritos. Pero, entonces, volvió a hacerse el silencio. Aaron llegó a mi lado enseguida.

—¿Lo has oído? —le pregunté, moviéndome para empezar a buscar.

Aaron asintió.

—¿Crees que ya lo ha hecho?

Tuve la tentación de decirle que no, pero sabía lo mala que era Rosie, así que preferí quedarme en silencio, mirando con atención cualquier objeto que me indicara dónde podía haber ido esa mujer. Entonces, vi a Eric en mi mente, con una bala en el cráneo. Era una imagen terrible. No quería pensar

en ello, pero Rosie no vacilaba.

—Tenemos que averiguarlo.

—Puede que estén en la cocina. Estaba cerca de allí cuando he oído los gritos, y sonaban con mucha claridad —dijo él.

—Vamos.

Avancé y él me detuvo antes de que siguiera andando.

—Anna, tienes que regresar, no sobrevivirás.

Sus ojos reflejaban temor. Estaba serio y su mano se aferraba a mi brazo translúcido. Al menos, él podía tocarme. Sus dedos me quemaban la piel.

Me quedé quieta y tragué saliva.

—Confía en mí. Lo haré.

—Anna... no. No lo hagas. No te hagas esto.

Los gritos volvieron a oírse. Giré el rostro y negué con la cabeza.

—Lo siento, es lo mejor.

Aaron estaba equivocado, aunque la cocina estaba en la habitación contigua, los gritos parecían proceder del comedor. Me dirigí allí a toda prisa.

Las piernas no dejaban de temblarme.

Cuando llegué al comedor, me encontré con una escena escalofriante. Hannah, Alex, George, Lisa y Margaret estaban atados en unas sillas. Tenían la boca cubierta con un pedazo de cinta que amortiguaba cualquier tipo de sonido. Además, tenían los tobillos atados con cuerda y las muñecas, por detrás del respaldo de la silla, sujetas por la misma cuerda que unía sus pies. La mesa estaba puesta y los vasos y las copas estaban llenos. Parecía que Rosie había irrumpido en la mansión en mitad de la cena.

Todos estaban asustados. Excepto George, que se mantenía con una expresión dura. Miraba a Rosie con odio, con rencor. Pero ella estaba demasiado ocupada con lo que hacía.

Eric era el único que no estaba atado. Se mantenía de pie, dándoles la espalda a los Crowell, colocados en una fila en el lado derecho del comedor. Rosie estaba frente a ellos, delante de Eric. Tenía el arma en sus sudorosas manos, que apuntaban a la frente de mi padre.

Ella no había notado que yo estaba allí, observándolo todo.

—¿Creíais que ya os habíais librado de mí? —se burló.

Todavía llevaba la peluca negra, que hacía que sus ojos se vieran más azules que cuando tenía el pelo rubio y rizado. Ahora se veía apagada, seca y amarga. No era la misma Rosie que meses antes presumía de joyas y de vestimentas elegantes que la hacían destacar por encima de todos. Ya no brillaba como antes, ya no era el centro de atención, estaba destruida y su reputación bajo tierra, y era plenamente consciente de ello. Ahora su belleza externa se había esfumado y, al parecer, nunca había sido bella por dentro. Era de piedra; no tenía sentimientos. Pero lo peor era que nunca había sido feliz.

Rosie estaba desquiciada, enferma y terriblemente mal.

—¿Qué quieres, Rosie? —preguntó Eric con los brazos en alto.

La mujer lo seguía apuntando con la pistola. Parecía que lo había obligado a levantar las manos para que no la atacase. Estaba loca, pero sabía bien lo que hacía. No era tonta, aunque tampoco era inteligente. Lo que estaba haciendo estaba mal. ¿Por qué no entendía?

Rosie no respondió.

—Di lo que quieres. ¿Es dinero? —dijo él, elevando una de sus gruesas cejas. Tenía los labios húmedos; podía imaginarme que había estado bebiendo vino hacía solo unos segundos. En la camisa blanca que vestía, justo donde estaban sus axilas, se estaba formando una capa de sudor. Estaba nervioso.

Siguió sin responder. Sus ojos estaban fijos en los de Eric.

No sabía qué se le pasaba por la cabeza. ¿Sería capaz de matar al único hombre al que había amado? Quería decir que no, que no lo haría, pero su enamoramiento la había hecho sentirse despreciada y ahora no sabía lo que su corazón sentía. Si de algo estaba segura, era que se cometían locuras en dos situaciones: la primera, cuando uno te enamoras y cuando te rompen el corazón.

—¿Quieres dinero? Te lo daremos, Rosie —volvió a decir, hablando con firmeza y confianza—. ¿Cinco millones de dólares es suficiente? Los tendrás. Te dejaremos salir del país y ningún policía te detendrá, te lo prometo. Pero... no le hagas daño a nadie. Te daremos lo que quieras.

Ella se molestó con el comentario de Eric y presionó la pistola en su frente con más dureza, haciendo que este tragara saliva y cerrara los ojos, mientras esperaba oír el clic del gatillo.

—¡Tú no puedes darme lo que quiero! —gritó con fuerza, escupiéndole en el rostro sin ser consciente. Cuando entrecerré los ojos, me di cuenta de algo terrible. Las pupilas de Rosie estaban dilatadas y tenía los ojos rojos, inyectados en sangre, lo cual significaba que se había drogado o se había inyectado adrenalina para no fallar en nada—. ¡Ya me arrebataron lo único que quería!

—¿Qué querías? —preguntó él, fingiendo que la entendía para que se desahogara y no pensara en lo que hacía. Quería ganar tiempo.

—Yo... solo quería que me amaras.

—Rosie...

—¡No! —volvió a gritar ella, haciéndolo retroceder. Eric se tambaleó y chocó contra la mesa que se encontraba detrás de él. Los Crowell estaban presenciando un espectáculo en primera fila. Aunque seguían sin ver el rostro de Eric—. ¡No me digas que eso no pudo ser! ¡Yo lo tenía todo! Dime, ¿qué tenía ella que yo no tuviese?

Me quedé en silencio, observando la escena. Esperaba encontrar algo para distraer a Rosie. Lo mejor era esperar a que ella se percatara de mi presencia. Si le hablaba, Rosie podría distraerse unos momentos para que Eric le quitara el arma. Él había pasado tiempo en el ejército, así que le resultaría fácil y, además, era más fuerte que ella. Solo debía esperar el momento adecuado.

Eric suspiró.

—Rosie, no me hagas hablar. Lo sabes perfectamente.

Ella sacudió su cabeza, desquiciada.

—¡No! ¡No lo sé!

—Ella tenía corazón y pasión. Se veía en todo lo que hacía. Irradiaba luz. Algo que tú nunca has tenido. No puedes perdonar, has vivido siempre con resentimiento, esperas a que todos se inclinen ante ti y te alaben, estás acostumbrada a manipular, a mentir, a infundir miedo... Margaret sacrificó todo lo que tenía. Me dio una hija.

Rosie se puso roja.

—¡Seguro! —gritó con rabia. Se le empezaban a ver las venas de la frente y tenía la peluca algo despeinada, pero Rosie parecía ajena a todo ello—. ¡Se sacrificó tanto que te ocultó a tu hija durante casi diez años!

Eric adquirió un semblante serio y le lanzó una mirada con desprecio.

—¿Y tú no hiciste lo mismo? ¡Me ocultaste a Anna el doble de años! ¡Casi veinte años sin saber que ella era mi hija, sin saber que podía hacerla feliz! —Eric tenía los ojos abiertos como platos y contemplaba a Rosie con dolor. La vista se le estaba nublando y la voz se le entrecortaba, pero parecía querer soltar más cosas—. ¡Y la mataste! ¡Mataste a mi hija! ¡A tu propia hija! ¿Cómo esperas que te quiera, si no pudiste amar a la única persona que salió de ti? ¡Que tuvo tu calor! ¡A la única que podía cambiar tu vida, tu corazón! ¡La mataste! ¡La dejaste sola! ¿Cómo iba a saberlo? ¿Adivinándolo? ¡Me drogaste! ¡Me utilizaste!

—No te hagas la víctima —espetó ella.

Eric negó.

—No lo hago, Rosie. Tú sabes cuándo alguien se está haciendo la víctima, porque miente. Se refugia tras mentiras para no hacerse responsable de sus actos. Los mentirosos siempre quieren hacerse pasar por víctimas, ¿o acaso no lo sabes tú bien?

—Quiero acabar contigo, Eric.

Le apuntó con la pistola y lo miró a los ojos. Vi cómo sus dedos empezaban a moverse por el arma negra con la que estaba a punto de disparar.

Los Crowell observaban. Eric estaba quieto, esperando su final. Rosie estaba lista para cometer el acto final.

—¡No! —grité yo cuando estaba a punto de hacerlo—. ¡No lo hagas!

—¿Anna? —preguntó ella, y se fijó en mí. Sus ojos azules se apartaron de mi padre un segundo. Eric miró hacia donde Rosie miraba. Frunció el ceño, porque, efectivamente, ni él ni nadie que no fuera Aaron o Rosie podía verme. Tal vez pensaba que Rosie estaba comenzando a alucinar—. ¿Qué haces aquí, cariño?

Sentí que me picaba la garganta.

Tenía la esperanza de que Hannah notase algo extraño. No quise mirarla, porque tenía que mantener la vista fija en mi madre para que ella siguiera pronunciando mi nombre y dijera algo que les hiciese saber que estaba viva; mientras tanto, Eric podía aprovechar la distracción para quitarle la pistola.

—He escuchado los gritos.

—Has llegado justo a tiempo. ¿Te gustaría que papá estuviese contigo?
—Mi plan falló porque Rosie volvió el rostro hacia Eric—. Supongo que te quedó algo pendiente en este mundo. ¿Te hubiera gustado conocer a Anna?

Ella lo miró.

—Rosie... —dijo él.

—¿Te gustaría?!

No se lo estaba preguntando. Le estaba obligando a que dijese que sí. Así moriría con una misión por cumplir.

Eric frunció los labios, pero finalmente habló:

—Sí, me gustaría.

Rosie sonrió, satisfecha. Luego me miró con tristeza.

—¿Por qué no me has visitado hasta ahora? —preguntó ella, haciendo un puchero.

Definitivamente, se había inyectado alguna droga. No era consciente de lo que estaba sucediendo. Sus músculos empezaban a relajarse, pero tenía las manos tiesas como un tronco, y todavía apuntaba a Eric con el arma.

—Creía que no querías verme. Tenía que cumplir mi misión.

—¿Tu misión? —Rosie frunció el ceño y vi de reojo que Hannah y Alex también lo hicieron; parecía que estaban captando la indirecta. Sabían que yo estaba ahí, que Rosie no estaba alucinando. Tenía que continuar.

—Sí —dije. Eric seguía mirando al vacío, no parecía comprender nada de lo que Rosie decía. A pesar de todo, recobró el sentido y comprendió que debía quitarle la pistola ahora que estaba distraída—. Quería saber por qué me había quedado aquí. Tú eras mi conexión.

—¿Era?

Rosie parecía demasiado interesada en lo que me había pasado.

Asentí.

—He estado en la casita de atrás hace unos momentos.

Entrecerró los ojos, tratando de adivinar lo que había hecho allí. Seguro que sabía que había descubierto mi cuerpo. Me esforcé por mantener una actitud despreocupada.

—¿Qué hacías allí?

Tenía que darles una pista a Alex y a Hannah para que supieran dónde estaba, pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Cómo se lo diría?

Temblé en mi interior y pensé que lo mejor era hacerme la loca.

—¿Qué?

—¿Qué hacías allí, Anna?

Rosie estaba desesperada.

—¿Dónde? —pregunté como si se me hubiera olvidado.

—¡En la casa de atrás! ¿Qué hacías allí?

Entonces, sucedió.

Eric actuó cuando vio que tenía las de ganar. La agarró del brazo y trató de quitarle la pistola de un tirón; sin embargo, Rosie se resistió y mantuvo el arma en la mano. Entonces, Eric se abalanzó sobre ella y trató de quitarle el peligroso artefacto. Forcejearon y, aunque Eric era más fuerte, Rosie tenía una férrea voluntad que le impedía soltar la pistola. Parecía que no iba a darse por vencida fácilmente. Durante unos segundos, Eric sostuvo el arma con dureza, apuntando directamente al rostro de Rosie, pero ella le dio una patada en la entrepierna que le hizo soltar el arma segundos después. Rosie la sostuvo entre sus resbaladizos dedos, apuntándolo justo como él había hecho. Sus cuerpos estaban pegados y luchaban por hacerse con el arma. Rosie llevó entonces los dedos al gatillo y oí como Hannah gritaba en la silla, aunque la mordaza amortiguó el sonido.

—¡Déjalo, Rosie! —grité.

Aunque me habría gustado interferir en la pelea, no podía, no tenía fuerzas y no podía tocar nada, y mucho menos a Eric. Rosie ya no era mi conexión, ya que mi misión había acabado; sin embargo, ella aún me veía.

Aaron me agarró de los brazos y me apartó.

—¡Voy a acabar contigo, Eric Crowell! —rugió ella, y se esforzó por apretar el gatillo.

Tenía los dedos sudorosos y estaba demasiado cerca. Unos centímetros más y una bala atravesaría la frente de Eric.

Empecé a llorar.

—¡Déjalo!

Rosie lo miró una vez más.

—Si intentaste matarlos, ¿por qué ahora quieres salvarlos? —me preguntó, aunque no me había girado a mirar, lo cual habría sido mejor para que Eric le sacara ventaja, pero ya era demasiado tarde.

Rosie tenía mucha adrenalina en el cuerpo y él no iba a tratar de matarla, solo quería apartar el arma para que nadie resultara herido.

Me quedé en silencio. Era cierto. Yo era culpable. Parecía que estaba reviviendo lo que había ocurrido unas semanas antes.

Rosie apretó los dientes, ansiosa por apretar el gatillo. Abrió los ojos como platos y Eric se dio cuenta de que aquella era su última oportunidad. La pistola estaba entre ambos cuerpos, lista para expulsar una bala. Eric apoyó todo su peso en sus piernas. O moría en el intento o moría sin hacer nada. Así que se impulsó y ambos cayeron al suelo. Escuché un crujido de huesos cuando se estrellaron contra el suelo, alguien soltó un gemido y, después, oí el sonido más aterrador de toda la noche.

El sonido de un disparo, que resonó por todo el comedor.

Todo se quedó en silencio.

Hannah, que era la que estaba más cerca de ellos, comenzó a llorar. Ambos cuerpos habían caído a su lado y tenía una visión más clara de lo que había ocurrido. Alex la miró aterrorizado y se imaginó lo peor al ver que no dejaba de llorar.

No, no, no.

Eric no podía estar muerto.

—¡No! —grité.

Aaron me sostuvo. Entonces, me eché un vistazo y noté que me quedaban pocos minutos.

Todo se quedó en silencio. Cubierto por una neblina. De pronto, un charco de sangre se formó donde Rosie y Eric habían forcejeado.

Oí un ruido y vi que Rosie se levantaba, con una sonrisa triunfal.

—¡Lo has matado! ¡Has matado a Eric!

Rosie no me hizo caso. Miró a los Crowell, que observaban el suelo, tristes y dolidos por la reciente pérdida. Ella, por el contrario, estaba disfrutando de la terrible y desagradable muerte de Eric.

Sentí una presión en el pecho y volví a perder las fuerzas. Ya nada me importaba. Me puse a llorar, enterré el rostro en el hombro de Aaron y derramé todo el sentimiento de culpa y de dolor que llevaba dentro con mis lágrimas. Las olas me consumían de nuevo. Otra vez estaba en el bosque, donde todo era oscuro y silencioso. Donde volvía a estar sola.

Mi padre... . Después de casi veinte años deseando tener una figura paterna en mi vida, por fin la tenía, pero iba a morir. No podía ser cierto. Ni siquiera lo conocía. No había compartido con él ningún momento memorable, no lo había abrazado ni me había sentido protegida y cuidada por él. Ahora nada de eso pasaría. Yo me moría y él también. Parecía una horrible pesadilla. Sí, debía de serlo.

Sin embargo... todo era real.

Ni pellizcándome despertaría del terrible sueño.

—¡Te odio! ¡Te odio! —le grité a Rosie.

—¡Ahora vosotros, Crowell! ¡Eric ha pagado su error, y vosotros también lo haréis! Si creéis que no vais a ir al infierno, ahora lo veréis —se burló, esbozando una sonrisa aterradora.

—¡Ya basta, Rosie! —grité, pero me ignoró.

—¡Os mataré a todos!

Entonces, oímos un crujido que nos puso alerta. Algo extraño ocurría. Eric se levantó del suelo. Después, se sacudió el pantalón y miró al suelo, donde Rosie se encontraba tirada, inerte. Ni siquiera respiraba. Su pecho no se movía. Rosie estaba muerta. ¿Cómo era posible? ¿Por qué era un fantasma entonces? ¡No tenía ningún asunto pendiente! ¡Debía irse de aquí! Rosie no podía ser un fantasma. No podía.

Sus ropas comenzaron a mancharse de sangre. Fruncí el ceño y me llevé las manos a la boca cuando me di cuenta de lo que sucedía. Rosie observó mi expresión y bajó la mirada al atar cabos. Levantó los brazos, notó que la sangre se deslizaba sobre su piel como una serpiente que la quería envolver y, luego, se tocó el rostro, que seguía bañándose en la sangre que emanaba de su interior. Levantó la cabeza y clavó sus ojos azules en los míos. Me estaba pidiendo ayuda, pero ambas sabíamos que no había nada que hacer.

Temblé al ver que se ponía roja y furiosa.

Gritó con ganas y un escalofrío me recorrió la espalda y los pies. Cerré los ojos de golpe. Me quedé inmóvil y, después, sentí un hormigueo en las piernas.

—¡No! —volvió a gritar.

Y, de pronto, se convirtió en un gran charco de sangre en el suelo para después convertirse en un espeso humo negro.

—¡Rosie! —lloriqueé, pero no pude hacer nada. Había desaparecido.

Rosie estaba muerta.

—Anna —susurró Aaron.

Con una mirada de terror, me indicó que bajase la vista para que observara lo que me ocurría. Lo hice y, entonces, vi lo que tanto temía. Mis ojos se tornaron vidriosos. Me dejé vencer por el dolor y caí en la oscuridad. Era casi transparente. Iba a marcharme. Yo también estaba a punto de morir. Miré a Hannah. Albergaba ciertas esperanzas, pero, seguramente, ya sería demasiado tarde cuando llegase a la casita. Aún estaba atada en la silla y, aunque Eric había comenzado a quitarle la mordaza de la boca, me quedaba muy poco tiempo. Moriría en cuestión de minutos.

Derramé las pocas lágrimas que me quedaban antes de partir y sonreí ligeramente mientras me reía con suavidad. Miré a Aaron, que me contemplaba con impotencia.

—¿Crees que es divertido? —me preguntó. Cerré los ojos y cuando los volví a abrir, vi que él estaba llorando. No miento, sus mejillas estaban bañadas en lágrimas, caían una sobre la otra, sin cesar, sin querer detenerse. El corazón se me partió en dos. Aaron estaba de rodillas, aferrado a lo que quedaba de mí—. No es gracioso, Anna. No lo es.

Gimoteó.

—Me rio de ti, engreído —me burlé, arrastrando las palabras.

Susurraba de forma casi ininteligible. El techo se movía, las cosas se distorsionaban. Pero Aaron estaba más guapo que nunca. Su piel morena y brillante me hacía sentir cosquillas en el vientre. No quería que me soltara. No quería irme. Deseaba ser un fantasma. No me importaba volver a serlo. Si era por amor, valía la pena. Yo quería a Aaron. Exhalé mi penúltimo respiro y me concentré en sus labios rosados y apetecibles. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de besarlo, de tocarlo una vez más. O, por lo menos, de golpearle, de discutir de nuevo con él. Estaba cansada y solo quería cerrar los ojos y dormir. Pero mis ganas de seguir contemplando los ojos negros de Aaron, sumergidos en la agonía y en la tristeza, me obligaron a mantenerlos abiertos.

—Una mimada, eso es lo que eres —me respondió él entre lágrimas. Estaba muy triste, y yo también.

Me acarició el cabello, pero yo ya no sentía sus dedos.

—Creído —murmuré.

—Infantil —contraatacó.

—El color rosa me quedaba genial, acosador —espeté para recordarle el día que bailamos juntos. Él se quedó en silencio y me dejó ganar.

—Todo te quedaba bien, Anna.

—Te echaré de menos —dije en un murmullo apenas audible.

Hubo una pausa.

Fijé la vista en sus ojos de carbón que me transportaban a cientos de paisajes hermosos. Sus aceitunas negras brillaban como dos esferas coloridas. Algo en Aaron había cambiado. De pronto, oí el latido de su corazón.

—Te quiero, Anna —dijo de pronto.

Yo asentí y sonreí tratando de volver a hablar, pero ya no podía. Respiré por última vez y esboqué una amplia sonrisa delirante.

—Yo también te quiero —respondí.

Y luego, sus labios se unieron con los míos. Eran frescos, suaves, tiernos y deliciosos. Fue un beso lento y cargado de sentimiento. Jamás lo olvidaría. Moví un poco la boca, disfrutando de su increíble sabor, y me dejé llevar por la pasión.

Pero, entonces, todo se nubló.

Capítulo veinticuatro

En mi cabeza solo había oscuridad, de vez en cuando oía la voz de Hannah que me llamaba a lo lejos. Sabía que estaba en alguna parte de mi subconsciente. La imaginaba sonriendo y de la mano de Alex para esperar mi llegada, pero, por el tono de voz con el que me llamaba, me parecía que estaba triste y preocupada.

A veces quería moverme y hacerle saber que la oía, que pronto estaría con ellos y que salvaría a Aaron y a Johanna. Sentía mucho no haberme despedido de ellos. En el fondo, sabía que estaba bien, que Hannah me había rescatado y que los médicos estaban haciendo todo lo posible por estabilizarme.

Desde el beso con Aaron, todo se había vuelto negro y nada me parecía en orden, oía ruidos cerca de mí, pero no podía abrir los ojos. Me sentía pesada y cansada. Puede que los médicos me hubiesen anestesiado, pero no era tonta, porque llevaba bastante tiempo así, hablándome a mí misma en mi oscura mente. Puede que llevase así un mes.

Era agotador estar acostada todo el día, me dolía la espalda y sentía que los huesos me crujían cuando alguien me pasaba una tela húmeda por los brazos y las piernas. Deseaba abrir los ojos. Quería sentir la adrenalina en mi cuerpo y saborear toda la comida que me fuera posible, no importaba que fuera gelatina del hospital y caldo de pollo; de verdad, no me importaba. Solo quería abrir los ojos y volver a ver el mundo. Pero cuando sentía que no podía hacer nada más y que todo estaba en manos de los médicos y de las máquinas que estaban conectadas a mi cuerpo, me imaginaba para siempre

en la cama en la que estaba acostada.

Porque sabía perfectamente que aquellos zumbidos y los pitidos de las máquinas eran de los aparatos del hospital. Alguna vez oí llantos incontrolables, pero entonces tampoco pude levantarme. Los párpados me pesaban y me era imposible mover un solo músculo del cuerpo. Me sentía como una estatua, estaba hecha de piedra.

Recordé todo lo que había pasado con Aaron. Aunque ya no escuchaba su voz, sabía que estaba en la habitación, sentía su presencia en algún rincón del cuarto que olía a medicina y a naranja, al igual que sentía la presencia de Johanna, que venía a verme con él. Esperaba que, cuando abriera los ojos, ellos dos estuvieran conmigo. Deseaba despertar lo antes posible, pero había más complicaciones de las que yo imaginaba.

Por suerte, ni Rosie ni Caleb seguían ahí. Había terminado con ellos y me alegraba de haberme librado de esa mujer por fin. ¿Estaba mal que me sintiera aliviada porque hubiese muerto? Sabía que no era correcto, pero Rosie se lo tenía bien merecido. No la quería, aunque tampoco le iba a guardar rencor, porque me había dejado claro que tener rencor solo mataba el alma; la envenenaba y te obligaba a creer que el perdón no era una opción.

Me sacudí un poco. Me incomodaba pensar en ella. Traté de hacer una mueca, pero se quedó en mi interior. Nadie más oía mis pensamientos. Suspiré en mi mente y me mantuve despierta el resto del día, escuchando la televisión y la música de fondo. Aunque los sonidos no eran claros, me gustaba saber que podría volver a vivir.

Pasaron días y noches en los que me mantuve despierta y, cuando sentía un líquido recorrerme el brazo, sabía que era momento de echarme una larga siesta. Sentía un poco de dolor, sobre todo en las piernas y la espalda, pero esperaba que no fuera nada grave. No sabía exactamente qué pasaba a mi alrededor; de vez en cuando oía voces, pero a veces hablaban muy bajito o no entendía lo que decían.

Eric también había estado visitándome. Venía casi a diario. Hannah y Alex me traían rosas púrpuras, pero Eric me traía lilas que desprendían un olor increíble. Era un buen hombre, debía admitirlo. Yo no era nadie para juzgarlo y sabía que lo que había pasado con Rosie y con Margaret debía quedar atrás. Rosie lo había puesto en una difícil comprometida. Le había obligado a elegir entre ella y Margaret y, por supuesto, Eric se había ido con

la mujer a la que verdaderamente amaba.

Una mañana me desperté con un aroma a limón.

Traté de abrir los ojos, como todos los días. Aunque nunca pasaba nada, no me daba por vencida. Todas las veces sentía los ojos pesados y, luego, me mareaba.

Pero esa mañana, ocurrió algo distinto.

Sentí los ojos ligeros y, de pronto, los abrí. Los párpados me temblaban, al igual que las manos. Seguí moviéndolos, pero con lentitud. Las palmas de las manos comenzaron a sudarme. Cuando abrí los ojos un poco, vi una luz brillante. Era como si el sol estuviera frente a mí. Parpadeé por la intensa luz y los mantuve cerrados para que no me ardieran. Lo intenté de nuevo, pestañeeé y me di cuenta de que la luz provenía de una lámpara que colgaba del techo. Me reí de mí misma al recordar que había creído que se trataba del sol.

Gruñí cuando algo me cayó en el rostro. Por lo delgado que era, supe que se trataba de un mechón de mi melena, que, para ser sincera, no estaba en muy buen estado.

—¿Anna?

Oí mi nombre a lo lejos.

Era una voz suave y femenina. Al instante me di cuenta de que se trataba de Hannah. El corazón me dio un vuelco y me agité en la cama. Estaba despertando.

Y lo mejor era que estaba viva.

Tenía que ver a Aaron.

Escuché un zumbido que me hizo volver a gruñir. Al segundo siguiente, el rostro redondo de Hannah estaba frente a mí, mirándome con asombro. Sus ojos azules se nublaron y me sonrió.

—¡Anna!

Saltó de pura emoción.

Alex apareció a su lado, tan sorprendido como Hannah. Tenía el cabello despeinado y ojeras, aunque no eran muy evidentes. No sabía cuántas noches

habían pasado en vela, pero me sentía muy agradecida con ellos. Quise sonreír, pero me dolían los músculos. Y sabía que, si me esforzaba mucho, podía hacerme daño. A pesar de que había abierto los ojos, tenía que esperar a que mi cuerpo se volviera adaptar al movimiento.

—Bienvenida a casa, Anna —me dijo Alex con una ligera sonrisa. Luego, rozó el brazo de Hannah—. Espera aquí, voy a buscar al médico.

Hannah asintió.

—Anna. —Me acarició el cabello y una lágrima brotó de sus ojos—. No me lo creo todavía. Estoy tan feliz de que por fin hayas despertado. No sabes cuánto te quiero, no sabes lo fuerte que has sido. Alex y yo te encontramos al borde de la muerte. Estoy encantada de saber que mi media hermana está viva. Me alegra saber que estás bien, Anna.

Sonreí desde lo más profundo de mi corazón.

—El médico ya viene —informó Alex mientras entraba en la habitación a toda prisa.

Cuando el médico llegó y me hizo una exploración rápida, dio la gran noticia de que me iba a poner bien. Me iba a recuperar en menos de lo que cantaba un gallo, así que yo también me dejé contagiar por la felicidad de ellos. Luego explicó que tenía que seguir cientos de cosas que no entendí, pero estaba muy contenta de saber que estaba viva.

Me sentí aliviada y emocionada.

Alex y Hannah tuvieron que salir de la habitación para que una enfermera me diera de comer y me lavara. Me cepilló el cabello y me desvistió; para entonces, ya podía moverme un poco. Me pasó una toalla húmeda por la piel y me limpió. Cuando fui consciente de lo que estaba haciendo, me percaté de que las cicatrices apenas eran visibles.

—¿Dónde están?

La enfermera me miró.

—¿El qué, cariño? —preguntó con dulzura.

Sus ojos color miel me miraban con compasión. La ignoré. No necesitaba que las personas me trataran con lástima, estaba cansada de eso. Ahora era otra Anna. Una Anna fuerte que podía tomar sus propias decisiones, pero que, sobre todo, había aprendido a valorar la vida, a quererse y a amar a otras personas.

—Las quemaduras, ¿dónde están?

Ella pareció entenderlo.

—Oh, bueno, los médicos te han quitado algo de piel para que la herida se cerrara. Ya sabes, todo quedará perfectamente y con unas cremas podrás quitarte las cicatrices que puedan quedar, aunque dudo mucho que te quede algo, porque los médicos son muy buenos. Pero te recomiendo que lo hagas igualmente si quieres tener una piel perfecta. Estas últimas semanas, tu cuerpo ha respondido bien a todo. Tienes mucha suerte; nadie tenía fe en ti, y mírate. Estás aquí. Viva.

—¿Cuántos días llevo aquí?

Tuvo que mirar un papel que colgaba de la camilla.

—Parece que un mes y medio —respondió levantando los hombros—. No te has perdido mucho, no ha pasado nada interesante por aquí.

Yo asentí, tratando de asimilarlo todo.

—¿Me darán pronto el alta?

—Sí —dijo ella, que seguía limpiándome los brazos—. Dentro de una semana estarás fuera. Te tendremos que vigilar esta semana todavía para ver qué tal evolucionas. Si muestras mejoría, pues genial, te irás de aquí. Qué alivio, ¿verdad? A nadie le gustan los hospitales.

Yo asentí. Estaba de acuerdo.

Después de que la enfermera me arreglara un poco, George y Lisa, la madre biológica de Alex, vinieron a visitarme. Estaban muy contentos y sonrientes. George parecía un tanto preocupado, me había dicho que sabía que no era el momento adecuado, pero quería que me preparara para hablar conmigo sobre lo de Rosie y lo que había pasado el día del incendio.

Hannah me había puesto al corriente de todo lo que había pasado en la escuela y me dijo que, si estaba lista, podía ir al mismo instituto al que ellos iban. La verdad era que estaba bastante emocionada por ir a un instituto con gente normal, con alumnos que no tenían ningún problema mental, como tantas veces me habían dicho. Sin dudarlo, le había respondido a Hannah que estaba dispuesta a aceptar su invitación si salía pronto del hospital. Ella estuvo charlando conmigo durante horas y me contó todo lo que había sucedido después de que Rosie disparara. También se había ofrecido a acompañarme al cementerio donde habían enterrado a Rosie. Aunque no estaba muy segura, asentí y dije que, en cuanto saliera de allí, sería el primer

lugar que visitaría.

Cuando Eric entró a la habitación después de que Alex y Hannah se marcharan, me puse nerviosa. Tal vez estaba molesto conmigo, o a lo mejor no quería ni verme. Si era así, lo entendía muy bien y respetaría su decisión.

—Hola —saludó él con un ligero asentimiento de cabeza.

—Hola —respondí yo, y me acomodé en la camilla. Me había quedado helada.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mientras se sentaba en una de las sillas que se encontraban cerca. Durante unos segundos, me sentí incómoda.

—Creo que sí.

Él asintió.

—Me alegro mucho de que así sea. —Me dedicó una ligera sonrisa y luego se sacó algo del bolsillo—. Esto es para ti, quiero que lo tengas. Todo esto ha pasado tan rápido que no sé cómo sentirme, pero debes creer que lo que siento es felicidad. Tengo a Hannah y te tengo a ti. Intentaré ser el mejor padre para las dos, Anna.

Cuando algo de metal cayó en mis manos, sentí mucho frío. Abrí la palma y me di cuenta de que era una cadena con un corazón pequeño que se abría. No dudé en abrirlo, con paciencia. Las lágrimas se arremolinaron en mis ojos cuando vi una foto de una Hannah pequeña en uno de los huecos y, en el otro, una fotografía mía, también de cuando era una niña. Tal vez tenía unos cuatro o tres años. Ambas estábamos sonriendo.

—Sois Hannah y tú, mis mayores tesoros a partir de hoy y para siempre, Anna. Y ese... —Señaló el collar que me acababa de regalar—... ese es mi corazón, y es vuestro.

—Papá...

Él se sorprendió cuando lo llamé así. Yo también; me había salido de repente, había sido un impulso, las palabras habían salido antes de que yo las pudiera detener. Pero la verdad era que no me importaba. Eric era mi padre. Y yo quería llamarlo así.

—Me encanta, muchas gracias. Yo...

—Eres mi hija, querida Anna —me interrumpió sin resultar maleducado—. Recuperaré los años perdidos, te lo prometo. No soy el mejor, sé que fallé, y por eso mismo no quiero volver a hacerlo. Rebecca pagará por lo que

te hizo, ya me he enterado de todo. No sabes cuánto lo lamento.

Eric bajó la mirada.

—¡No! —dije, agitando la cabeza—. No es tiempo para lamentarse. Solo... tenemos que vivir, nos queda mucho por aprender. Yo quiero estar contigo, quiero compartir contigo lo que nunca pude decirte, quiero que estés conmigo en mis mejores momentos, al igual que con Hannah.

Él asintió y levantó el rostro. Estaba llorando.

—Estaré contigo siempre, Anna. —Me dio un beso en la mejilla y sentí que me escocía la garganta—. Mi dulce niña, te quiero desde que supe que venías al mundo. Y ahora, te quiero más porque sé que eres una parte de mí. Espero que puedas perdonarme.

Yo sonreí.

—No hay nada que perdonar, papá. Te quiero.

Cuando Eric se marchó a mediodía, estaba agotada y me dormí. Ni siquiera me dio tiempo de comer ni de cenar. No desperté hasta el día siguiente, cuando vinieron para hacerme otro examen médico.

Siempre era lo mismo: me iluminaban los ojos con una linterna, me hacían caminar, me sacaban sangre y me inyectaban un líquido que me daba más energía. Mi única bebida, desde que había despertado, había sido suero, así que estaba ansiosa por probar un batido de fresa. Hannah y Alex me habían prometido que ellos me lo traerían.

Cuando pasó una semana y pude mover los huesos sin que las articulaciones crujieran cada vez que daba un paso, el médico dijo que era momento de volver a casa.

Estaba muy feliz.

Sin embargo, había estado dándole vueltas a algo desde que había despertado. No había visto a Aaron ni a Johanna cerca. No quería desanimarme y pensar que se habían olvidado de mí durante el mes y medio que había estado en el hospital. Era muy cruel pensar algo así. Estaba segura de que había sentido su presencia en el hospital, mientras estaba en coma. Pero ¿por qué ahora no los veía?

Quería despedirme de Johanna. Yo tenía el don de ver fantasmas, ¿por qué no habían venido a verme? ¿Acaso había llegado otra chica que los había hecho olvidarse de mí? No lo entendía. Estaba un poco triste y desanimada. Me pregunté si serían capaces de no venirme a ver, o si directamente estaban olvidándose de mí. Tal vez mi tiempo con ellos había pasado, quizá era momento de seguir con mi vida. Pero no lo aceptaba, no me cabía en la cabeza que se hubiesen olvidado de mí.

Aunque estaba segura de que ni Aaron ni yo olvidaríamos jamás nuestro beso.

Era mi sueño favorito.

Me gustaba pensar en él una y otra vez.

Quería ver a Aaron lo antes posible. Lo ansiaba.

Si creían que iban a escaparse de mí, estaban muy equivocados. Los buscaría en la casa donde estaban refugiados. Los encontraría y me los pagarían por no haber venido a visitarme.

Estaba dolida.

—¿Lista? —me preguntó Hannah, ayudándome con una mochila que contenía ropa que había usado durante la semana.

Le había pedido a Hannah que no me trajera nada infantil, quería pantalones ajustados y gomas elásticas para atarme el cabello. Nada de camisetas sueltas con estampados. Quería vestir como Johanna me había enseñado. Debía admitir que la echaba mucho de menos y, en parte, sentía que era mi culpa haberme ido sin decir adiós. Hannah se había asegurado de traermela ropa que le había pedido y la verdad era que ambas vestíamos de acuerdo a nuestra personalidad.

—Lista —respondí, y me recogí el cabello antes de salir de la habitación.

Llevaba unos vaqueros y una sudadera amarilla que me hacía parecer más pálida. Mis zapatillas deportivas eran nuevas y me apretaban, pero no me quejé. Debía dar gracias por todo lo que tenía a partir de ahora.

Hannah y yo salimos de la habitación con olor a medicina, riéndonos como dos hermanas que compartían una travesura.

—Alex nos espera abajo, en el aparcamiento.

—Genial —respondí entre risas, despidiéndome del lugar.

Mientras caminábamos por el pasillo, Hannah se calló.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Ella comenzó a ir más despacio. Dudó un momento y yo la miré, preocupada por si había ocurrido algo.

—Es sobre Rosie —contestó al fin.

El corazón se me detuvo.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, cuando la policía llegó, estuvieron revisando la mansión. ¿Sabías que Sarah murió en un accidente? Alex y yo fuimos a su funeral. Fue terrible. —Hannah negó con desaprobación—. Rosie llevaba una mochila cuando llegó a la mansión. La policía se la llevó como prueba.

Yo asentí. Por supuesto que la recordaba. Mientras estábamos en la camioneta, Aaron había estado jugando con ella para tranquilizarse.

Pensar en Aaron me provocó un vuelco en el estómago y en el corazón. ¿Dónde estaba ese engreído acosador?

—¿Qué pasó con la mochila? —pregunté, caminando con cuidado. De pronto, me había puesto nerviosa.

—Dentro de ella había una carta.

—¿Una carta? ¿Para quién?

Hannah suspiró.

—Para ti.

Yo me sorprendí. Fruncí el ceño y negué. Si era de Rosie, no la quería, no quería escuchar su nombre en mi vida. La aborrecía.

—No la quiero.

—Anna...

Volví a negar y avancé más rápido, dejándola atrás.

—Si es de Rosie, no la quiero.

Hannah trató de alcanzarme con la mochila en la mano.

—Anna, escúchame. No es de Rosie. Es de un chico al que vi hace tiempo. Estaba en el minibar. Seguro que estabas ahí..., me refiero a... como... ya sabes. Como fantasma —dijo en un susurro—. Fue durante la fiesta que organizamos para Cara. Ese chico me dijo que te había visto en la segunda planta. Justo donde estaban las escaleras. Él me dijo que seguías aquí, por eso, cuando Rosie mencionó tu nombre esa noche, sabía que

estabas con nosotros. Nos fue de gran ayuda, en realidad. Desde ese día, supe que tenía que encontrarte.

Lo recordaba. Pero eso era imposible. El chico que estaba detrás de la barra ese día era Caleb. Y Caleb estaba en un mundo que nadie conocía. Había cumplido su misión y se había marchado para seguir su camino. Fruncí el ceño, confundida. Aun así, me aventuré a pensar que la carta era de él.

—¿Caleb? —pregunté, nerviosa.

Hannah alzó una ceja y negó.

—No. Es de un chico llamado Aaron. ¿Lo conoces?

Capítulo veinticinco

Cuando Hannah me dio la carta, no dudé en apartarme de ella. Le dije que me diera unos minutos y que me encontraría con ella en el aparcamiento. Asintió sin estar muy convencida, pero accedió y no me preguntó nada, lo cual agradecí.

Se marchó en silencio arrastrando la mochila por el suelo.

Suspiré y miré el papel.

Era un sobre de color crema, bastante bonito y elegante. A pesar de que había estado en la comisaría, estaba perfectamente cuidado, lo que me indicaba que nadie lo había abierto. Detrás del sobre había unas letras grandes donde se leía el nombre de Aaron como remitente y mi nombre como destinatario. La letra era muy bonita. Incluso más que el papel.

Sonreí, porque estaba segura de que aquello era una broma.

Giré el sobre y despegué la punta del triángulo de papel para abrirlo. Se separó con facilidad: pasé el dedo por debajo y se despegó en un segundo. Cuando miré dentro del sobre, vi una hoja de papel doblada por la mitad.

Saqué con cuidado el papel, que crujió entre mis dedos, y lo desdoblé sin romper el delicado material que rozaban las yemas de mis dedos. Con las manos temblorosas, el corazón latiéndome a mil por hora y una sonrisa en el rostro, comencé a leer.

De: Aaron Brennan

Para: Anna Crowell

Anna Crowell. Es el nombre más bonito que he escuchado en mi vida. No te miento, estoy encantado contigo. No dejo de pensar en ti. Imagínate, ni siquiera puedo cerrar los ojos porque mi primer impulso es creer que estás aquí conmigo, a mi lado, volviendo a tocar mis labios. Anna, si pudiera volver a tocar algo en tu mundo, escogería sin duda tu dulce rostro. Créeme, así de loco estoy por ti.

Llámame cursi, no me importa.

Te quiero y me gusta decirlo.

Pero bueno, iré al grano.

Seguro que estarás molesta con nosotros, pero quiero decirte que la única que no deja de ponerse colorada de rabia es Johanna. Está furiosa contigo porque no te has despedido de ella como es debido. La cosa es que me pidió que te dijera que no te guarda rencor, que te quiere mucho y que te va a echar de menos tanto que ni te imaginas. También me ha dicho que estará vigilándote para que no vuelvas a usar esa ropa de niña de color pastel. Me lo ha dicho muy en serio. Antes de que te pongas a llorar porque Johanna está molesta contigo, quiero que sepas que soy un poco exagerado. No está tan enfadada, pero sí se ha puesto un poco sentimental. Ya se le pasará.

En cuando a los demás, David, Thomas, Marissa y Lilith, te envían un fuerte abrazo y están muy felices de haberte conocido. También me han dicho que te agradezca lo que has hecho por nosotros y que lamentan no haberse podido despedir. Espero que muy pronto todos ellos puedan encontrar paz.

Ahora quiero explicarte una cosa.

Hay algo muy complicado que debes saber.

Tómatelo con calma, todo va bien.

Anna, cuando despiertes, te habrás dado cuenta de que algo extraño sucede. Presta atención a tu alrededor, mira a las personas, observa lo que hacen, cómo se mueven sin detenerse, todos ellos están haciendo algo que les impide preguntarse si alguien más los está observando. Todo parece normal, ¿verdad? ¿No sientes que te falta algo? ¿Algo que siempre te ha acompañado? Vuelve a prestar atención.

Sé que lo que voy a decirte lo cambiará todo.

Ya te habrás dado cuenta de que las voces no están, de que no hay personas que levitan, que ninguno de ellos te habla para torturarte. Que ninguno de los que están ahí puede atravesar cosas.

Anna, esto que voy a decirte me hace muy feliz por ti, pero es algo que también me llena de tristeza. Ni siquiera puedo escribirlo. Tienes que ser más fuerte que nunca. Anna... ya no tienes tu don. Ya no podrás ver fantasmas nunca más. Se han ido, eres libre. Tu alma es libre.

No sabemos por qué. Quisimos arreglarlo, pero no hemos podido hacer nada. Quizá haya sido el destino, no lo sé. Pero estoy seguro de las cosas siempre suceden por una razón. No temas, estarás bien.

He querido decírtelo porque esto significa que ya no nos podrás ver ni oír. Ha sido un golpe que nadie esperaba. Sin embargo, quiero decirte que todos estaremos contigo para protegerte siempre.

En especial yo.

Anna, aunque no puedas verme ni oírme, sé que sentirás mi presencia. Estaré contigo para defenderte a mi manera de todo lo que pueda. Te protegeré, sé que ya no lo necesitas porque ahora eres la chica más fuerte que he conocido, pero igualmente lo haré. Y quiero prometerte algo: estaré contigo siempre. Siempre, Anna.

No lo olvides.

No estarás sola; cada vez que llores, estaré contigo. Cuando rías, estaré contigo, riéndome también. Te escucharé siempre que necesites hablar. Recuerda que eres especial y que no te mereces que nadie te haga daño.

Para finalizar esta carta, quiero que sepas que estoy junto a ti ahora mismo, espero que puedas sentirme. Sé que no me ves, pero yo a ti sí. Y aunque no te haga sentir calor como lo narran en las novelas, espero al menos provocarte escalofríos. Al fin y al cabo, soy un fantasma.

No me olvides nunca.

Te quiero, Anna.

Seré tu engreído acosador, siempre.

Y recuerda no dejar nada pendiente. Seguro que nos encontraremos en ese lugar glorioso y eterno del que todos hablan.

Te echaré de menos.

Siempre tuyo,
Aaron Brennan.

Cuando terminé de leer la carta, tenía los ojos llenos de lágrimas. No podía creer que mi don hubiera desaparecido. Nunca volvería a ver a Aaron, nunca vería esos ojos negros que me provocaban una multitud de sensaciones. Ni a Johanna, ni a ningún otro fantasma.

Tenía ganas de vomitar. No era justo. Nunca más volvería a verlos. Esto debía de ser una broma. Seguramente Aaron se estaba burlando de mí como solía hacer. Levanté la vista, asustada, tratando de convencerme de que mi don seguía conmigo. Sin embargo, al echar un vistazo a mi alrededor, vi que todos estaban a lo suyo, ignorándome. Nadie me miraba, ninguno de los que estaban allí eran fantasmas. Ni siquiera los oía. No había nada. Nadie atravesaba paredes ni me pedía ayuda. Todo era... normal.

Me derrumbé en la silla y lloré mientras miraba el papel.

Me sentía fatal.

—¿Aaron? —lo llamé, pero no hubo respuesta.

Gimoteé y seguí derramando mi dolor.

—Haz algo, Aaron. Lo que sea —pedí a la nada.

De pronto, el altavoz del hospital emitió un zumbido que hizo que todos nos tapáramos los oídos. Entonces, se oyó un silbido suave que provenía del otro lado del altavoz y, después, una canción que sonó en todos los pasillos del hospital y que hizo que el corazón me diese un vuelco.

Sentía que se me iba a salir por la boca y la sangre se acumuló en mis mejillas. Me ardían.

«Every Breath You Take» de The Police retumbaba en cada parte de mi cuerpo, enviando vibraciones que me hacían recordar y llorar sin parar.

Era Aaron. Lo sabía.

Tenía la piel de gallina.

—Acosador —dije a la nada, con una ligera sonrisa.

Luego, sentí un soplido en el cuello que me hizo suspirar.

—Te echaré de menos, Aaron. Nunca te olvidaré, te lo prometo.

Sobre la autora



Janeth G. S. (León, México, 1998) ha sido uno de los mayores fenómenos de Wattpad en castellano. Siempre ha sentido pasión por la literatura, en especial por los *thrillers* psicológicos, las novelas de terror y las de género romántico juvenil.

A los dieciséis años, inspirada por un vídeo de YouTube, decidió escribir su primera obra, *¿Quién mató a Alex?* Tras el éxito en la plataforma Wattpad, donde ha superado los cuarenta millones de lecturas, *¿Quién mató a Alex?* dio el salto a las librerías, donde se ha convertido en un *best seller* internacional.

Además de seguir escribiendo, Janeth estudia Administración de Empresas y Recursos Humanos en la Universidad Tecnológica de León.

JANETH G. S.

¿QUIÉN

MATÓ

A

PREMIO
WATTYS

ALEX?

EL MISTERIO QUE NOS UNE

OZ
EDITORIAL

1

JANETH G. S.

¿QUIÉN
MATÓ

A

PREMIO
WATTYS

ALEX?

EL SECRETO DESVELADO

OZ
EDITORIAL

2

Monica Murphy

Segundas oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



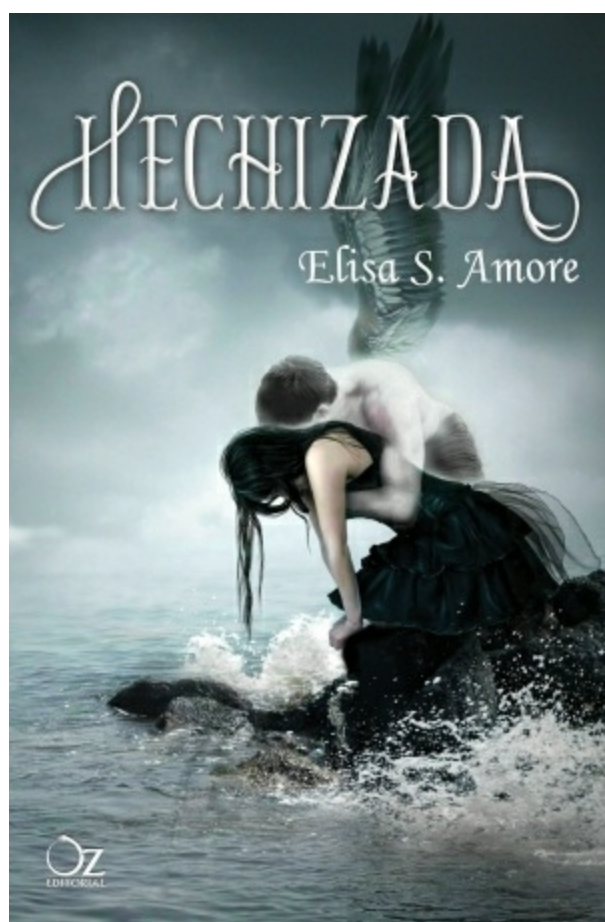
Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica
9788416224364
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Hechizada

S. Amore, Elisa

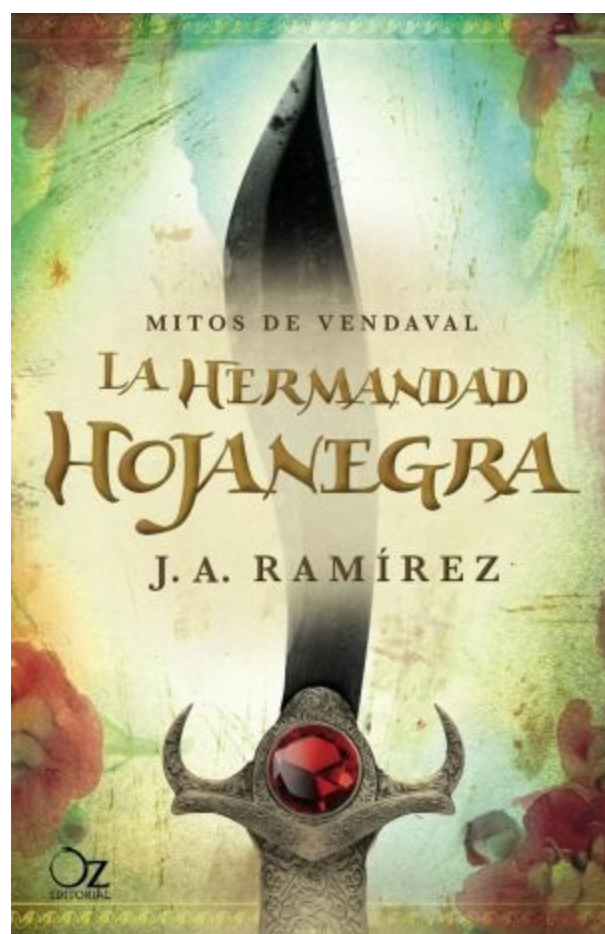
9788416224111

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte? Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito. El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo. ¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino? Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente. "Jóvenes que soñáis con el amor, ¡esta novela es para vosotras!" Marie Claire "Una novela espectacular, fresca e interesante. Hay que comprarla." lo Donna "Elisa S. Amore es una estrella indiscutible del fantasy sobrenatural." Metro

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

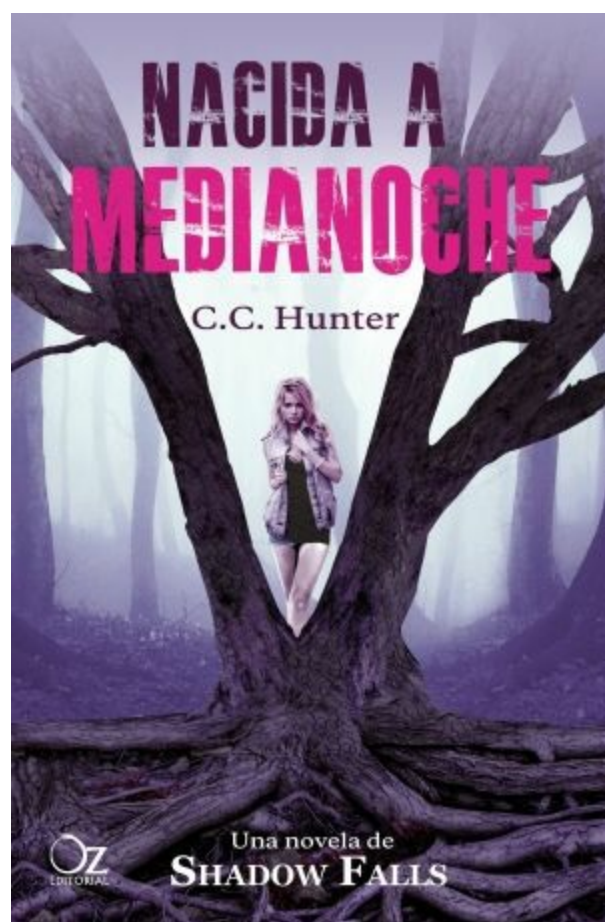
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece. Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

JESSICA SORENSEN



El secreto de
Callie y Kayden

El secreto de Callie y Kayden (La coincidencia 2)

Sorensen, Jessica
9788416224128
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Crees que el amor puede salvarte la vida? Callie quiere estar cerca de Kayden. Quiere volver a besarle y perderse entre sus brazos como la primera vez que estuvieron juntos. No entiende por qué ahora se ha alejado, pero hará todo lo posible para volver con él. Kayden está loco por Callie, la pequeña chica morena que acapara todos sus pensamientos. No sabe cómo enfrentarse al hecho de querer tanto a alguien y eso le asusta. Es incapaz de ser sólo su amigo y no sabe si está preparado para algo más. Tendrá que ser ella quien le haga ver que su destino es estar unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)